

CHARLOTTE BETTS

La hija del Boticario

*Una joven herbolaria se abre camino
en el Londres del siglo XVII*

Lectulandia

Londres, 1665. Susannah, hija de un herbolario, ha crecido detrás del mostrador de su tienda. Desde niña ha ayudado a su padre en el negocio y se ha convertido en toda una experta. El aroma resinoso de la lavanda, la esencia de romero, regaliz o trementina, han impregnado desde siempre el ambiente que respiraba, y su padre siempre le ha dejado la libertad de hacer crecer su propio talento. Pero tras el nuevo matrimonio de su padre, Susannah tiene que casarse e irse de su casa. Pronto descubre la verdad sobre el pasado de su marido y necesitará todo su coraje y pasión para salvarse de la tragedia personal y colectiva.

Lectulandia

Charlotte Betts

La hija del boticario

ePub r1.0

Titivillus 01.09.15

Título original: *The Apothecary's Daughter*
Charlotte Betts, 2011
Traducción: Carlos Milla Soler & Isabel Ferrer
Diseño e imagen de cubierta: Alejandro Colucci

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mis padres, Dorothy y Michael Spooner

LIBRO MENGUANTE

ENERO

1665

En la botica, Susannah, abstraída en sus ensoñaciones a la luz de la ventana, molía flor de azufre, reduciéndola a un polvo fétido, y veía pasar a la gente. Fleet Street presentaba, como siempre, el ajeteo propio de un hormiguero. En la nieve matutina caía ya el hollín de la nube tóxica que el viento traía desde los hornos de cal de Limehouse, y la escarcha formaba témpanos en las crecientes aguas residuales del albañal que discurría por el centro de la calzada. Se oía el tañido de las campanas de las iglesias y los perros ladraban entre la riada incesante de personas que desfilaba por la calle.

¡Chop! Una bola de nieve se estrelló contra el cristal de la ventana. Susannah, sobresaltada, ahogó un grito y soltó la mano del almirez, a la vez que salía de su estado de abstraída contemplación. Fuera, un pilluelo se rio de ella.

—¡Diablillo!

Con el corazón todavía acelerado, amenazó al chiquillo con el puño. Mientras lo observaba alejarse como una flecha entre la muchedumbre, captó de pronto su atención la figura alta de un hombre con sombrero y capa oscuros que se abría paso a través de la nieve.

Algo en su manera de moverse entre el tumultuoso gentío, como un lobo que avanza sigilosamente por el bosque, despertó la curiosidad de Susannah. Cuando el hombre se acercó, lo reconoció: era un médico, uno de los clientes menos asiduos de su padre. Sorteó un vaheante montón de bosta de caballo y una col desechada, y en ese momento quedó claro que se dirigía hacia la tienda.

Susannah abrió la puerta.

—Buenos días —saludó, estremeciéndose al sentir el aire gélido que acompañó al hombre cuando entró.

El médico se tocó el sombrero, pero no le devolvió la sonrisa.

—¿Está el señor Leyton?

—Ahora mismo no. ¿Puedo ayudaros en algo?

—Dudo mucho que vos...

Susannah reprimió su irritación con un suspiro. ¿Por qué suponía ese hombre que ella era incapaz de atenderlo por el mero hecho de llevar falda?

—Decidme qué necesitáis, caballero, si sois tan amable.

—Lo que necesito es hablar de mis necesidades con vuestro padre.

Ante el tono de aquel hombre, Susannah se sintió tentada de contestar con un desplante, pero refrenó el arranque de mal genio y se limitó a decir:

—Ha ido a examinar la orina del párroco.

El médico se quitó los guantes y, mientras se frotaba las manos para recuperar el calor, juntó las cejas oscuras en una expresión ceñuda.

—Se trata de un asunto urgente. Cuando vuestro padre regrese, tened la bondad de comunicarle que el doctor Ambrose ha estado aquí y pedidle que venga a verme.

—¿Puedo decirle de qué deseáis hablar con él?

El doctor Ambrose titubeó y, acto seguido, se encogió de hombros.

—Tengo un paciente aquejado de un cálculo en la vejiga. Leyton me comentó que ha logrado buenos resultados con su receta para casos como este. El paciente no goza de una salud tan robusta como para que sea recomendable sajar y extraer la piedra, dado que padece una insuficiencia respiratoria crónica. ¿Seréis capaz de recordar todo eso?

—Pues sí, creo que sí. —Susannah esbozó una dulce sonrisa y revolvió enérgicamente el azufre molido con la mano del almirez hasta que, entre ellos, se alzó en el aire una asfixiante nube de polvo—. Para los cálculos, mi padre suele aconsejar alcohol nítrico etéreo, mezclado con láudano y aceite de enebro. Vuestro paciente debe tomar una cucharadita de ese remedio en una infusión de linaza endulzada con miel.

El doctor Ambrose tosió y se llevó un pañuelo a la nariz.

—¿Estáis segura?

—Naturalmente. Y para ese resuello vuestro en el pecho podéis probar la leche de goma de amoníaco mezclada con jarabe de cebolla albarrana.

El doctor Ambrose enarcó las cejas, y Susannah se esforzó en no mostrarse petulante.

—Tal vez deseéis calentaros junto al fuego mientras os preparo las medicinas —sugirió.

—¿Conocéis las proporciones exactas?

—Estoy más que acostumbrada a despachar las recetas de mi padre.

Se retiró a la rebotica, un espacio situado al fondo de la tienda, separado por una cortina. Desde allí, miró por la abertura entre las cortinas mientras él, pensando al parecer que nadie lo veía, se levantó la capa y se calentó el trasero al amor de la lumbre. Ahogando una risa, Susannah se volvió hacia el banco y se puso manos a la obra. Mientras echaba en el frasco el último preparado, la campanilla de la puerta tintineó. Al apartar la cortina, vio entrar a una mujer vestida con elegancia.

—Tomad asiento junto al fuego, por favor; enseguida os atenderé —indicó Susannah.

Entregó los dos frascos con las medicinas al doctor Ambrose y, a fin de conservar al cliente, redobló sus esfuerzos por tratarlo con cortesía.

—Espero que hayáis entrado en calor. —Se preguntó si debía avisarlo de que tenía una mancha de azufre en la nariz, pero decidió abstenerse—. Dicen que este viento cortante viene de Rusia y por eso la escarcha apenas se ha fundido desde diciembre.

—Quizá sea mejor así —contestó el médico—. El frío modera la severidad de la peste.

—Excepto en la parroquia de San Gil, claro. Debemos rezar para que el frío acabe con la plaga.

—Ciertamente. Cargad las recetas a mi cuenta. —Se despidió con un gesto y se marchó.

Susannah se preguntaba por qué ese hombre tenía el humor tan agrio mientras lo observó alejarse por Fleet Street. ¡Lástima que su rostro misteriosamente atractivo no se correspondiera con unos modales más agradables!

La otra clienta era una mujer rubia poco más o menos de la edad de Susannah y vestía una refinada capa ornada de piel que cubría casi por completo su falda carmesí. De puntillas, con la pequeña nariz arrugada en una expresión de repugnancia, examinaba el cocodrilo disecado que colgaba de una de las vigas del techo.

—¿Es auténtico?

—Por supuesto. Lo trajeron de África. Mi padre se lo compró a un marinero.

Susannah todavía recordaba la mezcla de miedo y fascinación que sintió cuando su padre llegó a casa con el cocodrilo, hacía ya muchos años. Vacilante, tocó su cuerpo duro y escamoso con la yema de un dedo, y se estremeció al ver la mirada de aquellos ojos, dos cuentas de cristal. Su hermano menor, Tom, se escondió detrás del mostrador hasta que su madre le aseguró que esa criatura no estaba viva.

—¿Esta es la botica del señor Leyton, la del cartel con un unicornio y un dragón?

—Como habréis visto, el cartel cuelga sobre la puerta.

—¿Está el señor Leyton?

—Ahora mismo no. ¿Puedo ayudaros en algo?

La mujer apretó los labios y miró a Susannah de arriba abajo.

—Me gustaría... —Con expresión un poco ceñuda, echó una ojeada a los frascos y botellas dispuestos a lo largo de las paredes—. Sí, me vendría bien un frasco de agua de rosas. Decidme —añadió, deslizando el dedo enguantado por el mostrador—, ¿cuántas chimeneas hay en este edificio?

—Bueno, tenemos tres alcobas, el salón y el comedor; por otro lado, están la tienda, la rebotica y la cocina —balbuceó Susannah, desconcertada.

—Es una casa estrecha y torcida por los años.

—Pero también tiene mucha profundidad. —Susannah permaneció muy erguida, sintiendo en la cara el calor de un naciente arranque de genio—. Y tenemos un buen patio, y las paredes del salón están revestidas de madera.

La mujer suspiró.

—Tampoco está tan mal, supongo. —Dejó un puñado de monedas en el mostrador, alcanzó el agua de rosas y esperó a que Susannah le abriera la puerta de la tienda.

Aliviada por haberse librado de esa clienta y sus indiscretas preguntas, Susannah se quedó por un momento en el umbral de la puerta abierta, tiritando, y contempló la

calle cubierta de nieve, más allá del palanquín que esperaba a la mujer. De pronto vio a Ned, el mancebo de la botica, que volvía precipitadamente a la tienda después de entregar un paquete de píldoras para el hígado a las señoritas Lane. Mantenía la cabeza gacha para protegerse del cortante viento, y Susannah advirtió que estaba a punto de arrollar a la clienta que acababa de salir.

—¡Cuidado, Ned! —exclamó.

Ned giró en el último instante y esquivó por muy poco a la mujer, justo cuando esta subía al palanquín.

Ella lanzó una mirada acusadora a Susannah, alzó la nariz y, con una seña, ordenó que el palanquín se pusiera en marcha.

—¡Lleva más cuidado, Ned! —reprendió Susannah.

Después de entrar los dos en la botica, el mancebo cerró de un portazo y corrió hacia el fuego para calentarse las manos. Una vez allí, empezó a dar patadas en el suelo para recobrar la sensibilidad en los pies.

—¡Dios santo! —exclamó Susannah. Después de haber reprimido su irritación en presencia de los dos últimos clientes, habló ahora con un tono más áspero que de costumbre—. Ve a por la escoba y límpiate ese hielo de las botas antes de que lo encharques todo.

—Lo siento, señorita.

—Y luego puedes quitar el polvo a los tarros.

—Sí, señorita. —Se sopló los dedos, fue a buscar la escoba a la rebotica y empezó a barrer.

Susannah se apaciguó. A veces Ned le recordaba a su hermano Tom, que ahora vivía muy lejos, en Virginia. Bajó un enorme tarro de piedra del estante, sacó una cucharada de la sustancia pegajosa que contenía y embadurnó con ella una hoja de papel marrón.

—¡Toma! —dijo, al tiempo que entregaba el bálsamo a Ned—. Frótate los sabañones con esto y no se te agrietará la piel. ¡Y no te olvides de quitar el polvo a los tarros!

Tomó el almirez con azufre y la mano del mostrador y fue a la rebotica a preparar un ungüento para granos.

Había pasado sus veintiséis años de vida en la botica, y esta albergaba sus recuerdos más preciados. Mientras medía ingredientes y mezclaba el ungüento, sin dejar de tararear, recordó cómo Tom y ella, de niños, aprendieron a sumar contando píldoras. Recordó los experimentos con la balanza, su fascinación al ver que un enorme manojo de salvia seca pesaba exactamente lo mismo que una minúscula porción de plomo. En el gran almirez de piedra, el mismo que utilizaba ahora, había preparado mezclas extraordinariamente pegajosas de grasa de cerdo, albayalde y trementina como bálsamo para las quemaduras. Había aprendido a leer estudiando las palabras, en latín, pintadas en los tarros alineados contra las paredes y, más tarde, a escribir siguiendo la exquisita caligrafía de su padre en las etiquetas

pegadas a las hileras de cajones de madera.

A continuación puso a hervir un manojo de romero y jarabe de miel y olisqueó su aroma dulce y resinoso. El frío y la pútrida niebla de Londres eran excelentes para el negocio, porque en invierno la mayoría de los clientes tenían una tos crónica. Lamiéndose la miel del pulgar, echó un vistazo a través de la abertura entre las cortinas de la rebotica y vio a Ned tendido sobre el mostrador, provocando al gato con un paño que arrastraba ante él. De pronto el mancebo bajó al suelo y, con meticuloso esmero, empezó a limpiar el polvo de los tarros de mayólica. Susannah dedujo que había visto acercarse a su maestro de regreso a la botica.

Cornelius Leyton maniobró como pudo para entrar por la puerta cargado con una caja enorme, que colocó en el mostrador entre un cono de azúcar y el tarro de sanguijuelas. Tenía la nariz de color rojo cereza a causa del frío.

—¿Qué traéis, padre?

Con toda parsimonia, él empezó a desatar el cordel.

—¡Ya lo hago yo! —se ofreció Susannah. Sacó un cuchillo de debajo del mostrador y cortó el nudo.

—¡Tú siempre tan impaciente, Susannah! —Cornelius destapó la caja con cuidado.

Susannah vio un asomo de pelo oscuro y ahogó una exclamación. ¿Era acaso un cachorro? Pero en cuanto su padre retiró el papel de seda, comprendió desilusionada que se equivocaba.

Cornelius sacó la peluca y sacudió los rizos negros, largos y lustrosos.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Es... magnífica. ¡Ponéosla!

Con los ojos relucientes de expectación, su padre se quitó de un tirón la peluca habitual, un modesto modelo de color castaño que tenía desde hacía mucho tiempo, y dejó a la vista su propio cabello gris, muy corto. Acto seguido, con actitud reverencial, se colocó la peluca nueva.

Susannah se quedó mirándolo.

—¿Susannah?

Enmudecida, mantuvo la mirada fija en él. Su padre era un hombre agraciado, alto, de ojos oscuros y apariencia de autoridad, pero ella nunca lo había considerado vanidoso. De hecho, siempre había tenido que animarlo a comprarse un abrigo o un calzón nuevos, y llevaba un sombrero bochornosamente anticuado. Sin embargo, aquella peluca era otro cantar. Lo convertía en un elegante desconocido, y eso la inquietaba.

—¿Y bien? —preguntó él con cara de preocupación, impaciente por oír la respuesta.

—Sorpriente —contestó Susannah por fin. Levantó uno de los rizos sedosos, que le caían casi hasta la cintura—. Es muy bonita. —Buscó torpemente las palabras—. Casi no os reconozco. Con ella se os ve tan... joven.

Su padre se apresuró a reprimir la sonrisa que asomó a sus labios.

—Estáis igualito que el rey, señor —dijo Ned.

Cornelius lanzó a su mancebo una mirada severa.

—¿Tanto tiempo te sobra que andas perdiéndolo con charla intrascendente, Ned? ¿Tendré que buscarte algo que hacer? Aún hay que restregar a fondo el alambique que hay en el patio. Por lógica, primero hay que desprender el hielo...

Ned, sin perder tiempo, siguió quitando el polvo.

—He estado hablando con Richard Berry, mi viejo amigo —continuó Cornelius, lanzando una mirada risueña a Susannah—, y me ha dicho que es bueno para el negocio ofrecer una imagen más moderna. ¿No crees que debería comprarme también un sombrero?

—¡Hace meses que os lo digo!

—¿Ah, sí?

—¡Padre!

—Tengo que hacer unas visitas. ¿Me has cepillado el abrigo azul?

—Claro.

—Entonces, si no hay aquí nada que requiera mi atención...

—¡Ah! Me olvidaba. El doctor Ambrose ha pedido que paséis a verlo para hablar de un paciente con un cálculo en la vejiga. Le he preparado las recetas.

—Bien, bien. —Cornelius tomó su vieja peluca y se encaminó al piso de arriba.

Susannah lo miró con estupefacción mientras se alejaba. ¿Qué demonios se había adueñado de él para empezar de pronto a interesarse por su aspecto físico? Cabeceó y volvió a la rebotica para embotellar en tarros el unguento de azufre. Como siempre, al llenar los tarros con esa mezcla en particular, evocó el familiar recuerdo de una tarde, hacía once años, mientras ayudaba a su madre a llevar a cabo esa misma tarea. Tenía grabada en la memoria la voz suave de su madre y la recordaba, como si fuese ayer, con la mano posada con ternura sobre el vientre abultado. Eso ocurrió dos días antes de su muerte; flotaba entonces el mismo hedor a azufre en el aire, mezclado con los acostumbrados aromas a agua de rosas y cera de abeja, regaliz y aceite de ajeno, trementina y hierbas secas. Aquellos eran los olores del oficio de su padre, y Susannah los llevaba en la sangre.

La campanilla de la tienda la devolvió al presente con un sobresalto y, complacida, oyó la voz de Martha. Hasta el día de su boda, Martha había sido vecina suya y era su amiga más íntima desde hacía veinte años, pese a sus inclinaciones puritanas. Susannah apartó la cortina y fue a saludarla.

Martha, tan pulcra como siempre, con un delantal almidonado y el pelo oscuro firmemente remetido bajo la cofia, dio un respingo cuando se besaron.

—¡Uf! ¿Y esta vez qué es?

—¡Nada peligroso! Un simple unguento para el cutis.

—Huele tan mal que seguro que ahuyenta los granos.

Martha se puso blanca como el papel y se llevó a la boca los estilizados dedos a la

par que tragaba saliva convulsivamente.

—Tampoco es para tanto, digo yo.

Martha esbozó una sonrisa.

—En estos momentos cualquier cosa me revuelve el estómago —dijo, llevándose las manos al delantal—. He venido a pedirte ese cordial de jengibre que me preparaste la última vez...

—¿La última vez? ¡Por favor, Martha! ¿No irás a tener otro? Ni siquiera has destetado aún a la pequeña Alys.

—Ya lo sé. —Dejó escapar un suspiro. Las manchas oscuras que se formaban bajo sus ojos de color avellana contrastaban con su tez clara—. Advertí a Josiah que si insistía en que Alys tuviera nodriza probablemente volvería a quedarme embarazada. Ya sabes lo tozudos que son los hombres.

—Tozudos, y muy suyos —añadió Susannah, acordándose de la última adquisición de su padre. Sacó el escabel de debajo del mostrador, se subió en él, se estiró hasta llegar al último estante, y alcanzó el cordial de jengibre. A continuación decantó parte del líquido dorado en un frasco y lo tapó con un corcho.

La estrecha puerta de la escalera se abrió con un chirrido y apareció Cornelius, luciendo su nueva peluca y su mejor abrigo azul. Exhibía más encaje que de costumbre en el cuello y nuevas cintas azules en los zapatos. Lo envolvía un inconfundible aroma a agua de lavanda y cierta apariencia de tímido orgullo.

—Martha, ¿va todo bien?

Cuando Martha lo saludó con una breve inclinación de cabeza, su rostro blanco y pecoso se tiñó de rojo.

—Señor Layton. Sí, gracias, todo bien.

Cornelius lanzó un vistazo al frasco de cordial y luego a la cintura de Martha.

—¿Y tus pequeños?

—También están bien.

—Bueno, bueno. No te entretengo. —Tomó su bastón con empuñadura de plata—. Susannah, no me esperes a cenar esta noche.

Se adentró en el tumulto de Fleet Street y alzó el bastón para detener un coche de alquiler.

Martha se quedó mirando a su amiga con los ojos muy abiertos.

—Tu padre está muy cambiado. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo apuesto que es.

Cuando Martha se fue, Susannah empezó a preguntarse adónde iría su padre tan peripuesto.

Dos semanas más tarde, cuando Susannah preparaba unas rosquillas de azúcar con Jennet, la criada, Cornelius entró en la cocina. Permaneció de pie ante el hogar,

desplazó el peso del cuerpo de un pie a otro y las observó mientras Susannah machacaba el azúcar y Jennet desalaba la mantequilla. El libro de recetas de su difunta esposa se hallaba abierto en la mesa, con un ramito de lavanda seca señalando la página.

—¿Queríais algo? —preguntó Susannah al cabo de un rato.

Cornelius tomó la lavanda y la hizo girar entre los dedos.

—La flor preferida de tu madre —comentó.

—Y estamos preparando vuestras rosquillas preferidas.

—Ya veo. —Dejó la lavanda, y al hacerlo, sin querer, tiró el libro al suelo.

Unas cuantas hojas de papel salieron volando, y Susannah se apresuró a reunir las y meterlas de nuevo entre las preciadas páginas.

—Padre, ¿por qué no os vais al salón? Ya os llevaré unas rosquillas cuando estén listas.

—Sí, quizá sea lo mejor. Hay una cosa...

—¿Mmm?

Con cuidado, Susannah rompió unos huevos y los vació en un cuenco.

—Después —dijo él.

Cuando Cornelius se fue, Jennet comentó:

—¡Se lo ve tan inquieto como un gato con pulgas! —Se secó las manos en la cadera—. Creo que se trae algo entre manos.

Cuando las rosquillas estaban ya preparadas, Susannah las espolvoreó con azúcar glas y las llevó al salón, donde Cornelius, de pie ante la ventana, contemplaba la calle. Se volvió con el rostro lleno de desasosiego.

—Padre, ¿qué ocurre? —preguntó, súbitamente preocupada.

—Cómo te pareces a tu madre. A veces te veo con tu precioso pelo rojizo y por un momento casi creo que Elizabeth ha vuelto a mi lado.

—Yo tengo la sensación de que en realidad nunca nos ha dejado.

—Ya lo sé. —Cornelius exhaló un profundo suspiro—. Pero sí, se ha ido. Y hace ya once largos años. Tú has sido un gran consuelo para mí, sobre todo desde que Tom se marchó también.

Susannah le apretó la mano.

—Hemos sido un consuelo el uno para el otro.

De pronto, él volvió de nuevo la cabeza y se acercó a la chimenea.

—Susannah, me temo que te he hecho un flaco favor.

—¿Un flaco favor? ¿Cómo es posible?

—Me he comportado de manera egoísta. Tu compañía ha sido siempre tan grata para mí que te he mantenido a mi lado...

—¡Pero es a vuestro lado donde quiero estar!

—Has aprendido mi oficio mejor que cualquiera de los mancebos que he tenido a lo largo de los años, y tienes una caligrafía más pulcra que la mía. Incluso tu latín es tan bueno como el de cualquier erudito. —Sonrió con ironía—. Pero ya deberías estar

casada, y con toda una prole, igual que Martha.

—Nunca he querido tener hijos.

No era cierto, naturalmente. Deseaba tener hijos como cualquier mujer, pero... se estremeció al recordar.

—He faltado a mi obligación de buscarte marido.

—Estoy muy a gusto llevando la casa para vos. Además, ¿dónde voy a encontrar un hombre que esté a vuestra altura?

La había pretendido Nicholas, era cierto, pero su padre no lo había considerado bastante bueno para ella. Y después el joven repartidor de mirada risueña, que entregaba hierbas de la granja de Essex...

—Susannah, los tiempos cambian.

—¿Qué queréis decir?

Su padre, sin mirarla a los ojos, tomó sus manos entre las suyas.

—Te quiero tanto como un hombre puede querer a una hija, pero hemos llorado a tu madre demasiado tiempo. He tomado una determinación. —Seguía sin mirarla—. Tengo intención de volver a contraer matrimonio —anunció.

Ella dejó escapar una risotada vacilante.

—No deberíais bromear con esas cosas.

Cornelius tensó los labios.

—Me he expresado con absoluta claridad. Quiero contraer segundas nupcias. Y he conocido a una dama adecuada, una viuda.

—Pero nosotros ya nos las arreglamos bien. —Susannah ayudaba a llevar los libros de contabilidad de la tienda y sabía que eran mucho más ricos de lo que nadie podía sospechar al ver la sencillez con que vivían. Perpleja, movió la cabeza—. Tenéis la vejez asegurada; no os hace falta casaros para aumentar nuestra fortuna.

—Eso no lo he tomado en consideración a la hora de decidirme. Dicha dama, con la muerte de su marido, atraviesa estrecheces, aunque no es ella la culpable.

—¿Esa viuda no tiene bienes parafernales?

Cornelius se examinó los zapatos.

—Entonces no lo entiendo —dijo Susannah—. ¿Por qué habríais de hacer una cosa así?

—Porque ya es hora. Porque necesito... compañía.

—¿Compañía? ¡Pero si nos tenemos el uno al otro! Lo hacemos todo juntos. ¿Qué más compañía necesitáis?

Cornelius se sonrojó; su rostro se tiñó de un color carmesí semejante al de los frascos de cochinilla de la rebotica.

—Un hombre necesita una esposa para... —Gesticuló, sin encontrar las palabras.

De repente Susannah comprendió a qué se refería y se ruborizó también. Nunca se le había ocurrido imaginar siquiera que su padre tuviera esas necesidades concretas.

—La dama está impaciente por conocerte.

—¡No quiero conocerla! —Sintió un cosquilleo en los dedos y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo—. ¡Padre, esto es un disparate! Pensad...

—¡Ya basta! La traeré a cenar pasado mañana. Así Jennet y tú tendréis tiempo para preparar una buena cena. —Su tono no admitía discusión.

Susannah tragó saliva y permaneció muy erguida.

—¿Puedo saber el nombre de esa viuda?

—Arabella Poynter. Un nombre bonito, ¿verdad? Tiene dos hijos y una hija, Harriet, que está decidida a ser tu amiga.

Susannah sintió un zumbido en los oídos y por un momento temió desmayarse.

—Padre, no podéis hacer eso. ¡Todo cambiará!

—Ya he tomado la decisión. —Le volvió la espalda y alcanzó un libro de la mesa. Con ese gesto daba por concluida la conversación.

Susannah, con las rodillas temblorosas por la conmoción, regresó a la cocina.

Decididas a que la señora Poynter no pudiera encontrar pega alguna a lo que iba a convertirse en su nuevo hogar, Susannah y Jennet se pusieron manos a la obra con las tareas de la casa. Sin despegar los labios, barrieron y fregaron a fondo el vestíbulo, la escalera y el salón, y eliminaron la película de hollín que se depositaba continuamente en todas partes a causa de la carbonilla que flotaba en el aire.

Jennet, con las manos rojas y mojadas de restregar los cacharros de cocina, sacó las alfombras al patio y las vareó hasta que la nube de polvo se confundió con su aliento empañado por el frío. Susannah brillantó la vajilla con cola de caballo hasta que el peltre despidió el resplandor traslúcido del agua quieta bajo un cielo tormentoso. Abstraída en sus pensamientos, observó su reflejo mientras intentaba comprender por qué su padre deseaba introducir ese cambio en sus vidas. Le dolía en lo más profundo que él le hubiera ocultado su sentimiento de soledad. Ella creía que eran compañeros íntimos, sin secretos el uno para el otro.

A gatas, frotó las anchas tablas de madera de olmo del salón con un abrillantador elaborado por ella misma a base de cera de abeja y lavanda; su resentimiento se avivaba cada vez que pasaba el paño. ¿Quién era esa viuda cazafortunas que, en su temeridad, se creía capaz de ocupar el lugar de su madre? ¿Y por qué Harriet, la hija de esa intrusa, daba por hecho que podían ser amigas?

A la mañana siguiente Cornelius sacó un puñado de monedas del cofre que guardaba cerrado con llave en su alcoba y se las puso a Susannah en la mano.

—Es mi expreso deseo que no escatimes en la calidad de esta cena de celebración —dijo.

Susannah fijó la mirada en las monedas. Dudaba que hubiese gastado tanto en comida en todo el último mes. Instadas por lo general a la frugalidad, Jennet y Susannah hablaron detenidamente acerca de qué podían preparar mientras avanzaban

por la nieve en dirección al mercado. Al final acordaron que un pudín de ostras y ternera —por supuesto, según la receta especial de la madre de Susannah— tenía que ser el plato central del banquete.

Pasadas casi dos horas, regresaron con los cestos llenos de provisiones para el festín que Cornelius deseaba ofrecer a su futura esposa. Ateridas de frío, se descalzaron y encendieron el fuego. Susannah preparó la masa, aún tenía las manos frías, y Jennet puso el cordero a cocer y peló los nabos. Mientras Susannah amasaba, rogaba para sus adentros que su padre cambiara de idea sobre esa inoportuna boda.

Las ostras tardaron más en abrirse de lo que preveían y empezaron a preguntarse con preocupación si no habrían sido demasiado ambiciosas al elegir ese menú habida cuenta del tiempo de que disponían. Cuando las campanas de Santa Brígida dieron las tres menos cuarto, Susannah se quitó el delantal y dejó a Jennet la grasienta tarea de dar vueltas a los pollos en el espetón.

En el piso de arriba, Susannah se atavió con su mejor corpiño de seda verde y la falda con la enagua de damasco dorado. A continuación levantó la tapa de su cajita de marquetaría y sacó uno de los dos objetos más valiosos que poseía. Se puso la cadena de oro y besó el colgante de nácar de su madre, que le cayó sobre el pecho. El otro tesoro se encontraba también en la caja, envuelto en terciopelo azul: un retrato en miniatura de su madre. El artista la había reproducido bien, y ella lucía una sonrisa permanente, su rostro detenido para siempre en la juventud. Susannah volvió a sufrir el sentimiento familiar y doloroso de haber perdido a su madre demasiado pronto. ¿Cómo podía su padre plantearse siquiera sustituirla?

Se enjugó los ojos y supo que no podía demorarse más. Se miró al espejo. ¿Estaba presentable? Se mordisqueó los labios para devolverles el color. Como siempre, el pelo se le había rizado por los vapores de la cocina, y solo tuvo tiempo de atusárselo y prenderse la cofia de encaje antes de bajar a toda prisa al salón.

Cornelius, engalanado con su nueva peluca y su mejor chaqueta, miraba calle abajo.

—La señora Poynter llegará de un momento a otro —anunció—. Estás muy guapa, querida. Ese tono verde siempre te ha sentado bien; hace juego con tus ojos.

Susannah admitió para sí que era muy probable que tuviera los ojos más verdes que de costumbre a causa de los celos.

—Todo está a punto —anunció—. Jennet ha quemado un poco la carpa pero le he quitado la piel y la he bañado en una salsa de mantequilla y hierbas.

Un palanquín se detuvo ante la casa, y Cornelius se apartó de la ventana. Susannah, sin tantas contemplaciones, se quedó mirando con el corazón desbocado en espera de ver a su futura madrastra. Pero, para su decepción, la mujer iba envuelta en una capa oscura con capucha. Con paso delicado, avanzó hacia la puerta entre el aguanieve.

Abajo, los zuecos de Jennet resonaron en el vestíbulo.

Susannah contuvo unas repentinas náuseas y confió en que Jennet se hubiese

acordado de ponerse una cofia y un mandil limpios.

Cornelius, apoyado en la repisa de la chimenea, adoptó una estudiada postura de despreocupación y se arregló una vez más el encaje de los puños de la camisa.

Con las manos entrelazadas y temblorosas, Susannah aguardó mientras oía subir unas pisadas por la escalera.

La puerta se abrió.

Susannah contuvo la respiración. Era la joven indiscreta que había visitado la botica hacía unos días. La miró con expresión ceñuda.

—No sois quien esperaba ver —dijo—. ¿Sois Harriet? ¿Finalmente vuestra madre no ha podido venir? —Sintió un amago de enojo por todo el tiempo que Jennet y ella habían dedicado a preparar la casa y la cena, para que al final la futura esposa de su padre no se presentara.

La mujer enarcó sus cejas bien depiladas.

—Mi madre, que en paz descanse, murió hace cinco años.

Cornelius le tendió las manos, y ella le ofreció la mejilla empolvada para que la besase.

—Arabella, qué placer tenerte aquí entre nosotros —saludó.

—El placer es mío, mi querido Cornelius.

—Permíteme que te presente a mi hija, Susannah.

Perpleja, Susannah aceptó la mano pequeña y fría, esforzándose en conciliar su idea preconcebida —una viuda de cuarenta o incluso cincuenta y tantos años— con la imagen de aquella criatura juvenil, vestida con seda de color nomeolvides, que se hallaba ante ella. ¿Acaso su padre había perdido el juicio?

—Ya nos conocíamos, padre —informó Susannah.

—¿Y eso?

Arabella se sonrojó vivamente y pestañeó.

—Confieso que me dejé vencer por la curiosidad, querido Cornelius. El otro día vine a comprar una bagatela.

—¿Y por qué no preguntaste por mí?

—No estabas en casa, y como era antes de que me propusieras matrimonio, preferí no presentarme. Además, ¿qué podría haber dicho a nuestra querida Susannah sin que me tomara por una descarada?

La expresión de anhelo con que su padre miraba a Arabella violentó profundamente a Susannah.

—Me ha dicho mi padre que tenéis una hija —comentó Susannah para salvar la incómoda situación.

Arabella, sonriente, se volvió hacia ella, como si acabara de reparar en su presencia.

—Harriet es la mayor de mis tres hijos. Tiene ocho años y es un encanto de niña, como tú misma verás. Luego están los varones, Mathew y John, de seis y cuatro años respectivamente.

—Pero... —La sorpresa recorrió a Susannah como un río de agua helada. Ni en lo más remoto se le había pasado siquiera por la cabeza que los hijos de su futura madrastra estuvieran aún en la infancia y necesitaran con toda probabilidad vivir bajo el techo de su padre—. Pero ¿dónde demonios vamos a meterlos a todos?

—Seguro que ya nos las arreglaremos, ¿verdad, Cornelius? —Arabella le dirigió una sonrisa radiante.

—¡Claro que sí!

—Y tú, mi querida Susannah —dijo Arabella—, disfrutarás del placer de tener una hermanita y dos hermanos nuevos.

Susannah observó a su padre, que daba unas palmadas a Arabella en el brazo. ¡Esa mujer lo había hechizado! De pronto no resistía estar en la misma habitación que ellos dos.

—Iré a ver si la cena está lista —pretextó.

En la cocina, Jennet la miró con los ojos muy abiertos y dijo:

—No es como yo esperaba ni mucho menos.

—No, no lo es —convino Susannah, casi incapaz aún de asimilar ese giro en los acontecimientos. Ya era bastante desgracia que su padre quisiera una esposa; pero, para colmo, esa joven no era una compañera adecuada en absoluto.

Regresó al piso de arriba con los pollos asados en una fuente. En el umbral de la puerta vio a Arabella entre los brazos de su padre, jugueteando con los botones de su chaleco, y se detuvo, vacilante.

Cornelius se desprendió de Arabella, pero no miró a su hija cuando esta dejó la fuente en la mesa.

La cena fue un despliegue magnífico. Sirvieron la carpa guisada, el famoso pudín de ternera y ostras, el cordero cocido con nabos y zanahorias, tarta de manzana, membrillo confitado y un excelente queso. Apenas lo probaron. Cornelius, enamorado, no apartaba la mirada del rostro de Arabella, que sonreía como una boba, y Susannah, angustiada, empezaba a darse cuenta de lo mucho que cambiaría la vida en la casa.

—El sagrado matrimonio es un estado honorable que nadie debe asumir ni adoptar a la ligera, insensata o gratuitamente...

La voz del párroco resonaba con toda claridad, pero Susannah dejó vagar el pensamiento. Sentada en el primer banco de la iglesia de St Mary-le-Bow con un sombrero nuevo, escuchaba el frufú de las sedas de los fieles, tan incómodos vestidos con sus mejores galas, todos allí para presenciar la boda de su padre. Habían acudido casi todos sus amigos, así como unos cuantos pacientes agradecidos, médicos y boticarios. Aquellos con cierta predisposición al nerviosismo se habían abstenido de ir, para evitar las aglomeraciones por miedo al contagio de la peste. Los bancos del lado de la novia estaban en su mayor parte desocupados.

Su padre y Arabella se hallaban ante la barandilla del altar, y Susannah no podía, ni quería, hacer nada para cambiar el curso de los acontecimientos. Había recurrido ya a todos los razonamientos posibles para inducir a su padre a reflexionar, pero al final tuvo que aceptar que él se había enamorado de Arabella y, sin ella, sería infeliz.

Durante las semanas en que se leyeron las amonestaciones, Arabella cenó con ellos dos veces, y en una ocasión ella los invitó a la casa que tenía alquilada en Wood Street. Allí conocieron a sus hijos. Harriet, de cabello rubio y facciones delicadas, era una réplica en miniatura de su madre, y Susannah se preguntó si los dos niños, robustos y morenos, habrían salido a su difunto padre.

—Primero se dispuso que su misión era la procreación de los hijos, que serían educados en el temor de Dios y conforme a sus enseñanzas...

Susannah parpadeó ante las palabras del párroco. No se le había ocurrido siquiera la indecente idea de que su padre y Arabella pudieran tener hijos. Por más que la novia fuese joven, sin duda su padre era demasiado mayor, ¿o no? Ya era conmoción suficiente adquirir tres nuevos hermanastros sin la espantosa perspectiva de otros niños en el futuro.

—En segundo lugar se dispuso que fuera un remedio contra el pecado, y para evitar la fornicación...

Cerró los oídos a esto y, en silencio, entonó un salmo muy sonoro dentro de su cabeza. Le era imposible concebir la imagen de Arabella en camión, en la cama de su padre, sin sentir un profundo bochorno.

—En tercer lugar se dispuso que el uno contara con el otro, para ofrecerse compañía, ayuda y consuelo mutuos, tanto en la prosperidad como en la adversidad...

Susannah, para sus adentros, admitió con toda franqueza que sentía celos de Arabella por interponerse entre ella y su padre, pero quizá con el tiempo aprendieran

a congeniar. En definitiva, no había ningún motivo para que su padre y ella pusieran fin a sus gratas veladas de lectura mutua; el único cambio sería que Arabella estaría sentada al otro lado de la chimenea.

—¿Quién entrega a esta mujer en matrimonio a este hombre?

El hermano de Arabella dio un paso atrás. El párroco colocó la mano de ella en la de Cornelius.

Y así quedó fraguado el matrimonio.

El banquete nupcial se celebró en el Crown and Cushion de Thames Street, y en cuanto los locuaces invitados estuvieron sentados, Richard Berry, que había oficiado como padrino de Cornelius, golpeó la mesa con el cuchillo.

—¡Ruego silencio para la tarta! —exclamó. Volvió su rostro rubicundo hacia Cornelius, casi incapaz de contener su júbilo—. Este es mi regalo para vosotros. Espero que os divierta.

El violinista inició una alegre melodía y dos camareras entraron una enorme tarta en una bandeja sostenida en equilibrio sobre los hombros. Richard Berry ejecutó unos pasos de baile mientras ellas colocaban la tarta con mucha ceremonia en la mesa ante el novio.

Cornelius hundió el cuchillo en la tarta, y todos ahogaron exclamaciones; de pronto se echaron a reír al ver que, a través de la corteza, surgía una bandada de palomas. Espantadas por el ruido, revolotearon desperdigando migas y, peor aún, salpicando a los allí presentes.

Siguió un momento de caos. Mathew, histérico, rompió a gritar cuando vio que su madre, asustada, agitaba el pañuelo para ahuyentar a las aves y emitía penetrantes chillidos. Uno de los invitados se acercó con un frasco de sales, pero por lo visto Arabella, al advertir con placer que era el centro de atención, prefirió no dejarse calmar y, sollozando, se arrojó sobre el hombro de su marido.

Susannah reconoció al hombre que intentó atender a Arabella: era el doctor Ambrose, con una indumentaria demasiado sobria para una boda.

—¿Qué tal está aquel paciente vuestro, el del cálculo en la vejiga? —preguntó.

—La receta de vuestro padre es eficaz.

—¿Más eficaz que las sales para auxiliar a mi nueva madrastra?

—Eso parece.

El doctor Ambrose se dio media vuelta, pero no antes de que Susannah vislumbrara un sorprendente amago de sonrisa en sus ojos oscuros.

Para entonces Arabella ya se había tranquilizado un poco y recibía el consuelo de su reciente marido, quien con esmero le limpiaba una salpicadura de excrementos de paloma que había ido a parar entre sus bucles dorados. Si bien Cornelius le aseguró que ese era un buen augurio, ella no se dejó convencer.

El Crown and Cushion era famoso por la calidad de su vino y su cerveza, y la concurrencia acabó muy alegre. Susannah se retiró a la antesala, se sentó en un banco de respaldo alto junto al fuego y cerró los ojos en un intento de no pensar en los últimos acontecimientos.

Arrancada del sueño al cabo de un rato por unas voces, asomó desde detrás del banco y vio entrar en la antesala a su padre, seguido de Richard Berry.

—¿Qué, viejo? ¿Reservando la energía para la noche de bodas? —preguntó Richard, hincándole el codo a su amigo en las costillas.

—Bien sabe Dios que Arabella ha despertado mis sentidos de un modo que ya no consideraba posible —contestó Cornelius—. No quiero pasar los próximos once años en el celibato como he pasado los once últimos. Y ya estoy demasiado viejo para arriesgarme a contraer la sífilis con una ramera de Smithfield.

Susannah se llevó la mano a la boca y se encogió en su escondrijo.

—Y os habéis quedado prendado de la nueva señora Leyton, con su tez blanca como la nieve, ¿no es así? No os lo echo en cara. —Richard exhaló un suspiro—. ¡Ay, la carne joven! A veces sueño con eso. Pero me doy por satisfecho con mi vieja Bridie, aunque haya perdido algún que otro diente y se le haya ensanchado la cintura. Todavía se arrima bien a mí y me da calor en las frías noches de invierno.

—Bridie es una buena mujer. Mi Elizabeth le tenía mucho aprecio.

—¡En fin! Pero debemos disfrutar mientras todavía podemos —afirmó Richard—. A saber cuándo se nos llevará el Espectro de la Peste. Un estornudo, y al día siguiente puedes estar muerto. ¡Venga, vivamos el presente!

Ya había oscurecido cuando la comitiva nupcial abandonó el Crown and Cushion. Desfiló por Fleet Street con Richard Berry dando brincos en cabeza. Varios miembros del grupo caminaban con paso perceptiblemente inestable y cantaban levantando la voz más de lo que se consideraba correcto. Cuando el séquito llegó a la botica, se requirió un tiempo para despedir a los ruidosos acompañantes empeñados en desearles felicidad, y para entonces los hijos de Arabella ya estaban cansados e inquietos.

Susannah había preparado la alcoba de su hermano Tom para ellos. Siempre había conservado la esperanza de que él volviera de Virginia, donde era aprendiz desde los catorce años. Pero mientras ponía sábanas limpias en la cama, la había entristecido aceptar por fin que era poco probable que eso ocurriera y que estos otros niños serían quienes ocuparan la habitación en su lugar.

Tenía poca experiencia con niños, agotados o no, y fue una revelación para ella descubrir lo mucho que uno podía tardar en acostarlos cuando ellos se resistían a dormirse. Arabella los dispuso en la cama orientados en direcciones opuestas y los escuchó decir sus oraciones. Las sombras de los rincones de esa alcoba desconocida

los atemorizaron, y se pusieron a gritar cuando el viejo gato atigrado se acercó a investigar. Arabella los besó en las mejillas, les prometió que esa malévol criatura no les mordisquearía los dedos de los pies mientras dormían y propuso que su nueva hermana les contara un cuento. Les sonrió con ternura y les dio las buenas noches.

Susannah se quedó mirando a los niños, que le devolvieron la mirada. Con un suspiro, intentó recordar los cuentos que su madre le contaba a la hora de irse a dormir cuando era pequeña.

Al cabo de un buen rato, los niños empezaron a entornar los párpados y se quedaron en silencio. Extenuada, Susannah se retiró al salón para reunirse con los recién casados.

—¡Qué día tan jubiloso! —exclamó Cornelius, sin dejar de avivar el fuego hasta que ardió con intensidad.

—¡Jubiloso! —repitió Arabella con una mueca—. Pero, claro, me olvidaba: a ti no te han atacado y ensuciado unas aves salvajes. No me ha gustado nada de nada ese amigo tan vulgar tuyo, ese Richard Berry.

Susannah dio un respingo por el dolor que pudiera sentir su padre ante esa pulla, pero él pareció no inmutarse.

—Vamos, querida, era solo una broma. —Tomó la mano de su esposa y le besó los dedos uno a uno.

Arabella hizo un gesto de desdén, y los tres se quedaron allí sentados junto al fuego en incómodo silencio.

Susannah puso cara de sorpresa al advertir que Arabella, con la mirada fija en las llamas, se enjugaba los ojos con un pañuelo. ¿No debería sentirse feliz ahora que había atrapado a su padre y se había asegurado el futuro? Pero ¿y el futuro de Susannah? ¿Qué cambios introduciría su madrastra en la organización doméstica?

Arabella, a la que le temblaba el mentón, retorció el pañuelo en su regazo.

—Así que ahora soy la señora Leyton —comentó.

—¡Cierto que lo eres! —Cornelius le dirigió una sonrisa alentadora.

Arabella no contestó.

—Le he pedido a Jennet que nos traiga una jarra de vino de malvasía del sótano —dijo Susannah al cabo de un rato—. Y una cena ligera, solo pan con fiambre, porque ya hemos disfrutado de una buena comida. —Sabía que hablaba más de la cuenta en su esfuerzo para llenar el molesto silencio, y sintió alivio cuando Jennet entró para poner la mesa.

—¡Un brindis por la hermosa novia! —exclamó Cornelius con la copa en alto.

Susannah se obligó a sonreír.

Arabella se pavoneó.

—Tendré que arreglarme con lo que hay —dijo, y volvió la paz.

Una vez retirados los platos de la cena, Susannah sacó de la estantería un libro de poesía de Donne. Dio por supuesto que los poemas de Catulo, en su versión latina original, no serían del agrado de Arabella.

—¿Leéis vos primero, padre? —Le ofreció el libro.

Él lo aceptó, pero lo dejó con parsimonia en la mesa.

—Después del día que hemos tenido debes de estar cansada, Susannah. ¿Seguro que no te apetece retirarte ya?

—¡Nada más lejos! Tenía muchas ganas de reanudar nuestra charla sobre *Astraea Redux*.

—Me temo que no podrá ser, Susannah.

—¿Preferís leer otra cosa?

—Esta noche no. ¿Seguro que no estás cansada?

Tendió la mano hacia uno de los sedosos tirabuzones de Arabella y se lo enrolló con delicadeza en torno a los dedos.

—¡Ah! Ya entiendo. —Y así era. Observó a su padre mientras este soltaba el tirabuzón sobre el hombro desnudo de su madrastra y posaba la mano por un momento en su piel blanca.

Arabella lo miró de soslayo por entre las pestañas.

Susannah recordó los comentarios de complicidad de Richard Berry y sintió una llamarada de calor en el rostro. De pronto estaba impaciente por marcharse del salón. Retirarse al piso de arriba demasiado temprano era en todo caso preferible a ver a su padre y Arabella mirarse amartelados.

Ya arriba, no llevaba en su cama más de un minuto cuando oyó crujir la escalera. Siguieron unos susurros y una risita ahogada, y poco después el ruido metálico del pasador de la alcoba de su padre y el chasquido de la puerta al cerrarse. La vieja casa tenía las paredes delgadas, y Susannah oyó movimiento hasta que al cabo de un rato cesó el murmullo de voces.

En la oscuridad, con los ojos muy abiertos, procuró no oír los suspiros y el jadeo de su padre mientras hacía el amor, y se sintió más sola que nunca desde la muerte de su madre.

Se había tapado la cabeza con la almohada para acallar el rítmico golpeteo de la cama contra la pared cuando de repente la sobresaltó el gemido de un niño. El golpeteo se interrumpió, pero el gemido subió de volumen, y se oyó protestar a Arabella. Ya incapaz de contenerse, Susannah fue a investigar.

Mathew, enrojecido, vociferaba, y su hermano lo reprendía. Harriet, acurrucada en un rincón de la habitación, gimoteaba.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Susannah.

—Mathew ha vuelto a orinarse en la cama —se quejó John—, y además me ha mojado el camisón.

Cornelius apareció en el umbral de la puerta con los labios apretados en una fina línea.

—Susannah, ¿puedes ocuparte de los niños?

Ella notó que él tenía el camisón del revés y no llevaba el gorro de noche.

—¿No preferirá atenderlos Arabella? —preguntó.

—Deseo que Arabella descanse.

—¡Pero hay que cambiar las sábanas!

—Llama a Jennet, pues. —Sin pronunciar más palabra, Cornelius volvió apresuradamente al lecho conyugal.

Susannah no vio necesidad de molestar también a Jennet. Con los dientes apretados, retiró la ropa mojada y volvió a hacer la cama, remitió bien las sábanas en las esquinas y estiró la colcha. Con firmeza, mandó a los chicos de vuelta a la cama, pero Harriet se negó en redondo a acompañarlos. Incapaz de afrontar una pugna de voluntades, Susannah se llevó a la niña a su propia cama y se quedó dormida con un anguloso codo clavado en la espalda.

Por la mañana unos rápidos pasos, acompañados de ruidosas carcajadas, llegaron de la habitación de los niños; poco después se oyó un portazo tal que la casa tembló hasta los mismísimos cimientos.

Harriet le dio un puntapié en la espinilla.

—¡Levanta! Tengo hambre.

—¿Es que tu madre no te ha enseñado modales? —replicó Susannah.

Harriet le sacó la lengua y abandonó la cama de un salto antes de que Susannah pudiera detenerla.

Susannah se levantó y tuvo que frotarse los moratones de la espalda. La puerta de la habitación de su padre permanecía firmemente cerrada. Descubrió en el pasillo una estela de plumas, y cuando llegó a la alcoba de los niños, contuvo un grito. Una lluvia de plumón cubría la habitación entera. No había ni rastro de las fundas de almohada vacías ni de los autores de la fechoría.

Era ya media mañana cuando Cornelius y Arabella bajaron a desayunar. Para entonces, los niños se habían acabado el pan, habían atormentado al gato y habían desparramado el carbón por el suelo del salón.

—¡Queridos míos! Venid a dar un beso a vuestra madre —dijo Arabella.

—Se han portado muy mal —se quejó Susannah, casi en el límite de su paciencia.

—¡Tonterías! Lo que pasa es que tienen mucha vitalidad. ¿No podrías entretenerlos un rato? Vamos, niños, dad los buenos días a vuestro nuevo padre.

Susannah, asombrada, vio a los pequeños demonios acercarse uno tras otro a Cornelius y saludarlo con una reverencia. No se sorprendió, no obstante, cuando unos minutos después vio a John sacar la lengua a espaldas de su padre.

—Susannah —dijo Arabella después de desayunar una jarra de cerveza y un poco de tarta de angulas rancia—. Quiero las llaves de la casa y los libros de cuentas, si eres tan amable.

—¿Cómo decís?

—Las llaves. Y las cuentas. Como es natural, asumiré el control de los asuntos domésticos.

Susannah, incrédula, se echó a reír.

—¡Pero si he llevado yo el control de esta casa desde los quince años!

—Aquí solo puede llevar el control una persona, y yo soy la esposa de tu padre.
—Arabella alzó su barbilla pequeña y puntiaguda.

—¿Padre? —Susannah se volvió hacia Cornelius—. No querréis quitarme las llaves, ¿verdad?

—Querida mía, claro que debes entregárselas a Arabella.

—Pero... —Susannah, consternada ante la traición de su padre, se quedó sin habla.

—Puedes ayudar a Arabella hasta que ella vea cómo va todo.

—No será necesario, Cornelius. Tengo mi propia manera de hacer las cosas.

—Como deseas, querida mía.

Susannah lo observó dar un beso a la novia en la coronilla y, al reparar en su estúpida expresión de adoración, se le revolvió el estómago como si acabara de comer carne pasada.

Arabella tendió la mano hacia Susannah con un destello triunfal en los ojos, azules como el hielo.

Temblando de rabia y aflicción en igual medida, Susannah se desprendió el *chatelaine* de su madre de la cintura y con marcada calma le entregó las llaves.

—Empezaré por inspeccionar los armarios de la despensa —anunció Arabella—. No tengo intención de desayunar tarta rancia todas las mañanas.

—Eso no habría sido necesario si vuestros hijos, los muy glotones, no se hubiesen acabado el pan —replicó Susannah, aguijoneada por la injusticia del comentario.

—Veo que tienes mucho que aprender —respondió Arabella con una sonrisa pétrea—. Claro, no cabe esperar que una solterona sin hijos como tú sepa administrar un hogar. Los niños crecen deprisa y siempre tiene que haber pan de sobra.

—Había pan de sobra. Vuestros hijos han comido hasta saciarse y luego le han tirado el resto a *Tibby*; al final la pobre, aterrorizada, ha escapado por la chimenea y se ha quemado la cola. Quizá seáis vos quien tiene algo que aprender sobre cómo controlar a los hijos. —Susannah cerró los puños a medida que su disgusto se convertía en mal genio.

—¡Cornelius! —Arabella, con los labios trémulos, apeló a su marido—. ¿No irás a permitir que tu hija me insulte de esta manera?

—Debo ir a atender la tienda —respondió Cornelius a la vez que se retiraba—. No puede dejarse solo a Ned mucho tiempo. —Salió precipitadamente.

En lo más hondo de su pecho, Susannah sintió el peso duro y frío de la incredulidad. ¿Cómo era posible que su querido padre, su compañero durante tantos años, se desentendiera tan de repente de ella?

Arabella esperó a que se cerrara la puerta y, en jarras, se volvió hacia Susannah con una mirada colérica.

—No te enfrentes a mí —prorrumpió—, o te arrepentirás. No he llegado hasta este punto para permitir que una señoritinga envarada como tú se interponga en mi camino. Te advierto desde ahora que si quieres seguir bajo este techo más te vale

obedecer. No toleraré tus rabietas. ¿Queda claro?

Susannah enmudeció, atónita al oír a otra mujer, allí en su propia casa, vociferar como una pescadera.

—Bien sabe Dios que todo es ya bastante difícil sin necesidad de eso —masculló Arabella a la vez que daba la espalda a Susannah.

Tambaleante en su pesadumbre, Susannah se apresuró a salir del salón.

Pocas semanas después Susannah visitó a Martha.

Martha, embarazada de seis meses y tan redonda y pulcra como una tórtola, la hizo pasar al salón.

—Es todo mucho peor de lo que habría podido imaginar —explicó Susannah, al tiempo que ladeaba la cabeza para escuchar los gritos y las ruidosas pisadas en el piso de arriba. Se había visto obligada a llevar a Mathew, John y Harriet consigo porque Arabella se había declarado demasiado ocupada para encargarse de ellos, y ahora causaban estragos arriba, peleándose con los hijos de Martha.

—¿No puedes convencer a tu padre para que cambie de idea y permita a tu madrastra contratar a una niñera? —preguntó Martha. Allí sentada, con los pies apoyados en un escabel, remendaba una camisa de su marido.

—No tenemos espacio para otra criada. La casa ya está a rebosar. Además, mi padre insiste en que no ve la necesidad, y Arabella, mientras pueda endosarnos los niños a la pobre Jennet o a mí, tampoco necesita una niñera. —Susannah ardía de indignación—. Mi padre enseguida cambiaría de idea si tuviera que ocuparse de ellos él mismo. No imaginaba que los niños pudieran ser tan desobedientes.

Martha se encogió de hombros.

—Debe enseñárseles a respetar a sus mayores desde el principio.

—Arabella no consiente el uso de la vara.

—Entonces me temo que tienes un camino arduo por delante.

—Los niños no son el único problema. —Susannah percibió el temblor en su propia voz y parpadeó para contener las lágrimas—. Arabella pidió un virginal, y mi padre fue derecho a comprárselo. Yo, de niña, siempre quise aprender a tocarlo, pero él decía que era un gasto superfluo. Ahora se sienta junto a ella todas las noches mirándole el escote y acariciándole los hombros mientras toca.

—Están recién casados, Susannah. Quizá deberías pasar más tiempo con tus amigas y dejarlos solos.

—¿Qué amigas? Aparte de ti, claro está. Siempre he pasado el tiempo libre con mi padre.

—Entonces ya va siendo hora de que hagas más amistades propias.

—¿Y cómo pretendes que las haga? Me paso el día en la tienda o al cuidado de esos granujas. No voy a vagar por las calles de noche en busca de amigos o a entrar

sola en las tabernas, ¿no crees? —Se frotó los ojos, que le escocían a causa del cansancio—. Harriet se ha instalado en mi cama y me mata a patadas. Y se espera de mí que me levante por la noche a cambiar las sábanas de la otra cama. A estas alturas Mathew ya no debería orinarse de noche, digo yo.

—Debes recordar que ha perdido a su padre y se ha mudado a una casa nueva, lo cual quizá lo haya alterado. —Martha alargó el brazo para darle un apretón en la mano—. ¡Pobre Susannah! Cargas con todos los agobios del matrimonio y los hijos sin ninguna de sus alegrías.

Al ver que era objeto de la compasión de Martha, Susannah se vino abajo.

—Es esa veneración con que mi padre la mira —dijo llorando—. No para de tocarla y besarla, y tengo la sensación de que mi presencia es siempre un estorbo para ellos. Ahora ya no le sirvo para nada.

—Necesitan pasar tiempo juntos para conocerse.

—Pero hace semanas que no vamos al teatro ni a ninguna conferencia en el Gresham College. Mi padre ya nunca quiere leer conmigo ni mantenemos conversaciones interesantes. Siempre nos interrumpe Arabella con su parloteo sobre el color de las cintas con que se adornará el sombrero o alguna otra trivialidad semejante. Y él la escucha como si sus palabras fueran lo más fascinante de toda la ciudad. Yo solo quiero que las cosas vuelvan a ser como antes de llegar ella —concluyó entre sollozos.

—Todos los hombres pierden la razón cuando sucumben al deseo. Eso no durará eternamente. —Una expresión de melancolía asomó a los ojos color avellana de Martha—. Nunca dura, ni siquiera en un matrimonio por amor.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? No te imaginas lo mal que lo paso.

—Las mujeres sufrimos a menudo en la vida, y hay que aceptarlo como la voluntad de Dios...

—Por favor, Martha, no me vengas ahora con esos sermones puritanos.

—Puritanos o no, en esta vida una mujer solo tiene tres opciones, Susannah. —Dejó a un lado la labor y entrelazó las manos sobre su vientre redondo—. Puedes someterte a tu familia; puedes buscar un puesto de sirvienta en otra casa, o puedes buscarte tú misma un marido.

—¡No consentiré que Arabella me eche de mi casa! Además, ¿adónde iría?

—Si te casaras, serías la señora de tu propia casa.

—¡No puedo casarme!

—Claro que puedes.

—¿Después de lo que le pasó a mi madre? —Susannah tragó saliva y trató de apartar de su mente esos horribles recuerdos.

Martha dejó escapar un suspiro.

—Lo de tu madre fue una verdadera desgracia, pero eso no significa en modo alguno que la historia deba repetirse contigo.

—Aunque estuviera dispuesta a contraer matrimonio, no tengo pretendientes.

—¡Cómo vas a tenerlos! —exclamó Martha, perdiendo por fin la paciencia—. Y ya casi es demasiado tarde. Has dejado atrás la primera juventud y a lo largo de los años tu padre y tú habéis ahuyentado a todos los posibles pretendientes para poder seguir en vuestro pequeño y seguro mundo libresco. Y ahora te sorprende que él se haya interesado por otra persona. Si tan decidida estás a eludir el matrimonio, debes tener en cuenta que si entras a servir en otra casa, quizá no te traten bien.

—¿Tengo, pues, que ser la criada de Arabella en mi propia casa? —A Susannah le ardía la cara de rabia.

—Tu padre te ha malcriado, y has olvidado cuál es tu lugar en el mundo.

—¿Malcriado? ¿A mí? —Susannah no sabía qué la disgustaba más: la acusación, o ver tanto resentimiento en el semblante por lo general sereno de su amiga.

—¡No lo niegues! ¿Qué necesidad tiene una mujer de leer poesía latina u opinar de política? Tu padre te ha consentido muchos caprichos desde que murió tu madre.

—¡Eso no es verdad!

—¡Sí es verdad! —Martha le dirigió una mirada iracunda.

Susannah se la devolvió, consternada ante tal animadversión.

Arriba se oyó el chillido de un niño enrabiado, seguido de un golpe y sonoros lamentos. La cólera bullía en el interior de Susannah cuando corrió escalera arriba para castigar a esos bribones. ¿Acaso nunca en la vida recuperaría su anterior estado de orden y satisfacción?

Jennet tenía enrojecido el rostro picado de viruela a causa del esfuerzo de remover la colada en el barreño con las varas.

—Ya me gustaría a mí ver a la señora lavar las sábanas alguna vez —musitó a Susannah mientras vertía otro cubo de agua.

—¡Ja! —exclamó Susannah—. No cabe esperar que una dama tan refinada se ensucie las manos con el trabajo de una criada, ¿no crees?

En la cocina hacía un calor sofocante y el vapor empañaba el aire, y la sola idea de sacar la ropa empapada y tenderla a secar aumentaba su agotamiento.

—¿Una dama refinada? —Jennet soltó un resoplido—. Se le escapó que era de Shoreditch, como yo. En Shoreditch no hay damas refinadas.

Hacía tres meses que ese tornado que eran Arabella y sus hijos había entrado por la puerta de la casa. Lavar las sábanas se había convertido en una parte mucho más ardua e ingrata de la rutina doméstica. Además de orinarse en la cama casi todas las noches, los niños ensuciaban sus propias prendas con monótona regularidad y Arabella se negaba a ponerse la misma camisola interior durante más de tres días seguidos. Susannah no habría tenido inconveniente si su madrastra al menos hubiese colaborado en la pesada tarea de la colada, pero su participación en las labores domésticas se reducía a encontrar pegas al trabajo de los demás. Cuando Susannah propuso mandar la colada a la lavandería, Arabella no quiso ni oír hablar.

—¡Tonterías! ¿Qué son unas insignificantes prendas infantiles añadidas a la colada habitual?

—No son solo sus prendas; están también las sábanas.

—¿Ha vuelto a quejarse esa criada?

—Jennet trabaja mucho —protestó Susannah—. Esta mañana se ha levantado a las cuatro para poner la ropa a remojo.

—Para eso le pagamos, ¿no? Si encuentro el menor motivo para sospechar que holgazanea...

—Jennet lleva con la familia desde que tengo memoria, y jamás ha holgazaneado.

Era la verdad. La madre de Susannah le había dicho que era sensato elegir a una criada con la cara estropeada por la viruela, porque trabajaría con ahínco y agradecería tener un empleo, y Jennet, con el paso de los años, se había convertido en un miembro muy querido de la casa.

—Tu padre es muy tacaño con el dinero que destina al mantenimiento de la casa, y yo no puedo tolerar que las criadas se queden cruzadas de brazos mientras la colada se manda a una lavandería. —Arabella mantenía los labios fijos en una mueca de

descontento—. Según parece, Cornelius muestra poca disposición a gastar su dinero en nada, salvo en esos libros que lee, mientras yo me veo obligada a vestir ropa que se cae en pedazos de tanto usarla. ¡Tu padre me llevó al altar con engaños! Me aseguró que era un hombre acaudalado y me repitió hasta la saciedad que no me faltaría de nada; sin embargo, ahora que me tiene en su cama, la cosa es muy distinta, ¿verdad que sí? Yo habría pensado que a él no le gustaría que sus conocidos me vieran en tan lamentable estado, paseándome con un remiendo en el dobladillo.

Susannah había oído grandes voces la noche anterior cuando Arabella suplicaba a Cornelius un vestido nuevo de seda amarilla. Ella sonrió para sí con lúgubre satisfacción mientras ayudaba a Jennet a llevar agua caliente del fuego a la cuba. Al menos su madrastra no había ganado esa batalla en particular, se dijo, mientras se apartaba de un soplido un mechón de pelo húmedo de la cara. Se detuvo a descansar por un momento en la puerta de la cocina y observó a los niños jugar en el patio. El viento caliente de junio pasaba por encima de la tapia, cargado del hedor del Támesis procedente de Blackfriars, y no pudo evitar preguntarse si traería consigo la enfermedad. La peste y la fiebre maculosa se habían cebado en la parroquia de St. Giles. Desde la primavera enterraban a unas veinticinco personas cada semana, y a principios de mayo se había propagado a las parroquias de San Andrés y San Clemente Danés antes de llegar al centro. Hacía solo una semana, al abatirse sobre ellos el calor fétido del verano, Susannah había visto una casa en Drury Lane cerrada y con una cruz roja pintada en la puerta. Estremecida, imaginó la penosa situación de aquellos encerrados dentro de la casa, abandonados allí en espera de una muerte atroz, sin otra herencia para su familia que el contagio. Siempre había amado la ciudad, pero anhelaba cada vez más el aire puro del campo.

Los niños, aún más pendencieros a causa del calor y el bochorno, por fin se habían dormido, y Susannah, Cornelius y Arabella se habían retirado al salón. El bullicio de la calle entraba por la ventana abierta junto con el aire húmedo. Susannah se había aflojado con disimulo los cordones del corpiño, pero sentía aún sofocos debido al opresivo calor.

Arabella se paseaba de aquí para allá, casi imposibilitando a Cornelius y Susannah concentrarse en su lectura.

—¡Cornelius, te lo ruego! —Se arrodilló a sus pies, con las manos entrelazadas coquetamente bajo su barbilla en forma de corazón.

Él colocó la marca en su libro de sonetos, y Susannah advirtió que toda expresión desaparecía de su rostro, sonrojado y resplandeciente por el calor.

—Arabella, ya te he explicado varias veces, que no puedo trasladar mi negocio así sin más, para marcharnos todos al campo —dijo.

—¡Tienes que hacerlo!

—Ni hablar. Nunca habíamos tenido tanta clientela en la tienda, y ganamos un buen dinero. Además, ¿adónde iríamos?

—¡A cualquier sitio! —Se irguió bruscamente y se quedó en jarras ante él—. ¿Tan egoísta eres que no ves que pones en peligro la salud de tu esposa y mis hijos si nos quedamos?

Susannah notó que las preocupaciones de su madrastra no la incluían a ella, pero se sintió obligada a salir en defensa de la decisión de su padre.

—Hacemos todo lo posible por minimizar los riesgos, Arabella —adujo—. Cada mañana limpio el mostrador con vinagre. Nos ponemos esponjas empapadas en vinagre ante la nariz para evitar los malos humores cuando hablamos con los clientes y nunca nos acercamos demasiado a ellos. Y como sabes, preparo a diario una infusión de ruda y ajeno para todos nosotros.

—¡Ah, sí, ese brebaje amargo y asqueroso! ¿Cómo van a beber los niños una cosa así? Y todas las personas que entran en la tienda pueden ser portadoras del mal. Este calor engendra enfermedad.

—Debes comprender, querida mía —intervino Cornelius— que aquí no solo puedo ser útil a los enfermos, sino que también puedo proporcionar consejo y remedios preventivos a quienes están bien. —Tendió la mano hacia la de su esposa, pero ella la apartó.

—¿Y cómo vas a ser útil para nosotros si la peste se te lleva? Ya he perdido a un marido y no sabes lo que es verse arrojada al mundo con hijos y sin medios con que mantenerse. Es puro egoísmo por tu parte, eso es. —Arabella adoptó un tono claramente malicioso—. Bueno, solo te diré una cosa: no esperes que arriesgue mi vida compartiendo la cama contigo, Cornelius Leyton. De ahora en adelante dormiré con los niños.

—¡Cálmate, querida mía!

Arabella abandonó airada el salón y cerró de un portazo.

Cornelius se masajeó el caballete de la nariz y exhaló un suspiro.

Susannah se puso en pie y se acercó a la ventana con la esperanza de sentir un soplo de brisa. El sol ya se ponía y el aire sofocante de la ciudad flotaba denso y maloliente sobre la calle.

—¿Estoy equivocado, Susannah? ¿Crees que deberíamos huir al campo?

Ella vaciló. La desdicha de su padre la entristecía, pero una parte pequeña y ruin de ella esperaba que eso le abriera los ojos al egoísmo de Arabella.

—¿Cómo vamos a marcharnos? —dijo—. Aquí nos necesitan. Ya se han ido muchos boticarios. —Un escalofrío le descendió por la espalda—. O han muerto.

Cornelius apoyó el mentón en lo alto de la cabeza de Susannah mientras ambos observaban el cielo cada vez más oscuro por la ventana.

—Padre, ¿podéis prescindir de Ned para que vaya al patio y entretenga a Mathew y John un rato? Me he pasado toda la mañana haciendo de niñera y hay mucho trabajo pendiente en la rebotica.

—¿Dónde está tu madrastra?

—Acostada por una migraña, en camisón —contestó Susannah—. Una vez más. No comerá con nosotros; ha pedido a Jennet que le suba una bandeja a las tres.

Cornelius dejó escapar un suspiro.

—Ya veo. En ese caso..., Ned, ¿harás lo que pide Susannah?

—Sí, maese. —Ned, que en ese momento hervía unas malolientes raíces y unas hierbas trituradas para una cataplasma, huyó lo más rápido posible. Poco más que un niño él mismo, para él no representaba un gran esfuerzo jugar a la rayuela o al aro durante unas horas.

—Subiré a ver a Arabella —dijo Cornelius—. Ayer no vino a misa. Esto no puede seguir así.

Dado que Arabella se negaba a hablar con su marido desde hacía una semana, Susannah se preguntó si permitiría siquiera a Cornelius entrar en su alcoba. Arabella la había sorprendido con su capacidad para mantener un enfado durante tanto tiempo, y más considerando que compartía cama con Mathew. Susannah había creído erróneamente que unas cuantas noches mojada acelerarían su regreso al lecho conyugal.

Aunque los niños la ponían a prueba en grado sumo, Susannah no les deseaba ningún mal y le preocupaba que se negaran a tomar la infusión que ella preparaba para prevenir la peste. Hacía lo posible para mejorar el brebaje. Había dejado toda la noche ajeno y ruda macerándose en cerveza, y ahora añadió el zumo de un limón en el líquido colado. Bebió una cucharada, y aunque estaba menos amargo que de costumbre, le pareció poco probable que los niños advirtieran la mejoría.

Sonó la campanilla de la tienda; Susannah alzó la vista y contuvo el aliento al ver en la puerta una figura alta vestida con una capa y un sombrero negros. Empuñaba un largo bastón, pintado de rojo, y llevaba una máscara blanca rostrada que recordaba una temible ave de rapiña. Su quedó pasmada mirándolo fijamente hasta que él habló.

—Señorita Leyton. —Entró y apoyó el bastón en el mostrador.

—¿Doctor Ambrose? ¿Sois vos? Me habéis asustado.

Para su sorpresa, tras el alivio —o supuso que era alivio— experimentado al reconocerlo, se le aceleró el corazón.

Él se llevó las manos detrás de las orejas y se desató los cordones que sujetaban la máscara.

—No es mi intención asustar a nadie. Llevo esta máscara como medida de precaución contra el contagio cuando visito a los enfermos. —Dio la vuelta a la

máscara y extrajo una pequeña bolsa de muselina llena de carbón y hierbas—. Esto es para filtrar el aire que respiro y llevo botas de caña alta y esta gruesa capa para protegerme.

—¡Va a daros un golpe de calor! Y con ese aspecto tan aterrador seguro que todo aquel que se cruce con vos por la calle se da media vuelta y huye despavorido.

—¿Está vuestro padre?

—Está atendiendo a mi madrastra. ¿Puedo ayudaros yo?

—No es un asunto médico.

Susannah contuvo la sonrisa, complacida al ver que aparentemente él daba por hecho que ella entendía de esas cuestiones.

El doctor Ambrose desplazó el peso del cuerpo de un pie a otro, y Susannah se preguntó cuál debía de ser el motivo de tanta inquietud.

—Mi primo Henry ha llegado de Barbados —dijo—. Tiene la intención de poner en marcha su propio negocio de importación y me ha pedido que le presente a personas que puedan estar interesadas en su empresa. Cuenta con vender azúcar, ron y tabaco llegados directamente de la plantación de su padre. Sé que entre vuestras existencias se incluyen esas mercancías.

—¿Queréis que le diga a mi padre que traeréis a vuestro primo la próxima vez que nos visitéis? Si sus precios son competitivos, seguro que mi padre hablará de negocios con él encantado. Entretanto, ¿podrías quizá asesorarme?

—Estoy a vuestra disposición.

—Los niños se niegan a beber la infusión que he preparado para prevenir la peste. Dicen que es muy amarga y se resisten a beberla sin atenerse a razones.

El rostro del doctor Ambrose se iluminó por un momento, y Susannah pensó que parecía otro hombre cuando se sacudía su habitual expresión acre y sombría.

—Tenéis la respuesta justo delante de vos —dijo. Señaló el cono de azúcar del mostrador—. Por lo que yo he visto, los niños se beben hasta la medicina más repugnante si está bien endulzada.

—¡Es una respuesta tan obvia que me enfado conmigo misma por no haberlo pensado antes!

—Hay otro remedio que suele dar resultado. Untad un poco de pan tostado con abundante melaza o miel y echad por encima hojas de ruda trituradas. Os prometo que los niños no se pueden resistir a eso, y volará en un santiamén.

—Puede que lo pruebe yo misma. Es difícil hacer frente al ajenjo en ayunas, ¿no os parece?

El doctor Ambrose permitió que una parca sonrisa asomase a su cara.

—Y le pediré a mi padre que anote la receta en sus diarios.

Nada más desaparecer el médico calle abajo, Susannah oyó a su padre y Arabella en la escalera. Los dos se deshacían en sonrisas, y Susannah no supo bien si alegrarse o no de verlos agarrados del brazo.

—Susannah, querida, Arabella se ha recuperado lo suficiente para comer con

nosotros.

Mientras comían empanada de cordero y zanahorias hervidas, Susannah vio con toda claridad que su madrastra había realizado su último mayor deseo. Cornelius al final había admitido que no deseaba que sus amigos lo consideraran un tacaño y que el vestido de seda amarillo ansiado por Arabella era del todo necesario para el bienestar de ella y la reputación de él. Su migraña desapareció al instante, y su pánico a contraer la peste no la disuadió de visitar a su modista esa misma tarde. Esa noche regresó al lecho de Cornelius y, una vez más, Susannah tuvo que dormir con la cabeza bajo la almohada.

A Arabella ese radiante ánimo le duró toda la semana siguiente, y Cornelius perdió la expresión tensa que lo había acompañado los últimos días. Pese a lo mucho que incomodaba a Susannah verlo obsequiar a Arabella aquella sonrisa estúpida suya, la complacía que hubiera recuperado la felicidad. En cuanto a ella misma, no deseaba más que mantenerse ocupada, alejada de la presencia de su madrastra.

El día que Arabella fue a recoger el vestido nuevo, los niños volvieron a quedarse al cuidado de Susannah. Jennet había ido al mercado temprano y traído un gran lucio, ya que era viernes, así como hierbas campestres de Islington y unos huevos frescos para preparar natillas. Como Jennet estaba guisando, Susannah sacó el barreño al patio y lo llenó de agua, desvistió a Mathew y John y los animó a saltar sobre la colada a remojo.

—¡No es decente! —exclamó Jennet, escandalizada—. Además a plena luz del día, desnudos como salvajes. ¡Más vale que la señora no os vea!

Los pequeños salvajes chillaron de placer al sentir el agua fresca en la piel caliente, y Susannah albergaba la esperanza de que su enérgica diversión tuviese la ventaja añadida de ahorrar a Jennet y a ella misma una de sus tareas más tediosas.

Harriet, que se consideraba demasiado mayor para jugar con sus hermanos, se pegó a las faldas de Susannah una vez más, como una sombra.

Susannah sintió una mezcla de irritación y lástima por la niña. Tenerla instalada en su cama era una molestia continua para ella, y cada uno de los moratones dejados en su cuerpo por las patadas nocturnas era una prueba de la invasión de su intimidad.

Como Susannah tenía trabajo en la rebotica, encargó a la niña que contara y empaquetara unas píldoras mientras ella se dedicaba a moler azúcar y ruda seca en el almirez. La recomendación del doctor Ambrose para que la infusión de ajeno resultara agradable a los niños había surtido efecto, y desde entonces Susannah cocía abundantes cantidades de ese jarabe. Lo llamaba «Cordial de Leyton para la prevención de la peste» y se vendía como rosquillas entre las madres preocupadas.

Susannah dejó el cazo en el fuego y disolvió en agua el azúcar en polvo.

—No quiero seguir con esto —se quejó Harriet, y lanzó una píldora a la otra

punta de la rebotica—. Es agotador.

—Es un trabajo necesario. Cuando hayas acabado, puedes ayudarme a revolver el cazo mientras se disuelve el azúcar.

—¡No quiero! Este sitio no me gusta. ¿Por qué no podemos irnos al campo como dice madre?

—Porque aquí nos necesitan.

—¡Pero no hay nada que hacer!

—¿Cómo que no? Nunca tenemos tiempo para todo. Si no quieres trabajar conmigo, puedes ir a ayudar a Jennet en la cocina.

—¡No soy una criada!

—¡Para de quejarte, Harriet! Todos tenemos que trabajar.

—Mi madre no.

Susannah prefirió no contestar a eso.

—Acaba de empaquetar esas píldoras y luego podrás ir a sentarte en el salón y estudiar el catecismo. Te preguntaré la lección después de la cena.

—No.

—¡Harás lo que yo diga, señorita!

Harriet entornó los ojos y acto seguido, con toda la intención del mundo, barrió el mostrador con el brazo y desparramó por el suelo varios cientos de Píldoras Populares Leyton.

Susannah ahogó una exclamación. En su vida había visto semejante exhibición de insolencia. Agarró a Harriet por la muñeca, dispuesta a darle una buena sacudida, pero la niña lanzó tal alarido que Susannah se sobresaltó y le soltó la mano tan deprisa como si fuera una brasa caliente. Harriet se marchó a todo correr de la rebotica todavía gritando de rabia.

No en balde Susannah era pelirroja. Con el genio encendido, salió como una flecha detrás de la niña.

Ned, con los ojos muy abiertos, observó a Susannah perseguir a Harriet en torno al mostrador de la tienda.

Mirando de soslayo a Susannah por encima del hombro mientras corría, Harriet agarró un tarro del estante y lo tiró al suelo, seguido de otro inmediatamente después. Una nube de regaliz en polvo flotó en el aire, y de pronto Susannah resbaló en un charco de trementina y perdió el equilibrio. Sin dejar de chillar, Harriet corrió hacia la puerta mientras Susannah caía de bruces y se golpeaba la cabeza con el borde del mostrador.

No supo bien qué ocurrió a continuación. Cuando recobró el conocimiento, estaba tendida en el suelo y le moqueaba la nariz por efecto del penetrante olor de las sales. Tenía un dolor de cabeza atroz.

—Os habéis caído.

Unos brazos fuertes le ayudaron a incorporarse.

—Me duele la cabeza —Cuando se llevó los dedos a la frente, se sobresaltó al

notar el tacto pegajoso de la sangre.

Al verse las manos manchadas, volvió a desvanecerse de inmediato. Desde la muerte de su madre, no soportaba la visión de la sangre.

—¡Señorita Leyton!

Trató de tomar aire para serenarse, Susannah abrió los ojos y vio que era el doctor Ambrose quien había acudido en su auxilio. Intentó levantarse pero él se lo impidió con firmeza.

—Quedaos quieta —ordenó.

Sentado también él en el suelo, la sostenía y le presionaba la frente con un paño.

Asaltó a Susannah una extraña conciencia del contacto del brazo del médico en la espalda y de su mano caliente en la frente. Cerró los ojos y se recostó contra su pecho musculoso. Su piel despedía un aroma a jabón de afeitar y el aliento un ligero olor a menta. Al cabo de un rato, cayó en la cuenta de que ya no se oían los gritos de Harriet.

—¿Dónde está Harriet? —preguntó.

—La tengo yo.

La voz procedía de la puerta, y Susannah se volvió a mirar. Un hombre un poco mayor que ella, de ojos risueños y rostro agraciado, mantenía a Harriet sujeta contra su pecho. La niña, roja de ira, sollozaba, se sorbía la nariz y se limpiaba los mocos con la manga. El hombre le enjugaba con delicadeza la cara con un pañuelo orlado de encaje.

Tintineó la campanilla de la botica, y Arabella, rutilante con su vestido de seda de color amarillo ranúnculo, profusamente adornado con encaje y escarapelas azules, vio a su hija en brazos de un desconocido.

—¡Madre! —Harriet dio un puntapié a la espinilla de su rescatador y, retorciéndose, se agachó y corrió a esconder la cara en las faldas de su madre.

Si a Susannah no le hubiera dolido tanto la cabeza, se habría echado a reír al ver con qué premura se apartaba Arabella para evitar que Harriet se limpiara la nariz mucosa en su falda de encaje.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Arabella con voz severa.

—No os alarméis, señora. —El desconocido desplegó una sonrisa encantadora—. Ha sucedido un pequeño percance, y vuestra hija está sobresaltada. Salía a todo correr por la puerta cuando nosotros llegábamos, y la he agarrado para evitar que se cayera ante un carruaje.

—¡Ah! —Arabella acercó a Harriet a su pecho, procurando mantener el rostro mugriento alejado de la preciada seda—. Muchas gracias, caballero.

—Permitidme que me presente. Soy Henry Savage, el primo del doctor Ambrose.

—Y yo soy Arabella Leyton. —Le ofreció las puntas de los dedos.

Susannah observó con más detenimiento al señor Savage. No habría podido imaginar a dos primos más distintos. Él, con su cabello dorado, su chaleco de vivo estampado y su semblante sonriente, irradiaba luz, en tanto que el rostro severo pero

misteriosamente atractivo del doctor Ambrose tenía algo de nocturno.

El señor Savage saludó a Arabella con una inclinación.

—He venido hoy con la esperanza de presentarme a vuestro marido por un asunto de negocios.

El doctor Ambrose, con cautela, retiró el paño de la cabeza de Susannah y examinó la herida. Estaba tan cerca que Susannah sintió su aliento caliente en la mejilla y desvió la vista, desconcertada de pronto por su mirada.

—Ya no sangra —observó, y le ayudó a ponerse en pie.

Arabella soltó un alarido.

—Susannah, ¿qué has hecho? Tienes todo el corpiño manchado de sangre.

—¿Cómo que qué he hecho? —Estaba indignada—. Harriet ha lanzado un tarro de trementina a mis pies y he resbalado.

Arabella arrugó su preciosa naricilla.

—¿Y qué es ese olor espantoso?

Susannah olfateó el aire. Ese olor desagradable no procedía solo de la trementina. De pronto se acordó.

—¡Oh, no! ¡El jarabe!

El cazo quemado se había ennegrecido y el contenido se había echado a perder.

—Tu padre se llevará un disgusto por tu negligencia, Susannah —vaticinó Arabella con los labios tensos—. Ya sabes lo poco que le gusta el despilfarro.

—No ha sido culpa mía.

En ese momento Mathew y John, en cueros y chorreando, se acercaron para ver qué había causado tanto revuelo.

—¡Por todos los santos...! ¡Me ausento un rato, y cuando vuelvo me encuentro con una casa de locos! —reprendió Arabella.

—¡Si os tomarais la molestia de cuidar de vuestros hijos, no habría pasado nada de esto! —replicó Susannah—. No puedo ocuparme yo de todo mientras tú te vas a comprar vestidos. Harriet es incontrolable.

El señor Savage dio un paso al frente.

—¡Vamos, señoras! No ha ocurrido nada grave. Vuestro nuevo vestido es precioso, y si se me permite decirlo, solo una dama con buen gusto y criterio podría haber elegido esas escarapelas azules que lo adornan, tan a juego con el azul claro de vuestros ojos. Mi primo le vendará la cabeza a la señorita Leyton y por tanto no habrá que lamentar ningún daño serio. Y todos debemos dar gracias por que la pequeña Harriet se haya salvado de una muerte brutal y prematura. —Se llevó una mano al pecho y dirigió la mirada al cielo—. Gracias a Dios por haber querido que estuviera yo aquí para salvarla.

Arabella palideció.

—¿De verdad ha corrido tal peligro?

—Si yo no hubiera estado ahí... —Henry Savage cabeceó en un gesto pesaroso.

—Entonces estoy muy en deuda con vos, caballero.

Él sonrió.

—Eso es verdad, pero lo único que pido a cambio es que me presentéis a vuestro marido.

—Ahora mismo no está en casa. Tal vez queráis volver más tarde. O... — Arabella se toqueteó la mejilla mientras pensaba—. Se me ha ocurrido una idea mejor. Puesto que tengo un motivo tan importante para estaros agradecida, ¿nos haríais el honor de cenar con nosotros esta noche vuestro primo y vos? —Le dirigió una sonrisa coqueta—. Así tendré ocasión de lucir mi vestido nuevo, y quizá para entonces haya restablecido un poco el orden en esta casa.

Susannah cruzó una mirada con el doctor Ambrose, y su viva indignación se apagó de inmediato al ver en él una expresión de incredulidad. Se llevó una mano a la boca y vio al médico volver la cabeza para disimular una sonrisa.

El señor Savage volvió a inclinar la cabeza.

—Seguro que hablo en nombre de mi primo cuando digo que estaremos encantados de cenar con dos damas tan hermosas. Y con vuestro marido, por supuesto.

Los rayos del sol vespertino penetraban oblicuamente por la ventana del salón; convertían en una aureola dorada el cabello rubio de Arabella y creaban un resplandor rielante en su vestido de seda de color ranúnculo. Ofrecía un aspecto divino, pensó Susannah, pese a la vulgar exageración ornamental de las escarapelas azules.

Muy consciente del efecto que ejercía no solo en su marido, sino también en sus invitados varones, Arabella coqueteaba desvergonzadamente con todos ellos.

Susannah se había puesto su vestido verde de seda con el colgante de nácar de su madre y se había arreglado los bucles pelirrojos de la mejor manera posible por encima del vendaje que el doctor Ambrose le había aplicado en la frente. Sabía que no estaba en su mejor momento y la cabeza le palpitaba como el yunque de un herrero pese a haberse dado friegas de aceite de lavanda en las sienes. Temía tener un ojo morado al día siguiente.

El señor Savage desbordaba simpatía, y si bien era evidente que no tenía el menor empacho en utilizar su encanto a fin de persuadir a Cornelius para que le hiciera un pedido de azúcar y ron, actuaba con elegancia.

—Estoy decidido a triunfar en mi nueva vida aquí en Londres —dijo.

—Eso no os será muy complicado en vista de que sois capaz de engatusarme con tanta facilidad para que llegue a un trato con vos —respondió Cornelius, y le sirvió otra copa de vino.

—Por desgracia, la peste ha empujado a muchos comerciantes a huir al campo y cuesta más de lo que yo quisiera vender mercancías de tan buena calidad como las

que ofrezco. Pero os aseguro que, en cuanto atraque el *Mary Jane*, quedaréis más que satisfecho con el azúcar y el ron que habéis encargado.

—Y tened por seguro que iré a buscaros si no es así —repuso Cornelius.

—El señor Leyton no ha amasado su fortuna dejándose engañar por embaucadores —comentó Arabella—. Es en extremo cauto con su dinero. ¿Quién mejor que yo para saberlo? —Sonrió a su marido para endulzar sus palabras.

Susannah contuvo el impulso de decir que, a causa de Arabella, su padre había aflojado más la bolsa en los últimos meses que en cualquier otro momento de los once años anteriores y optó por concentrarse en los rizos trigueños de Henry Savage, que le caían con gran atractivo sobre los hombros.

—No os será difícil encontrar a Henry si no quedáis contento con la mercancía, señor Leyton —intervino el doctor Ambrose—, ya que de momento mi primo vive conmigo en la casa de mi tía en Whitefriars.

—Conozco a la señora Fygge —dijo Cornelius a Susannah—. Una mujer fuera de lo común: culta, con una viva curiosidad. ¿Cómo está vuestra tía, doctor Ambrose?

El doctor Ambrose torció los labios en algo semejante a una sonrisa.

—La tía Agnes está como siempre.

Susannah advirtió que el señor Savage la miraba pensativo, examinando su rostro como si acabara de notar su presencia. Desconcertada, trató de sostenerle la mirada con ecuanimidad. Siempre le costaba encontrar algo interesante que decir a un hombre apuesto. Atropelladamente comentó:

—Debe de ser maravilloso viajar por el mundo. Contadnos...

—¿Londres es muy distinto de Barbados? —la interrumpió Arabella, molesta por el hecho de que otra mujer reclamara atención.

El señor Savage se echó a reír.

—Es tan distinto que ni os lo imagináis. En Londres el ajetreo es continuo. La vida en una plantación se desarrolla a un ritmo lento, salvo en los campos, claro está. Mi padre posee ochenta hectáreas y más de cien esclavos.

—He visto esclavos negros trabajar en los muelles o como criados de las familias ricas —comentó Susannah, empeñada en no permitir a Arabella meter baza.

—No me gustaría tener uno en casa —intervino Arabella, con una mueca.

—He oído que pueden aprender a leer y escribir —dijo Cornelius.

—Claro que pueden.

Arabella hizo un gesto de desdén.

—A ese respecto tendremos que aceptar vuestra palabra, señor Savage. Mi hermano ha enseñado a su loro a hablar, pero el pájaro carece de verdadera inteligencia. Supongo que en este caso pasa lo mismo.

Henry Savage apretó los labios por un momento, y Susannah, sorprendida, advirtió que lanzaba a Arabella una mirada rayana en la aversión.

—¿Y qué otras impresiones os causa Londres? —preguntó Susannah.

—El ruido es continuo y el humo negro omnipresente; tengo la cara tiznada a

todas horas. Las calles se me antojan muy estrechas y oscuras en comparación con los espacios abiertos y soleados de Barbados. Y las alcantarillas despiden tal hedor que no puedo quitármelo de la nariz.

—Con el tiempo os acostumbraréis y apenas lo notaréis, salvo cuando apriete el calor.

—Me resulta extraño que una ciudad tan magnífica como esta, con los edificios más hermosos del mundo, permita que haya curtidurías y ahumaderos que ensucian el aire y provocan tos a sus habitantes. Por otro lado, uno encuentra muchas maneras de entretenerse. Me gusta el bullicio de mil personas ocupadas en lo suyo, y ya tengo muchos nuevos amigos en los cafés.

—Me encantaría que contarais cómo es vuestra casa en Barbados —dijo Susannah.

—Allí siempre luce el sol y la casa de la plantación tiene techos altos y grandes ventanales para que entre la brisa. Los esclavos disponen de su propio alojamiento y por las noches, al final de la jornada, se los oye cantar. Es un sonido inquietante, y lo echo de menos. —Tenía una expresión nostálgica—. Y estaban también, claro, los esclavos domésticos, que atendían todas mis necesidades. Aquí debo arreglármelas yo solo.

—No me explico por qué habéis dejado ese paraíso para venir a Londres, esta ciudad ruidosa y turbulenta —comentó Susannah, sin evitar pensar que él tenía los ojos tan azules como un cielo de verano.

El señor Savage dio un largo trago a su copa y dejó pasar un momento antes de contestar.

—Mi primo podrá deciros que en el paraíso siempre hay una serpiente.

—¿Una serpiente? —Arabella lo miró con los ojos abiertos como platos—. ¡Qué emocionante! Como ya sabéis, mi marido tiene un cocodrilo disecado en la tienda, pero nunca he visto una serpiente.

—Creo que mi primo os toma el pelo, señora Leyton, solo un poco —intervino el doctor Ambrose—. Quiere decir que la vida no siempre es tan perfecta como parece. De hecho, eso lo descubrí yo mismo durante mi estancia en la plantación de mi tío.

—¿Habéis viajado allí? —preguntó Susannah, enarcando las cejas en expresión de sorpresa.

—Hace unos seis años mi tío necesitaba un médico para atender a sus esclavos. Pasé allí un año.

—Debe de ser un buen amo si tanto cuida a sus esclavos.

El doctor Ambrose se encogió de hombros.

—Como me dijo mi tío, son un bien valioso y no sale a cuenta permitir que enfermen y mueran.

—Basta ya de hablar de esclavos —atajó Cornelius—. Ahora mi esposa nos entretendrá con el virginal.

Se retiraron al salón, y allí Arabella tocó para ellos.

No fue necesario insistir mucho para animar al señor Savage a acompañarla. Poseía una excelente voz de tenor, y Susannah no pudo apartar los ojos de él.

Al día siguiente Ned asomó la cabeza a la rebotica, donde Susannah etiquetaba tarros de bálsamos.

—Hay aquí un caballero que quiere veros.

Susannah miró a través de la abertura de la cortina y vio al señor Savage, que hablaba con su padre. Se apartó con premura, sintiendo una extraña agitación en la boca del estómago. Como ya había vaticinado, la magulladura en torno al ojo había adquirido un magnífico tono violáceo, y no quería que el señor Savage la viera en tal estado.

Cornelius la llamó.

—¡Susannah! El señor Savage ha venido para ver si te has recuperado de la caída.

Habría sido de mala educación esconderse, y no le quedaba más remedio que afrontarlo con dignidad. Descorrió la cortina.

—Qué amable de vuestra parte, señor Savage. Como podéis ver, aunque por lo demás estoy perfectamente, tengo un ojo morado.

Él hizo una mueca.

—¡Pobrecilla! Os he traído esto. —Le entregó un ramillete de rosas—. Recién recogidas del campo esta mañana. He venido a preguntar a vuestro padre si acaso os apetecería acompañarme a dar un paseo a Hyde Park. He alquilado un coche, cosa que no ha sido tarea fácil, dado que quedan pocos caballos en Londres.

—No creo estar presentable para dejarme ver en público.

Henry Savage vaciló.

—Por favor, no me decepcionéis. Sería un cambio de escenario para distraeros de vuestro dolor y yo disfrutaría enormemente de vuestra compañía.

—Siempre y cuando Arabella esté disponible para acompañarte, Susannah, un paseíto te vendrá bien —terció Cornelius—. Estás muy pálida.

Al cabo de media hora, avanzaban a buena marcha en el coche de alquiler. Dejaron las persianillas bajadas y los rizos de Susannah, movidos por la brisa, le acariciaban la mejilla.

—Ha sido una buena idea —dijo a Henry Savage, cuyo propio cabello escapaba de la cinta y se agitaba en atractivo desorden. Susannah contrajo los dedos contra la palma para resistir el impulso de tender la mano y apartarle un mechón suelto de la mejilla. Se rio al ver que Arabella se agarraba el sombrero cuando una repentina ráfaga de aire estuvo a punto de arrancárselo—. Últimamente ha hecho tanto calor y el aire ha estado tan quieto que me resulta maravilloso sentir el viento en la cara.

—¿Calor? —El señor Savage soltó una carcajada—. Hasta que sintáis el peso del sol de Barbados en la piel no sabréis lo tórrido que puede ser el sol.

—Y hasta que vos experimentéis un invierno inglés, no imaginaréis el frío que puede llegar a hacer —dijo Susannah—. A veces la superficie del Támesis se hiela y vamos allí a patinar.

—Quizá vea el Támesis helado este invierno. Os aseguro que deseé que el mar se hubiera helado cuando vine a Inglaterra; así habría podido venir a pie, en lugar de rodar de un lado a otro en mi litera del barco.

—¿Tan malo fue el viaje? —preguntó Arabella.

—¡Una tortura! Pasé varias semanas encerrado en el camarote, convencido de que moriría.

—Pero al final llegasteis sano y salvo —afirmó Susannah.

—Gracias a Dios. Pero, después de doce semanas en el mar, cuando desembarqué en Londres me pareció que la tierra todavía se movía bajo mis pies.

—¿Entonces no tendréis prisa por regresar a Barbados? —quiso saber Arabella.

El señor Savage miró por la ventanilla. Cuando se volvió de cara a ellas, Susannah habría jurado que tenía lágrimas en los ojos, pero quizá fuera solo por el viento.

—Nunca regresaré —contestó—. Ahora Londres es mi hogar.

—En ese caso —dictaminó Arabella—, necesitaréis una esposa.

Ruborizada ante un comentario tan directo, esta vez fue Susannah quien se volvió a mirar por la ventanilla.

Susannah calculaba que Martha pronto saldría de cuentas y se reconcomía de remordimientos. Hacía ya dos meses que se había despedido de su amiga, y entre ellas había quedado un aire frío como la escarcha. ¿Y si las cosas no le iban bien? Nunca se lo perdonaría si Martha no sobrevivía al parto y no habían hecho antes las paces. Ese mismo día iría a visitar a su amiga.

Pasó la mañana horneando pastas y luego las metió en una cesta junto con una botella del Cordial de Leyton para los hijos de Martha. En el último momento fue al patio y arrancó un puñado de tomillo de la maceta situada junto a la puerta, le sacudió el hollín y ató los tallos con un hilo. Lamentaba no poder cultivar un huerto de plantas medicinales como era debido, pero nada crecía en la tierra ácida del jardín. Al volver a la cocina encontró a Harriet revolviendo en la cesta.

—¿Qué haces?

—Nada. —Harriet le dirigió una mirada desafiante.

—¿Te has comido mis pastas?

—¡No!

—¡No me mientas, Harriet! Tienes migas en la boca. —Susannah empezaba a detestar a la niña por sus modales mezquinos y malévolos.

Harriet le sacó la lengua y salió airada de la cocina.

Susannah suspiró. Al menos no tendría que soportar su presencia mientras visitaba a su amiga. Salió por la puerta de la tienda y se alejó a toda prisa por Fleet Street antes de que Arabella la sorprendiera e insistiera en que se llevara a los niños.

Las calles estaban anormalmente tranquilas. Cuando Susannah salía, notaba que había cada vez menos gente. En lugar de padecer los agobios y los empujones de la muchedumbre, que era a lo que estaba acostumbrada, ahora era posible caminar con espacio y aire alrededor. La gente tomaba la precaución de cambiar de acera cuando advertía que se acercaba un desconocido, y Susannah veía a diario carretas y carromatos cargados de muebles abandonar la ciudad en dirección al oeste, de camino al campo. En ese último mes había sido casi imposible alquilar un caballo, ya que las familias ricas habían comprado un buen número de ellos en su desesperación por huir de Londres, en cuyas calles rondaba la peste.

Cerca de Santa Brígida, Susannah pasó ante dos casas cerradas a cal y canto, con cruces rojas pintadas en las puertas por encima del rótulo: «QUE EL SEÑOR SE APIADE DE NOSOTROS». Regueros de pintura roja descendían como las gotas de sangre desde las letras toscamente pintadas. Una de las casas estaba en silencio, pero en la otra gritaba una mujer: un lamento débil y agudo de terror que se prolongó interminablemente, y

que traspasó los tímpanos de Susannah como una lanza. Se echó a correr tan deprisa como pudo para escapar de su propio miedo. Hasta el momento, su familia había tenido suerte, pero era imposible saber quién sería el siguiente en enfermar.

Llegó a la puerta de Martha, tan familiar, y llamó con la aldaba. Después de lo que se le antojó una eternidad, oyó el chirrido de los cerrojos, y la criada de Martha la hizo pasar. Siguió a la muchacha hasta el salón, donde Martha enseñaba el catecismo a tres de sus hijos. Cuando su amiga alzó la mirada, Susannah sintió que se le helaba el corazón al pensar por un segundo que no la había perdonado. Pero Martha enseguida sonrió.

—Siéntate. Bienvenida seas. Bessie, tráenos una jarra de cerveza.

Susannah estaba impaciente por hacer las paces.

—Lo siento. Sé que solo pretendías ayudarme.

—Las dos dijimos lo que considerábamos correcto.

Susannah revolvió en la cesta.

—Para los niños —dijo, y dejó en la mesa el frasco de cordial y las pastas que quedaban—. El cordial es para prevenir la peste.

Martha mandó a los niños afuera a jugar.

—Me alegro de que me lo hayas traído —comentó, ensombrecida la expresión de sus ojos por la tristeza—. Estamos muy afectados por lo que les ha pasado a los vecinos. Les cerraron la casa el jueves y el domingo ya estaba toda la familia muerta. La carreta vino a buscarlos por la noche.

Susannah sintió un hormigueo de temor que le descendía por la espalda.

—Nuestro pescadero también ha muerto. Procuero no pensar mucho en el riesgo de contagio, más allá de la precaución de no acercarnos demasiado a los clientes por miedo a contraer la enfermedad.

—Es horrible cuando cierran una casa, pero creo que el alcalde hace bien en insistir en ello. Así se contiene la peste, sobre todo en las callejas más pobres, donde vive tanta gente hacinada.

—Me horroriza pensarlo. —Susannah le dio la mano a Martha—. Pero el bebé y tú estáis bien, ¿no? Pese a que ya se acerca el momento, se te ve muy serena. ¿No tienes miedo?

—¿De qué serviría? —Inconscientemente, Martha cerró el puño en torno al crucifijo de plata que llevaba colgado al cuello—. Deposito mi fe en un Dios misericordioso, tal como hago ante la peste. El miedo engendra miedo, así que en lugar de malgastar mis fuerzas, las ahorro para el esfuerzo que me espera. Además, cuento con la bendición del Señor. Cinco hijos y solo uno ha sido llamado a los brazos del Hacedor.

Susannah envidiaba la plácida aceptación del destino que mostraba su amiga.

—En la cesta hay un ramillete de tomillo para ti. Cuando empiecen los dolores, prepáralo en infusión y bébela poco a poco. Te ayudará a tener un parto rápido y seguro y a eliminar la placenta con limpieza.

—Gracias. Y ahora cuéntame cómo te va la vida. ¿Qué hay de tu madrastra?

Susannah hizo una mueca.

—Soy incapaz de sentir el menor aprecio por ella. Ayer tuvimos una discusión de órdago. Descubrimos que había entrado un ratón en el arcón de la harina. Jennet no se lo explicaba. *Tibby* siempre ha sido una excelente cazadora de ratones, y esas bestezuelas no se atrevían a asomar los bigotes por nuestra cocina. Y de pronto caímos en la cuenta de que no veíamos a la gata desde hacía dos días. Resulta que Arabella había llamado al hombre de la perrera y le había entregado a *Tibby*.

—¿No me irás a decir que *Tibby* era una amenaza para vuestra salud?

—¡Claro que no! Nunca iba más allá del patio. La perrera es para los perros y los gatos que rondan por las calles y propagan la peste. Arabella lo hizo por puro despecho, porque *Tibby* arañaba a Mathew cuando la provocaba.

—No parece una persona muy bondadosa.

—Solo piensa en sí misma. No me importaría tanto si no creyera que se casó con mi padre por su dinero.

—¡Claro que se casó por eso! —exclamó Martha—. ¿Qué otra salida tenía, si no, una viuda pobre con hijos? ¿Y verdad que ella lo hace feliz?

Susannah asintió a su pesar.

—Siempre y cuando vea realizados todos sus deseos. Nunca he visto tanta codicia por simples fruslerías. Tenemos un amigo nuevo, y eso le da a ella una excusa más para repetir que necesita comprarse un vestido nuevo o unos guantes o una enagua de seda, porque tenemos más vida social.

—¿Un amigo nuevo?

El rubor asomó a las mejillas de Susannah.

—El señor Henry Savage, primo del doctor Ambrose. Llegó hace no mucho de Barbados.

—¿Está casado?

—No.

—¡Ajá! —Martha sonrió—. ¿Y es alto, moreno y apuesto?

—¡Bah, apenas me he fijado! —respondió Susannah, incapaz de sostener la mirada de curiosidad de su amiga—. Es más o menos como yo de alto, de pelo castaño dorado, con ondas naturales. No lleva peluca. —Susannah sonrió un poco para sí al recordar los reflejos dorados del sol en el cabello de Henry—. Tiene la piel un poco morena después de tantos años bajo un sol abrasador, una buena dentadura, los ojos muy azules y una sonrisa alegre.

—Háblame de esa vida social.

—Bueno, fuimos en barco río arriba hasta Barn Elms y allí merendamos en la orilla; también hicimos una excursión a Wansworth. El señor Savage tuvo que remover cielo y tierra para alquilar un caballo y le costó un dineral, porque se los han llevado casi todos al campo. Pero dijo que cualquier esfuerzo era pequeño con tal de complacerme.

Susannah estaba henchida de orgullo por las atenciones que él le prodigaba.

—No me digas.

—Queríamos ir al teatro pero estaba cerrado debido a la peste, así que llevamos a los niños a ver a los leones de la Torre. Yo no había ido desde que era pequeña, y fue muy divertido.

—Me alegra saber que eres capaz de dejar de lado tus libros durante un tiempo y salir al mundo.

—Admito que he disfrutado con estas salidas más de lo que habría pensado.

—Y sospecho que ese señor Savage tuyo tiene algo que ver con eso.

—¡Martha, a ti no puedo ocultártelo! Sin duda me ha distraído de las irritaciones de la vida, porque mi padre y Arabella desean mi presencia tanto como la de un trozo de pescado de hace dos semanas.

—¿Has vuelto a plantearte la posibilidad de buscar un puesto de sirvienta en otra casa?

—¡Claro que sí! Pero no consentiré que Arabella me eche de mi propia casa.

—El matrimonio te proporcionaría tu propia casa, y allí no tendrías que rendir cuentas a nadie excepto a tu marido.

—Ya te lo he dicho, Martha: no pienso casarme. —Susannah apartó de su cabeza el recuerdo de los ojos azules y radiantes de Henry Savage.

—¡Susannah, por el amor de Dios! Debes olvidar el pasado.

—Ojalá pudiera.

De regreso a casa, Susannah reflexionó sobre las palabras de Martha. ¿Sería capaz algún día de olvidar lo ocurrido? Habían pasado ya once años, pero los sucesos de entonces permanecían grabados en su memoria con igual claridad que si hubieran ocurrido hacía una semana.

Su madre gozó de una salud perfecta hasta el final. Ese último embarazo había sido una sorpresa, incluso una conmoción. En los trece años transcurridos desde el nacimiento de Tom, su madre había sufrido cuatro abortos, seguidos de un largo periodo en que ni siquiera había concebido. De hecho, admitía que había abandonado la esperanza de dar a luz a otro hijo.

—Debe de ser la voluntad de Dios. Además —decía—, tengo ya dos hijos perfectos. ¿Qué madre podría desear más?

Cuando Elizabeth dejó de tener el periodo y empezó a ensanchársele la cintura, pensó que le había llegado la edad crítica. Solo cuando notó moverse al bebé, tomó conciencia de la realidad.

—Mi preciada criatura, mi última oportunidad de tener un hijo —decía.

Juntas, Susannah y ella cosieron la ropita y el dobladillo de las sábanas para la cuna. Susannah confeccionó un conejito de tela con las orejas caídas, y esperaba con

ilusión el día en que mecería a su nuevo hermano o hermana en la cuna mientras le cantaba una nana.

Los primeros dolores empezaron una noche durante la cena.

—Aún es pronto para llamar a la comadrona —dijo Elizabeth.

Susannah avivó el fuego en la alcoba y acompañó a su madre durante la larga noche, frotándole la espalda y susurrándole palabras de aliento.

Cornelius, ocupado en la rebotica, le subía de vez en cuando infusiones de hierbas para aliviar el dolor.

La partera Tresswell se presentó y dictaminó que todo evolucionaba con normalidad. Cerró bien los postigos por miedo a las corrientes y avivó el fuego hasta que las llamas se elevaban muy por encima de la rejilla y proyectaban sombras trémulas en las paredes.

Pero el bebé no tenía ninguna prisa por salir.

Al final, la tarde del segundo día, Elizabeth empezó a empujar. Agitada y sudorosa, emitía gemidos graves y aterradores por el esfuerzo.

—Ya no puede tardar mucho, madre. Mandaré a Tom a por la partera Tresswell otra vez. —Susannah, con un nudo de inquietud en el pecho, enjugó el rostro de su madre con una esponja.

—Estoy rendida —dijo Elizabeth. Cerró los párpados, ojerosa por el agotamiento.

La comadrona rompió el saco de las aguas con un dedal de punta afilada y dejó salir el líquido, con lo que las contracciones se intensificaron. Presionó con tal fuerza el vientre de Elizabeth que esta lanzó un alarido. Aun así, el bebé no salía.

La partera Tresswell, con los labios apretados y expresión de determinación, amasó el vientre de Elizabeth.

—Debéis empujar con más fuerza, señora Leyton.

—No puedo —musitó Elizabeth—. Dejadme dormir.

Cornelius, rondando al otro lado de la puerta del cuarto, llamó a la partera, y ambos mantuvieron una conversación en susurros. Enviaron a Tom en busca del médico.

Al cabo de una hora regresó, no con el doctor Quiller, un viejo amigo de la familia, sino con un desconocido, un hombre vocinglero que vestía una chaqueta llena de manchas.

—Soy el doctor Ogilby —se presentó. En su aliento se percibía un penetrante olor a ron. Se frotó las manos, y dejó escapar un ligero eructo—. ¿Qué tenemos aquí? —Observó a Elizabeth, que yacía con los ojos cerrados—. Despertad, señora. Vuestro trabajo aún no ha terminado.

Tambaleándose un poco, arrimó la oreja al abdomen de la mujer, se remangó y le palpó el vientre.

—El niño viene con los pies por delante y hay que darle la vuelta —declaró.

—Eso ya lo he probado —dijo la partera Tresswell con las manos en las caderas.

—Esto está tan oscuro como los pozos del infierno. ¡Encended otra vela! —

ordenó Ogilby—. Bien, pues, ¡enseñemos la liebre al perro! —Retiró el camisón de Elizabeth para dejar a la vista el vientre hinchado, sin la menor consideración a su sentido del pudor. Concentrándose en ella, amasó y aporreó hasta acabar enrojecido y sudoroso mientras Elizabeth gemía y sollozaba.

Susannah, llorosa, lo observaba. Ogilvy tenía mugre incrustada bajo las uñas, como si hubiera estado cavando en el huerto. A Susannah le pareció una indecencia que esas manos tan toscas y sucias tocaran la piel blanca de su madre.

Al final Ogilvy se rindió y se sentó en el borde de la cama, rascándose distraídamente alguna picadura de pulga en el pecho.

—Ese diablillo se resiste —afirmó. Volvió a arrimar el oído al vientre de Elizabeth y escuchó; levantó una mano para hacer callar a Susannah, que intentaba dar consuelo a su madre—. Sigue vivo. Llama a tu padre —ordenó.

Susannah corrió escalera abajo hasta el salón, donde aguardaban Cornelius y Tom, pálidos.

—El doctor Ogilvy quiere vernos.

Cornelius se levantó, y Susannah vio que le temblaba el mentón. De pronto asustada, corrió hacia él.

—Madre se pondrá bien, ¿verdad?

Su padre la estrechó contra sí pero no contestó a su pregunta.

El doctor Ogilby los esperaba fuera de la alcoba.

—¿A cuál de los dos queréis? —preguntó a Cornelius.

—¿A cuál?

—¿A vuestra esposa o a vuestro hijo? Puede que los dos mueran, pero intentaré salvar a uno para vos.

Susannah lanzó un grito.

—A mi mujer —dijo Cornelius, su voz entrecortada por un sollozo.

—Será necesario sujetarla. Se resistirá.

No parecía que Elizabeth estuviera en condiciones de resistirse. Permanecía inmóvil como una muerta, su frente cubierta de una pátina de sudor.

Ogilvy se quitó la chaqueta e indicó a Susannah que sujetara los brazos de su madre mientras la partera Tresswell le separaba e inmovilizaba las piernas. A continuación se acercó a su maletín negro y extrajo varios instrumentos: una pequeña sierra, un cuchillo largo y fino y un afilado gancho de acero. Les volvió la espalda, pero no tanto como para ocultar la petaca de la que bebió.

—Tened lista la palangana y sujetadla bien —ordenó, limpiándose el ron de la boca con el dorso de la mano—. Enseguida lo sacaremos.

Contuvo un eructo y empuñó el cuchillo de hoja larga.

Susannah, con un descontrolado temblor en las manos, agarró a su madre por los brazos.

Elizabeth gritó. Con la mirada enloquecida, se irguió parcialmente.

—¡He dicho que la sujetéis bien, maldita sea! —vociferó el médico.

—¡No le hagáis daño a mi niño! ¡No le hagáis daño a mi niño!

Elizabeth movía la cabeza a uno y otro lado a la vez que oponía resistencia a sus opresores.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Debéis quedaros quieta! —exclamó Susannah entre sollozos mientras hacía lo posible por impedir a su madre que se sacudiera y retorciera.

—¡No le dejéis que haga daño a mi hijo!

La luz vacilante del fuego proyectaba en la pared de la alcoba la sombra de Ogilvy, gigantesca y encorvada.

Al cabo los gritos de Elizabeth se redujeron a gemidos.

Susannah era incapaz de mirar, pero percibió, mezclado con el tufo a ron del aliento del médico, el olor metálico de la sangre.

Ogilby se enderezó.

—Ya está —anunció—. Y dejad ya de gemir y mostrad un poco de agradecimiento, señora. Ahora estaríais muerta si yo no hubiese intervenido.

Elizabeth permanecía inmóvil, con los ojos muy cerrados, aunque eso no impedía que las lágrimas manaran por entre sus párpados.

Susannah, temblorosa y sollozante, le enjugó las lágrimas con sus besos y le alisó el cabello, murmurándole palabras tiernas al oído.

Cornelius, aturdido por la conmoción, mantenía la mirada fija en la palangana.

Ogilby se apoyó en el vientre de Elizabeth con una mano, agarró con la otra el cordón umbilical y empezó a tirar.

—¡Alto! —Movido a actuar en su estado de alarma, Cornelius agarró a Ogilby por la muñeca—. Se desangrará si hacéis eso.

El médico apartó la mano de Cornelius.

—¿Acaso ponéis en duda mi aptitud? —Echó al frente el mentón y cerró los puños.

—¡Debéis dejar que la placenta salga a su debido tiempo!

—¡Tonterías! Acabemos con este lamentable episodio y después traed a vuestra esposa un caldo de carne. Pronto la tendréis sentada junto al fuego dando gracias por haberse salvado, y yo podré atender a mi próximo paciente.

Antes de que Cornelius pudiera discutirsele, Ogilby volvió a tirar del cordón y la placenta se desprendió. La sangre manó a borbotones entre las piernas de Elizabeth.

Una expresión de sorpresa cruzó el semblante de Ogilby.

—¡Madre! —Susannah besó la frente de su madre pero esta no abrió los ojos.

La partera Tresswell se apresuró a aplicar un puñado de paños entre los muslos de Elizabeth, pero se empaparon casi de inmediato. Arrancó la sábana y la comprimió contra los paños, pero en cuestión de un momento también esta se tiñó de rojo y goteó.

Ogilby echó otro trago a su petaca y miraba en silencio mientras la comadrona, inclinada sobre Elizabeth, intentaba restañar la hemorragia, pero la sangre se derramaba por el borde de la cama y caía en las tablas del suelo.

Cornelius se postró de rodillas, hundió el rostro en el cabello de su esposa y empezó a rezar, implorando a Dios que salvara a su amada.

Después de un tiempo interminable, la partera Tresswell se irguió y movió la cabeza en un gesto de negación.

—Es inútil. La hemos perdido.

—¡Maldita sea! —exclamó Ogilby. Tomó otro trago de la petaca y se la ofreció a Cornelius, quien, con un bramido de rabia, la apartó de un manotazo, lanzándola por el aire, antes de prorrumpir en sollozos roncós e incontrolables.

Aturdida, Susannah fijó la mirada en su madre, allí tendida, tan blanca y quieta. En su incredulidad, alargó un dedo para tocarle la piel. Aún estaba caliente. ¿Era esa realmente su madre? ¿Muerta?

Fue entonces cuando miró el contenido de la palangana, colocada en la mesa junto a la cama. En medio de un mar de sangre coagulada asomaba una manita, como si la saludara. Pero fue el rostro del bebé lo que descompuso a Susannah. Tenía los ojos entornados, y la boca, abullonada y perfectamente formada, parecía dispuesta a tomar la leche de su madre.

Susannah rompió a gritar.

En Crown Alley Susannah se apoyó en una pared y sintió que el vómito le subía a la garganta al recordar aquel día aciago. Pese al mucho tiempo transcurrido, recordaba hasta el último detalle. De momento Martha había tenido suerte; no era consciente de lo peligroso que podía ser el parto. Pero Susannah lo había visto con sus propios ojos y le parecía inconcebible la perspectiva de arriesgar así su propia vida. El matrimonio traía hijos; ese era un hecho ineludible. Respiró hondo varias veces hasta que se le pasaron las náuseas y reanudó su camino.

Más adelante, en el callejón, un hombre vociferaba, y Susannah tardó un momento en darse cuenta de que se dirigía a ella.

—¡Alejaos! ¡No os acerquéis a mí!

Confusa, paró en seco.

—Estáis apestada, lo he visto. Marchaos a casa y encerraos.

—No estoy enferma. Ha sido solo un mareo.

—Es la peste, eso es, y vais por la calle contagiando a inocentes.

—¡No, os equivocáis, os lo aseguro!

—¡Os he visto vomitar! ¡Alejaos de mí! —El hombre fue elevando la voz a medida que la histeria se apoderaba de él.

—¡Estoy bien, de verdad!

El hombre se agachó a recoger una piedra y se la arrojó. Acto seguido giró sobre los talones y se echó a correr.

En el callejón había solo unas cuantas personas, pero también ellas empezaron a

gritarle.

Cuando otra piedra le pasó rozando la cabeza, Susannah se volvió y huyó por donde había venido.

Al cabo de veinte minutos, sin aliento, llegó a la verja trasera del patio. Cuando entró, Mathew y John, que jugaban con sus piezas de construcción en la tierra, alzaron la vista hacia ella con expresión de curiosidad.

—Te buscaban —dijo Mathew—. ¿Has estado llorando?

—Madre está enfadada porque no le has dicho adónde ibas.

—¡No estoy obligada a informar a vuestra madre de todos mis movimientos!

Mathew se encogió de hombros y volvió a centrarse en sus piezas.

Cuando Susannah entró en la cocina, vio a los dos niños juntar las cabezas y observarla.

—¿Dónde habéis estado, señorita Susannah? —preguntó Jennet.

—He ido a ver a Martha.

—Pues mejor será que subáis. La señora está de un humor de perros. —Jennet se acercó al fregadero, donde echó un puñado de arena en la olla y comenzó a restregar con energía, contoneando su amplia cadera a la vez que frotaba. Echó una ojeada por encima del hombro—. Primero aseaos. Tenéis la cara sucia y se diría que no os habéis peinado desde el día de San Miguel.

—Me he topado con una gente que pensaba que estaba enferma. Me han tirado piedras y he tenido que salir corriendo.

—¿Cómo es posible? La gente está muy nerviosa. Esta situación saca lo peor que hay en ella. Ayer me contaron que unos cuantos le dieron una paliza a un holandés porque fueron los holandeses quienes trajeron la peste a la ciudad. En todo caso, subid o la señora también os tirará piedras. Tampoco el señor estaba muy contento cuando no os ha encontrado. Por cierto, hay una visita.

—¿Una visita?

—Vuestro amigo, ese señor Savage.

—¡Ah! —Susannah sonrió, sintiendo una repentina satisfacción.

—¿No deberíais poneros vuestro mejor vestido? —Jennet lanzó una mirada ladina a Susannah por encima del hombro.

Mientras Susannah subía apresuradamente por la escalera, su padre asomó la cabeza desde el salón.

—¡Por fin apareces! Ha venido el señor Savage.

—Ya me lo ha dicho Jennet. Me voy a lavar la cara y enseguida estoy con vosotros.

—¡Date prisa, pues!

En su alcoba, Susannah echó agua limpia en la palangana para lavarse el polvo y las lágrimas secas de la cara. Tenía la enagua sucia después de su carrera por las calles y se apresuró a cepillarse el dobladillo antes de volver al piso de abajo. Se detuvo ante la puerta del salón para pellizcarse las mejillas a fin de devolverles el

color y luego entró.

—¡Susannah, por fin! —exclamó Arabella con una sonrisa que no se reflejó en sus ojos—. Como ves, el señor Savage ha venido de visita.

—Qué amable por vuestra parte —comentó Susannah.

Henry Savage, vestido con un chaleco de brocado dorado y amplios puños de encaje, se acercó a tomarle la mano.

—Como estaba decidido a esperar a que volvierais a casa, vuestro padre y vuestra madrastra no han parado de ofrecerme pasteles y una cerveza deliciosos.

—El señor Savage hoy ha venido a visitarnos por una razón en particular —explicó Cornelius con una sonrisa.

Fue entonces cuando Susannah adivinó el motivo de la presencia del señor Savage. El corazón empezó a latirle con la fuerza de un tambor y se le secó la boca.

Arabella se levantó entre el susurro de su falda de tafetán.

—Cornelius, querido mío, creo que deberíamos dejar al señor Savage a solas con Susannah durante unos minutos. —Abandonó majestuosamente el salón, y Cornelius la siguió, lanzando una mirada de aliento a su hija antes de salir.

Cuando la puerta se cerró, Susannah y el señor Savage se quedaron cara a cara en un incómodo silencio.

—Supongo que ya imagináis lo que deseo deciros. —Exhibía unos dientes muy blancos cuando sonreía.

—La verdad es que no —respondió Susannah, con un tartamudeo.

—Vamos, conmigo no es necesario que disimuléis. Ya debéis de saber que os tengo en alta estima. Llevo varias semanas en Londres y mi negocio de importación marcha bien. Las perspectivas son buenas y me propongo echar raíces aquí.

—¿No tenéis intención de regresar a Barbados?

—Mi futuro está aquí en Londres. Y con eso en mente deseo preguntaros si me concederíais el honor de ser mi esposa.

Susannah tragó saliva y miró por la ventana. ¿Qué decir? La idea de escapar de una casa donde era poco más que un estorbo la atraía enormemente, y sentía aprecio por Henry Savage. Mucho aprecio. Era encantador y alegre, y la hacía reír con su sentido del humor. No lo amaba, claro, aunque con el tiempo quizá eso también llegaría. Pero ¿cómo podía correr el riesgo...?

—Señorita Leyton; Susannah, ¿puedo tutearte?

—Yo... señor Savage, no sé bien si debéis.

—Pero si vamos a prometernos en matrimonio, el tuteo es por lo demás aceptable.

Susannah contuvo la respiración, y los pensamientos se arremolinaron en su cabeza como si se tambaleara al borde de un precipicio.

—¿Susannah?

—Sería aceptable si nos prometiéramos en matrimonio.

A él se le borró la sonrisa y permaneció callado por un momento.

—¿No es ese tu deseo? Yo pensaba...

—Me siento halagada y honrada, claro está... —Se preguntó si él oía el rápido martilleo de su corazón.

—Tu padre estaba seguro de que responderías a mi propuesta favorablemente. Y la señora Leyton está encantada ante la perspectiva.

—¡Claro que lo está! No ve el momento de librarse de mí.

—Ya he notado que la relación entre tu madrastra y tú es a veces un poco tensa, y confiaba en que la idea de tener tu propia casa te atrajera.

—¡Y me atrae, sí! No os imagináis cuánto me gustaría.

A él se le demudó el rostro.

—En este caso..., el problema solo puede ser que te disgusta la idea de que yo sea su marido. Lo lamento, porque tenía la impresión de que éramos ya buenos amigos.

—¡Y lo somos! Os tengo en gran estima, señor Savage. Es solo que...

—¿Otro hombre ha cautivado tu corazón?

—¡No, no es eso!

—¿Estás segura? ¿Algún hombre que tu padre no aprobaría, quizá? Créeme, sé bien que Cupido no siempre dispara sus flechas en la dirección que más conviene.

—No hay nadie más.

—Si es así, ten la bondad de decirme por qué se te ve tan infeliz ante mi proposición.

En su aprensión, Susannah habló con voz más aguda.

—No es vuestra proposición en particular. Reaccionaría así ante cualquier proposición. Veréis, me inquieta mucho... la condición de mujer casada.

Parte de la tensión desapareció de la mirada de Henry, que desplegó una sonrisa amplia y segura.

—Susannah, querida mía, todas las novias se ponen un poco nerviosas ante la condición de mujer casada. Te prometo que en ese sentido siempre te trataré con la mayor delicadeza.

—No es eso... —Se mordió el labio y se miró los pies para ocultar su rubor—. Mi madre murió en el parto —explicó en voz baja—. Fue una experiencia espantosa. Y... me da miedo tener un hijo. —Una vez más oyó en su cabeza los lastimeros gritos de su madre.

—Lo siento mucho. Pero todos los días miles de mujeres dan a luz y luego disfrutan de vidas largas y felices.

—Nunca olvidaré lo que ocurrió.

Una fugaz expresión de impaciencia asomó al rostro de él.

—Es natural. Lo único que te pido es que reflexiones sobre mi proposición.

Susannah resistió el impulso de salir corriendo del salón y le sostuvo la mirada con firmeza.

—Ya lo he hecho, señor Savage. Lo siento, pero nunca me casaré.

—Ya veo. —Él se encogió de hombros—. En ese caso, me despido de ti. —Se volvió de nuevo hacia ella, con la mano en el picaporte de la puerta—. No me rendiré

fácilmente, Susannah. Me gustan las mujeres independientes y con carácter, y tú en verdad eres así. Y te concedería entera libertad para cultivar tus intereses. Volveré dentro de un mes para ver si has cambiado de idea. Te deseo un buen día.

Y se fue.

Susannah se sentó y se tapó los ojos con las manos. ¿Acababa de cometer un error garrafal?

De pronto la puerta se abrió.

—¡Bien está que lloriquees, muchachita! —prorrumpió Arabella con los puños cerrados—. ¿Cómo has podido rechazarlo? Es guapo y encantador. ¿Qué más puedes pedir? Dudo mucho que vayas a recibir otra proposición como esa.

—No voy a aceptar una proposición solo por complaceros, Arabella. ¡No permitiré que me echéis de mi propia casa!

—Esta es ahora mi casa y aquí no hay sitio para las dos. ¿Es que no te das cuenta de que serías mucho más feliz si tuvieras tu propia casa? Aunque no imagino cómo la administrarías. Tu padre y yo no queremos tenerte más por medio.

—Entonces, si no se me necesita aquí, mejor será que, para variar, os ocupéis vos misma de vuestros propios hijos en lugar de dejarlo todo en mis manos y las de Jennet.

Arabella alzó la barbilla y sonrió.

—Pues te comunico que en adelante se te exigirá un esfuerzo mucho mayor a ese respecto.

—¿Me estáis amenazando?

—Ni mucho menos. Pero debes saber que tu padre y yo esperamos un feliz acontecimiento. Nuestro hijo nacerá a principios del próximo año.

Susannah, en su conmoción, fue incapaz de contener un grito ahogado.

—¡Pero qué habéis hecho!

—Dar felicidad a tu padre.

Susannah sintió náuseas ante la sonrisa triunfal de Arabella.

—Esa niña necesita una purga —dictaminó Susannah. De pie en la puerta de la cocina, observaba a Harriet, quien, fuera en el patio, levantaba a puntapiés una nube de polvo peligrosamente cerca de la colada tendida a secar—. Quizá así expulsaría parte de su bilis.

—A lo mejor tampoco a vos os vendría mal.

—¿Cómo te atreves?

Jennet enarcó las cejas.

—Os conozco de sobra, señorita Susannah, y sé cuándo debo hablar a las claras. No podemos seguir así. Aquí todo el mundo está de mal humor.

Era verdad. Pese a su vehemente deseo de no consentir que Arabella se impusiera en esa pugna de voluntades, Susannah había empezado a plantearse seriamente cómo podía ganarse la vida para escapar de ese hogar turbulento. Ahora sus días se reducían a obligaciones y conflictos, y estaba harta.

Lo mucho que añoraba a Henry tampoco le servía para levantarle el ánimo. Había disfrutado de sus paseos con él, y de la manera en que cada vez concebía algún pequeño entretenimiento o placer para ella. Naturalmente, Arabella siempre estaba presente, la espina en el costado de Susannah. Y para irritación suya, Henry, como la mayoría de los hombres, permanecía ajeno a las pullas de su madrastra, pronunciadas siempre con una sonrisa en los labios.

Ahora Henry no estaba y nada solazaba ya a Susannah. Solo su pánico al parto la disuadía de cambiar de idea respecto a la proposición de Henry. ¿Por qué no podían seguir siendo amigos sin más? ¿Por qué? ¿O casarse sin compartir cama? Pero conocía la respuesta a eso cada vez que veía a su padre derretirse al acariciar a Arabella. Como Martha había dicho, todos los hombres perdían la razón a causa del deseo. Henry esperaría una esposa en el sentido pleno de la palabra, y por lo tanto no había más vueltas que darle.

La mañana transcurrió en relativa paz. Arabella fue a visitar a su guantero en la Real Lonja mientras Jennet intentaba evitar que los niños causaran estragos. Susannah adiestró a Ned en el uso adecuado de la caléndula para la preparación de una cataplasma destinada a fortalecer el corazón en casos de fiebre, sin dejar de representársele en ningún momento el rostro de Henry y preguntarse si no había cometido un grave error.

Arabella regresó de su expedición a las tiendas cargada de paquetes, que dejó en el mostrador de la botica.

—Debería haberme llevado a Jennet para que acarreará ella las compras —dijo—.

Cornelius, ve a traerme una silla. Estoy agotada.

—¡Debes cuidarte más, Arabella! En tu estado...

—Susannah, dile a la criada que me traiga un vaso de cerveza. La pereza nunca ha sido propia de mí, Cornelius, lo cual debes considerar una suerte para ti, ya que no permites que contrate a una niñera.

—Ya sabes que no tenemos espacio para otra sirvienta, querida. Ya ahora Ned duerme debajo del mostrador de la botica.

—¡Tonterías! Jennet podría compartir su cama de la buhardilla con la nueva criada.

—Su habitación es poco más que un armario...

—No me escuchas, Cornelius. Con tres hijos y otro en camino, me es imposible llevar con fluidez la organización de toda la casa sin ayuda, así de sencillo.

—¡Pero si ya tenéis a Jennet! —exclamó Susannah, incapaz de contenerse.

Arabella prosiguió como si no la hubiera oído.

—Si eres tan agarrado, Cornelius, no nos queda más remedio que sacar a Susannah de la rebotica y ponerla al cuidado de los niños. —Habló con toda tranquilidad pero dirigió una mirada desafiante a Susannah.

—¡Eso ni hablar! —Horrorizada ante la idea, Susannah apretó los puños y se plantó frente a Arabella con la mirada encendida. ¿Cómo se atrevía?—. Ya ahora me veo obligada a cuidar a esos hijos indisciplinados vuestros mientras vos, reclinada en vuestra cama, coméis albaricoques confitados o visitáis la Real Lonja para comprar fruslerías. No penséis que voy a dejar mi valioso trabajo para que vos os abandonéis a la indolencia.

—¡Susannah! —Cornelius palideció de ira—. No consentiré que hables a Arabella en ese tono. ¡Pídele disculpas de inmediato!

¿A Arabella? No era posible que su padre hablara en serio.

—¡Ni por asomo! —La cólera y el dolor de la traición ardían en su pecho—. Padre, ¿tanto os ha hechizado que también vos habéis perdido por completo el juicio? ¿Cómo os las arreglaríais en la botica sin mí?

Arabella alzó la mano cuando Cornelius abrió la boca para hablar.

—Te consideras muy importante, Susannah. Tu padre cuenta con un mancebo muy apto. Esta vez tendré la gentileza de pasar por alto tu conducta descortés, pero vale más que te metas en esa cabeza pelirroja tuya que ahora la señora de la casa soy yo. Si no abandonas de inmediato esa actitud insolente, te buscaré un puesto de fregona en otra casa.

—¿Padre? —Susannah se volvió hacia Cornelius en busca de apoyo.

Cornelius mantenía los labios apretados en una fina línea y le palpitaba la comisura de un ojo.

—Yo... —Tragó saliva—. Yo...

—¿Padre? —repitió Susannah con voz trémula por la incredulidad.

—Me voy al café —anunció él con la vista fija en el suelo—. No vendré a cenar.

—Abrió de un tirón la puerta de la botica y se marchó.

Susannah, temblando de estupefacción, se quedó mirando la puerta.

—No te servirá de nada recurrir a él —advirtió Arabella con el gesto torcido—. Los hombres son débiles.

Herida en lo más hondo por la traición de Cornelius, Susannah fue incapaz de hablar.

Arabella suspiró.

—Te lo explicaré con claridad. Cuando me casé con tu padre, no era mi intención enemistarme contigo, Susannah, pero me desobedeces continuamente, y no pienso tolerarlo. La verdad pura y simple es que esta casa nunca será lo bastante grande para las dos.

—Eso es verdad, desde luego. —Susannah se apoyó en el mostrador con la repentina sensación de que las piernas no la sostendrían ya ni un momento más. Sintió que empezaba a formársele un nudo duro y frío de certidumbre por debajo del esternón.

—Soy la esposa de tu padre —continuó Arabella—, y aquí me quedaré. En interés de la armonía, debes irte. Tendrías que haber aceptado la proposición de Henry Savage, pero ya has perdido la oportunidad. Esta mañana lo he visto en la Real Lonja. Llevaba del brazo a la señorita Horatia Thynne. No es una mujer tan agraciada como tú; de hecho, una persona menos generosa que yo podría calificarla de «fea». —Arabella esbozó una sonrisa irónica—. Quizá yo no sea tan mezquina como tú piensas, Susannah. Sí soy capaz de reconocer que eres una joven atractiva, si uno está dispuesto a pasar por alto ese pelo rojo.

—¡Qué amabilidad por vuestra parte!

Arabella hizo como si no oyera el comentario de Susannah.

—Horatia es hija de Robert Thynne, un conocido de mi primer marido. Robert Thynne ha amasado su fortuna con la importación de seda de Oriente, y si tiene que pagar para conseguirle un marido a su desdichada hija, lo hará. Sea cual sea el precio. Así que si tenías alguna intención de recuperar a Henry, más vale que lo descartes.

Susannah guardó silencio. En un rincón de sus pensamientos había barajado la idea de que siempre podía replantearse las cosas si la vida en casa se complicaba demasiado.

—En mi estado no estoy dispuesta a vivir en una situación de discordia permanente —prosiguió Arabella—. Te marcharás de aquí a más tardar el día de san Miguel. Encontrarás un puesto tú misma o te lo buscaré yo. Tengo una amiga que puede necesitar una acompañante y haré indagaciones.

—¡Mi padre no lo consentirá!

—Querida... —Arabella desplegó una sonrisa tan temible en su certidumbre que Susannah parpadeó—. Puedes estar segura de que tu padre hará lo que yo desee. Si no lo hace, su vida no será tal.

Susannah se puso su falda y su chaqueta grises más sencillas, se ocultó los rizos bajo el sombrero y bajó por la escalera.

Cornelius aconsejaba a un cliente sobre el mejor procedimiento para librarse de la tenia, así que esperó en la rebotica hasta que oyó la campanilla de la puerta.

—¿Vas a salir? —preguntó Cornelius.

—He decidido visitar a todos los boticarios de Fleet Street en busca de un puesto.

Cornelius negó con la cabeza.

—Querida, lo que pretendes es imposible.

—Podrías ser mi valedor.

—No serviría de nada.

—Pero ¿por qué no? ¿Acaso no he trabajado a vuestro lado desde que era niña?

—Quizá sería distinto si fueras la viuda de un boticario; ninguna ley te impediría continuar con el negocio, pero...

—Alguien reconocerá mi valía y me ofrecerá trabajo.

—Siempre has sido obstinada, Susannah, pero en esto te equivocas. Humíllate cuanto quieras si es necesario, pero te aseguro que ningún boticario conocido mío te permitirá trabajar en su rebotica. Harías mejor en buscar un empleo más adecuado como dama de compañía. —Le dio la espalda y empezó a contar píldoras y meterlas en cajas.

Susannah dio un portazo al salir. Recorrió la calle con paso enérgico sintiendo que las mejillas le ardían de ira. Después de tomar aire varias veces para serenarse, se detuvo frente a la primera botica que encontró. Las persianas estaban cerradas y, por la pila de basura acumulada contra la puerta, daba la impresión de que nadie entraba allí desde hacía semanas.

Otras varias boticas estaban también trancadas, y supuso que sus propietarios se habían marchado como parte del éxodo general al campo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de los muchos establecimientos que habían cerrado. Más inquietante aún fue el hecho de que dos tenían cruces rojas pintadas en la puerta.

Echó un vistazo al lúgubre interior de otra rebotica, pero la vio tan ruinosa que supo que ese no era el lugar para ella. La siguiente, bajo un letrero con una mata de lavanda, parecía más prometedora. Conocía al dueño, un tal Gordon, desde hacía años. Entró. La tienda estaba vacía, pero en el mostrador vio una vasija con un brebaje a medio mezclar. Hundió un dedo en él y se lo llevó a la lengua. Tomillo, hinojo, jengibre, carbonato de potasio y magnesia. Un remedio para la indigestión y la flatulencia, supuso. La mezcla mejoraría con unas gotas de aceite de menta.

Gordon salió de la rebotica y entrelazó las manos ante el pecho. Sonrió, dejando a la vista una colección de dientes amarillentos.

—Sois la señorita Leyton, ¿no?

—Así es.

—¿Os envía vuestro padre a buscar algún ingrediente que le falta?

—No, no es eso. He venido... —Titubeó, pero no podía amilanarse en ese momento—. He venido a preguntaros si necesitáis ayuda en la botica.

—¿Un nuevo mancebo?

—No exactamente. Como sabéis, mi padre se ha casado no hace mucho y su mujer tiene tres hijos. Pronto se ampliará la familia, y nuestra casa se quedará pequeña para tantas personas. Así las cosas, he tomado la decisión de buscar trabajo en otra botica. Dispongo de amplios conocimientos, ya que he trabajado junto a mi padre desde...

—¿Vos? —Gordon frunció el entrecejo—. ¿No insinuaréis que pretendéis ejercer mi profesión?

—Aunque no tengo preparación formal, ya ejerzo...

—Pero sois mujer.

—Sí, pero...

—Va contra la voluntad del Señor que una mujer sea boticaria.

La rabia invadió a Susannah como una marea roja.

—¿Y eso cómo lo sabéis?

Gordon se irguió en toda su estatura, y en su indignación moral adquirió el aspecto de un sapo hinchado.

—¿Ponéis en tela de juicio la doctrina de la Iglesia? ¿Qué otras blasfemias os rondan por la cabeza? ¡Salid de mi establecimiento ahora mismo!

Susannah miró fijamente los espumarajos de su boca y lo detestó.

—Algún día habrá mujeres boticarias.

—¡No en este mundo, ni en vida mía! ¡Que Dios os castigue por imaginar siquiera algo así! No sé qué tiene vuestro padre en la cabeza para permitir os andar por ahí con semejantes ideas. Si fueseis hija mía, os encerraría en un manicomio. Y ahora, ¡largo de aquí!

—¡No me quedaría por nada del mundo! Ni aunque fuerais el último boticario de la ciudad. —Empujó hacia él la vasija con la medicina a medio mezclar, y su contenido se derramó en el mostrador—. ¿Por qué no tomáis un poco de vuestro propio remedio? ¡Quizá expulséis así un poco de aire caliente!

Con gran satisfacción cerró de un portazo al salir.

Llegó agosto, y Susannah no había hecho el menor progreso en su búsqueda de un puesto de su agrado. Hablaba con todos los criados que entraban en la botica para preguntarles si sabían de algún empleo en sus casas, pero invariablemente le contestaban con un gesto de negación. Casi todos los ricos habían abandonado Londres y dejado allí a muchos de sus criados para que se buscaran la vida en las calles. La desesperación y la frustración de Susannah iban en aumento con el paso de los días, y Arabella no perdía ocasión de recordarle que el día de san Miguel no

estaba ya lejos.

Decidió visitar a Martha mientras tuviera aún libertad para salir cuando le apeteciera. Había hecho un pañal de hilo con una orla bordada para el bebé y partió con él en su cesta.

Las calles estaban anormalmente vacías en aquella calurosa tarde de agosto. Quedaban pocos caballos en Londres, razón por la cual estaban más limpias. Susannah caminaba con un manojo de romero ante la nariz, pero era imposible escapar del hedor estival de las alcantarillas abiertas. La mitad de las tiendas de Fleet Street estaban cerradas y tapiadas, sus propietarios muertos o instalados en el campo. De camino a casa de Martha, Susannah vio como mucho a unas cincuenta personas, pero sí oyó el toque de difuntos procedente de St. Bride's. Se oyeron nueve campanadas, que indicaban que era la muerte de un hombre, seguidas de una pausa, y luego otras veintisiete campanadas. Después de otra pausa, la campana dobló seis veces, seguidas de veinticinco. Un hombre de veintisiete años y una mujer de veinticinco. Susannah, inquieta, miró por encima del hombro a la vez que apretaba el paso, preguntándose si a esos muertos se los había llevado la peste.

En casa de Martha la puerta de la calle estaba abierta y dos de sus hijas menores, sentadas en el portal, jugaban con sus muñecas.

—Hannah, Patience. ¿Cómo estáis?

—Bien, gracias.

—Mamá va a tener hoy al bebé.

Susannah dio un respingo.

—¿Hoy?

—La comadrona está aquí y papá ha ido a buscar a la abuela.

A través de la puerta abierta Susannah oyó un gemido procedente del piso de arriba y se le aceleró el corazón. De mala gana entró en la casa. En lo alto de la escalera echó un vistazo al interior de la alcoba y vio a Martha en la cama, su cabello oscuro libre de las habituales restricciones de la cofia.

Martha alzó la vista y advirtió la presencia de su amiga en la puerta.

—¡Susannah! Cuánto me alegro de que hayas venido. Prefiero tenerte a ti aquí antes que a la madre de Josiah. No soportaría volver a oír una descripción minuto a minuto de todos y cada uno de sus trece partos. Ven a sentarte a mi lado.

—¡No, no! —Susannah retrocedió, con el pulso acelerado a causa de la aprensión—. Solo quería saber si estabas bien.

—Estoy perfectamente. Aunque me encantaría agarrarte de la mano.

—No... no puedo quedarme —balbuceó Susannah.

—No hay nada que temer, ¿verdad, comadre Joan?

La partera, una mujer redonda de rostro risueño y arrugado, dio un paso al frente con una sonrisa, al tiempo que se secaba las rollizas manos en el delantal blanco y limpio.

—Nada de nada, querida. —Hablabla con acento provinciano y voz serena y

tranquilizadora—. Sentaos junto a ella. Ya no tardará.

Martha ahogó una exclamación.

—Otra. —Le agarró la mano a Susannah, cerró los ojos y empezó a respirar profundamente.

La partera Joan levantó la sábana y echó una ojeada entre las piernas de la parturienta.

—Si no me equivoco, ha llegado el momento de sentarse en la silla paridera.

Susannah, presa de pánico, miró alrededor preguntándose cómo escapar mientras Martha la sujetaba de la mano con fuerza.

—Muy bien, querida —dijo la comadrona después de ayudar a Martha a acomodarse en la silla—. Ahora empujad.

Martha tomó aire y su rostro se tiñó de color escarlata.

—Pelo negro, según parece —informó la comadre Joan—. Como vuestro marido.

Susannah, sentada junto a Martha, se dejaba estrujar la mano por su amiga mientras esta sobrellevaba los esfuerzos del parto. Al oír los gemidos de Martha, Susannah se transportó a la sofocante habitación donde su madre se había debatido entre la vida y la muerte en tanto que la grotesca sombra del doctor Ogilby parpadeaba en la pared. Pero el sol bañaba esta otra habitación, una suave brisa entraba por la ventana abierta, y la partera Joan alentaba a su paciente con palabras amables. De repente Martha gruñó antes de lanzar un prolongado grito triunfal. La comadrona tomó el cuerpecillo resbaladizo del bebé y lo envolvió en un paño. La criatura, ya limpia, comenzó a llorar con voz sonora y exigente.

Susannah se oyó sollozar cuando Martha tomó a su hijo en brazos y le besó la frente.

—¿No es perfecto, Susannah?

—Un pequeñín saludable —confirmó la comadrona Joan, radiante.

Susannah, con el rostro contraído, llorando de alivio y júbilo, era incapaz de hablar.

Martha, henchida de orgullo maternal, le acarició la mano con ternura.

—Como ves, el parto no tiene nada de terrible. Es uno de los milagros del Señor.

Cuando Susannah llegó a su casa, Jennet la llamó desde la cocina.

—La señora quiere veros —dijo—. Está de un buen humor raro en ella.

Susannah subió al salón, donde la esperaba Arabella.

—Siéntate, Susannah. Tengo una noticia que darte.

—¿Ah, sí?

—Puedes considerarte muy afortunada. Te he encontrado un puesto en casa de una conocida mía. Es la señora Driscoll y tiene dos hijas de ocho y nueve años. Busca a una dama de compañía que sepa coser y enseñe el catecismo a las niñas. ¿Crees que

podrías hacerlo? Debes presentarte mañana por la mañana para que te conozca.

Había llegado, pues, la hora de la verdad. Susannah, aún aturdida por los sucesos de esa tarde, se retiró a su alcoba. Desenvolvió con delicadeza la preciada miniatura, protegida por el suave paño de terciopelo azul, y observó el rostro de su madre.

—¿Por qué no pudo ser tan sencillo para ti como lo ha sido para Martha? —susurró—. Si estuvieras hoy aquí, no me vería obligada a abandonar todo lo que me es querido.

A la mañana siguiente Susannah fue a Aldersgate y esperó en el vestíbulo de la imponente mansión que tal vez se convirtiera en su hogar. Al poco rato la criada la llevó al salón. La señora Driscoll dejó a un lado su bordado y miró a Susannah de arriba abajo.

—Doy por supuesto que tocáis el virginal, ¿no es así? —preguntó.

—Lamentablemente, no.

—Ya. —La mujer apretó sus labios pálidos en un gesto de desaprobación—. ¿Podéis enseñar a mis hijas a dibujar, a hacer reverencias y comportarse en la buena sociedad?

—Sí, señora. Y puedo enseñarles a escribir con buena caligrafía italiana, a traducir del latín y un poco de griego y francés.

La señora Driscoll abrió los ojos de par en par en una expresión de asombro.

—¿De qué iba a servirle eso a una niña? ¿Podéis enseñarles a bailar?

—Seguramente —contestó Susannah con incertidumbre.

—¿Y a bordar y hacer adornos con conchas?

Por suerte Susannah se libró de contestar, porque de pronto se abrió la puerta y entró un hombre de una gordura extrema que vestía una ajustada chaqueta de color burdeos.

—¡Vaya! ¿A quién tenemos aquí? Una amiga de mi esposa, supongo.

Su mujer tosió.

—Querido, esta es la persona de la que me habló la señora Leyton como posible acompañante.

—¡Ah! La acompañante. Sí. Las niñas necesitan una acompañante. ¿Ya las habéis conocido? Son encantadoras, aunque no esté bien que yo lo diga.

—No, señor. Acabo de llegar.

—No sabe tocar el virginal —informó la señora Driscoll.

—¡Ah! No importa. Traeremos un profesor de música, y podrán aprender las tres. ¿Qué os parece, señorita? —Le dirigió una sonrisa radiante, y sus ojos desaparecieron en sus carnosos mofletes.

—Siempre he querido aprender a tocarlo. Vuestras hijas y yo podríamos practicar juntas.

—¡Excelente! Trato hecho, pues. Querida, ve a buscar a las niñas al cuarto de juego.

La señora Driscoll hizo ademán de hablar, cambió de idea y salió del salón.

—¿Hace mucho que sois dama de compañía? —preguntó el señor Driscoll.

—La verdad es que no. Mi padre tiene una botica y yo le ayudaba en la rebotica.

El señor Driscoll aspiró aire entre los dientes.

—¿Seréis capaz, pues, de purgar a mi mujer, si lo necesita? —Echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas hasta que su rostro adquirió el mismo color burdeos que su chaqueta.

Susannah consideró sensato no seguirle la broma.

La señora Driscoll regresó con sus hijas, gordas como bolas de grasa y sin más rasgo distintivo que su fealdad. Se acercaron lentamente y, bajo la mirada de aprobación de su padre, saludaron con una reverencia tan profunda como les permitieron sus macizas piernecillas.

—Unas muñequitas, ¿verdad?

—Sin duda —convino Susannah, consciente de que solo su padre podía admirar aquellas caritas de pudín. Al menos no daba la impresión de que pudieran causar muchos problemas.

Arabella exhibía una ufana expresión de insufrible triunfo por haberse salido con la suya, pero Susannah procuró pasarla por alto. En cuanto aceptó lo inevitable, se adueñó de ella un extraño sosiego, casi alivio, por no tener que padecer ya el desgaste producido por las disputas con su madrastra. Disponía solo de unos días antes de verse obligada a ocupar su nuevo puesto y estaba decidida a sacarles el mayor provecho.

Cornelius se ausentaba de la tienda a la menor oportunidad y evitaba quedarse a solas con ella. Susannah intentó sobrellevar el dolor causado por este comportamiento ocupándose en vaciar los armarios de la rebotica para dejarlos bien ordenados. Ned atendía a los clientes y ella hacía caso omiso de la campanilla cuando se abría la puerta para que él se acostumbrara a arreglárselas solo. Estaba barriendo el suelo de la rebotica cuando oyó una voz a sus espaldas.

—¡Vaya, qué hacendosa!

Henry Savage, apoyado en la pared, la observaba trabajar.

—¡Henry! —Susannah se llevó la mano a la boca—. ¡Señor Savage! ¿Qué os trae por aquí? —Se le aceleró el pulso y confió en que el rubor no la delatará.

Henry sonrió.

—Quítate el delantal; vamos a salir. Quiero enseñarte una cosa.

—No puedo...

—¿Por qué no?

Es verdad, ¿por qué no?, pensó ella. Ese podía ser el último acto de irresponsabilidad que cometiera ahora que solo le cabía esperar una vida de solterona como sirvienta. Era consciente de que llevaba su vestido de faena, con remiendos y manchas de mercurio.

—No puedo salir así. Al menos debo lavarme la cara.

Henry le quitó la escoba de las manos y la dejó contra el armario. Sacó un pañuelo del bolsillo y le limpió un tiznajo en la mejilla.

—¡Perfecto! —exclamó. Acto seguido, la tomó del brazo y la llevó a la calle.

—¿Adónde vamos?

—Pronto lo sabrás.

Recorrieron Fleet Street y Ludgate Hill, rodearon la catedral de San Pablo, pasaron por delante de la librería preferida de Susannah y luego atajaron por el laberinto de callejuelas hasta llegar a una hilera de elegantes casas en una plaza contigua a Watling Street. Eran tan nuevas que la mampostería conservaba el tono claro original, ensuciada apenas por el humo mugriento que oscurecía las edificaciones más antiguas del vecindario. Henry escoltó a Susannah escalinata arriba, sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta.

Sin responder a sus preguntas, la guio entre elegantes habitaciones, e incluso le enseñó la cocina. Sus pasos resonaban bajo los altos techos mientras exploraban. Por ciertos indicios se adivinaba que los propietarios anteriores se habían marchado precipitadamente: cajones abiertos, una muñeca de trapo abandonada en la escalera.

—¿Y bien? —dijo él—. ¿Qué te parece?

Susannah percibió que él buscaba su aprobación y apartó de sí el pensamiento de que la casa ofrecía un aspecto solitario y vacío.

—Es una casa magnífica —comentó—. Muy espaciosa. Pero ¿para qué hemos venido?

Él enarcó una ceja.

—¿No soy acaso un hombre de palabra? Dije que volvería pasado un mes. Y he pensado que quizá te gustaría ver la casa que me propongo convertir en mi hogar.

—Pero... —Abochornada, Susannah desvió la mirada—. La señorita Thynne...

Esta vez fue Henry quien quedó desconcertado.

—¿Has oído hablar de ella, pues?

—Dice mi madrastra que tiene una gran fortuna.

—Así es. Veo que eres demasiado lista para engañarte, así que admitiré que he imaginado lo útil que sería esa fortuna. ¡Vaya si lo sería! —Contrajo la comisura de los labios en una sonrisa irreprimible—. Pero también he imaginado lo que sería tener cada mañana la desventurada cara de la señorita Thynne frente a mí durante el desayuno y lo mucho que preferiría ver la tuya, querida Susannah. —Le tomó las manos entre las suyas—. Por favor, dime que has cambiado de idea.

Susannah se recogió el pelo y se lo dejó caer en tirabuzones sueltos por encima de los hombros, tal como había visto peinarse a Arabella cuando se disponía a salir de casa. Se miró al espejo desazogado y se reacomodó uno de los bucles para que se le posara en el escote. Unos intranquilos ojos verdes le devolvieron la mirada desde un rostro tan pálido como su vestido. Se pellizcó las mejillas para darse color y forzó una sonrisa. No podía verse de cuerpo entero en el pequeño espejo, pero sabía que el ajustado corpiño le estrechaba la cintura. No podía hacer nada más; había llegado el momento de bajar.

Cerró la puerta de la alcoba al salir de allí por última vez y se recogió la tupida seda beige de la falda, fresca y resbaladiza al tacto.

Abajo en el salón la esperaba su padre.

—Estás preciosa, querida —dijo Cornelius, y le dio un beso en la frente.

—Gracias, padre. Arabella puso gran interés en ayudarme a elegir el vestido de novia.

—Me alegra que por fin os hayáis hecho amigas.

Amigas jamás, pensó Susannah. Se había negado en rotundo a ponerse el chabacano vestido recargado en exceso de volantes y faralaes que su madrastra deseaba para ella. Pero las dos habían hecho concesiones en su trato mutuo y, dadas las circunstancias, el resultado era todo lo bueno que podía ser.

—Espero que ahora que me voy podáis reanudar la vida tranquila a la que estáis acostumbrado, padre.

—Me temo que eso es poco probable —respondió Cornelius—. Cuando nazca el niño sin duda se irá al traste toda perspectiva que pueda tener de una vejez plácida.

—Quizá Arabella tenga razón, y os convenga contratar a una niñera. Será dinero bien empleado, os lo aseguro.

Cornelius volvió a besarla con lágrimas en los ojos.

—Siento por ti tanto afecto como es posible sentir por una hija —declaró—. No estoy ciego, debes saberlo, y soy consciente de que a veces Arabella puede ser una mujer un poco difícil. —Cerró los párpados con fuerza—. A pesar de eso, la quiero.

—Ya lo sé. Y yo deseo que seáis feliz, por eso me voy.

—Cuánto te pareces a mi querida Elizabeth. Me miras con esos grandes ojos dolidos y se me parte el corazón. Si la tuviera aquí conmigo, nunca...

—Lo hecho, hecho está.

Susannah no podía seguir hablando. A medida que se acercaba el momento de salir, iba invadiéndola un agarrotamiento y cada vez le costaba más articular las

palabras. Por un momento se preguntó si el rey Carlos se había sentido igual en su último paseo hasta el patíbulo. A lo lejos empezaron a doblar las campanas de Santa Brígida.

—Ya es la hora. Te deseo una gran felicidad, querida mía.

Cornelius tomó a Susannah del brazo y la llevó escalera abajo hasta la calle, donde esperaba el coche de alquiler para trasladarlos a la iglesia.

Susannah solo había dispuesto de las tres semanas de amonestaciones para acostumbrarse a la idea de que iba a casarse. Al entrar en la umbría iglesia, tuvo la sensación de que vivía un sueño. Nunca había esperado que ese día llegara. De pie ante el altar junto a Henry, con la boca seca y el corazón agitado como un pájaro intentando escapar, se obligó a respirar hondo mientras las voces resonaban en torno a ella. Ahora no podía desmayarse.

Solo cuando salieron a la luz del sol Susannah se atrevió a mirar a Henry. Este hombre es mi marido, se dijo a la vez que una lluvia de arroz caía a sus pies. ¡Qué extraño! Mi marido. Hasta que la muerte nos separe. Y haré todo cuanto esté a mi alcance para amar a Henry y conseguir que él también me ame, pensó.

Henry, desplegando una amplia sonrisa, la tomó del brazo y, con grandes alharacas, la presentó a todos como la señora Savage. Los hoyuelos que aparecían en su cara cuando sonreía lo dotaban de gran encanto, pensó Susannah, y como efecto de ello parecía más apuesto de lo que en realidad era.

El banquete nupcial fue mucho más discreto que el de la boda de Arabella y Cornelius. La mayoría de los amigos y conocidos de la familia había abandonado la ciudad huyendo de la peste, pero Susannah vio complacida que Richard Berry había acudido con Bridie y que Martha había llevado a su marido. El primo de Henry, el doctor Ambrose, y su tía, Agnes Fygge, también estaban allí.

Martha, con el pequeño James a cuestas, la abrazó con gran afecto.

—Me alegro mucho por ti, Susannah. El señor Savage parece un hombre muy afable y es joven. Puedes considerarte afortunada.

—Lo sé. —Y era verdad; ahora, después de las zozobras y la desdicha de los últimos meses, tenía un futuro por delante. Por suerte, el agarrotamiento de las últimas horas empezaba a disiparse.

—Y quiero pedirte una cosa. ¿Te gustaría ser la madrina de James? Como estuviste presente en el parto, lo propio es que lo tengas bajo tu asistencia.

—¡Sería un honor! —Susannah hizo cosquillas al pequeño James bajo la barbilla y se vio recompensada con una sonrisa que dejó a la vista las encías.

Cornelius no había reparado en gastos para su hija y comieron lubina al vapor, codornices asadas, tartaletas de tuétano y fricandó de pollo, seguidos de tarta de manzana y membrillo, confites y mazapán regados con el mejor vino que ofrecía el

Crown and Cushion. Los hijos de Arabella se portaron asombrosamente bien, a excepción de Mathew, al que tuvieron que llevar fuera a vomitar porque había engullido más mazapán del que le convenía.

Agnes Fygge, una anciana encorvada y renqueante de ojos negros y mejillas anormalmente lustrosas por efecto del colorete, se sentó frente a Susannah.

—¿Y cómo crees que te acomodará a la vida de casada? —preguntó la mujer.

—Muy bien, seguro —balbuceó Susannah, su mirada fija en el recargado bastón de la anciana con su empuñadura de plata en forma de cabeza de mono. Junto a ella, Henry estaba enfrascado en una conversación con el doctor Ambrose.

—Mmm. No sé si yo me acomodé muy bien. Aunque mi marido ya ha muerto.

Susannah, sin saber si eso era motivo de enhorabuena o de conmiseración, guardó silencio. A su lado, Henry hablaba en susurros con su primo y se lo veía cada vez más alterado.

—Hace ya tiempo que soy viuda. Hago lo que me viene en gana —añadió la señora Fygge.

Susannah asintió, simulando atención a la vez que intentaba oír lo que decía Henry.

El doctor Ambrose juntó las cejas con expresión iracunda cuando contestó a Henry:

—¡No debes traerlos aquí!

—Henry me ha dicho que te gusta tu nueva casa —comentó la señora Fygge, al parecer sorda a la discusión de sus sobrinos.

—¡Ah, sí! Es mucho mejor de lo que habría esperado. El negocio de importación de Henry prospera de prisa, según me cuenta.

—¡Vaya! —Agnes torció los labios en una sonrisa irónica—. Siempre ha tenido mucha labia. En ese sentido ha salido a su abuelo. Ya muerto, claro. —Se volvió para hablar con Richard Berry, sentado a su izquierda.

Ahora Henry y el doctor Ambrose cuchicheaban con las cabezas muy juntas. De pronto Henry hincó un dedo en el pecho de su primo para remarcar sus palabras, y el doctor Ambrose echó la silla atrás con gran ruido y se levantó.

—¡Lo prometí! —exclamó Henry, golpeando el borde de la mesa—. Y ahora puedo cumplir mi promesa.

—¡Yo no quiero saber nada de eso! —El doctor Ambrose tiró la servilleta y, airado, abandonó la sala.

Susannah lo observó marcharse.

—Henry, ¿por qué se ha molestado tu primo?

Henry se echó a reír pero su rostro traslucía tensión.

—Will siempre ha sido un hombre adusto y de mal genio. Despechado en el amor, me temo, y eso le ha agriado el carácter. Pero no permitiré que nos agüe el día de nuestra boda. —Golpeteó la mesa con el cuchillo—. ¡Un brindis! ¡Brindemos por la novia!

Esa noche, cuando Susannah salió del baño, Henry estaba ya en la cama esperándola. Ella había retrasado lo máximo posible el momento de subir al dormitorio después de la cena, dedicando incluso un rato a dar la bienvenida a Peg, la joven criada contratada por Henry, y a supervisarla mientras cebaba las mechas de las velas y cerraba las puertas. Se le revolvieron las entrañas en un súbito ataque de ansiedad. Pero al final ya no pudo aplazarlo más.

Habían colocado el baúl de Susannah junto al tocador. Sacó su nuevo camisón bordado y lo colgó del respaldo de la silla antes de quitarse las horquillas y las cintas del pelo. La violentaba estar sola en una alcoba con un hombre, aun siendo su marido. Había procurado no pensar demasiado en lo que se avecinaba, aterrorizada ante las posibles consecuencias, pero a la vez deseosa de complacer a su marido. Mientras se peinaba para desenredarse el pelo, vio en el espejo la imagen de él, que la miraba. Se volvió, y él le sonrió fugazmente.

Ella le dirigió una sonrisa vacilante y huyó tras el biombo situado en una esquina de la habitación. Mientras se aflojaba el corpiño con manos trémulas y se ponía el camisón con gran nerviosismo, tuvo que contener un arrebato de pánico. Respirando profundamente para hacer acopio de valor, permaneció tras el biombo con los brazos temblorosos cruzados ante el pecho.

—¿Susannah?

—Sí.

—Es tarde. Ven a la cama.

Ella salió a su pesar.

Henry estaba pálido y Susannah se preguntó por un momento si estaría tan nervioso como ella.

Se desprendió de las zapatillas, se metió en la cama y se quedó sentada junto a él, muy erguida, con la sábana por debajo de los brazos. Se preguntó si él oía el desacompañado latido de su corazón.

—¿Apago la vela?

—Todavía no. Quiero verte. No tienes por qué estar asustada —dijo él, obligándola a bajar la barbilla para mirarlo.

Susannah se concentró en sus ojos. Unos ojos tan azules como un cielo de verano. Henry le sonrió y se llevó su fría mano a los labios.

—¡Esposa mía! —dijo con admiración—. Las cosas nos irán muy bien, creo yo.

Susannah asintió, y parte de su desazón se disipó. Él alargó el brazo y recorrió lentamente las curvas de sus labios con un dedo; a ella le pareció natural volver la cabeza para besárselo.

No hizo ademán de resistirse cuando él hundió las manos en su mata de pelo suelto y se inclinó para besarla.

No era ni mucho menos desagradable, pensó ella. La raspó un poco con el asomo

de barba del mentón y notó el sabor del vino de malvasía que habían bebido durante la cena. No sabía muy bien qué esperaba él de ella y permaneció inmóvil mientras él seguía besándola. Tenía los labios cálidos y sedosos. Empezó a acariciarle el hombro y luego le mordisqueó los huesos del cuello. A Susannah se le puso la carne de gallina.

Empezó a distenderse y se recostó contra él, ladeando la cabeza para que pudiera llegar a ella con mayor facilidad. Él manipuló con torpeza los cordones del camisón y al cabo de un momento comenzó a tirar de ellos con impaciencia, hasta que Susannah le ayudó. El camisón ya desatado resbaló por sus hombros, y ella contrajo los dedos para resistir el impulso de subírselo y sujetárselo en torno al cuello. Al fin y al cabo, Henry era su marido y ella tenía la obligación de ser una esposa complaciente.

—Nunca he visto una piel tan blanca —musitó él mientras le acariciaba los hombros. Agachó la cabeza y le dio un sinfín de besos en el nacimiento de los pechos. Gradualmente, el camisón descendió más y más, y él le tocó el pezón con la yema del dedo. Lo hizo rodar con delicadeza entre el pulgar y el índice.

Susannah ahogó una exclamación. Una extraordinaria sensación de calor empezó a irradiar de lo más hondo de ella.

Henry, con la respiración agitada, intentaba subirle el camisón para quitárselo por encima de la cabeza.

Desnuda bajo la sábana, Susannah se recostó y lo observó mientras él se quitaba precipitadamente su propio camisón y lo tiraba al suelo junto al de ella. Con los ojos abiertos como platos, contempló su pecho firme y moreno cubierto de un ligero vello dorado. Se mordió el labio a la vez que resistía el impulso de tender la mano y acariciarlo por miedo a que él la considerara una desvergonzada.

Henry apartó la sábana, y Susannah, instintivamente, se hizo un ovillo para ocultar su desnudez. Contuvo una exclamación cuando él se arrodilló ante ella. Susannah nunca había visto a un hombre sano desnudo, y no se parecía en absoluto a los grabados de las estatuas griegas y romanas. Con los ojos firmemente cerrados, intentó apartar la imagen de su mente.

—¡No! Déjame verte —dijo él, instándola a desovillarse y apoyarse de nuevo contra las blandas almohadas. Volvió a besarla con la boca caliente y la respiración acelerada.

Le recorría todo el cuerpo con las manos, palpando sus rincones más íntimos, ahuecándolas sobre sus pechos e incluso tocándole las vergüenzas, pero la invadió una deliciosa languidez y permaneció recostada con los ojos cerrados, permitiéndole hacer lo que le apeteciera. Una grata tensión creció muy dentro de ella y empezó a impacientarse, deseando que él... ¿Qué? No sabía qué era, pero lo anhelaba.

Henry se colocó sobre ella y le separó las piernas con la rodilla. Empezó a mover las caderas e intentó penetrarla en vano.

Al abrir los ojos, Susannah, desconcertada, vio que él enseñaba los dientes en una mueca y mantenía la mirada fija en algún punto por encima de ella.

—¿Henry? —susurró.

—¡Chist! —respondió él. Toda ternura hacia ella parecía haber desaparecido y jadeaba mientras escarbaba entre sus piernas, sondeándola con dedos impacientes e intentando entrar en ella. Tenía una uña rota y le arañó repetidamente la delicada carne, ante lo que ella gimoteó.

Henry pesaba mucho y el movimiento de su cadera contra la de ella pasó a resultarle cada vez más incómodo, hasta que se preguntó cuánto tiempo más podría soportarlo. Al final, al borde de las lágrimas, susurró:

—¿Henry?

Él se quedó inmóvil.

—¿Qué? —Tenía la voz ronca.

—Me haces daño.

—¡No hables!

—Lo siento, pero me haces daño...

—¡Calla! ¡No me hables ahora!

Restregó de nuevo la cadera contra la de Susannah y ella dejó escapar un sollozo de malestar.

—¡Maldita sea! —Henry se quedó quieto y se desplomó sobre Susannah, su respiración ronca junto al oído de ella.

Susannah notó el miembro de él ya más flácido contra su muslo.

—Es inútil —masculló Henry—. Debía de estar loco para pensar que sería capaz de esto.

Susannah, atónita, no se movió, en espera de ver qué sucedía a continuación.

Henry se apartó de ella, arrancó la sábana de un tirón de los pies de la cama y se tapó hasta los hombros. Se volvió de espalda y allí se quedó, sin hablar, como una masa rígida.

Fuera, el reloj de la iglesia dio la hora.

Susannah permaneció inmóvil, sin atreverse a enjugar las lágrimas que le resbalaban por las mejillas y mojaban la almohada. ¿Qué había hecho mal ella? No sabía nada de las obligaciones de una esposa en el dormitorio, pero sin duda aquello no era normal.

Henry guardó silencio durante largo rato, y Susannah sospechó que estaba tan despierto como ella.

Después de una eternidad, el reloj de la iglesia sonó otra vez y Henry soltó un ronquido ahogado.

Por la mañana la despertó el traqueteo de una carreta sobre los adoquines. La luz se filtraba entre las rendijas de los postigos y proyectaba una tenue luminosidad sobre las paredes. Tardó un momento en reconocer aquella habitación nueva para ella. De

repente volvió la cabeza sobre la almohada. A su lado, Henry dormía aún, con la boca abierta y el aliento acre.

Cuando los acontecimientos de la noche anterior la asaltaron otra vez, revivió el bochorno y el fracaso del acto conyugal. Había decepcionado a su nuevo marido de algún modo, e ignoraba cómo corregir la situación. Se palpó con cuidado entre las piernas. Tenía la zona irritada y dolorida, pero no parecía haber ningún daño duradero. Volvió a dirigir la mirada hacia Henry, con el temor de que despertara y tuviera que enfrentarse a él. Resultaba extraño, un acto de tal intimidad entre dos personas que apenas se conocían. Pero a su debido tiempo no serían ya desconocidos y quizá todo sería cómodo y fácil entre ellos. Entretanto, ella yacía allí desnuda, sin más deseo que rectificar ese hecho antes de que Henry despertara.

Abandonó con sigilo la cama, recuperó el camisón del suelo y se apresuró a ponérselo antes de remojarse las manos y la cara con el agua de la palangana. Mirando de reojo la silueta de Henry todavía dormido, se acercó de puntillas al baúl. Sacó la pequeña caja de marquetería y el colgante de nácar y los dejó en el tocador junto al peine. Añadió un tarro de polvo dentífrico preparado por ella misma, su cepillo de dientes turco y un frasco de agua de lavanda. Como Henry aún dormía, se vistió sin hacer ruido y bajó en silencio por la escalera.

Peg la esperaba en la cocina. Aunque voluntariosa, era menuda, de rostro pecoso y unos ojos grises de expresión seria, y se la veía desnutrida para sus catorce años. Llevaba un vulgar vestido azul con volantes y cintas y un corpiño barato de encaje, del todo inadecuado para una criada de cocina, que exhibía en exceso su huesudo pecho. ¿En qué estaría pensando Henry al contratar a una niña así como única criada en una casa tan amplia?, se preguntó Susannah.

—¿Tu familia vive cerca de aquí? —preguntó.

—Han muerto todos —respondió Peg, arrugando el rostro—. Por la peste. Mi madre, mi padre y mis seis hermanitos.

—¿Cuándo? —preguntó Susannah, y retrocedió un paso involuntariamente.

—Hace seis semanas, señora, así que ya no hay peligro.

—¡Debió de ser algo horrible para ti!

—¡Pues sí, sí lo fue! Primero cayó mi padre. Vinimos del campo el año pasado. «En busca de fortuna», decía él. Se puso muy enfermo, y le salieron manchas moradas en las piernas. —El cabello rubio le colgaba en grasientas colas de rata en torno al rostro afligido—. Murió en dos horas, ¿no es asombroso? Y lo siguieron el más pequeño y Georgie.

Sin saber cómo, Susannah tenía a la chica llorosa entre los brazos y le daba palmadas en la huesuda espalda, pero era imposible interrumpir el relato de su desgracia.

—Mi madre enloqueció de tanto llorar y para ella fue una bendición irse también. La carreta de la muerte se los llevó por la noche y los vigilantes nos dejaron a todos los demás encerrados en casa. Mis hermanos y hermanas se fueron uno tras otro, y yo

solo podía mirar y preguntarme cuándo me tocaría a mí.

—Pero has sobrevivido.

—¡Y ojalá no fuera así, señora!

Peg tardó unos minutos en controlar el llanto lo suficiente para continuar.

—Cuatro semanas pasé sola en esa casa cuando se llevaron a los demás. Cuatro semanas en que no hice más que oír el correteo de las ratas tras las paredes y recordar a mis hermanos llorando y gimiendo antes de morir. Los vigilantes me tiraban a veces un mendrugo de pan por la ventana y me decían que rezara. Pero yo había rezado todos los días mientras mi familia entera moría. ¿De qué servía eso?

Susannah no sabía cómo consolar a la pobre chica, y la historia la distrajo de sus propios problemas con Henry.

—Terminada la cuarentena, los vigilantes desatrancaron la puerta y salí. —Peg se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Ningún vecino quería acercarse a mí, y me quedé sentada en el portal mientras ahumaban la casa para purificarla. Pero ¿adónde iba a ir? No tenía ni dinero para pagar el alquiler ni familia.

—¿Fue entonces cuando conociste al señor Savage?

—No. Apareció una dama elegante y le conté lo que había pasado. Me dijo que me llevaría a su casa de Cock Lane, en Moor Fields, para presentarme a sus hijas.

—¡Qué amable!

—Eso pensé yo al principio, pero no era así. La señora McGregor tenía seis hijas, y todas se volcaron sobre mí. Luego me dio una buena cena y un baño y me puso un vestido nuevo. —Se levantó la falda para enseñar la enagua—. Bonita, ¿verdad? —susurró.

—Pero demasiado elegante para trabajar, Peg. Te buscaré algo más adecuado, y esa puedes guardarla para las ocasiones especiales. ¿Y qué pasó entonces?

—Al día siguiente me dijo que debía ganarme el pan. Me ofrecí a fregar el suelo o hacer cualquier cosa, pero ella me contestó que su hermano iba a venir de visita y yo debía ser amable con él.

Susannah empezó a formarse una idea de por dónde iba el relato de la chica.

—¿Y apareció su hermano?

Peg asintió con la cabeza.

—La señora McGregor me llamó para presentármelo. Tomamos una copa de vino, que se me subió a la cabeza, y luego ella me dijo que tenía asuntos que atender y yo debía quedarme a entretener al caballero. Hacía solo un minuto que la señora McGregor se había ido cuando él metió la mano por debajo de mi enagua. Grité pero no acudió nadie.

—¡Ay, Peg!

—Pero yo no estaba dispuesta a permitir que un caballero me tocara las vergüenzas, así que agarré el candelero y le aticé en la cabeza. ¡Se quedó como un leño en el acto, os lo aseguro! —Sonrió con triste satisfacción.

—¿Y qué hiciste después?

—Salí por la ventana. Salté y caí encima del señor Savage, que pasaba por allí.

—¡Qué suerte!

—¿Verdad que sí? —dijo una voz detrás de ella.

Susannah, con el corazón acelerado, giró en redondo y se encontró a su marido en la puerta de la cocina.

—No podía dejarla allí, ¿no crees? —preguntó.

Incapaz de mirarlo a los ojos, Susannah negó con la cabeza.

—Y entonces pensé que mi mujer podía enseñarle a ser nuestra criada. Y tú prometiste que trabajarías mucho para nosotros, ¿no es así, Peg?

—¡Sí, señor, desde luego!

—En ese caso, ¿podríamos empezar quizá por el desayuno?

Peg hizo una reverencia y comenzó a sacar los platos y a cortar el pan.

—¿Qué otra cosa podía yo hacer? —preguntó Henry cuando se sentaron a la mesa en el comedor—. Se la veía tan desdichada que no tuve valor para dejarla abandonada en el arroyo.

Se lo veía tan jovial como siempre, y Susannah, a no ser por la irritación, se habría preguntado si la insatisfactoria noche de bodas no había sido solo fruto de su imaginación.

—Eres un hombre de buen corazón, Henry, pero debes saber que Peg no tiene experiencia para llevar una casa tan grande como esta.

—Aun así, confío por completo en ti, señora Savage. Y puedes estar segura de que será leal porque la salvamos de una vida de deshonra.

Henry no parecía guardarle el menor resentimiento, y Susannah sintió un repentino y sorprendente arranque de afecto por su marido.

—En ese caso, espero que seas paciente con nosotras si tu cena llega con retraso o tus camisas no están perfectamente planchadas.

—Descubrirás que soy un hombre paciente, Susannah.

—Apenas hay nada en la despensa. Peg y yo tendremos que ir al mercado después del desayuno si es que queremos comer algo al mediodía. Necesitaré dinero para el mantenimiento de la casa.

—Sí. —Henry apretó los labios y se quedó pensativo—. Hoy comamos solo un poco de pan y queso. Me sería imposible comer nada más acabar las exquisiteces del banquete nupcial.

Susannah enarcó las cejas al ver que Henry había devorado la mayor parte de la hogaza del desayuno él solo. Sin embargo, tenía la sensación de que aún no lo conocía lo bastante como para hacer un comentario al respecto.

—Además —añadió Henry—, tu padre vendrá esta mañana y querrás verlo. Puedes ir al mercado esta tarde y comprar algo apetitoso para la cena.

—Mi padre no me dijo que vendría.

—Es un asunto de negocios.

Después del desayuno Henry se retiró a su gabinete y dejó que Susannah se

familiarizara con su nueva casa.

Ella examinó los tapices que colgaban de las paredes del comedor y se preguntó si eran obra de la anterior dueña de la casa o si los habían encargado en los Países Bajos. Se adaptaban con tal precisión a las paredes que sin duda se habían diseñado a medida, pese a que la sanguinaria representación de la cacería de un jabalí era un desagradable recordatorio del origen de la carne asada que podía servirse allí.

En el salón, Susannah deslizó los dedos por la gran chimenea de piedra y la repisa de roble labrado colocada encima. Había caído hollín en el hogar, y se dijo que debía pedirle a Peg que lo limpiara. Y una fina capa de carbonilla cubría los muebles pese a que antes, hasta que la muchacha retiró las sábanas, habían estado tapados.

Mientras probaba un sillón tapizado de terciopelo, Susannah echó atrás la cabeza para contemplar el alto techo. Recargadas molduras de escayola componían un dibujo geométrico formado por cuadrados y círculos, algunos de ellos con pinturas en el centro. Era un edificio imponente, pero por alguna razón carecía del encanto de su vieja y poco espaciosa casa sobre la botica. No pudo evitar reírse sonoramente ante la ironía de aquello. Arabella se pondría verde de envidia cuando viera esta casa.

Pasó el resto de la mañana con Peg, adiestrándola en sus obligaciones. Por las tardes Susannah le enseñaría los rudimentos de la cocina. Pero en realidad, pensó, si Henry podía permitirse comprar una vivienda tan amplia y lujosa, ¿no podría contratar al menos a otra criada?

Cuando Susannah y Henry acabaron de comer su frugal almuerzo, ella quitó el polvo del salón y se sentó junto a la ventana a zurcir un roto en uno de los cojines mientras aguardaba la llegada de su padre. Fuera, la plaza arbolada estaba tranquila y no se parecía en nada a la bulliciosa Fleet Street. Pero era cierto que incluso en Fleet Street había ahora menos ajeteo por la mucha gente que había huido de la ciudad.

Susannah no tardó en ver a su padre. Lo acompañaba Ned, y entre los dos acarreaban una caja fuerte. Cuando llamaron y Peg les abrió la puerta, Susannah se inclinó sobre la barandilla y los llamó.

La puerta del gabinete se abrió, y Henry corrió escalera abajo para aliviar a Cornelius de su carga.

—Buenas tardes, caballero, y bienvenido seáis. Susannah, acompaña a tu padre al salón. Enseguida me reuniré con vosotros.

Susannah dio un beso a Cornelius y, tomando a su padre de la mano, lo guio hasta el salón.

—Vaya, todo esto es magnífico, Susannah. Has salido bien parada.

—La casa es tan grande que intimida un poco. Me tendrá muy ocupada.

—Eso no es malo, a mi juicio. —Le levantó la barbilla con el dedo—. Pero ¿eres feliz, Susannah?

Ella entornó las pestañas, notando que le ardían las mejillas bajo la mirada escrutadora de su padre.

—Como podéis ver, aquí estaré muy cómoda.

Cornelius le dio un beso en la frente y la soltó.

—Me alegre.

Henry apareció y sirvió el vino que Susannah había encontrado en un barril del sótano.

—Henry, ¿zanjamos nuestro asunto? —preguntó Cornelius—. Tengo unos papeles que debéis firmar.

Un rato después esa misma tarde, cuando su padre ya se había ido, Susannah oyó un ruido metálico al pasar frente al gabinete. La puerta estaba entreabierta; dentro vio a Henry contar y apilar monedas en pequeñas torres, sentado ante su escritorio.

Le dirigió una mirada. Le brillaban los ojos.

—Tu dote, querida. Tu padre me prometió que me la entregaría al día siguiente de la boda, y ha sido fiel a su palabra. —Alcanzó una de las pilas de monedas y se la tendió a ella—. Ahora ve al mercado y trae algún manjar para la cena. —Levantó la tapa de la caja fuerte, arrastró las monedas y las echó dentro.

A Susannah se le cortó la respiración al ver que estaba casi llena.

Henry echó el cerrojo y se guardó la llave en el chaleco.

—Ya puedes irte, pues.

Camino del mercado acompañada de Peg, Susannah no paró de pensar en la caja fuerte llena de monedas. Sabía que Henry, su padre y el abogado de este habían pasado varias horas reunidos antes de la boda, pero ignoraba que su dote fuera una suma tan grande. Debería haberla complacido que su padre la considerara tan valiosa, pero no podía quitarse de encima la inquietante sensación de que lo que había hecho había sido venderla a Henry para evitar la discordia con Arabella.

Pocas semanas después, mientras Susannah escrutaba la oscuridad por la ventana y se preguntaba qué habría retenido una vez más a Henry hasta tan tarde, oyó el escalofriante retumbo de las ruedas de una carreta y el aviso a gritos del voceador: «¡Traed a vuestros muertos! ¡Traed a vuestros muertos!».

Sobresaltada por un chillido procedente de arriba, soltó la cortina y, al volverse, vio a Peg correr escalera abajo en camisón.

—¡Señora, no permita que me lleven!

—Claro que no van a llevarte, Peg. Estás perfectamente.

—Echaron a toda mi familia a la carreta, y mi madre tenía la falda levantada por encima de las rodillas —dijo entre sollozos—. Se habría muerto de vergüenza si lo hubiera sabido.

—Pero no lo sabía, y ahora está en paz.

Era imposible consolar a la muchacha, y Susannah la llevó de vuelta a su habitación de la buhardilla y le prometió quedarse con ella hasta que se durmiera.

—Y ahora cierra los ojos —dijo.

Al final, la respiración entrecortada de Peg se convirtió en una sucesión de leves ronquidos, pero no le soltó la mano a Susannah cuando esta intentó marcharse.

Susannah respiró hondo y contó sus propias aspiraciones, para controlar sus temores, que amenazaban con aflorar en su pecho y ahogarla si se permitía pensar en ellos. El trabajo duro era el mejor antídoto contra el miedo a la peste, y había procurado por todos los medios que ella y Peg permanecieran ocupadas. Salían casi todos los días a hacer la compra, pero eran tantas las tiendas cerradas que las calles en otro tiempo bulliciosas estaban tan tranquilas como un domingo. En el mercado, los pocos puestos que quedaban estaban medio vacíos, y a Susannah la irritaba tener que gastar un buen dinero en coles pasadas y zanahorias arrugadas. Tomaba la precaución de llevar un pequeño tarro de vinagre consigo e indicaba a los tenderos que echaran el cambio en el tarro para purificar las monedas, reduciendo así el riesgo de contagio.

La vida conyugal era mucho más solitaria de lo que Susannah había previsto. Cada tarde se ponía sus mejores galas y aguardaba impaciente el regreso de Henry. Cada día se reservaba pequeñas noticias interesantes, resuelta a mantener una animada conversación con el desconocido que era su marido. La mayoría de las noches, para decepción suya, él volvía a casa demasiado tarde para tomar la cena que ella le había preparado y se iba derecho a la cama. El resto de las noches se le notaba distraído y apenas respondía a los intentos de acercamiento de ella. La promesa que Susannah se había hecho el día de su boda, aprender a amar a Henry y conseguir que

él también la amara, resultaba más difícil de lo que había imaginado. El matrimonio aún no se había consumado, y ella no acababa de saber si sentía alivio o decepción.

Por el miedo que reinaba en las calles, Susannah tenía pocas ocasiones para conocer a sus vecinos. Aquellos que no habían abandonado la ciudad no salían de sus casas a menos que tuvieran una razón acuciante para ello. La pescadera le contó que uno de sus vecinos, un comerciante holandés y su familia, se habían confinado en su casa con provisiones suficientes hasta que terminase la situación de emergencia. En algunas de las avenidas principales crecía la hierba entre los adoquines, una circunstancia inconcebible.

Llegó el frío, y las hojas rojizas caían de los árboles de la plaza. Por las tardes Susannah enseñaba a Peg a preparar las jaleas, las conservas y los cordiales a partir de cualquier fruta disponible, en previsión del invierno. Era vital, descubrió, mantenerse ocupada a fin de no pensar demasiado en su desilusión con la vida de casada y la creciente lista de muertes. En un intento de sacudirse el malestar que se había apoderado de ella, Susannah decidió invitar a su padre y Arabella a cenar. En el último momento se le ocurrió proponer a Henry que avisara también a su primo y su tía. Sería una ocasión especial; su primera fiesta, y estaba segura de que lograría que Henry se enorgulleciera de ella.

Peg ayudó a Susannah a apartar todos los muebles del comedor para poder limpiar las telarañas de los tapices. Mientras movían el gran aparador, Susannah vio brillar algo detrás.

—Espera un momento —dijo a Peg mientras tendía el brazo por el estrecho espacio entre el mueble y la pared. Como no llegaba al objeto, metió el escobón en el hueco y lo empujó hasta rescatar un pequeño broche de oro con un rubí en el centro y una orla de aljófares en el contorno.

—Oh, señora —exclamó Peg con los ojos muy abiertos—. Eso parece valioso.

—Demasiado valioso para quedárnoslo. Tendré que pedir a Henry que se ponga en contacto con los anteriores dueños de la casa para devolvérselo. Entretanto, lo guardaré en mi baúl.

El día acordado, Susannah partió camino del mercado al despuntar el alba y consiguió hacerse con una excelente pata de cordero, tres conejos y un pollo para un fricandó a la francesa. A Henry le había gustado especialmente el último fricandó que le había preparado.

Por la tarde, Susannah permaneció atenta a las campanadas de la iglesia, y a las cinco vio con preocupación que Henry aún no había aparecido. Faltaba media hora para que llegaran los invitados, y él tendría poco tiempo para ponerse la camisa limpia y la chaqueta de damasco que ella le había elegido.

William Ambrose, en cambio, fue puntual. Lo acompañaba su tía, que apoyaba

todo su peso en el bastón con empuñadura de plata. Henry seguía sin dar señales de vida.

—Considéralo un honor —dijo Agnes Fygge cuando Peg le tomó la capa—. Hoy por hoy apenas salgo a la calle, pero tenía la intención de venir a verte en vista de que no has considerado oportuno visitarme. ¿Acaso mi regalo de boda no fue suficiente para ti?

—¡Claro que lo fue! —balbuceó Susannah.

—Recibí tu carta de agradecimiento, y tienes una caligrafía preciosa, debo decir, pero deberías haber venido a verme.

—Habría ido con mucho gusto, pero, según Henry, preferís enclaustraros en casa por miedo a la peste.

—Eso dice, ¿eh? —Se alisó la falda negra de seda, anticuada pero de buena calidad y guarnecida de abundante encaje francés—. ¿Y dónde está mi sobrino?

Eso mismo se preguntaba Susannah.

—Estoy segura de que no tardará.

Cornelius y Arabella llegaron poco después, y Susannah se quedó atónita al ver lo mucho que había engordado Arabella en el último mes. A pesar de eso, el embarazo la favorecía.

—¿Te encuentras bien, Arabella? —preguntó.

—Este estado mío es agotador —respondió—, pero Cornelius ha insistido en que tengamos una niñera, y al menos así ahora puedo descansar un poco. —Eché una ojeada a la sala—. No necesito preguntarte cómo estás, porque ya veo que la suerte te ha sonreído. ¿Quién lo habría dicho?

Susannah se deleitó en sus adentros al ver la expresión de envidia que asomó a los ojos de su madrastra.

Los invitados iban por su segunda copa de vino y ya oscurecía cuando Susannah advirtió que Peg le dirigía muecas desde la puerta. Se disculpó y abandonó la sala.

—¡Ay, señora, el cordero ha quedado reseco de tanto cocerse! He intentado mantenerlo caliente a un lado del fuego hasta que llegara el señor, pero se ha prendido y ha quedado negro por un lado. ¿Qué hacemos?

Susannah exhaló un suspiro, cada vez más irritada con Henry. Le había pedido expresamente que llegara pronto a casa para recibir a los invitados.

—Sácalo de la cacerola, ponlo en una tabla y corta la parte quemada. Luego trínchalo con el mayor cuidado posible en trozos gruesos y colócalos en una fuente. Puedes echarle perejil picado y tal vez no se note tanto el sabor a quemado. Cuando hayas acabado, nos sentaremos a cenar.

—Pero ¿y el señor?

—No podemos esperar más. La señora Leyton empieza a estar irritable y al doctor Ambrose le gruñe el estómago de hambre.

Poco después, aceptando a regañadientes que Henry no llegaría a tiempo, Susannah condujo a sus invitados al comedor.

—¡Vaya, esto es extraordinario! —comentó Agnes Fygge, recorriendo la mesa con sus escrutadores ojos negros. Susannah había abrigado la madera con cera de abeja, puesto su mejor cristalería y doblado las servilletas en elaboradas formas a la última moda. La fuente de cordero cocido se hallaba al lado del fricandó de pollo y conejo. Había una empanada de angulas, un surtido de ensaladas y verduras junto con una tarta de melaza de generosas proporciones y un plato de membrillos asados. Adornaba el centro de la mesa un magnífico candelabro de plata de dos brazos, con las velas ya encendidas.

—Como veis, vuestro regalo de boda ocupa el lugar de honor —señaló Susannah. Complacida, Agnes Fygge se acomodó en su silla, y William Ambrose dejó el bastón a su alcance.

—¡No te preocupes tanto por mí, Will!

—No me preocupo, tía.

—Mmm. —Lo miró con expresión ceñuda—. Quieres decir que procuras que no me dé cuenta.

Él sonrió y apoyó la mano afectuosamente en el hombro de su tía.

—Me conocéis demasiado bien.

—Pero, Susannah, ¿dónde está Henry? —preguntó Arabella.

—Supongo que algún asunto urgente ha requerido su atención. —Susannah esbozó una sonrisa, pero tan forzada que tuvo la sensación de que se le resquebrajaba la cara. Sentada en el borde de la silla, permanecía atenta en espera de oír las pisadas de Henry en la escalinata de la entrada. ¿Dónde se habría metido?

—Me extraña mucho que desconozcas el paradero de tu marido —dijo Arabella—. ¿No se lo has preguntado cuando salía de casa? Lo lógico sería que mostraras un mínimo interés en sus planes. ¿Te ha hecho llegar un mensaje?

—No me cabe duda de que tiene buenas razones para llegar tarde, Arabella —repuso Susannah a la defensiva.

—Muestra poco respeto por tus sentimientos si no tiene la delicadeza de hacerte saber su paradero. ¡Y qué violento debe de ser para ti no tener un anfitrión en la cena! —Un destello de desprecio asomó a los ojos de Arabella.

A Susannah le ardieron las mejillas por la humillación, pero no se le ocurrió una réplica adecuada.

—No tiene nada de violento —terció William Ambrose—. Esto es una reunión familiar, ¿no? Y la esposa de mi primo es una anfitriona perfecta en esta imprevista ausencia de su marido.

Susannah pestañeó, sorprendida por este apoyo inesperado.

—Gracias —dijo—. ¿Quizá pueda recurrir a vos para servir el vino, ya que Henry no está?

Recordó el comentario de Henry acerca del desengaño amoroso de su primo. William Ambrose sería más que agraciado sin ese frecuente ceño que se dibujaba en su rostro.

La cena transcurrió bastante bien, y Susannah sonrió y charló con los invitados, aunque tuvo en todo momento la sensación de que se había atragantado con una piedra que amenazaba con asfixiarla.

Henry aún no había vuelto cuando los invitados se preparaban para marcharse.

—Mañana no dejes de hacernos saber que Henry ha regresado sano y salvo —dijo Arabella con falsa solicitud cuando Cornelius le envolvió con gran ternura los hombros con la capa.

—Seguro que ha enviado un mensaje y se ha extraviado por el camino —comentó Susannah con desenfado igual de falso.

El doctor Ambrose le dio un beso en la mejilla.

—Una cena excelente —comentó—. Henry lamentará habérsela perdido.

—Mala educación, así llamo yo a eso —añadió la señora Fygge.

Susannah cerró la puerta de la calle después de salir el último invitado y se apoyó en ella con los ojos cerrados. Dolida por la decepción y la humillación, deseó arrastrarse hasta la cama y taparse la cabeza con las mantas.

Se obligó a sobreponerse y ayudó a Peg a fregar los platos y a limpiar la cocina, esperando en todo momento oír las pisadas de Henry.

A las doce de la noche, cuando subía sola por la escalera, empezó a preocuparse seriamente. ¿Y si Henry había tenido un accidente? ¿O si, que Dios no lo quisiera, había enfermado? Se desvistió y se paseó por la alcoba en camisón. Al final, acercó una silla a la ventana y allí sentada, envolviéndose los hombros con la cortina, contempló la plaza iluminada por la luna.

Casi amanecía cuando Henry regresó. Lo vio cruzar la plaza con paso un tanto inestable, corrió escalera abajo y salió a la noche.

—Henry, ¿dónde te habías metido? ¿Estás bien? —Con el rostro bañado en lágrimas, lo agarró del brazo—. No te imaginas lo angustiada que estaba.

—¿Susannah? ¿Qué haces aquí fuera en camisón?

—He pensado que quizá habías contraído la peste o te había asaltado algún bandido.

—¿Algún bandido? ¡Qué idea tan absurda! No hay un alma en las calles. Solo me he quedado a jugar una partida de cartas con unos amigos.

—¿Una partida de cartas? Pero... —Saltó una chispa de cólera—. Sabías que esta noche teníamos invitados. He preparado un fricandó de conejo y pollo especialmente para ti, ¿y tú te has quedado jugando a las cartas con unos amigos? Henry, ¿cómo has podido hacer una cosa así?

—¿Me dijiste que ofrecías una cena?

—¡Claro que sí!

—Ah. Bueno, ¿y me has guardado un poco de fricandó?

—¡Pues no! Y dudo mucho que vuelva a preparártelo alguna vez. —Se volvió y entró de nuevo en casa a la carrera.

Henry regresaba a menudo pasadas las doce de la noche. Casi nunca estaba en casa, salvo para acompañarla a misa los domingos. Así las cosas, Susannah disponía de largas veladas de soledad para leer sus preciados libros, pero a veces el tictac del reloj parecía sonar tan fuerte en la casa silenciosa que le causaba desasosiego. Intentaba permanecer despierta hasta la llegada de Henry, pero a menudo era ya tan tarde cuando él, con gran sigilo, entraba y se metía en la cama que ella apenas podía abrir un ojo. En tales ocasiones el aliento le olía invariablemente a cerveza y un intenso tufo a tabaco le impregnaba el pelo. A veces lo envolvía un tenue perfume que le recordaba el aroma de la raíz de orris de la botica de su padre.

—¿Es necesario que vayas tanto a establecimientos públicos, Henry? —le preguntó una noche cuando él llegó a altas horas. Se incorporó en la cama y se rodeó las rodillas con los brazos—. Te expones al contagio.

—Atiendo todos mis negocios en cafés y tabernas —contestó él mientras se quitaba la camisa por la cabeza—. Con lo difícil que es captar nuevos clientes cuando sale tan poca gente a las calles, debo aprovechar cualquier oportunidad, por tarde que sea.

—Pero es que me preocupo por ti, Henry.

Henry bostezó y le dio un beso en la mejilla.

—Eres una esposa abnegada, Susannah.

Vacilando, Susannah le tocó el brazo. Sentía un profundo deseo de que él la tuviera en cuenta, la quisiera.

—Eso intento —dijo.

—Te creo. —Henry se metió en la cama junto a ella y la besó expeditivamente en la mejilla—. Ahora duérmete.

Se volvió de costado y en menos de dos minutos ya lo había vencido el sueño.

Susannah se quedó escuchando a oscuras los resoplidos de Henry. ¿Qué demonios me pasa?, se preguntó. Al principio se había negado a casarse con él por su pavor a dar a luz, pero ahora que él no mostraba el menor interés en el débito conyugal, le preocupaba que la encontrara fea. Con el paso de los días, mientras esperaba a que Henry regresara a casa una noche tras otra, tenía la impresión de que aguardaba aún el inicio de su matrimonio. Tal como estaban las cosas, Henry y ella podrían haber sido simples conocidos que por casualidad vivían bajo el mismo techo. ¿Qué podía hacer para cambiar esa situación?

La soledad obligó a Susannah a abandonar la seguridad de su hogar y exponerse a salir a las calles para visitar a Martha. Un humo acre saturaba el aire, y mientras caminaba apresuradamente con un pañuelo en la nariz, no dejaba de toser. Las llamas se elevaban de las hogueras encendidas en las calles para expulsar la peste a base de

humo. No podía evitar preguntarse si morirían todos de inflamación pulmonar antes de que la epidemia remitiera.

Era tan poca la distancia entre los tejados de ambos lados de la calle que las casas parecían inclinarse hacia delante y, a las once de la mañana, el humo arremolinado convertía el día en crepúsculo. Llovía ceniza, que se le posaba en la cabeza y los hombros. Con carne de gallina pensó que las calles debían de parecer el paisaje del infierno, y ya no le cupo la menor duda de ello cuando pasó frente al camposanto y vio una fosa abierta, con los cadáveres a la vista de todos. Al percibir semejante hedor a podredumbre, sintió náuseas y corrió a la otra acera para escapar de él.

Martha, tan pulcra como siempre, con una cofia limpia y el cuello almidonado, amamantaba al pequeño James cuando llegó Susannah.

—¡Qué deprisa crece! —exclamó Susannah.

—La leche materna —dijo Martha, su suave rostro resplandeciente de satisfacción. Besó la rechoncha mejilla del bebé y se lo apoyó en el hombro—. Como no resistía la idea de mandárselo a una nodriza, insistí en que se quedara en casa con nosotros. —Con semblante ensoñador, mecía al niño y le daba palmadas en la espalda—. Pero ha crecido tanto que hoy ya no le cabría el traje del bautizo, y no digamos ya la semana que viene.

—Tendrás que matarlo de hambre hasta entonces —bromeó Susannah.

—Hace ya tiempo que esperaba que tu reciente marido renunciara un rato a tu compañía y te dejara venir a visitar a tu amiga.

—Te he echado de menos, Martha.

—Siéntate y cuéntame. ¿Cómo va la vida de casada?

—Casi ni lo sé. Llevar una casa tan grande me ocupa la mayor parte del tiempo. Es excesiva para dos personas.

—¿Y qué tal está Henry?

—Muy bien.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¡Por Dios, Susannah! La intención del Señor es que el amor conyugal sea un consuelo. ¿Qué te parece como marido?

—Ah, eso. No me causa problemas. ¿Qué más puedo decir?

Martha apretó los labios.

—Bueno, espero que él sea un consuelo para ti. Y tú para él.

—Trabaja mucho, y procuro que tenga preparada una buena cena cuando llega a casa.

—Así que ahora puedes poner orden en tu propia casa y en tu tiempo.

—Sí, sí, tengo mucho tiempo. El negocio de importación de Henry se basa en las relaciones que entabla en los cafés y en la Real Lonja. Se ausenta muy a menudo y las veladas se me hacen muy largas. No tengo nada más que hacer que escuchar la campana fúnebre y preguntarme si el muerto era una persona a quien yo conocía.

—Necesitas más compañía, Susannah. Quizá deberías venir a cenar con nosotros alguna vez.

El bebé hipó y Martha le limpió un hilillo de leche que resbalaba desde la boca.

—¿Puedo tenerlo en brazos?

Martha le besó la frente aterciopelada y preguntó:

—¿Quieres ir con tu madrina, James?

El bebé eructó satisfecho.

—¿Y quién sabe? —dijo Martha a la vez que entregaba el niño a Susannah—. Quizá dentro de poco tengas tú un bebé que te haga compañía.

Susannah sostuvo la cabecita del niño en su mano y contuvo el llanto. ¿Tendría un hijo algún día?

A noche cuando unos aldabonazos despertaron a Susannah. Oyó resonar unos pasos abajo en el vestíbulo y, para cuando se arregló el chal y tomó el libro abandonado en el brazo del sillón, la puerta de la sala ya se abría.

—El doctor Ambrose viene a veros, señora —anunció Peg.

—Señora Savage. —William Ambrose le dio la mano—. Vengo a ver a mi primo, pero por lo visto no está en casa.

—Casi nunca está en casa, me temo —respondió Susannah.

—Solo me he acercado un momento por matar el rato.

—¿Quizá queráis, pues, tomar un refrigerio? —Susannah dejó el libro en la mesa auxiliar, alegrándose de tener a alguien con quien hablar—. Peg, trae una jarra de vino y las mejores copas.

—Sí, señora —dijo Peg, y se marchó a toda prisa a la cocina.

—No es necesario que intentéis impresionarme con las mejores copas —señaló Ambrose.

—Desde luego que no —contestó Susannah—. Pero Peg es muy joven e inexperta. Hay que enseñarle la manera correcta de hacer las cosas. Sentaos, por favor.

William Ambrose enarcó los labios, alzando apenas las comisuras.

—Me complace que no sintáis la necesidad de tratarme con demasiadas ceremonias. Bien, pues, ¿y dónde está Henry esta tarde?

—¿Quién sabe? Probablemente en el café Star. O en la taberna Stag, o en el Crown and Cushion, quizá. Frecuenta todos esos establecimientos, tratando de negocios siempre que surge la ocasión.

—Ya veo. Me complace que trabaje tanto por el éxito de su nueva empresa. No debe de ser fácil dada la reducción del comercio marítimo en la actualidad.

—Maldice la guerra con los holandeses pero me dice que trabaja sobre promesas. Promesas de que cuando los puertos se abran a todos, él entregará las mercancías

encargadas. Según parece, los holandeses están robándonos el comercio porque en muchos sitios los ingleses no son bienvenidos por miedo a que lleven la peste.

—Siendo así, debemos mantener viva la esperanza de que la actual crisis acabe pronto.

—¿Y vos? Debéis de estar desbordado, con tantos enfermos.

—Muchos de mis pacientes han muerto. —Se frotó los ojos, y Susannah advirtió su cansancio—. La peste se presenta de muchas maneras distintas: fiebres intermitentes, temperatura alta, dolor de cabeza o mareo. Son todos síntomas de otras enfermedades menos graves, y la gente sucumbe al pánico por una simple tos. Pero, por otra parte, si es la peste, a veces se lleva a una familia entera en cuestión de horas. Y de pronto otra persona, muy enferma, se recupera cuando uno ya creía que no había esperanza.

—Mi criada perdió a toda su familia. Me pregunto si alguna vez será capaz de superar la conmoción.

—En eso no será la única. —Se interrumpió al ver que Peg llegaba con el vino y lo colocaba en la mesa.

—Pobre criatura —comentó él cuando ella salió—. He observado que la enfermedad se ceba más allí donde se hacinan los más pobres. Conviven con las ratas en la mayor miseria y nunca tienen alimento suficiente.

—¿Y no tenéis miedo? —preguntó Susannah.

Ambrose guardó silencio por un momento.

—¿Quién en su sano juicio no lo tendría?

—¿Y aun así seguís atendiendo a los enfermos?

—Alguien tiene que ayudarles. Además, me pongo mi capa gruesa y la máscara rostrada cuando voy a las casas que han sido atrancadas y doy mis recomendaciones a través de la ventana. Si atendiera a los enfermos directamente, tendría que someterme a la cuarentena y no podría ayudar a los demás.

—Me he enterado de que algunos enfermos pagan a una enfermera para que los cuide.

Ambrose adoptó una expresión de desagrado.

—A menudo no es más que una vieja indigente, sin conocimientos médicos, que pretende llenarse los bolsillos, lamento decir.

—Pero eso es mejor que nada, supongo.

—No si asesina a los pacientes.

—¿Los asesina?

—He visto casos en que la enfermera espera a que el enfermo muera y entonces roba sus tesoros. A saber si les ayuda a reunirse con el Hacedor antes de lo que Él tenía previsto.

Susannah movió la cabeza en un gesto de incredulidad.

—El mundo no es ya el lugar seguro que yo creía.

—Basta con echar un vistazo a las calles para verlo. Pero hablemos de cosas más

alegres. ¿Cómo está vuestro padre?

—Ocupado. Me temo que su mancebo aún tiene mucho que aprender.

—Os echará en falta en la rebotica.

—También yo echo de menos mi trabajo.

—Pero ahora vuestro trabajo es llevar la casa para Henry.

—Sí. —Se abstuvo de añadir que, a su juicio, era una pérdida de tiempo llevar la casa para un hombre que casi nunca estaba allí. Cambió de tema—. Cuando mi padre era joven, quería ser médico, como vos.

—Seguro que habría sido un médico excelente.

—Lamentablemente, no fue posible. Al morir mi abuelo, lo adoptó un pariente rico que no tenía herederos. Este planeó mandarlo a Italia a estudiar en la Universidad de Siena, pero de pronto su mujer dio a luz a un hijo. Tenía cuarenta años y no había traído a ningún niño al mundo durante los veinte años de matrimonio, así que pareció un milagro.

—¿Y vuestro padre no fue a Siena?

—No. Fue una gran decepción para él. El pariente decidió reservar su fortuna para su nuevo heredero, y salía mucho menos caro que mi padre aprendiera el oficio de boticario.

—Y es muy respetado en su profesión por todos aquellos que lo conocen. —Ambrose lanzó una mirada al libro de Susannah, colocado en la mesa a su lado—. ¿Puedo ver qué estáis leyendo? Una novela romántica, imagino.

Susannah tomó el voluminoso libro y se lo ofreció.

—¡Ah! —Ambrose enarcó las cejas—. *Micrographia*, de Hooke. ¿Cómo es que leéis un libro así?

—Mi padre y yo asistimos a una de las conferencias de Hooke en el Gresham College. Este libro es una obra fascinante y maravillosa. Desplegad las ilustraciones. Hooke utilizaba un instrumento llamado microscopio que aumenta las dimensiones de los objetos muchas veces por encima de su tamaño natural y así era capaz de observarlos con todo detalle. ¡Fijaos en el dibujo de un piojo! ¿Habéis visto alguna vez algo tan asombroso?

—Pues sí. También yo tengo un ejemplar de este libro. Supongo que no debería sorprenderme que una mujer como vos lo considere interesante.

Susannah no supo bien si eso era un cumplido o no.

—Mi padre y yo íbamos con frecuencia a las conferencias del Gresham College.

—En ese caso es una lástima que no coincidiéramos nunca allí. Sí vi a vuestro padre, una vez. Presenciamos uno de los experimentos de Boyle con una bomba de aire. Demostró que se puede mantener vivo a un perro con el pecho abierto, siempre y cuando se bombee aire a sus pulmones.

—¡Pobre perro!

—Hice un gran esfuerzo por no pensar en el perro, sino solo en la utilidad del experimento para salvar vidas humanas. Vuestro padre y yo mantuvimos una larga

conversación sobre el tema.

—A mi padre le encantan esa clase de discusiones: primero adopta una postura, luego la otra.

—Y os ha transmitido la pasión por aprender.

—Siempre dice que el conocimiento es fuerza.

Abajo, la puerta de la calle se cerró con gran ruido y el sonido de unas botas atravesó el vestíbulo y ascendió por la escalera.

Susannah reconoció los pasos de Henry y reprimió un amago de decepción por ver interrumpida tan interesante conversación.

Se abrió la puerta de la sala y entró Henry. Dio una palmada en el hombro a su primo y dijo:

—Will, ¿qué te trae por aquí?

—He venido a verte, y como no estabas en casa, tu esposa me ha entretenido con un dibujo de un piojo.

—¡Ah, eso! A mí también me lo enseñó. Me entran picores solo de verlo.

—Pero resulta curioso, ¿no te parece?

—Vengo de una pelea de gallos en Shoe Lane. ¡Eso se acerca mucho más a mi idea del entretenimiento!

Susannah estaba en el jardín plegando la ropa recién lavada cuando vio acercarse a su padre corriendo por el sendero en dirección a ella.

—¡Qué grata sorpresa! —exclamó.

—Ay, Susannah, qué desgracia...

Cornelius tenía la peluca ladeada y el rostro bañado en lágrimas.

—¿Qué pasa? —preguntó ella. Se llevó la mano al pecho—. ¿No será Arabella?

—No, no. Eso no, gracias a Dios. Es Richard.

—¿Richard Berry?

—Mi viejo y querido amigo... —Contrajo el rostro y de pronto aparentó todos y cada uno de sus cincuenta y seis años—. He ido a visitarlo esta mañana, y cuando me acercaba a su casa, he visto la cruz en su puerta. Lo he llamado a gritos por las ventanas, pero estaban todas atrancadas. Y entonces me ha contestado una mujer de la casa contigua. ¡Se llevaron a Richard y Bridie en la carreta de la muerte anoche!

—¡Oh, no!

—Mi más viejo amigo... ¡se ha ido! No me lo puedo creer. Y la pobre Bridie, la esposa más leal que podría desear un hombre.

Conmocionado, empezó a temblar, y ella lo llevó adentro para que se calentara junto al fuego de la cocina y le preparó una infusión sedante de camomila.

—Es terrible —dijo Susannah, casi sin poder dar crédito—. Richard fue siempre como un tío para mí, con sus trucos y sus juegos. Y Bridie fue muy buena después de

la muerte de mamá.

Cornelius tomó un sorbo de la bebida caliente.

—También tu querida madre apreciaba a Richard y Bridie. Pasamos buenos ratos juntos cuando éramos jóvenes.

Al cabo de un tiempo, después de rememorar largo y tendido las bromas que se habían gastado uno a otro en la juventud, Cornelius se serenó.

—Debo irme a casa. Arabella estará preocupada. —Suspiró—. Pero admito que estoy disfrutando de la serena paz de tu cocina. En casa es imposible huir del continuo bullicio. No era consciente de lo mucho que pueden llegar a alborotar tres niños. Tu hermano y tú erais niños manejables, siempre capaces de entreteneros solos.

—A los niños de hoy en día se les da más libertad, creo.

—Pero ¿eso es bueno? —preguntó Cornelius sombríamente.

—Os acompañaré a casa —dijo Susannah.

—Agradecería tu compañía.

—Pues contad con ella. —Se colocó la mano de su padre en la sangría del brazo y se pusieron en marcha.

Ned les abrió la puerta de la botica cuando los vio acercarse.

—¿Cómo estás, Ned? —preguntó Susannah.

—Bien, gracias, señorita. —Se sonrojó y, tartamudeando, rectificó—: Perdón... señora.

Susannah se detuvo nada más entrar, cerró los ojos y aspiró hondo. ¡Cómo había añorado ese aroma! Entre la multitud de olores mezclados, reconoció los de la gaulteria y el aceite de clavo, el azufre y la trementina, la lavanda y el regaliz. Un fuego parpadeaba en la rejilla para mitigar el frío del otoño y la gran mano y el almirez se hallaban en su lugar habitual junto al tarro de sanguijuelas. La botica estaba exactamente tal como ella la recordaba.

—Vamos a buscar a Arabella y a darle la triste noticia —dijo Cornelius.

La encontraron arriba en el salón, sentada en una butaca nueva de brazos labrados y respaldo alto. Tenía las manos entrelazadas sobre el abultado vientre y los pies apoyados en un escabel que Susannah no había visto antes.

—Mi padre acaba de llevarse un disgusto tremendo —explicó Susannah—. Por eso lo he acompañado a casa.

—Richard Berry, mi viejo amigo... —dijo Cornelius, otra vez casi incapaz de hablar.

—¿Qué le pasa?

—¡Ha muerto! —exclamó Cornelius con tono trágico—. Abatido por la peste. También se ha llevado a Bridie.

Arabella respiró hondo.

—Espero que no te hayas acercado a ellos. No puedo tenerte en casa si te has contagiado. Por suerte le he dicho a la niñera que saque a pasear a los niños esta

tarde.

—Claro que no se ha contagiado —aseguró Susannah—. A Richard y a Bridie se los llevaron antes de que mi padre llegase siquiera a la casa.

—Aun así, te agradeceré que no te acerques demasiado. No quiero arriesgar mi salud.

—No hay ningún peligro, Arabella —declaró Cornelius, y se dejó caer en una silla con todo su peso.

—¿Estás seguro?

—Sí, querida, seguro.

Arabella hizo un gesto de desdén.

—Nunca me inspiró simpatía ese Richard Berry. Nos gastó una broma espantosa el día de nuestra boda con aquella tarta llena de pájaros. De lo más indecoroso. Ejercía mala influencia en ti, Cornelius.

Él agachó la cabeza y no dijo nada. Susannah apretó los dientes y reprimió el impulso de abofetear a su madrastra.

—En fin, Susannah, ¿qué te parecen los cambios que he hecho? —preguntó Arabella.

Susannah miró de reojo a su padre, que permanecía inmóvil, con los ojos cerrados.

—¿Cambios?

—Vamos, seguro que incluso tú has notado las mejoras que he introducido en este salón.

Susannah echó una ojeada alrededor y se quedó boquiabierta. En su preocupación por su padre, no se había fijado hasta ese momento en la estancia. Todo estaba cambiado. El viejo revestimiento de color miel que ella enceraba con tanto cariño lo habían pintado torpemente para que pareciera nogal, ahora más de moda, un tapiz de burdos tonos rojos y azules pendía de una pared, y todos los muebles entre los que ella se había criado habían desaparecido. El mobiliario nuevo era de estilo chino, lacado en vivo color rojo, y quedaba fuera de lugar en aquel pequeño salón.

—¿Qué habéis hecho? —dijo por fin.

—Si me veo obligada a vivir encima de una tienda en condiciones de hacinamiento, al menos disfrutaré de unos cuantos adornos nuevos. No pienses que los demás son inferiores a ti solo porque vives en una opulenta casa nueva.

—Yo no pienso eso.

—Arabella se quedó impresionada con los tapices de tu comedor —explicó Cornelius—. Y le prometí que podía elegir muebles nuevos a su gusto.

Susannah tragó saliva.

—Ya lo veo. ¿Qué ha sido de las fundas de los cojines que bordó mi madre? ¿Y los dechados?

—He permitido que las criadas se lleven los dechados a la buhardilla. Las fundas de los cojines estaban desastradas y las tiré.

—Ya veo. —Se volvió hacia su padre, quien le dirigió una mirada suplicante para que no hiciera un drama de aquello. Respiró hondo—. Vuestra nueva decoración encaja con vos a la perfección y espero que os haga feliz. —Se levantó—. Y creo que ya es hora de volver a casa.

A casa, pensó, mientras recorría Fleet Street. La palabra evocó todas las imágenes de su infancia y los recuerdos de su madre y los aromas a lavanda y pan recién hecho. Desde luego su casa no era la nueva mansión en la que vivía con Henry, y ya nunca volverían a serlo las habitaciones situadas encima de la tienda, de las que se había apropiado Arabella. Se sumió en la tristeza. ¿Dónde está ahora mi casa, pues?, se preguntó.

HACIA LA OSCURIDAD

NOVIEMBRE

1665

Algo despertó a Susannah en plena noche. Se incorporó en la cama, aguzó el oído y escrutó la oscuridad. Alguien sollozaba. La puerta de la alcoba estaba entreabierta y una vela ardía aún en el pasillo, donde se la había dejado a Henry para iluminarle el camino hasta la cama. Se envolvió con el chal y salió a investigar. La puerta del gabinete de Henry estaba abierta y Susannah, guiándose por el sonido del llanto, miró en el interior.

Henry estaba sentado en la penumbra con la cabeza gacha, apoyada en los brazos.

—¡Henry! ¿Qué pasa?

Él se irguió y se enjugó los ojos con el puño de la camisa, pero no le contestó.

—¿Qué ocurre?

Él la miró. Le temblaba el labio inferior.

Ella corrió hasta él y lo abrazó.

—¡Dímelo!

—¡No es nada!

—¿Cómo que no es nada? Puedes contármelo. Al fin y al cabo, soy tu mujer.

Le besó la frente, y mientras lo mecía contra su pecho, la invadió una repentina ternura.

Henry se echó a llorar otra vez y apoyó la cabeza en el hombro de Susannah mientras ella le acariciaba el pelo. Unas lágrimas calientes le empaparon el camisón.

—¡Añoro mi casa! —exclamó él entre sollozos.

—Pero si estás en tu casa.

—¡No, mi verdadera casa está en Barbados!

—Tu casa ahora es esta —dijo Susannah para apaciguarlo.

—¡Esta! —Su voz rezumaba aversión—. Este es un país húmedo y pestilente, y la casa es tan silenciosa y fría que no soporto pasar ni un rato aquí.

—Pensaba... pensaba que te ausentabas porque tenías que ocuparte de tu nuevo negocio.

—Esta casa me hiela tanto el alma como el cuerpo.

Herida en lo más vivo, Susannah se defendió.

—Hago cuando puedo para que te resulte acogedora.

—No es culpa tuya. —Se secó la cara con el dorso de la mano—. Lo que pasa es que aquí todo es muy distinto de aquello a lo que estoy acostumbrado. Ojalá pudiera llevarte a ver la plantación Savage para que sintieras el calor en los huesos. Allí tienes la sensación de que el mismísimo sol se te mete dentro. —Tomó aire entrecortadamente—. Y al atardecer el coqui antillano llena el aire con su canto, que

suenan como la música de un millar de flautas. Pero sobre todo echo de menos oír el canto de los esclavos por la noche. Los hombres tienen una voz profunda, tan densa como la melaza que elaboran con la caña de azúcar, y las mujeres los acompañan con dulce armonía. Cuando era pequeño, dormía con mi niñera, y si me despertaba, ella me cantaba una de esas melodías quejumbrosas y me mecía hasta que volvía a conciliar el sueño con la cabeza apoyada en su pecho cálido. ¡Lo echo todo muchísimo de menos!

—No me había dado cuenta de que lo añorabas tanto.

—Me consume el alma pensar que nunca podré volver.

—Pero si tanto apego sentías, ¿por qué te marchaste?

Henry titubeó.

—Entre mi padre y yo hay grandes discrepancias. Él nunca entenderá...

Se lo veía triste y desorientado como un niño, y el mayor deseo de Susannah era alejar sus angustias a fuerza de besos.

—No te imaginas cómo es Barbados —prosiguió él, y se sorbió la nariz—. La plantación ha enriquecido a mi familia, ¡pero a qué precio! Al principio, mi padre contrataba a trabajadores traídos de Inglaterra en condiciones de servidumbre, pero pronto descubrió que si usaba esclavos, podían trabajar en el calor de los campos durante mucho más tiempo. Y eran baratos.

—Según recuerdo, dijiste que era posible enseñarles a leer y escribir.

—¿Acaso no son personas como nosotros?

—¿Como nosotros? No lo sé. Nunca he imaginado...

—Tampoco lo imaginaba mi padre. Pero los esclavos tienen alma, igual que nosotros. Él los compra y los vende como animales, pero yo los conozco. No a los hombres de los campos, quizá, pero sí a los esclavos domésticos. Sí, hay algunos estúpidos o deshonestos, claro está, pero ¿acaso no hay también ingleses así?

—Bueno, sí, por supuesto.

—Algunos de los esclavos domésticos fueron compañeros míos en la infancia. Erasmus estudió a mi lado, y sabe escribir con una caligrafía tan buena como la mía. Mi padre se puso como una fiera cuando se enteró, como es natural, y ordenó que le azotaran. Y su hermana, Phoebe, la encantadora Phoebe, no paraba de reír y cantar. Supliqué a mi padre que les diera la libertad a los dos, pero él se echó a reír. Los pobres Phoebe y Erasmus... No tenían la culpa de haber nacido esclavos. ¡Ay, Susannah, cuánto los echo de menos! —dijo con un suspiro, su voz rebosante de anhelo.

—Quizá yo pueda entender algo de tu aflicción. También yo abandoné un hogar por el que sentía apego.

—¡Pero eso es muy distinto! Tú puedes volver a visitarlo siempre que quieras.

Unos dedos fríos recorrieron la espalda de Susannah cuando recordó el salón redecorado de su madrastra.

—No, no puedo. El hogar por el que sentía apego ya solo existe en mi memoria.

—A mí me pasa lo mismo.

La desdicha de Henry se sumó a la de Susannah, y ella misma se sintió al borde del llanto. Pero quizá, con el tiempo, su marido y ella podrían consolarse uno a otro.

El humor de Henry no mejoró cuando el otoño trajo la niebla y la escarcha. Las largas noches y los días sin sol hundieron su ánimo, y Susannah y Peg se pasaban el día atendiendo las chimeneas. Los techos altos, que en verano conferían un aspecto luminoso y amplio, parecían absorber el calor de las habitaciones, y no paraban de tiritar.

En el comedor, Henry avivaba con el atizador el fuego que se resistía a arder en la rejilla.

—¿Qué demonios le pasa a este fuego, Susannah?

—El carbón está húmedo. Es difícil comprar buen combustible desde que nuestro carbonero acabó en la fosa de los apestados. El nuevo no nos conoce y no está dispuesto a hacernos favores.

—Nos moriremos de frío si no se muestra más servicial.

—Quizá fuera más servicial si le abonaras la factura.

Henry se sopló las manos.

—Jamás habría venido a este maldito país si hubiese sabido que puede llegar a helarle a uno la sangre en las venas.

Peg, con la cara contraída por el frío, abrió la puerta de un empujón y entró con la sopera. A causa de la corriente de aire Henry tembló convulsivamente.

—Maldita sea, muchacha, cierra esa puerta, ¿quieres? —De pronto estornudó—. ¡Lo sabía! Estoy pillando algo. Me duele la cabeza y tiritito de tal forma que van a saltármese los dientes. —Volvió a estornudar cuatro veces seguidas.

Peg lo miró horrorizada antes de lanzar un gemido y dejar caer la sopera al suelo con gran estrépito.

—¡Es la peste! ¡Tiene la peste, como mis padres! ¡Vamos a morir todos!

A Susannah le dio un vuelco el corazón.

—¡Qué va a ser la peste! El señor solo se ha resfriado. —Recogió los fragmentos rotos de la sopera y se los entregó a la muchacha—. Ve a buscar un paño; hay sopa hasta en las paredes.

Peg chilló y, con las manos ante el rostro para protegerse, retrocedió hasta un rincón del comedor.

—¡Alejaos! ¡No os acerquéis a mí! ¡No quiero morir!

—¡Por el amor de Dios, Peg! Tranquilízate y haz lo que se te ha dicho.

Pero no hubo manera de apaciguar a la muchacha, que fue a refugiarse en la cocina.

Al cabo de un rato Susannah desistió de suplicarle por el ojo de la cerradura y

regresó al comedor. Encontró a Henry acurrucado en un sillón junto al fuego, su rostro pálido, y sintió un primer asomo de miedo.

—¿No tendrá razón, Susannah? ¿Será la peste?

Vacilando solo por un momento, ella posó la mano con suma delicadeza en la frente de Henry.

—No creo que estés tan enfermo como para eso.

—Pero puede agravarse muy deprisa. Me duele la espalda y me palpita la cabeza.

—Seguro que es solo un resfriado —afirmó Susannah con más aplomo del que sentía. Respiró hondo y contuvo el impulso de huir de cualquier posible enfermedad—. Pero quizá deberíamos tomar ciertas precauciones. No sería justo poner en peligro la salud de nadie más, ¿no crees?

Henry permaneció durante varios días en un estado de pánico, sin parar de examinarse en busca de señales de la peste y despotricando del negocio que lo obligaba a pasar tanto tiempo en cervecerías y cafés. Susannah, en el fondo, también estaba preocupada y mandó llamar al doctor Ambrose. Él acudió enseguida y Susannah, a distancia en el vestíbulo, lo obligó a quedarse ante la puerta. El doctor Ambrose escuchó muy serio mientras ella describía los síntomas de Henry.

—El tiempo lo dirá —dictaminó—. No le quitéis ojo de encima, pero sospecho que si fuera la peste, a estas alturas ya se habría manifestado de manera más evidente. Si es necesario, avisadme y vendré de inmediato.

El quinto día Susannah tenía ya la certeza de que no era nada más siniestro que un persistente enfriamiento, y salió de su aislamiento autoimpuesto. Peg se había llevado un susto de muerte con la enfermedad de su amo y se limitaba a dejar las bandejas de comida y medicinas frente a la puerta antes de volver a toda prisa a la cocina.

Susannah estaba sinceramente harta de atender a Henry, que había pasado de mostrar un débil agradecimiento por todo lo que ella hacía por él a sumirse en un estado de desdicha irascible. Intentó leerle pero a él le producía jaqueca. No podía concentrarse lo suficiente para jugar a las cartas y se enfurruñaba cuando perdía. No le gustaba la crema de tanaceto que ella le preparó ex profeso y no deseaba conversar sobre ningún tema. No había manera de levantarle el ánimo.

Al final Susannah tomó una decisión.

—Voy a salir —le informó.

Henry, encorvado en la cama, tenía una manta sobre la cabeza y una palangana humeante con tintura de benjuí en el regazo para facilitarle la respiración.

—¡Maldito país dejado de la mano de Dios! —exclamó entre toses—. Aviva el fuego, ¿quieres? Se me han congelado hasta los mismísimos huesos del frío.

—Voy a ver a mi padre y te traeré jarabe para la tos —dijo, mientras echaba más carbón al fuego.

—¡Espero que no sepa tan mal como el anterior!

Respiró hondo y reprimió el impulso de replicarle con un exabrupto.

—Añadiré un poco más de miel.

Él se quitó la manta de la cabeza y suspiró.

—No sé cómo me aguantas.

—A veces no es fácil.

Henry torció los labios en algo parecido a una sonrisa.

—¡Además eres sincera! Creo que fue un acierto hacerte mi esposa. Cuando esté mejor, quizá pueda compensarte. Comprarte algo bonito.

—Tengo todo lo que deseo, Henry. Excepto...

—¿Qué? ¿Un chal nuevo, unos guantes de cabritilla, quizá?

—No, no es eso. Necesitamos algo que nos saque de este estado de melancolía. No hay mucho con que divertirse de momento, ¿verdad? El riesgo de contagio es demasiado grande para hacer visitas innecesarias a una taberna e incluso los teatros están cerrados. ¿Podríamos organizar una pequeña fiesta, quizá? Sería algo con que ilusionarse.

Henry se recostó en las almohadas y cerró los ojos.

—¿Por qué no? Eso tal vez diera vida a este mausoleo.

—En fin, te dejo dormir una siesta mientras voy a visitar a mi padre.

En las calles, el suelo estaba resbaladizo por el hielo, y Susannah las recorrió con cautela porque los zuecos de madera le patinaban en los adoquines. El frío tenía al menos una ventaja: el recuento de defunciones había empezado a disminuir, no tanto como para echar las campanas al vuelo, pero sí lo bastante para albergar un moderado optimismo. Ahora el hedor de los camposantos y las cloacas, tan abrumador en verano por efecto del calor, era menos perceptible y había dado paso al olor de la contaminación sulfúrea propia de la carbonilla suspendida en el aire.

Cornelius no estaba cuando Susannah llegó a la botica. Ned, medio tendido sobre el mostrador, con la lengua fuera, escribía con visible esfuerzo unas etiquetas nuevas para los cajones.

—El señor ha ido a visitar a la señora Franklin, que tiene anginas.

Susannah tendió las manos hacia el fuego e hizo una mueca por el hormigueo que sintió en los dedos al deshélarse la sangre. Aterida, volvió la espalda al fuego y con discreción se levantó el abrigo para sentir el calor en las piernas. Esbozó una fugaz sonrisa para sí al recordar de pronto ese mismo gesto en William Ambrose en enero de ese año, mientras ella lo observaba desde detrás de las cortinas de la rebotica.

—Necesito unas cuantas cosas de la rebotica —le dijo a Ned.

Él se encogió de hombros y prosiguió con su tarea mientras Susannah llenaba la canasta.

Cornelius llegó a casa y una sonrisa le iluminó el rostro cuando vio a su hija.

—¡Qué inesperado placer! —exclamó, y la besó en la mejilla.

—Henry está pasando por un verdadero calvario a causa de un resfriado y he

venido a reabastecer mi botiquín.

—¡Pobre Henry! Seguro que el frío le afecta mucho. Londres en invierno debe de ser muy distinto de Barbados, sobre todo con estas heladas.

—Desde luego está enfadado con el mundo entero. ¿Puedo llevarme estas hierbas y un frasco grande de nuestro jarabe especial para la tos?

—Sírvete tú misma. La última vez lo preparó Ned, así que ya me dirás qué te parece. Le diré a Arabella que estás aquí. Agradecerá la compañía.

Arriba se oyeron unas rápidas pisadas y un grito, seguidos de fuertes voces infantiles en acalorada discusión.

—Esa niñera nueva no ejerce el menor control sobre los niños —dijo Cornelius con semblante inescrutable—. Empiezo a pensar que tenías razón: debería contratar a una segunda niñera cuando llegue el bebé.

Arabella se hallaba recostada en su nuevo canapé de estilo chinesco. Tenía los rizos perfectamente peinados y llevaba un chal de seda de su color azul preferido, pero nada podía disimular el tamaño de su vientre ni la hinchazón de su cara.

—¿Os encontráis bien, Arabella? —preguntó Susannah mientras su padre le acercaba una silla. La alarmó el aspecto de su madrastra.

—Mi estado es sumamente agotador —respondió Arabella—. La idea de pasar otros dos meses tumbada en un canapé sin nada con qué entretenerme me resulta insufrible. —Se tiró con nerviosismo de un bucle—. Cornelius, pídele a Jennet que me traiga un plato de cuajada con nata, ¿quieres? Y uno de esos higos confitados.

—Como deseas, querida. ¿Te apetece algo para beber, Susannah?

Susannah negó con la cabeza.

—Tengo que marcharme. Henry me necesita, ahora que está enfermo.

—Tendrás criadas que lo atiendan, digo yo —comentó Arabella.

—Solo a la joven Peg, y no sirve como enfermera.

Arabella frunció el entrecejo.

—Habría imaginado que tendrías más criados en una casa así.

—Solo somos Henry y yo, así que no necesitamos un ejército de criados. Además, Henry, cuando está bien de salud, apenas pone los pies en casa.

—Eso te da libertad para cotillear con tus amigas, supongo. Y me atrevería a decir que no tardarás en estar tu misma en estado interesante. —Arabella posó la mirada por un instante en el vientre de Susannah.

Tal como están las cosas, eso no es muy probable, pensó Susannah.

Permanecieron en silencio hasta que Arabella se acordó de algo y se le iluminó el rostro.

—La semana pasada vino a verme Horatia Thynne.

—¿Horatia Thynne?

—¿La recordarás, supongo? Horatia captó la atención de Henry antes de que se casara contigo.

—No la conozco.

—Me contó algo interesante. —Un destello de malicia asomó a los ojos de Arabella.

—¿Ah, sí?

—Por lo visto, fue ella quien rechazó a Henry. Yo había dado por sentado que la descartó él, pese a su fortuna, porque no es una muchacha atractiva. Pues no fue así. Henry estaba decidido a llevarla al altar, pero al final el padre de ella no lo consintió. Henry se llevó un disgusto. —Se inclinó—. El padre de Horatia había oído rumores de que Henry visitaba casas de mala fama.

Susannah ahogó una exclamación.

—Pues le informaron mal.

Un movimiento en la puerta atrajo su atención. Allí estaba su padre, con semblante consternado.

—¡Yo no estaría tan segura de eso! —prosiguió Arabella con regodeo—. Es todo un conquistador. —Sonrió—. Mientras te cortejaba a ti no paraba de coquetear conmigo.

—Ya es hora de irme. —Susannah se puso en pie, incapaz de soportar un segundo más en presencia de su madrastra.

Cornelius la acompañó al piso de abajo.

—Siento mucho lo que Arabella acaba de decirte de Henry. Estoy seguro de que son simples habladurías sin fundamento.

—¡Claro que lo son! Y supongo que Arabella no tiene nada más con que entretenerse ahora mismo.

—La espera la pone de mal genio.

—¿Y vos? ¿Cómo lo sobrelleváis vos?

Cornelius contrajo el rostro en una mueca.

—Estoy impaciente por recuperar a mi dulce Arabella. Y espero con cierto nerviosismo que el desenlace sea feliz, por supuesto. El parto es un trance peligroso.

—Nunca olvidaré lo que le pasó a madre. —Susannah apretó con fuerza el asa de su cesta hasta que se le blanquearon los nudillos.

—Yo también pienso en eso.

Susannah se disponía a decir que Arabella tenía el vientre muy abultado para estar de siete meses cuando de pronto la asaltó una sospecha. Quizá su padre había adelantado la boda y en realidad Arabella ya casi salía de cuentas. Enrojeció ante la sola idea. A continuación, agarró la cesta, salió y se adentró en la niebla.

Al llegar a casa, Susannah encontró a Henry dormido. Se lo veía curiosamente joven y vulnerable, allí tendido con una mano sobre la almohada y los dedos contraídos contra la palma. Susannah apoyó una mano en su frente y, al notarla fresca, decidió abrir un poco la ventana para renovar el aire.

En el piso de abajo, añadió un poco más de miel al jarabe para la tos de Henry y luego puso a hervir la ruda, el ajeno y otras hierbas para preparar una decocción. Cuando acababa, Henry abrió la puerta de la cocina.

—¡Ah, estás aquí! —exclamó él—. Tengo hambre. ¿Dónde está Peg?

—La he enviado al mercado. Si tienes hambre, debes de encontrarte mejor. ¿Te calienta un poco de caldo o te preparo unos huevos revueltos?

—Me apetecen los huevos.

Acercó una silla al fuego de la cocina y la observó mientras ella cascaba unos huevos y los vaciaba en un recipiente.

Henry, en efecto, había recuperado el apetito y devoró un plato de huevos y varias rebanadas de pan en un abrir y cerrar de ojos. Como al parecer había recobrado el humor junto con la salud, ella propuso que se quedaran al amor de la lumbre de la cocina y jugaran a las cartas. El resto de la tarde transcurrió gratamente.

Después, mientras se desvestían para acostarse, Henry la rodeó con los brazos y la besó en la mejilla.

—Eres una buena esposa, Susannah.

Tendida junto a Henry, mientras a él lo vencía el sueño, rezó para que, con el tiempo, su matrimonio acabara siendo algo más que una conveniencia. Si Henry pensaba que era una buena esposa, ¿llegaría quizá a quererla algún día? Incluso si lo que Arabella había dicho era cierto y Henry solo se había casado con ella como segunda opción, al menos eso la había librado de un destino peor. Al fin y al cabo, si no hubiera sido por Henry, ahora quizá estaría intentando en vano enseñar a las hijas de los Driscoll, con sus caras de pudín, a bailar la gavota. En cuanto a las visitas de Henry a las casas de mala fama, desechó la idea, considerándola puro despecho por parte de Arabella. Además, Henry no parecía necesitar las atenciones de una mujer en la alcoba. Y en caso de necesitarlas, debía de saber que ella esperaba noche tras noche a que él acudiera al lecho conyugal.

El día de Navidad amaneció despejado y luminoso. Susannah retiró el hielo del interior de la ventana de la alcoba y vio la plaza cubierta de nieve. La escarcha había tocado los árboles con sus dedos invernales y el pálido sol se reflejaba en la tracería de ramas con destellos como diamantes.

—¿Henry? ¡Ven a ver esto! Tenía la esperanza de que nevara; ayer el cielo tenía ese típico color amarillento.

Henry gimoteó y se dio la vuelta.

—Anoche bebí demasiado vino. —Volvió a taparse la cabeza con las mantas.

—Vamos, ya llevamos demasiado tiempo en la cama. Aún tengo cosas que preparar para la cena y no debemos llegar tarde a la iglesia.

—Siempre estás muy ocupada —protestó Henry con un suspiro—. Lo que tú necesitas es un poco más de ayuda con las tareas domésticas.

—¡Eso vengo diciéndotelo desde hace semanas!

—De hecho... —Repentinamente apareció en los ojos de Henry un brillo de entusiasmo—. Necesitas una esclava doméstica.

—¡Sin duda! Entretanto, si me ayudas a subir el carbón de vez en cuando, me daría por contenta.

Susannah tuvo que insistir mucho para conseguir que Henry se vistiera, pero llegaron a misa a tiempo de saludar con gestos a los conocidos. El joven párroco pronunció un sermón muy aburrido y Susannah dejó vagar el pensamiento. Llevaba todo el mes esperando ese día, sacando brillo a la casa desde el sótano hasta la buhardilla y planeando el festín. La alegría de las celebraciones navideñas era precisamente lo que se necesitaba para disipar el ambiente lúgubre del invierno, y sería una fiesta por todo lo alto. Habían invitado a Cornelius, Arabella y los niños, a la tía Agnes y William Ambrose, así como a Martha y su familia.

Henry empezó a dar cabezadas durante el interminable sermón. Susannah le daba un codazo cada vez que su respiración amenazaba con convertirse en ronquidos y él se enderezaba con una sacudida. Entretanto ella repasaba la lista de tareas pendientes antes de la llegada de los invitados. Peg se había quedado a cargo del asado, y Susannah esperaba que no se le hubiesen quemado la pata de ternera ni los capones.

Por fin los feligreses salieron a la calle. La nieve presentaba ya tiznajos a causa del hollín que flotaba en el aire. Hacía demasiado frío para dedicar más de unos minutos a desear feliz Navidad a los otros parroquianos antes de volver cada cual a su hogar.

La casa los recibió con el olor de la carne asada, y Susannah comprobó con alivio

que Peg había conseguido que la ternera no quedara reseca y que el pudin de ciruelas se cociera sin percances.

—He asado las manzanas con cerveza como me habéis dicho y la jalea está reposando en el alféizar de la ventana —explicó Peg—. Y antes de que me lo preguntéis, me he acordado de taparla para que no se ensucie de carbonilla.

—¡Bien hecho, Peg! Veo que lo tienes todo bajo control.

Arriba, la gran mesa del comedor, bien encerada, relucía con intensidad y para la comida de ese día emplearían todas las sillas talladas. Susannah había puesto en la mesa la mejor cristalería y mantelería y la había decorado con ramos de romero y acebo. Había colocado velas de cera de abeja en el candelabro obsequio de Agnes Fygge y luego lo había adornado con hiedra colgante.

Contempló la estancia con satisfacción. El fuego ardía en todas las habitaciones de la casa y en el vestíbulo pendía un ramito de muérdago. Una guirnalda de vegetación ornaba la escalera e impregnaba el aire de un grato perfume resinoso. Todo estaba a punto. Sin duda Henry se enorgullecería de su logro. Sonrió al imaginar que la tomaba entre sus brazos y le decía que la amaba. Ese era su mayor deseo. En ese momento sonó la aldaba, anunciando la llegada de los primeros invitados.

Después de levantarse de la mesa, saciados de pudin de ciruela y dulces, jugaron a la gallina ciega. Luego el marido de Martha, Josiah, sacó su violín y empezó a tocar la melodía de una danza tradicional. Cuando Susannah empezó a marcar el ritmo con el pie, Henry la tomó a ella con una mano y a Martha con la otra, y pidió a William que los acompañara. Al cabo de un momento todos, a excepción de Agnes, impedida como estaba, y Arabella, por lo avanzado de su embarazo, se habían sumado al baile. Los niños, entusiasmados, giraban de tal modo que al final, mareados, se desplomaron en una bulliciosa maraña.

—Esto acabará en llanto si se les permite correr a sus anchas —advirtió Susannah—. Pediré a Peg que se los lleve a otra habitación para que se entretengan un rato.

En cuanto los niños se fueron, Josiah tocó una melodía francesa más lenta y refinada. Los hombres, en fila ante la hilera de mujeres, saludaron con una inclinación, dieron la mano a sus parejas de baile y las besaron en la mejilla antes de pasar a una nueva pareja. Arabella dejó que Cornelius la llevara a la pista y, a pesar de su volumen, se deslizó por la sala como un majestuoso galeón. El golpeteo y el roce de los zapatos de cuero en el suelo de madera y el susurro de las faldas de seda resultaban curiosamente tranquilizadores mientras los bailarines se concentraban en sus pasos. Susannah se halló de pronto ante William Ambrose, que se movía con mayor elegancia de la que ella habría esperado y apenas le rozaba las yemas de los dedos al darle la mano y hacerla girar.

—No disfrutaba tanto de una celebración navideña desde que era niño —musitó él—. Y ha sido muy amable de vuestra parte invitar a la tía Agnes. Le encantan las fiestas. En estos tiempos hay poca diversión.

—Añoro ir al teatro ahora que están todos cerrados. Mi padre me llevó a ver *Volpone*, de Ben Jonson, al Drury Lane el año pasado.

—¡Yo también la vi! Divertidísima.

Cuando la besó en la mejilla antes de seguir con el baile, Susannah advirtió que lo envolvía un dulce aroma a romero e hilo recién planchado. Por un momento perdió el compás y vio con alivio que su siguiente pareja era su padre, que la dirigió con firmeza hasta que ella recuperó el paso.

Ya oscurecía cuando se oyó el canto de unas voces de la calle. Los invitados se asomaron a la ventana para contemplar a los cantores, quienes, pateando en la nieve, entonaban un villancico. Cuando acabó la canción, les lanzaron por la ventana manzanas, frutos secos y monedas. Susannah mandó a Peg para que los hiciera pasar al vestíbulo, se calentaran junto al fuego y tomaran un vaso de ponche. Invitados y cantores entonaron una ronda de *A Belén*, *pastores* y *Blanca Navidad* antes de que estos últimos volvieran a la calle.

—Tenemos que dejaros —anunció Cornelius—. Los niños están un poco inquietos.

Uno tras otro, los invitados se marcharon hasta que Susannah y Henry se quedaron solos.

—Debo considerarme afortunado por tener una esposa que es tan excelente anfitriona —dijo Henry—. Incluso el adusto Will ha conseguido sonreír un poco y no he oído ninguna de las pullas de la tía Agnes.

—Desde luego ha disfrutado con la comida. —Susannah rebosaba felicidad—. Ay, Henry, esta casa está hecha para las fiestas, ¿no crees?

—Me ha gustado oír las voces de los niños. —De pronto la expresión en el rostro de Henry era de una tristeza insoportable.

—¿Qué te pasa, Henry?

—Me temo que nunca más viviré una Navidad en casa.

Ella se mordió el labio.

—Me he esforzado en que todo fuera perfecto para ti, en que esta fuera tu casa.

—Ya lo sé. —Henry habló con voz monocorde—. Pero este lugar es totalmente distinto.

Susannah tragó saliva, se sintía a punto de sumirse en la decepción.

—No quería entristecerte —dijo Henry con un suspiro—. No soporto tener caras pesarosas alrededor. ¡Ven, dame un beso!

Susannah levantó el rostro hacia Henry y él le rozó los labios con un beso.

—¡Déjame verte! —Henry examinó su rostro como si no lo hubiera visto nunca antes—. Esta noche estás muy guapa.

—Un poco de alegría me favorece.

—Pues procuraremos que tengas más ocasiones.

Se enrolló el pelo de ella en torno a los dedos y volvió a besarla, esta vez con más calma.

Susannah le devolvió el beso, alegrándose de que, por fin, él se fijara en ella. Había imaginado tantas veces que la rodeaba con sus brazos que ahora, ante la realidad del hecho, tenía la sensación de que era un sueño. Sentía los labios de Henry en los suyos pero, pese a ser lo que había anhelado, se quedó extrañamente indiferente.

Pronto él la besó con actitud más apremiante y deslizó las manos por sus caderas y sus pechos.

—Abrazándote así, casi concibo un futuro feliz para nosotros dos —susurró él—. Puedo soportar y soportaré este deprimente país si tú estás a mi lado.

Conmovida al oírlo expresar tales sentimientos hacia ella, Susannah apenas protestó cuando le desató el corpiño y la tendió en la alfombra persa junto a la chimenea de la sala. Ella observó su rostro en el cálido resplandor de las llamas y le devolvió los besos con una pasión que era casi real. No se atrevió a hablar, por las dificultades que eso le había causado a él la noche de su boda.

Henry deslizó los labios por sus pechos, dejando pequeñas manchas de humedad, que pronto se enfriaron. Tiritando a pesar del fuego, lo rodeó con sus brazos.

Se tensó por un momento cuando él bajó la mano e, introduciéndola por debajo de su falda, avanzó con torpeza a través de la enagua. Esta vez actuó con mayor delicadeza, y ella separó un poco las piernas para recibirlo. Empezó a sentir de nuevo la languidez que la había invadido antes y cerró los ojos, dejando vagar el pensamiento.

Henry, con el rostro hundido en su cuello y la respiración acelerada, apretó la cadera contra la pierna de ella. De repente retiró la mano de debajo de la falda de Susannah, y ella, debido a la brusquedad del movimiento, abrió los ojos y volvió a la realidad del momento. Henry, desabotonándose apresuradamente el calzón, le levantó la enagua por encima de la cintura y se colocó sobre ella.

Al sentir que la penetraba, Susannah contuvo la respiración. Mientras Henry se movía dentro de ella, fijó la mirada en el techo; era incómodo, pero no doloroso ni especialmente placentero, decidió ella.

Henry le extendió los brazos por encima de la cabeza y le sujetó las muñecas a la vez que embestía cada vez más deprisa. Susannah lo miró a través de las pestañas entornadas y vio que tenía los ojos muy cerrados y los dientes apretados.

Acabó todo muy deprisa.

Henry de pronto expulsó el aire de los pulmones, arqueó la espalda y a continuación se desplomó con todo su peso sobre ella.

Se quedaron inmóviles por un momento, y Susannah dejó escapar un suspiro de alivio. Ahora que de verdad era la esposa de Henry, su amor sin duda florecería. Experimentó un súbito arrebato de ternura por él y, vacilante, le acarició el pelo, en

espera de sus palabras de amor.

De pronto Henry le lanzó una mirada de rechazo.

Susannah parpadeó, sin comprender.

Henry se desenredó del mar de faldas, se levantó y se apresuró a abrocharse el calzón. No volvió a mirarla.

—Me voy a mi gabinete —dijo.

Susannah abrió la boca para hablar pero la lúgubre expresión de Henry se lo impidió. La había mirado como si le diera asco.

Le ardieron las mejillas a causa de la humillación cuando lo observó alejarse sin siquiera volverse a mirarla por encima del hombro ni dirigirle una palabra amable. Al salir cerró de un portazo.

Era la Noche de Reyes y ante la ventana flotaban copos de nieve que descendían de un cielo plomizo. Susannah estaba retirando las guirnaldas de hojas navideñas del vestíbulo cuando alguien llamó enérgicamente a la puerta y la sobresaltó de tal modo que casi se cayó de la escalera.

Peg abrió la puerta y allí estaba Ned, casi sin aliento.

—¡Señorita Susannah, debéis venir de inmediato!

—¿Qué ha pasado?

—Es la señora.

—¿El bebé?

Ned asintió con la cabeza.

—¡Lo sabía! Aún es pronto. ¿Todo va bien?

Ned se encogió de hombros.

—Da tales gritos que se le hiela a uno la sangre. Los niños están tan asustados que Jennet ha tenido que llevárselos a pesar de la nevada.

Susannah se puso la capa.

—Voy enseguida.

Cornelius, sin afeitarse y sin peluca, la esperaba en la puerta de la botica.

—¿Cómo está? —preguntó Susannah, a la vez que se sacudía los copos del pelo.

—¡Tengo el corazón en un puño! No me deja verla y me consumo de preocupación. Arabella es una criatura muy delicada, y sin embargo tiene el vientre enorme. ¿Cómo va a dar luz a un niño tan grande? Lleva toda la noche de parto y me aterroriza con sus alaridos. Le he enviado una infusión de hojas de frambuesa pero por lo visto nada le alivia el dolor.

Del piso de arriba llegó una sucesión de gritos escalofriantes que interrumpió el aluvión de palabras de su padre.

—Al menos tiene fuerza suficiente para chillar —comentó Susannah, y su inquietud remitió un poco.

—Pero ¿cuánto tiempo puede seguir así? —Cornelius tomó aire con una trémula inhalación—. ¿Y si le pasa como a tu madre? ¿Y si...?

—¡Callad! —dijo Sarah con más brusquedad de la que pretendía—. Seguro que todo irá bien. ¿Habéis probado con berza de perro?

Él se quedó pensativo.

—No, con eso no.

—Entonces os sugiero que os pongáis manos a la obra en la rebotica mientras yo subo a verla.

Arabella, tendida boca arriba con el rostro enrojecido y el cabello húmedo y enmarañado sobre la almohada, contraía las manos espasmódicamente sobre el abultado vientre.

—¿Y tú qué quieres? —preguntó—. ¿Has venido a regodearte? ¿Te complace verme en mis convulsiones de moribunda?

—He venido a ver si necesitáis algo. Mi padre está preparándoos una infusión de berza de perro para facilitar el tránsito.

—¡Otro de sus inmundos brebajes! Todo esto es culpa suya. Si no me atosigara con el débito conyugal, ahora no me vería a las puertas de la muerte. ¡Nunca más! Si sobrevivo a esto, nunca más le permitiré entrar en mi alcoba. ¡Ahora márchate y déjame morir en paz!

Susannah sintió que le temblaban las manos a causa de sus viejos temores y las mantuvo firmemente entrelazadas.

La comadrona se acercó con una palangana de agua para limpiarle el rostro a Arabella, y Susannah vio con alivio que era la partera Joan.

—Vamos, señora Leyton, vuestra amiga solo pretende ayudaros —dijo en tono apaciguador.

—No es mi amiga; es la hija de mi marido, y no la quiero aquí. ¡Ay! ¡Otra! ¡Echadla de aquí! —Arabella frunció la cara y gimió.

—Esperad fuera —indicó la partera Joan a Susannah en un susurro—. Saldré a hablar con vos en cuanto pase esta tanda de dolor.

Susannah esperó en el pasillo mientras hacía dobleces en la cortina con dedos inquietos y contemplaba Fleet Street por la ventana para apartar de su pensamiento lo que estaba ocurriendo.

Oyó la voz del afilador y vio a un deshollinador, cargado con su haz de varillas y escobas, abrirse camino entre los transeúntes dejando huellas de hollín en la nieve.

Otro grito agudo llegó de la alcoba, y a Susannah volvió a acelerársele el corazón. ¿Y si Arabella moría? Quizá entonces podría regresar a su querida casa y reanudar su labor en la rebotica. Todo sería de nuevo como antes, y ella recuperaría la felicidad. Estarían los hijos de Arabella, claro, pero tenía la certeza de que sin las intromisiones de su madre, conseguiría disciplinarlos hasta convertirlos en pequeños ciudadanos respetuosos. Sus pensamientos se precipitaron en esa dirección hasta interrumpirse de repente. Avergonzada, cayó en la cuenta de que por un momento había olvidado que ahora estaba casada con Henry. Nunca podría regresar al hogar de su infancia.

Un ruido a sus espaldas la indujo a volverse y vio a la partera Joan salir de la alcoba y cerrar la puerta.

—La señora Leyton me tiene preocupada —comentó, y en sus mejillas sonrosadas se dibujaron unas arrugas de inquietud que le conferían el aspecto de una manzana roja pasada—. El bebé viene del revés.

—¡Oh, no! —Susannah, abrumada por un sentimiento de culpabilidad, se mordió el labio. Por más que lamentara la irrupción de Arabella en su vida, no le deseaba

ningún mal. Su padre quedaría desolado—. ¿Va a morir?

—Espero que no, desde luego —respondió con firmeza la partera Joan—. Sin embargo, no soy tan orgullosa como para no aceptar la ayuda de un médico, y me gustaría que avisaran al doctor Ambrose. Confío en él y hemos trabajado juntos ya antes en casos como este.

—Conozco al doctor Ambrose.

—Mandad a alguien a buscarlo de inmediato, pues. Y decidle, por indicación mía, que traiga sus instrumentos especiales.

Susannah se aferró a la repisa de la ventana, de pronto mareada.

—¿No iréis a abrir para sacar al bebé?

La partera Joan negó con la cabeza.

—Espero no tener que recurrir a medidas tan desesperadas. Pero el doctor Ambrose ha ideado un instrumento para extraer al niño por el canal del parto si es necesario. Luego id a la cocina y calentad un poco de grasa de oca. Coladla a través de un paño de muselina limpio, enfriadla en un cuenco y traédmela. La utilizaré para lubricar el canal.

El doctor Ambrose llegó envuelto en una nube de nieve.

—Gracias por venir tan pronto —dijo Cornelius—. Me muero de preocupación.

—¿Habéis traído vuestros instrumentos? —preguntó Susannah.

Ambrose asintió.

—Llevadme ante vuestra madrastra, si sois tan amable. —Apoyó la mano por un momento en el hombro de Cornelius—. Haré todo lo que esté en mis manos por ella.

Se encaminaron escalera arriba en dirección a los chillidos, y Susannah se quedó en el umbral de la puerta, con la boca seca a causa del miedo. El doctor Ambrose se lavó en un aguamanil antes de palpar con delicadeza el abdomen a la vez que dirigía unas palabras tranquilizadoras a la parturienta.

Susannah nunca se había fijado en sus manos. Tenía los dedos largos y las uñas bien formadas, con medias lunas de color más claro. Se había arremangado, y Susannah observó el leve vello oscuro en sus antebrazos. Advirtió con qué suavidad tocaba la piel pálida de Arabella y qué distinta había sido la experiencia para su pobre madre con el doctor Ogilby.

El doctor Ambrose llevó a la partera a un lado para consultar con ella en susurros. A continuación sacó de su maletín un instrumento similar a dos grandes espumaderas con mangos largos.

—Señora Leyton, cuando llegue el próximo dolor, empujad.

Arabella gimió.

Susannah tuvo que apartar la vista. Se tapó los oídos con las manos para acallar los gritos y salió de nuevo al pasillo para mirar por la ventana.

Poco después oyó el llanto agudo de un recién nacido y dejó escapar un gemido de alivio. Corrió a la alcoba, donde la partera Joan limpiaba el rostro del pequeño mientras este protestaba vigorosamente.

—¡Qué pequeño es! —exclamó Susannah—. Creía que el problema era el tamaño del bebé.

—La señora Leyton no ha acabado todavía. Tomad. —La comadrona tendió el bebé a Susannah—. Abrigadlo bien mientras yo ayudo al señor Ambrose. Hay otro.

—¿Gemelos?

—No podía estar segura pero lo sospechaba. Por eso he solicitado la presencia del médico.

Susannah acarició la mejilla de la criatura, maravillada de su diminuta perfección, y él giró la cabeza hacia el dedo de ella, buscándolo con la boca. Lo envolvió con un paño y lo sostuvo contra su pecho, notando el balanceo de su cabecita. Con un parpadeo, contuvo las lágrimas de alivio y envidia. ¿Sobreviviría ella a un parto para acabar con su propio hijo entre los brazos?

Pronto el llanto del segundo bebé vibró en el aire y Cornelius, atónito, apareció en la puerta. Enmudecido, entregó a la comadrona una taza rebosante.

—Una infusión de berza de perro —explicó Susannah—. Ayudará a soltar la placenta.

La partera Joan asintió y sostuvo a Arabella mientras esta bebía.

Susannah echó más carbón al fuego, cerró los postigos a la oscuridad y encendió las velas.

Poco después Arabella, peinada y con un camisón limpio, estaba recostada en las almohadas con su marido a un lado y un bebé en pañales en cada brazo.

—¡Dos hijos varones! —exclamó Cornelius—. Sin duda es una bendición de Dios. Pero lo más importante es que tú estás sana y salva, mi dulce Arabella. No sé qué habría hecho...

—¡Chist! Todo va bien, Cornelius. —Arabella resplandecía de orgullo materno—. Necesitaré atenciones especiales durante un tiempo después de semejante calvario, claro está. Y ahora será imprescindible contratar a otra niñera.

—Lo que tú digas, querida. Lo que sea. —Cornelius volvió a cabecear—. ¡Dos hijos varones!

Se oyó un portazo en el piso de abajo. Unas pisadas atronadoras ascendieron por la escalera de madera, y los tres hijos mayores de Arabella irrumpieron en la alcoba.

—¡Con calma! —advirtió Cornelius.

—¡Madre! —Harriet se abalanzó sobre su madre y los dos chicos se subieron a la cama atropelladamente, mientras lanzaban exclamaciones al ver a sus nuevos hermanos.

Susannah, de pie junto a la puerta, observó la entrañable escena doméstica. El contacto de una mano en el hombro la sobresaltó.

—Está muy oscuro y hay ventisca —dijo el doctor Ambrose—. Os acompañaré a vuestra casa.

—¡No hace falta!

—Imagino que a vuestro marido no le gustaría que anduvierais sola por la calle

de noche.

Susannah contempló de nuevo la feliz escena familiar, que ya no la incluía a ella. En algún lugar de su pecho se abrió un vacío doloroso, tan profundo que temió caer en él y no salir nunca más.

—Es posible —contestó, preguntándose si Henry se daría cuenta siquiera.

Fue a por su capa, y el doctor Ambrose la tomó del brazo y la acompañó hacia la oscuridad.

Más tarde Susannah no supo muy bien qué había desencadenado la discusión. Nunca habían hablado de lo ocurrido entre ellos el día de Navidad, pero curiosamente Henry, de un tiempo a esa parte, estaba más alegre, tarareaba mientras se ocupaba de sus cosas y hablaba del futuro como si volviera a rebosar posibilidades interesantes.

—Es posible que en primavera busquemos una casita en el campo —anunció esa mañana mientras se afeitaba.

Susannah, sentada en el borde de la cama, lo observaba mientras él se trazaba círculos en la mejilla con la brocha de afeitar enjabonada.

—Pensaba que necesitabas estar cerca de los muelles y los cafés y la Real Lonja por tus negocios.

—Y así es, pero así podrás disfrutar del aire sano del campo mientras yo trabajo en la ciudad.

—Me encantaría tener un jardín —comentó Susannah al levantarse para añadir más carbón al fuego—. Pero Peg y yo ya andamos bastante desbordadas intentando mantener limpia esta casa como para tener que ocuparnos de otra en el campo.

Aterida por el aire gélido, volvió a meterse en la cama y se arrebujó entre las mantas hasta la barbilla.

—Lo que necesitas son esclavos domésticos.

—¿A qué te refieres?

—¿No te acuerdas? En Navidad te dije que necesitábamos esclavos. Ya lo tengo todo planeado. Tendrás una mujer para ocuparse de la colada y la limpieza, un hombre para cargar con el carbón y un muchacho para los recados.

Susannah se echó a reír.

—Pero, Henry, bastaría solo con otra criada.

—¡Tonterías! Los esclavos pueden cuidar de mí en la ciudad mientras tú te vas al campo. —Henry sonrió—. ¡La solución perfecta!

—No quiero vivir sola en el campo ni quiero esclavos.

Henry arrugó el entrecejo.

—Ya te he dicho que tendrás tres esclavos domésticos. No quiero más criaditas con cara de nabo sacadas del arroyo.

—¡Henry, qué maneras son esas de hablar de Peg! Aprende deprisa y nos las arreglamos muy bien.

Él se encogió de hombros.

—Relativamente bien, supongo. Pero la decisión ya está tomada.

—Pero es que no quiero esclavos en la casa. Me sentiría en inferioridad numérica.

Además, no sé si me gusta la idea de que se rapte a la gente de sus casas y se la venda para la esclavitud.

—Te gusta el azúcar, ¿no?

—¿A quién no?

—Ahí lo tienes. Sin esclavos no hay azúcar. Es económicamente inviable, así de sencillo.

—De todos modos, no quiero esclavos.

—No hay más que hablar. ¡Maldita sea! Mira lo que me he hecho por tu culpa. — Se enjugó la sangre de la cara con la toalla blanca limpia—. Además, ya lo he organizado todo para que los manden de Barbados.

—¡Henry! Podrías habérmelo consultado.

—Estoy diciéndotelo ahora...

—¡Exacto!

—Y el asunto ya está zanjado. Hasta la tía Agnes tiene un negro africano para los recados.

—Yo le encargo los míos a Peg. Desde luego no necesitamos otros tres sirvientes.

—No esperaba que fueras tan ingrata. Siempre estás quejándote de lo difícil que es llevar la casa con solo una criada.

—¡No es verdad! —exclamó Susannah, indignada por la injusticia del comentario. Apartó las mantas y se puso de pie ante él—. ¡No los aceptaré en mi casa!

—¿Tu casa? —Un destello asomó a los ojos de Henry y se le cayó la navaja en la palangana—. Te olvidas de un detalle, querida: esta es mi casa y tú vives aquí solo gracias a mi gentileza. Tal vez debas recordar que en su día te alegraste de aceptar mi propuesta ante la alternativa menos feliz de trabajar como criada tú misma.

Susannah ahogó una exclamación.

—Considero que es muy poco caballeroso por tu parte echarme eso en cara. He hecho cuanto ha estado a mi alcance para ser una buena esposa. —De pronto, incapaz de morderse la lengua, añadió—: Y no puede decirse que mi padre no te pagara más que suficiente por deshacerse de mí. Hiciste muy buen negocio conmigo.

—En fin —respondió él, mirándola con súbita animadversión—, eso soy yo quien debe juzgarlo, ¿no te parece?

Dolida y furiosa en igual medida, Susannah prefirió no hablar. Se vistió en silencio, reproduciendo la conversación en su cabeza e imaginando con rencor qué otras respuestas habría podido dar. Entretanto, Henry se puso la chaqueta y abandonó la alcoba sin siquiera dirigirle una mirada.

Susannah lo siguió escalera abajo tras llegar a la conclusión de que obviamente tendría que ser ella quien hiciera las paces. Quizá hubiera armado mucho revuelo por nada. Sin duda estaba acostumbrada a tomar sus propias decisiones en asuntos domésticos desde hacía tantos años que la pilló por sorpresa tener que agachar la cabeza ante las órdenes de un marido. En fin, un poco de ayuda en la casa no estaría

de más. Quizá ahora dispondría por fin de tiempo para aprender a tocar el virginal.

No obstante, la decisión de apaciguar a Henry quedó en nada, dado que no había ido más allá de lo alto de la escalera cuando oyó sus vigorosos pasos en el vestíbulo seguidos inmediatamente de un portazo.

Se detuvo en silencio en el vestíbulo, con el pecho lleno de ira, y luego irrumpió en la cocina, donde se cebó en Peg, a quien atosigó durante el resto del día, exigiendo su ayuda para enrollar las esteras de toda la casa y fregar todos los suelos.

Como no era de extrañar, Henry no volvió a casa a comer ni a cenar. Susannah ocupó en solitario esplendor la suntuosa mesa cubierta con un delicado mantel de hilo a la luz de las mejores velas de cera de abeja colocadas en el magnífico candelabro de Agnes Fygge. No estaba dispuesta a consentir que Henry regresara y la encontrara llorando ante un cuenco de gachas junto al fuego de la cocina.

Las velas se consumieron hasta la base de la palmatoria y ella siguió sentada a la mesa. Al cabo, cansada e irritable, con las manos despellejadas de tanto fregar suelos, subió a acostarse.

A la mañana siguiente Susannah, al despertar, descubrió que el lado de la cama de Henry seguía vacío. Fue a mirar a las otras alcobas, pero tampoco estaba allí. Corrió escalera abajo y lo buscó en todas partes, incluso en la carbonera del sótano, antes de aceptar el hecho de que no había vuelto. Mientras se vestía, maldijo en silencio el comportamiento egoísta de los hombres, que no se sentían obligados a mostrar consideración por sus esposas.

La mañana transcurrió con lentitud, y por la tarde se marchó a visitar a su padre para distraerse y dejar de preocuparse sin cesar por el paradero de Henry. Las calles volvían a ser un hervidero de gente. La dura escarcha había reducido aún más el índice de mortalidad; a la peste no le gustaba el frío, y la cauta confianza de la población se ponía de manifiesto en el número de personas que salían a la calle. La vida tenía que seguir su curso.

Dio un rodeo para pasar por el café Star, uno de los establecimientos frecuentados por Henry. Los pequeños cristales de las ventanas estaban empañados por la condensación, pero cuando se hallaba delante se abrió la puerta y salieron dos hombres arrebuados en sus capas para protegerse del viento cortante. Los siguió una ráfaga de aire tibio, rebosante del denso aroma del café, y Susannah contempló la idea de asomar la nariz al interior para ver si estaba Henry. Pero los cafés no eran lugar para damas. Optó pues por llamar a los dos hombres que se alejaban ya por la calle.

—Disculpadme. ¿No habréis visto a mi marido, el señor Henry Savage?

Se volvieron hacia Susannah con las cejas enarcadas, y ella les sostuvo la mirada audazmente, a la vez que maldecía a Henry para sus adentros por ponerla en el humillante trance de tener que preguntar.

—¿Savage? Lo vi la semana pasada, pero esta mañana no está en el Star. Podéis probar en la Harte and Garter.

—Gracias, caballero, eso haré.

Susannah se dirigió apresuradamente a la Harte and Garter, pero allí ocurrió lo mismo. Nadie había visto a Henry desde hacía varios días. Con un gesto de irritación, se encaminó hacia la casa de su padre.

Susannah oyó los berridos de los gemelos incluso antes de abrir la puerta de la tienda. La casa estaba patas arriba por culpa de los dos pequeños tiranos que, tendidos en su cuna en posiciones invertidas, ejercitaban los pulmones a todo volumen. Arabella se había retirado a su cama en un arrebato de histeria, dejando a las niñeras la tarea de intentar tranquilizar a los recién nacidos. Susannah aupó a sus nuevos hermanos en brazos y los meció. Después de besar sus pequeños rostros coléricos, los devolvió a la cuna.

Cornelius, en la rebotica, preparaba una solución para prevenir los gases en los bebés, y no le quedaba energía para mucho más que dar un beso a su hija en la mejilla.

—Me preguntaba si Henry había pasado por aquí —comentó ella, metiendo el dedo en el cazo en ebullición y probando la solución—. Más anís.

—¿Quién? —Cornelius echó otra cucharada de anís al cazo.

—Henry.

—Ah. ¿Tenía que venir por aquí? No lo he visto. ¿Crees que debería añadir azúcar?

—No, ya está bien.

—Los cólicos son algo espantoso. Tú también tuviste. Desquician a todo el mundo. Vendrás al bautizo, ¿no? Samuel y Joshua, vamos a llamarlos. Yo quería que tú fueras la madrina, pero me temo que Arabella...

—No pasa nada, lo entiendo.

—Sabía que lo entenderías. Eres buena chica, Susannah. —Se rascó la cabeza por debajo de la peluca—. Si al menos durmieran toda la noche. Cuando no es uno, es el otro.

—Dice Martha que las primeras semanas pueden ser difíciles.

—Había olvidado lo difíciles que son.

Susannah lo abrazó.

—Procurad aprovechar los momentos en que los bebés duermen para descansar.

—Ese es el problema. No duermen nunca. En cualquier caso, mejor será que siga con lo mío. Recuerdos a Henry.

En el camino de vuelta a casa, a pesar del viento gélido y la amenaza de nevada, Susannah se lo tomó con calma y paró en la Real Lonja para comprar unas cintas y matar el tiempo. Ya oscurecía cuando abrió la puerta de su casa con la esperanza de encontrar a Henry en su gabinete. Pero Peg encendía las velas en ese momento y le dijo que el señor no estaba en casa.

Se llevó un candil a la sala; Susannah empezaba a preocuparse. Sin duda su discrepancia no había sido tan grave como para alejarlo tanto tiempo. ¿Dónde podía

estar? Quizá se había instalado en casa de su tía Agnes. ¡Eso debía ser! Si no volvía por la mañana, iría a averiguarlo ella misma.

Se sentó junto al fuego e intentó leer, pero era incapaz de concentrarse en *La reina hada*. Con la mirada fija en las llamas, ensayó lo que diría a Henry cuando por fin llegara. Resentida, decidió que con toda probabilidad se vería obligada a tragarse el orgullo, o fingir que no había pasado nada, en interés de la paz conyugal.

Al cabo de un par de horas oyó unos aldabonazos en la puerta. ¡Henry! Corrió escalera abajo y vio que Peg se disponía a abrir.

—Déjalo, Peg. Puedes volver a la cocina —dijo, y retiró los cerrojos ella misma—. Henry, ¿dónde has estado? La verdad, eres muy desconsiderado... —Se interrumpió.

Salió de entre las sombras un hombre envuelto en una capa, con el sombrero calado para protegerse del aguanieve. Era William Ambrose.

Se quitó el sombrero.

—¿Tal vez esperabais a mi primo?

—Pasad, por favor —balbuceó Susannah—. Perdonad. Estaba preocupada, y he creído que erais Henry.

—¿Adónde ha ido?

—Ahí está el problema: no lo sé.

—¿Llega tarde a la cena?

—¡Ojalá solo fuera eso! Llega tarde a la cena de ayer. Anoche Henry no vino a casa, y no tengo la más remota idea de dónde anda.

—Ahora entiendo por qué lo habéis llamado «desconsiderado». —Ambrose se quitó los guantes—. ¿Tiene por costumbre ausentarse así?

—Rara vez sé dónde está y llega tarde a menudo, pero nunca había pasado una noche fuera. Mejor dicho, toda una noche. —Se mordió el labio—. La cuestión es que... tuvimos una discusión.

—Ah, ya veo.

—Va a traer unos esclavos de Barbados, y yo le dije que no los quiero.

El bastón con empuñadura de plata escapó de entre los dedos de Ambrose y cayó al suelo causando gran ruido.

—¿Cómo?

—Me dijo que va a traer a unos esclavos. A mí no me gustó la idea. Se enfadó conmigo y se marchó de casa furioso.

Con los labios apretados, Ambrose dijo:

—Lo vi ayer por la tarde.

—¿Dónde estaba?

Ambrose se agachó para recoger el bastón.

—No hablé con él. Yo iba a visitar a un paciente al hospital Bethlehem.

—¿En Bedlam? —Susannah contuvo una expresión de desagrado—. He oído contar que la gente paga por la diversión de ver a los dementes delirar en sus celdas.

—Muy divertido no es, pero la verdad es que tratan a los pacientes con poca compasión.

—Pero ¿qué hacía Henry allí?

—Lo vi en otro sitio, en Moor Fields, cuando iba a Bishopgate de camino al hospital Bethlehem. Henry... —Vaciló—. Estaba a punto de entrar en una taberna.

—¿En cuál? Me pondré la capa e iré allí ahora mismo.

—¡Ni se os ocurra!

Susannah se quedó boquiabierta.

—Ya iré yo —se ofreció él.

—Pero...

—Henry es mi primo. Además, es peligroso que salgáis sola en la oscuridad de la noche.

—En ese caso os acompaño.

—¡Ni hablar! Os quedaréis aquí y esperaréis por si vuelve Henry. Ya no estará en la taberna desde hace tiempo, pero puedo preguntar a alguien si conoce su paradero.

Aunque molesta, Susannah tuvo que reconocer que la proposición de Ambrose era lo más sensato.

—Volveré para comunicaros lo que averigüe. —El doctor Ambrose se puso los guantes y el sombrero—. Ah, olvidaba la razón de mi visita. —Sacó un infolio de debajo de la capa—. He pensado que tal vez os gustaría que os prestara esto. Es *Volpone*, de Jonson. Si no recuerdo mal, dijisteis que os gustó la obra cuando la visteis en el Drury Lane. Tal vez os ayude a matar el tiempo hasta que volvamos Henry y yo.

Antes de que Susannah pudiera contestar, Ambrose había desaparecido en la noche.

Se había dormido con *Volpone* en las manos y el fuego de la sala había quedado reducido a cenizas cuando sonó la aldaba de la puerta. Entumecida por el frío, se dirigió tambaleante hacia la entrada, pero cuando abrió, William Ambrose estaba solo. La sonrisa esperanzada de Susannah se desvaneció.

—¿No lo habéis encontrado, pues?

—¿Puedo pasar? Hace mucho frío.

—Por supuesto. —Susannah lo llevó al salón y avivó las brasas con el atizador, al tiempo que sintía la opresión de la angustia en el pecho.

Ambrose echó más carbón del cubo en la rejilla y luego tomó él mismo el atizador de manos de ella.

—¿Tenéis un poco de coñac? —preguntó cuando el fuego volvía a arder con llama viva.

—Solo ron.

—Eso servirá. Id a por unos vasos.

Susannah obedeció y se sentaron uno a cada lado del fuego con el fin de calentarse los pies.

—¿Nadie en la taberna sabía adónde fue? —preguntó ella.

—Bebeos el ron —indicó él.

Susannah tomó un sorbo, que le resbaló por la garganta como fuego líquido.

—Alguien tiene que haberlo visto.

—Lo vieron, Susannah, y no traigo buenas noticias.

—¿Qué ha ocurrido? —Percibió en su propia voz un tono agudo de desazón.

—Debéis prepararos.

—¿Para qué? ¿Dónde está Henry?

—Henry cayó enfermo. —El doctor Ambrose hablaba con delicadeza—. La enfermedad lo atacó muy deprisa. Lamento deciros que ha muerto esta mañana a primera hora.

—¿Muerto? —El corazón le dio un vuelco y un frío mortal se apoderó de ella—. ¡Pero... no es posible! Estuvo aquí hace solo dos días. Debe de ser un error.

—No es un error. He visto su cadáver.

Ante la rotundidad de Ambrose, Susannah ahogó una exclamación. Se levantó y, nublada su visión por una repentina negrura, se agarró tambaleante a la repisa de mármol de la chimenea.

—Me temo que es la verdad.

—¡Henry no! No hemos tenido ocasión de enmendar nuestra discrepancia. —Se tragó las lágrimas—. ¡Debo ir con él! Debemos traerlo aquí y prepararlo para el entierro.

—No podéis salir. Además, ya lo han enterrado.

—Pero ¿quién...?

—En casos de peste las autoridades se llevan el cadáver.

Susannah volvió a tambalearse y casi se le cortó la respiración.

—¡Cielo santo, eso no! Henry temía tanto la peste...

Ambrose le hablaba con suavidad.

—Susannah, ¿sois consciente de que también podríais estar contagiada?

Los dedos fríos del miedo le recorrieron la espalda.

—Me encuentro bien. Un poco cansada últimamente, quizá, pero nada más.

—Bien. De todos modos, no podéis salir hasta que estemos seguros de que no estáis enferma.

—Ya, lo entiendo. Y vos debéis manteneros alejado de mí. —De pronto ahogó una exclamación—. Ayer visité a mi padre. ¡Besé a los bebés!

—Susannah, no presentáis síntomas de la enfermedad, y dudo, pues, que estéis contagiada. Procurad no preocuparos demasiado, y yo vendré todos los días.

Ante la amabilidad del doctor Ambrose, se le saltaron las lágrimas.

—Discutimos. ¡Ay, William, ojalá Henry y yo no hubiéramos discutido antes de

su muerte!

Más tarde se sonrojaría al recordar cómo se había aferrado a él y había usado su nombre de pila inconscientemente.

Una vez más Susannah quedó confinada en su alcoba, y Peg se retiró a la cocina. Con un temor constante a la aparición de los síntomas de la peste, se examinaba a intervalos frecuentes en busca de bubones o muestras de decoloración en la piel. Al menor escozor en la garganta, al menor amago de dolor de cabeza o al menor indicio de náuseas, le entraba un arranque de pánico. Se paseaba por la alcoba, doce pasos en una dirección y diez en la otra, hasta casi dejar surcos en las esteras.

Ahora Susannah sí habría agradecido la compañía de Henry, aunque estuviera de mal genio. Espontáneamente, una imagen horrenda del cadáver de su marido arrojado sin mayor ceremonia a la fosa común cobró forma en su cabeza. Se frotó los ojos con los nudillos para disipar la visión de sus agraciadas facciones abotargadas y distorsionadas por la muerte.

Sola y asustada, se pasaba horas y horas mirando por la ventana con la esperanza de que la visitara su padre, aunque solo fuera por un momento, para poder saludarlo desde la ventana. Pero su padre no fue.

Se puso su vestido negro de luto, pese a que no veía a nadie. El negro concordaba con su ánimo. Se quitó la alianza nupcial, la ató a una cinta negra y se la colgó del cuello en señal de viudedad. Sumida en un cansancio mortal, se tendía en la cama e imaginaba la muerte solitaria de Henry, lamentando con amargura no tener ya la oportunidad de que el matrimonio floreciera. Su matrimonio había sido un fracaso, y ya nunca volvería a casarse. Invadida por la tristeza, lloraba.

Martha pasó por su casa y entregó a Peg un cesto con pan, huevos y una tarta de manzana.

—Os manda todo su afecto —dijo Peg a través del ojo de la cerradura—. Y dice que rezará por vos.

El doctor Ambrose, con su gruesa capa y la máscara rostrada, la visitaba casi todos los días aunque fuera brevemente y le hablaba desde el otro lado de la puerta de la alcoba.

—Esta mañana he ido a ver a vuestro padre —dijo en una de sus visitas—. Os manda un frasco de su cordial para la prevención de la peste, con todo su amor. Os lo dejo aquí en el suelo.

—¿Hay allí alguna señal de la enfermedad?

—Ninguna.

—Nunca me lo perdonaría...

—¿Seguís bien?

—Sí. Aunque me siento sola y triste. No puedo evitar que se me desate la

imaginación, y entonces veo... —Sollozó—. Y pasan por mi cabeza imágenes terribles del pobre Henry, su cadáver lanzado a la fosa común de los apestados.

Se produjo un breve silencio al otro lado de la puerta.

—Volveré mañana —anunció él.

A continuación Susannah oyó alejarse sus pasos escalera abajo.

Al día siguiente por la tarde el doctor Ambrose regresó.

—Abrid la puerta —dijo.

—Pero...

—Han pasado ya tres semanas. ¿Seguís encontrándoos bien?

—Sí.

—Entraré, pues. —De pie en la puerta con un maletín en la mano, la miró con expresión ceñuda—. Estáis muy delgada. ¿Acaso no coméis?

Ella se encogió de hombros.

—Peg me trae comida pero no tengo apetito. Todo me revuelve el estómago. No puedo dejar de pensar en Henry.

—Levantaos el pelo para que os vea el cuello.

Obediente, Susannah se apartó los bucles para que el doctor Ambrose le examinara el cuello. Tembló cuando él la tocó para volverla hacia la luz. Notó los dedos fríos en su piel y tuvo plena conciencia de su proximidad. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien la tocó con tal delicadeza.

—¿Y no tenéis manchas de la peste en el cuerpo?

Ella negó con la cabeza.

—¿Ni hinchazones?

—Ninguna.

—Bien. —Abrió el maletín y sacó un tablero de ajedrez.

—¡Ajedrez! Antes jugaba con mi padre. Me decía que era mejor que él.

—En ese caso no tendré que explicaros las reglas. —Puso el tablero en la mesita situada delante del fuego y sacó las piezas—. Dentro de una semana daremos por terminada la cuarentena. Entretanto, decidiré yo mismo cuál es vuestro estado de salud.

El doctor Ambrose jugó en silencio concentrado en el tablero, apartando la vista solo de vez en cuando para ver si el semblante de ella delataba su estrategia.

—¡Jaque mate! —exclamó él por fin.

Susannah suspiró y se desperezó.

—¡Mirad, ya ha oscurecido! Me he esforzado tanto en derrotaros que se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta.

—Tengo pacientes que visitar. —El doctor Ambrose arrastró las piezas hasta el borde de la mesa para dejarlas caer en el maletín—. Antes de irme, le diré a Peg que

os prepare un caldo nutritivo. No dejéis de tomarlo.

—Sí, doctor.

Ambrose le lanzó una mirada para ver si se burlaba de él.

—Me marcho a poner una cataplasma a una de mis pacientes. Llego tan tarde que ya habrá muerto o se habrá recuperado por sí sola. En todo caso habré perdido la reputación. —Un brillo apareció en sus ojos oscuros.

—Os agradezco mucho la compañía. —De nuevo la invadieron la depresión y la sensación de soledad ante la idea de que él se marchara.

—Una semana más y podréis volver a salir a la calle. —Agarró el maletín y se marchó.

Al cabo de seis días Susannah, arrebujada en una manta en el banco junto a la ventana, permanecía atenta a la aparición en la plaza de William Ambrose, envuelto en su capa oscura, para su visita vespertina. Había ido todos los días, y después de interesarse por su salud, había colocado las piezas en el tablero de ajedrez e iniciado sus movimientos con muda concentración. Al final de cada partida, que invariablemente ganaba él, se marchaba sin apenas pronunciar palabra, salvo para recordarle que comiera. En una ocasión le llevó una naranja, un lujo insólito en esa época del año. Cuando él se marchó, ella la peló, olfateando los aromáticos e intensos efluvios que desprendía la piel cerosa cuando hincaba la uña en ella. Se comió cada gajo sin prisa, capturando las últimas gotas de zumo con la punta de la lengua.

Un carruaje surcó con un susurro la mezcla de nieve y barro de la plaza y se detuvo frente a la casa. Tras frotar el cristal de la ventana para retirar un círculo de escarcha, Susannah miró abajo y vio a un hombre corpulento que se apeaba del coche y subía apresuradamente por la escalinata hasta su puerta. Oyó los pasos de Peg en el vestíbulo cuando fue a abrir en respuesta al aldabonazo y luego unas sonoras voces. Entreabrió la puerta de la alcoba y escuchó la discusión que se desarrollaba abajo.

—¡No, no podéis! —exclamó Peg—. Mi señora está descansando.

—Entonces tendremos que despertarla, ¿no crees?

—¡No se la puede molestar!

—Eso ya lo veremos.

—¡Caballero, os ruego...!

Unas fuertes pisadas resonaron escalera arriba, y Susannah cerró la puerta de la alcoba y se apoyó en ella con el corazón acelerado. Casi de inmediato oyó unos apremiantes golpes y acto seguido la puerta se abrió de par en par. Apareció en el umbral un hombre de mediana edad con una capa de viaje verde y un sombrero de plumas sobre una peluca larga, y con la respiración agitada. Peg, retorciéndose las manos, asomaba por detrás de él.

—Caballero, ¿qué pretendéis apareciendo así? —preguntó Susannah,

envalentonada por el temor.

—¿Dónde está el señor Savage?

Susannah se mantuvo firme.

—¿Y quién sois vos, si puede saberse, para entrar con tal descaro en mi casa y abordarme en mi alcoba?

—Vuestra alcoba, ¿eh? Me llamo George Radlett, como bien debéis de saber. Os lo preguntaré otra vez, señora: ¿dónde está vuestro marido?

—¿Y qué interés tenéis en eso?

—Un buen puñado de guineas, ¿ese es mi interés! Quiero el dinero que me debe por el alquiler. Y tampoco recibí la caja de ron que me prometió.

Susannah, perpleja, arrugó el entrecejo.

—¿Qué alquiler y qué ron?

—Me prometió una caja de ron tan pronto como atracara el *Mary Jane*. En cuanto al alquiler, me convenció con su labia para que accediera a alquilarle mi casa por una cantidad ridícula mientras yo me retiraba al campo, ya que mi mujer no tenía intención de sucumbir a la peste. Savage me persuadió de que era preferible tener un inquilino a dejar la casa a merced de los saqueadores en esta situación de emergencia, pero no he visto un solo penique del alquiler que acordamos.

Susannah lo miró fijamente con un sentimiento de ira y confusión en la boca del estómago. ¡Henry le había mentido!

—¿Y bien? —preguntó él, con vivas manchas de color magenta en sus rubicundas mejillas—. Me embolsaré mi dinero y luego reuniréis vuestros bártulos y saldréis de aquí inmediatamente. Os lo preguntaré otra vez: ¿dónde está el señor Savage?

—No sé nada de eso. —Con un repentino mareo, se le nubló la vista y se apoyó en la pared. El hombre volvió a hablar, pero no lo oyó por el fragor que retumbaba en sus oídos. Respiró hondo—. Caballero, mi marido ha muerto.

—No creáis que escaparéis de vuestras dificultades a base de mentiras, señora. —Dio un paso al frente y acercó amenazadoramente su rostro al de Susannah, tanto que ella olió su aliento fétido y vio el asomo de barba blanca en su mentón—. ¿Dónde está?

—En la fosa común de los apestados.

George Radlett se quedó de una pieza y al instante se apartó de ella como si se hubiese quemado.

—¡Mentís! —exclamó, pero una expresión de desasosiego apareció en su rostro.

—¿No veis que voy de luto? ¿Y no os ha advertido mi criada que estoy aún en cuarentena? ¿O habéis entrado por la fuerza en mi alcoba sin oírla? Quizá os arrepintáis de haberlo hecho.

—¿Acaso me estáis amenazando?

—Ni mucho menos. Pero mi marido ha muerto por la peste, y yo me siento indispuesta. Bien está que os prevenga de que podéis acabar también contagiado si os quedáis aquí.

Susannah casi compadeció a George Radlett al verlo palidecer.

—¿Cuándo murió?

—Hace unos días —mintió ella.

Él se tapó la boca con un pañuelo y retrocedió hasta la puerta.

—Volveré dentro de un mes —anunció—, y espero no encontraros aquí. La casa deberá fumigarse desde el desván hasta el sótano.

—Para entonces ya me habré ido —respondió Susannah, torciendo los labios en una media sonrisa—. De una manera o de otra.

George Radlett dio media vuelta y corrió escalera abajo.

Para cuando el doctor Ambrose llegó, Susannah no se paseaba ya de un lado a otro, pero todavía temblaba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él.

—No salgo de mi asombro —dijo Susannah después de explicárselo todo—. Pensaba que la casa era propiedad de Henry. Él insinuó que era suya, y desde luego nunca me hizo el menor comentario sobre el pago del alquiler. ¿Estabais al corriente de eso?

Ambrose movió la cabeza en un gesto de negación.

—No paraba de hablar de lo bien que le iban los negocios, y siempre disponía de dinero de sobra para gastarlo en las tabernas y los cafés.

—Una cosa está clara: aquí no puedo quedarme —repuso Susannah.

—¿Adónde iréis?

—Afortunadamente aún me queda la dote. Saldaré la deuda y alquilaré una casa pequeña.

—¿No queréis volver a vivir con vuestra familia?

—No puedo. La casa es muy pequeña, y más desde que nacieron los gemelos. Y a Arabella no le gustaría. Y para seros sincera, tampoco a mí.

—Ya, eso lo entiendo. ¿Tal vez queráis que yo haga indagaciones en busca de una casa adecuada?

Las preocupaciones de Susannah se disiparon un poco.

—Debo marcharme en menos de cuatro semanas, y apenas sé por dónde empezar.

El doctor Ambrose arrugó la frente en expresión pensativa.

—Quizá lo primero sea asegurarse de cuál es vuestra situación económica real.

—¿Seríais...? —Susannah vaciló—. No querría pedir ayuda a mi padre. Ahora vive entregado a su nueva familia y no le queda tiempo. ¿Me ayudaríais a revisar los papeles de Henry? Aparte de llevar los libros de cuentas de la botica, poco sé de asuntos económicos.

—Haré lo que pueda. Dado que el tiempo es vital, ¿queréis que echemos ahora un vistazo al gabinete de Henry?

Dos horas después Susannah se despidió de William Ambrose. Regresó a su alcoba y avivó el fuego. Como ya había oscurecido, cerró los postigos y se dispuso a encender las velas, pero cambió de idea. Aterida de frío, se echó una manta alrededor de los hombros, acercó una silla al fuego y fijó la mirada en las llamas. Algo rayano en odio hacia Henry empezó a arder en su pecho. Se envolvió firmemente con los brazos en un esfuerzo para no temblar.

Al principio no lo había entendido. William Ambrose había adoptado una expresión cada vez más severa, más aún que de costumbre, a medida que sacaba y leía papeles del montón que había encontrado en el armario del gabinete de Henry.

—Si no es indiscreción, ¿a cuánto ascendía vuestra dote? —preguntó.

—Mi padre no me lo dijo, pero vi a Henry contar el dinero justo después de la boda. Era mucho más de lo que yo esperaba. Está en esa caja fuerte. —Susannah se acercó a la caja e intentó abrirla, pero había un pequeño candado sujeto al cierre—. ¿No habrá una llave en el armario?

—Yo no la he visto. Tal vez Henry la llevaba encima cuando... —Se interrumpió—. Permittedme. —Ambrose sacó un cortaplumas del bolsillo y forzó la cerradura con sumo cuidado. Levantó la tapa y sacó una pila de papeles. Los hojeó rápidamente—. Más facturas pendientes de pago. De la carnicería, un abrigo de terciopelo marrón con encaje dorado, un chaleco bordado, una cena para cuatro en la taberna Stag, dos hebillas de diamantes para calzado, el carbonero, dos docenas de pañuelos bordados, una alianza nupcial, unos pendientes de perlas...

—¿Pendientes de perlas? ¡A mí no me regaló ningunos pendiente de perlas!

—... el alquiler de un coche y dos caballos...

—Dadme eso. Las pagaré —dijo Susannah. Agarró otro montón de papeles y luego inspeccionó con expresión ceñuda el fondo de la caja—. Pero esta caja estaba medio llena de guineas de oro. ¿Dónde están? —En lo más hondo de ella empezó a cobrar forma una gélida certidumbre—. Henry debió de esconderlas en algún sitio seguro. —Abrió bruscamente las puertas del armario y registró los estantes uno por uno.

—Ahí no están, Susannah.

—¡Tienen que estar! —A manotazos tiró al suelo el resto de los papeles de los estantes, junto con plumas rotas, tinteros, un trozo de pan mohoso y un corazón de manzana, y deslizó las manos por el espacio del fondo—. Quizá las escondió bajo las tablas del suelo. ¡Seguro que están ahí! —Palpó las esteras, las apartó y se rompió las uñas al hurgar en las rendijas entre las tablas en busca de un escondrijo secreto—. Ayudadme, ¿queréis? —exclamó mientras seguía con la búsqueda desesperada.

William la tomó del codo y le ayudó a levantarse.

—Susannah, ya no queda nada.

—¡No puede ser! Hace solo unos meses estaba aquí.

—Todavía quedan suficientes facturas pendientes de pago para devorar una fortuna. Debería haberlo imaginado...

—Imaginado ¿qué?

—Llegó a este país casi sin nada, y estaba acostumbrado a llevar una vida regalada en Barbados. Para él debió de ser difícil aprender a administrar el dinero. De hecho, la tía Agnes y yo le prestamos una suma considerable para ayudarle a establecerse.

—¡Pero él trabajaba mucho en su nuevo negocio! Apenas lo veía porque siempre estaba entablando nuevos contactos.

Ambrose suspiró.

—Me pregunto qué parte de su tiempo dedicaba a consolidar su negocio y qué parte a rehuir la verdad. Le gustaba la compañía de la gente que encontraba en las cervecerías y las tabernas. Desplegaba un encanto y una generosidad ilimitados con sus nuevos amigos. A menudo lo veía ofrecer su hospitalidad por toda la ciudad, sin reparar en gastos.

—¡Pero no es posible que se bebiera toda mi dote! —Susannah enrojeció de indignación.

—¿Dónde está, pues?

Susannah tragó saliva, notando que el miedo le subía a la garganta y amenazaba con ahogarla.

—Pero si no tengo dinero ni casa, ¿qué va a ser de mí? —susurró.

Susannah pasó la noche en vela. Esa tarde había contado el puñado de monedas apartadas para la administración de la casa y comprendido que, aun controlando los gastos con mucha cautela, no le alcanzaba ni para dos semanas. Se paseó de aquí para allá oyendo los latidos de su propio corazón como mazazos mientras se planteaba sus opciones. En realidad eran pocas. Podía volver a casa, podía buscar trabajo de sirvienta, o podía casarse de nuevo. Pero ¿quién la querría, ya sin virginidad ni dote? La hija de un boticario, una viuda sin un penique. Ella, sola, no era nada.

Al rayar el alba, bajó a la cocina y molió un poco de café, lo hirvió con mucho azúcar, confiando en que la fortaleciera. Pero al segundo sorbo la angustia se apoderó de ella y sintió tales náuseas que fue incapaz de tomar más. Desasosegada, se sentó a la mesa de la cocina y sacó brillo a toda la vajilla de peltre a la vez que sus pensamientos daban vueltas y vueltas como ratas enjauladas.

Al final hizo frente a la ingrata verdad de que no le quedaba más remedio que volver a casa y ponerse a merced de Arabella.

Acababa de guardar la vajilla en la alacena cuando oyó un aldabonazo. Eran Agnes Fygge y William Ambrose. Susannah miró a Ambrose, pero él desvió la vista.

—Veo que vas de luto, a pesar de que mi sobrino te ha dejado en la miseria — señaló Agnes mientras seguía a Susannah al salón.

—Lo echaré de menos —dijo Susannah en voz baja. Era la verdad, por más que en ese momento lo habría asesinado si lo hubiese tenido delante.

—Me ha dicho William que tienes que abandonar esta casa.

—Volveré con mi padre.

—Mmm. —Agnes la escrutó con sus ojos negros de mirada penetrante—. ¿Y qué pasará con tu madrastra?

Susannah se encogió de hombros.

—Lo lamentarás. No es de las que se adaptan, esa mujer.

—Mi padre no permitirá que yo quede en circunstancias difíciles.

—¿Eso piensas? Te creía más perspicaz. Ahora Cornelius baila al son que le toca su esposa. —Se volvió hacia William Ambrose—. ¿Está enferma? Se la ve débil.

—No es de extrañar que la viuda de mi primo necesite cierto tiempo para recuperarse de la conmoción.

—¡No tiene tiempo! No puede permitirse el lujo de recrearse en su dolor.

—¡Yo no me recreo! —exclamó Susannah, con ardor en las mejillas a causa de una súbita indignación—. Y agradeceré que no habléis de mi futuro como si yo no estuviera presente.

—Podrías serme útil.

—¿Cómo decís?

—Necesito una dama de compañía. Podrías serlo tú. ¿Qué dices a eso?

Susannah cayó en la cuenta de que tenía la boca abierta y la cerró de inmediato.

—Gracias, señora Fygge, pero creo que no necesito ser vuestra criada.

—¡Será engreída!

William Ambrose enarcó una ceja pero calló.

—Como en efecto vuestro sobrino me dejó en la miseria, volveré a casa de mi padre.

—No lo resistirás por mucho tiempo, recuerda lo que te digo. Te doy dos días. Luego vendrás a mi puerta a suplicarme que te acepte.

—¡Os prometo que no! —Agnes Fygge le dirigió una mirada colérica, y Susannah, iracunda, se la sostuvo hasta que la anciana bajó la vista con un suspiro. Apoyándose pesadamente en el bastón con empuñadura en forma de cabeza de mono, se volvió hacia su sobrino—. Llévame a casa, William. Aquí estoy perdiendo el tiempo con esta obstinada. Muchacha, has perdido tu mejor oportunidad. Buen día tengas.

William Ambrose se quitó el sombrero ante Susannah, tomó a su tía del brazo, y se marcharon.

Al cabo de un rato Susannah se encaminó hacia la botica. Poseída aún de una rabia contenida, sabía que no tenía más opción que rogar que la dejaran volver a casa y ocupar el lugar que Arabella decidiera asignarle, por modesto que fuera.

La puerta de la tienda estaba cerrada con llave y, por más que la aporreó, nadie acudió a abrir. Oía los berridos de los bebés procedentes de la ventana del piso de arriba, así que retrocedió por Fleet Street y dobló por el callejón que discurría paralelo a uno de los lados del patio trasero. Se puso de puntillas y alargó el brazo, deslizó los dedos por el áspero borde de la tapia y encontró la llave oculta de la verja de atrás.

Ned, subido a un taburete, estaba asomado a la tapia opuesta, de charla con la criada del vecino. Se sobresaltó al oír el chirrido de la verja, después bajó y siguió con la tarea de restregar el alambique de cobre en el patio.

—Me preguntaba dónde estabas —dijo Susannah—. No hay nadie atendiendo la botica.

—El señor está en la habitación de los niños. —Lanzó una mirada al cielo—. Una vez más. —Volvió a concentrarse en el alambique.

En la trascocina Jennet pelaba patatas para el almuerzo, y con su vestido marrón y su cuello blanco de siempre transmitió a Susannah la seguridad que se desprende de aquello que nos es conocido.

—¡Señorita Susannah, dichosos los ojos!

Susannah, de pie al calor del fuego, olfateó el aire.

—Has preparado rosquillas —comentó.

Jennet la sentó ante una jarra de cerveza y un pastel de azúcar recién hecho.

—Deberíais comeros otro cuando os acabéis ese —aconsejó—. Estáis flaca como un palo de escoba. Lamento mucho lo de vuestro marido. El señor ha estado preocupadísimo por vos.

Susannah no pudo contenerse.

—Pero no tan preocupado como para venir a verme.

—De buena gana habría ido —contestó Jennet mientras colgaba la olla llena de patatas sobre el fuego—, pero la señora no quiso ni oír hablar. «Traerás la enfermedad a casa», decía.

—Ya no estoy en cuarentena y me encuentro bien.

—Pues no lo aparentáis, si no os importa que lo diga, señorita. Tenéis ojeras. De no dormir, supongo. —Arriba empezó a llorar un niño, y pronto se le unió su gemelo—. Si a eso vamos, tampoco en esta casa duerme nadie, y estamos todos de un humor de perros.

—Voy a subir a ver a mi padre —anunció Susannah, al tiempo que se sacudía las migas de la falda.

Encontró a Cornelius en la antigua alcoba de Susannah con un bebé berreante en cada hombro.

Se le iluminó el rostro cuando la vio y la estrechó contra sí.

—Gracias a Dios que has sobrevivido.

—¿Dónde están las niñeras? —preguntó Susannah, alzando la voz al mismo tiempo que aliviaba a su padre del peso de uno de los gemelos.

—Los niños estaban peleándose y los he mandado a dar un paseo.

—¿Y Arabella?

—Acostada. Con dos niños que amamantar, necesita mucho descanso y alimentos nutritivos. Ya, ya, Joshua. ¡No te pongas así!

—No dudo de que lo necesita —respondió Susannah mordazmente.

—Me alegro mucho de verte y siento lo del pobre Henry —dijo Cornelius a gritos para hacerse oír por encima de los berridos de los niños—. William Ambrose ha pasado por aquí varias veces para informarme de cómo estabas.

—Sin él habría sido un mes aún más largo y difícil.

—Quería ir a verte, pero solo habría podido quedarme en la calle y hablar contigo por la ventana. En todo caso, ya puedes ir y venir a tus anchas.

—Padre...

—¡Chist! ¡Mira!

Como por arte de magia, el llanto colérico de Joshua empezaba a reducirse a sollozos. Cornelius tomó la mano del bebé y le introdujo en la boca su propio pequeño pulgar.

Joshua cerró los ojos y empezó a chupetear con fuerza.

Susannah probó el mismo truco con Samuel y en cuestión de minutos pudieron dejar a los gemelos uno al lado del otro en la cuna. Con el repentino silencio, a Susannah le zumbaron los oídos.

Cornelius la tomó de la mano y salieron de puntillas de la habitación.

—Puede que por fin esté pillándole el tranquillo —comentó él—. Hay días en que siento que se me agota la paciencia y no aguanto más tanto alboroto y tanto trastorno. ¿Acaso es mucho pedir un poco de paz a mi edad?

—La tienda está desatendida —dijo Susannah.

—Ned...

—Está en el patio haciendo ojitos a la criada del vecino.

Bajaron y Cornelius abrió la puerta de la tienda.

—Ya nada es igual desde que te marchaste —comentó.

—De eso quería hablaros, padre. Ahora que Henry ya no está...

Cornelius negó con la cabeza.

—Susannah, los dos sabemos que si volvieras aquí, las cosas no irían bien. Todo ha cambiado mucho.

El miedo la atenazó.

—¡Pero no tengo adónde ir!

—¿Qué quieres decir?

—Resulta que la casa no era propiedad de Henry. Solo la tenía alquilada y los dueños van a volver.

—Pero... —Una expresión de indignación asomó al rostro de Cornelius—. ¡Henry me aseguró que era suya!

—Pues no lo era.

Cornelius cabeceó.

—¡Cómo es posible que me dejara engañar así! Henry era capaz de camelarse a cualquiera con su encanto. En todo caso, esa casa es demasiado grande para ti sola, Susannah. Ahora que eres viuda debes alquilar algo más pequeño.

—Lo haría si Henry no se hubiese gastado mi dote.

—¿Gastado tu dote? ¿Qué quieres decir?

—Lo que oís.

—Pero... —Cornelius se quedó blanco como el papel—. Pero si le di casi todos mis ahorros. Tenía la intención de proponer matrimonio a Horatia Thynne, y yo quería asegurármelo para ti. Pensé que te haría feliz. Yo deseaba que tuvieras una vida cómoda, y él me prometió que cuidaría de ti. —Deambuló por la estancia, respirando desacompadadamente—. El poco dinero que me queda lo necesito para mi nueva familia. Tal como están las cosas, tendré que trabajar en la botica hasta el fin de mis días.

Susannah sintió de nuevo que el pánico crecía en ella.

—Pero ¿qué voy a hacer? ¿Adónde voy a ir?

Cornelius se cubrió la cara con las manos.

—¿Cómo vamos a arreglarnos? La casa está hasta los topes de niños y criadas, llena a rebosar. Ni siquiera quedaría sitio para ti en el desván. Y tú nunca vivirías en armonía con Arabella y sus hijos. —Empezaron a estremecerse los hombros—. ¿Qué he hecho? —dijo entre sollozos—. El amor por Arabella me nubló la razón, y ahora...

—¡Chist! —Susannah lo abrazó y le dio unas palmadas en la espalda mientras pugnaba con el gélido terror que estaba a punto de asfixiarla. Su padre no se equivocaba. La tensión de volver a vivir con Arabella sería intolerable para todos; si ya antes era insufrible, ¿cuánto peor sería ahora, con los gemelos y las nuevas niñeras?

Cornelius se enjugó los ojos y respiró hondo.

—Tendremos que encontrar una solución. Tal vez podamos vaciar la rebotica y poner una cama para ti detrás de la cortina. —Se mordió el labio—. Ned duerme cerca, bajo el mostrador de la tienda, pero no se me ocurre qué otra manera... —Profundas arrugas de angustia surcaron su cara.

Qué viejo se le ve de pronto, pensó Susannah con una punzada de pesar, demasiado viejo para tener que preocuparse por las discordias entre dos mujeres pendencieras. Tomó una decisión.

—Descuidad, padre. —Se sorprendió de la serenidad con que habló—. Soy consciente de que mi regreso sería una carga insoportable para todos nosotros. Tendré que hacer lo mismo que tantas otras viudas desposeídas: buscar trabajo como criada.

—Queridísima hija mía, ojalá hubiera otra opción. —El alivio en su voz era palpable—. Pero a menos que captes la atención de un hombre acaudalado, no veo qué otro camino te queda. A no ser que... —Se interrumpió por un momento—.

Quizá pudieras vender el colgante de nácar y la miniatura de tu madre.

—¡Eso jamás!

—Pues en ese caso espero, por tu bien, que encuentres empleo pronto.

En su penoso regreso a casa por las calles heladas, unas lágrimas de temor y rencor cegaron a Susannah. Una pordiosera, arrebujaada en una manta andrajosa en el arroyo, tendió la mano y le tocó el tobillo cuando pasaba. Retrocedió con un respingo y Susannah rebuscó en su bolsillo y echó una moneda a la mano de la mujer.

—Dios la bendiga —dijo la pordiosera, alzando la vista y cruzando una fugaz mirada de desesperación con Susannah.

Susannah se estremeció. La mujer debía de haber sido hermosa en otro tiempo, antes de que el mal francés le corroyera la nariz. ¿Quién habría sido ese desdichado despojo de humanidad antes de caer en desgracia y acabar en la calle envuelta en harapos? ¿Acaso también ella se quedó sin opciones?

Peg desprendía el hielo de la escalinata cuando Susannah llegó a casa. Apartó la mirada de la escoba, escrutó el rostro de Susannah y se concentró de nuevo en su tarea sin mediar palabra. ¡Pobre Peg! También su futuro dependía del destino de Susannah. No servía de nada abandonarse al desánimo en espera a que algo ocurriera. Se quitó el frío junto al fuego, se recogió los rizos bajo su sombrero más sencillo y volvió a salir.

Susannah pasó la siguiente semana sumida en el aturdimiento. Deambuló por toda la ciudad, visitando a las personas más ricas que conocía, muchas de ellas clientes de su padre. Una tras otra, respondieron con un gesto de negación a su petición de trabajo. Desesperada, empezó a llamar a la puerta de cualquier casa grande ante la que pasaba, pero nadie necesitaba siquiera una doncella.

Enferma de cansancio y miedo, se acostó en su cama y se quedó acurrucada bajo las mantas, cerrada al mundo.

Peg le llevaba tazones de sopa que ella era incapaz de ingerir y le cepillaba el pelo hasta que volvía a conciliar el sueño.

—Eres muy buena conmigo, Peg —susurró Susannah una de esas veces, demasiado agotada para levantar la cabeza—. Estoy tan cansada que ni sé cómo seguir adelante, pero debo hacerlo. El tiempo se acaba. No nos daremos cuenta, y el señor Radlett estará aporreando la puerta para echarnos de aquí. Tiene que haber alguien que necesite un ama de llaves y una criada.

—Hoy día ya nadie quiere sirvientes —dijo Peg—. He preguntado a todo el mundo que conozco, pero hay centenares de chicas viviendo en las calles desde que sus señores se marcharon de Londres huyendo de la peste. —Le temblaban los labios—. Tendré que volver a Moor Fields y llamar a la puerta de la señora McGregor en Cock Lane.

—¡Eso no!

—¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Qué otra cosa podéis hacer?

Susannah no tenía respuesta para eso.

Pese a que proseguía la larga ola de frío, el miedo al futuro la impulsó a continuar con la búsqueda de empleo, cualquier empleo, por insignificante que fuera. Así y todo, nadie la acogía, y a ella tanto le daba que las negativas fueran indiferentes, groseras o en tono de disculpa.

Un día regresaba a casa al anochecer. Después de nevar toda la tarde, un manto blanco y limpio cubría la inmundicia helada y amortiguaba todos los sonidos. De pronto la nevada arreció, y grandes copos caían en remolino. Apenas se veía a nadie en la calle. A causa del agotamiento, Susannah aflojó el paso y la invadió el deseo de tenderse y dejar que la nieve la envolviera con sus mullidos brazos.

A fuerza de abrirse paso por la nieve, se le habían dormido los pies a causa del frío y se sentía mareada por la falta de sustento. Creía estar cerca de casa, pero bajo la nieve todo parecía distinto. Desorientada de pronto, se dio la vuelta, pero los copos flotaban ante sus ojos y la luz se desvanecía sin tregua. Presa del pánico, se echó a correr en su desesperación por encontrar la casa antes de que fuera noche cerrada. Resbaló y cayó de bruces, y se le cortó la respiración por la violencia del golpe.

Cuando recobró el aliento, sintió tal cansancio que solo pudo quedarse inmóvil, mientras el frío le calaba hasta los rincones más profundos de su cuerpo. Fue un alivio cerrar los ojos y abandonarse a la inconsciencia.

Algo cálido y húmedo le mojó la cara. Al abrir los ojos vio a un enorme perro marrón que la miraba de cerca. Se oyó un grito y una piedra cayó en el suelo junto a ella con un sonido semejante a un disparo de pistola; el perro soltó un gañido y huyó. Apareció una luz, que se acercó oscilante. Acto seguido unas manos tiraron de ella y la levantaron como si fuera un saco de patatas. Quedó suspendida, doblada por la cintura, con los brazos y la cabeza colgando. Confusa, vio su sombrero caer en la nieve y perderse de vista mientras alguien la llevaba a cuestas.

Fue un intenso hormigueo en las extremidades lo que la despertó. El resplandor anaranjado del fuego titilaba en la rejilla, y no pudo contener un grito al descongelársele los dedos de las manos y los pies por efecto del calor. Al otro lado del fuego una figura se irguió al oír su voz, proyectando una sombra oscura en la pared. Susannah, con la boca seca, se encogió.

—Tranquila, estáis a salvo.

William Ambrose le tomó las manos y se las frotó entre las suyas. La tocaba con delicadeza, pero mantenía una expresión distante.

—¿Qué ha ocurrido?

—He ido a veros, y vuestra criada estaba preocupada. Había ventisca y he ido a buscaros.

—No encontraba la casa.

—Estabais al otro lado de la plaza. ¿Adónde os pensabais que ibais?

—¡No me he perdido a propósito! —Susannah hizo una mueca de dolor cuando Ambrose le flexionó los dedos. Volverían a salirle sabañones.

Él le soltó la mano y se sentó de nuevo en la silla.

—Susannah, esto no puede seguir así. No podéis pasar un día tras otro deambulando por la ciudad en busca de trabajo.

—¿Qué me sugerís, pues? —Cerró los puños en un gesto de enfado—. ¿Un paseíto hasta Whitechapel o Wapping, quizá? Tengo entendido que los marineros siempre andan detrás de chicas nuevas. Hasta es posible que pasen por alto mi edad si la luz de las velas no es muy intensa.

La súbita expresión de sorpresa de Ambrose proporcionó cierta satisfacción a Susannah. ¿Cómo se atrevía a juzgarla?

—No pretendo juzgaros —repuso él en voz baja, como si hubiera oído sus pensamientos.

—Algo tengo que hacer. Si volviese a mi antiguo hogar, sometería a mi padre a una tensión insufrible. Allí no hay sitio para mí. Y Henry me dejó en la indigencia, así que debo encontrar otro medio de vida. —Una lágrima resbaló por su mejilla, y hundió la cara en las manos.

—Susannah, ahora tenéis que pensar en el futuro. —Ambrose apoyó una mano en su brazo, pero ella se la apartó.

—¿Y qué creéis que he estado haciendo? No puedo comer ni dormir de preocupación. He llamado a casi todas las puertas de la ciudad suplicando empleo. Y todavía me quedan por saldar las deudas de Henry. Si tan listo sois, decidme qué más puedo hacer.

—Mi tía tiene razón; sois una muchacha obstinada. Ella os hizo una muy buena propuesta.

—Que yo rechacé. —Susannah alzó la barbilla. Aquello había sido un craso error, pero por nada del mundo lo reconocería ante ese médico intolerablemente entrometido.

—No es momento de falso orgullo. Tenéis que pensar en otra persona.

—¿En Peg? ¿Creéis que no lo sé? Allí a donde voy pido también un puesto para ella.

—No hablo de Peg. Susannah, debéis afrontar la realidad.

—¿Qué realidad? ¿Que dentro de unos días Peg y yo estaremos viviendo en la calle? ¿O que con un poco de suerte encontremos sitio en un asilo? Creo que preferiría visitar a la señora McGregor de Cock Lane y ponerme a merced de su caridad.

—¿La señora McGregor? ¿Qué sabéis de ella? —preguntó William con aspereza.

—Acogió a Peg y luego intentó ponerla a trabajar en su burdel. ¿Os imagináis? ¡Peg es poco más que una niña! Saltó por una ventana y fue a caer justo delante de Henry, que la trajo a casa para que fuera nuestra criada.

—Ya veo. —Ambrose fijó la mirada en el fuego—. Susannah, ¿es posible que no os hayáis dado cuenta...? —Se puso en pie y se paseó con las manos hundidas en los bolsillos—. Me ha dicho Peg que no estáis comiendo como es debido.

Susannah se encogió de hombros.

—No puedo ni comer de tan preocupada como estoy. La comida me da náuseas.

—¿Y os sentís cansada?

—Me caigo de agotamiento. Y me es imposible dormir.

—Y Peg me ha dicho también... —Vaciló.

—¿Qué derecho tenéis a hablar con mi criada?

—Hago lo que sea necesario por la salud de mis pacientes.

—Pero yo no soy vuestra paciente.

Ambrose enarcó una ceja, y ella tuvo el buen tino de sonrojarse.

—Peg me ha dicho que no os ha lavado los paños del periodo en los últimos dos meses.

Susannah se quedó boquiabierta.

—¿Ella os ha hablado de cosas tan íntimas?

—A regañadientes. Pero soy médico, y ella se toma muy a pecho vuestro bienestar. Como yo. Está preocupada por vos. Susannah, ¿acaso no sabéis que lleváis dentro al hijo de Henry?

—¿El hijo de Henry?

—No es tan sorprendente, ¿no?

—¡No! ¡Por favor, no!

Unas manchas de luz parpadearon en el límite de su visión, y la voz de William Ambrose pronunciando su nombre se desvaneció. Mientras la negrura la envolvía, comprendió que Henry, incluso después de muerto, era aún capaz de asestarle otro golpe.

LA CASA DE LAS SOMBRAS

MARZO

1666

Susannah se abrió paso por el barrizal helado de Whyteladies Lane. El Támesis estaba tan cerca que se oía el estridente vocerío de los barqueros y se percibía en el aire el hedor del barro por efecto de la marea baja. Las gaviotas volaban en círculo en el cielo plomizo. Zarandeada por la muchedumbre de viandantes, mantenía la mirada en alto, buscando un cartel en concreto. Por fin lo vio: un cartel con un desvaído timón de barco que colgaba, oscilante, del primer piso en voladizo de una casa con tejado a dos aguas, encajonada entre edificios de similar antigüedad.

Susannah levantó la aldaba en forma de cabeza de delfín de la Casa del Capitán y la dejó caer. Mientras el sonido reverberaba en el interior, escrutó a través de la mirilla de la puerta, pero no parecía haber luz dentro. No era una casa así lo que ella esperaba. Transcurridos unos minutos, nadie había acudido, y se preguntó si debía llamar otra vez o aguardar un poco más. Agnes Fygge, lisiada como estaba, quizá necesitara mucho tiempo para llegar a la puerta.

Una carreta pasó por la calle y salpicó de barro la falda de Susannah; cuando ya casi acababa de limpiarse, la puerta se abrió. En el pasillo de entrada no había nadie, y Susannah, temblorosa, se quedó en el portal en espera de que la vista se le acostumbrara a la penumbra. Un ligero sonido —una risa contenida, pensó— la indujo a dar un paso adelante.

—¿Hola?

Silencio.

Frente a ella oyó un movimiento susurrante entre las sombras; al cabo de un momento volvió a oírlo. Sin duda era una risa.

—¿Señora Fygge?

Poco después vio un fugaz destello blanco en la oscuridad.

—¿Quién hay ahí?

Empezó a distinguir una silueta negra. Sin dar crédito a lo que veía, escrutó con los ojos entornados el monstruo bicéfalo que cobraba forma ante ella.

El eco de una risa grave y vibrante sonó en el pasillo. A eso siguió un alarido repentino y penetrante a la vez que parte del monstruo se desprendía y se abalanzaba sobre Susannah, aterrizando en su hombro con un ruido sordo.

El corazón le dio un vuelco de puro terror y, sin poder reprimir los gritos, lanzaba manotazos a aquella criatura que, adherida a ella, le tiraba del pelo y le pellizcaba las mejillas.

—¡Emmanuel! —exclamó Agnes Fygge con tono tajante desde el fondo del pasillo—. ¡Llévate a ese hijo de Satanás y apártate de mi vista!

El monstruo se acercó y agarró a la criatura posada en el hombro de Susannah.

Con un parpadeo de estupefacción, Susannah vio que el «monstruo» era un hombre fornido, un africano con una librea de terciopelo azul. En sus robustos brazos sostenía a un mono diminuto, ataviado con una librea de terciopelo azul a juego y un pequeño casquete. Los dos lucían collares de plata en torno al cuello. El negro sonrió, y sus dientes blancos brillaron en la oscuridad antes de que se diera media vuelta y se llevara al mono parlanchín.

—Has venido, pues —dijo Agnes Fygge—. Sígueme, a menos que ese chico te haya ofuscado el entendimiento con sus tretas a ti también.

Se volvió y, renqueante, se alejó, dejando que Susannah, aún temblorosa, decidiera si seguirla o no.

Susannah echó una ojeada atrás en dirección a la puerta abierta y la concurrida calle. Era tentador. Con un suspiro, se descalzó los zuecos y cerró la puerta a sus espaldas.

La señora Fygge apartó un tapiz que hacía las veces de cortina y al otro lado apareció una escalera sombría. Empezó a ascender con extrema dificultad por los tortuosos peldaños. Flotaba en el aire un fuerte olor a humo de carbón. En lo alto, empujó la puerta con el bastón y la luz inundó el descansillo. Antes de cruzar el umbral, se volvió para ver si Susannah la seguía.

La primera impresión de Susannah fue de luz y espacio, y luego de intenso calor. Boquiabierta, miró alrededor. El pasillo oscuro y frío de la entrada no daba el menor indicio de lo que uno encontraría en la estancia del piso de arriba. El techo, muy alto, se sostenía en unas vigas dispuestas como costillas de ballena. La claridad del día entraba a raudales por ventanales altos y estrechos rematados en forma de hojas de trébol. En la enorme chimenea de piedra, que ocupaba casi toda la pared del fondo, rugían unas llamas que se elevaban por el cañón, cuya humareda ascendía hasta el vértice del techo.

—¡Es una iglesia! —exclamó Susannah, en un susurro.

—Una capilla, de hecho. En su día esto fue un priorato. —La señora Fygge se acomodó con cuidado en el gran sillón situado junto a la lumbre e indicó a Susannah que ocupara la butaca de enfrente, más pequeña. Se apartó el humo de la cara con la mano y tosió—. Otra vez sopla viento del oeste. ¿Así que Henry te ha dejado un recuerdo?

Susannah agachó la cabeza con la sensación de que el terror amenazaba con apoderarse de ella y asfixiarla. Se echaba a temblar solo de pensar en el niño que crecía en su interior.

—¿Por qué tienes tan mala cara?

—No esperaba... Fue una sorpresa para mí descubrir que estoy embarazada. He estado tan preocupada por el futuro que ni se me había ocurrido esa posibilidad. Y no sé cómo voy a arreglármelas. Sobre todo ahora. Contaba con volver a casa de mi padre, pero...

—¿Tu madrastra no te acepta?

—Con la llegada de los gemelos no queda espacio. —Respiró hondo e inició su discurso preparado—. Hice mal en ser tan descortés con vos cuando me ofrecisteis el empleo como dama de compañía. He venido a preguntaros si estáis dispuesta a perdonarme, y a prometeros que, si la oferta sigue en pie, me esforzaría en serviros bien.

—Tienes algo de humildad, ¿pues? No es fácil encontrar trabajo, y menos con un niño en el vientre.

—No lo es.

—Bien. —Agnes Fygge desplegó una sonrisa de avidez—. No puedo permitir que la viuda embarazada de mi sobrino ande de aquí para allá por las calles buscando trabajo de fregona. ¿Qué pensaría la gente de mí? Te dejarás, pues, de tonterías y vendrás a vivir aquí.

—El doctor Ambrose dijo...

—¿Por qué insistes en llamarlo así cuando su nombre es William?

Susannah oyó un movimiento en la puerta y, al volverse, vio al doctor Ambrose. Se miró los zapatos, reacia a que él la viera suplicar un techo a su tía.

—Te guste o no, ahora eres parte de la familia —dijo la señora Fygge—, y esta familia cuida de los suyos. ¿No es así, William?

—Desde luego —contestó William Ambrose desde la puerta.

—Ya era hora de que entraras en razón, muchacha. ¡Mira que andar por toda la ciudad para ofrecerte de cocina en cocina! ¡Qué deshonra! ¿Por qué no acudiste a mí ya de buen comienzo? El orgullo es un pecado, como bien sabes.

—Sí, señora. Y os estoy muy agradecida. —Le reventaba decirlo, pero era verdad. Así, al menos, cuando muriera en el parto, tendría un techo sobre su cabeza.

—Espero que te ganes el sustento.

—Sí, señora.

—¡Ya está todo dicho, pues! Emmanuel irá contigo a tu casa y traerá tus bultos. Te espero de vuelta por la tarde. Puedes leer para mí. William te acompañará a la puerta. —Se recostó y cerró los ojos. La conversación había acabado.

Emmanuel tiraba de una carretilla, tres pasos por detrás de Susannah cuando esta regresó a su casa. Sentía la mirada de él en la espalda y mantenía la cabeza erguida, sin volverse para nada, como si fuese una gran dama que iba de compras con su criado negro.

Peg abrió los ojos desorbitadamente cuando vio al acompañante de su señora.

—Peg, acompaña a Emmanuel a la parte de atrás de la casa para que entre por la cocina y deje la carretilla en el jardín. No quiero que los vecinos nos vean marcharnos.

—¿Marcharnos? ¿Es que habéis encontrado un sitio adonde ir?

—Nos vamos a la casa de la tía de mi marido.

Peg se quedó inmóvil.

—¿Las dos?

—Dije que no te abandonaría, ¿no es así?

Peg cerró los ojos y dejó escapar un suspiro de alivio, y Susannah se mordió el labio. Ya haría frente más tarde a las protestas de Agnes Fygge. Mientras tanto, tenía que preparar los bártulos.

No le llevó mucho tiempo. Dobló la ropa y la metió en el baúl, junto con la miniatura de su madre y el preciado colgante de nácar, y añadió el candelabro que Agnes Fygge le había regalado en su boda. Puso sus libros encima de las facturas de Henry en la caja fuerte de su padre. Tal vez algún día pudiera pagar a los acreedores de su marido, incluido el desagradable señor Radlett. Eso le recordó el pequeño broche que había encontrado en el comedor e introdujo la mano en el forro del baúl para sacarlo. Lo dejaría en la repisa de la chimenea de la sala con una nota para cuando él volviera.

Miró por última vez la alcoba que había compartido con Henry. El día de su boda albergaba grandes esperanzas para su futuro juntos, y sin embargo ahí estaba, dispuesta una vez más a iniciar una nueva vida. Pero esta vez se añadía un hecho aterrador: un niño crecía dentro de ella.

Al oír detenerse fuera un carruaje, miró por la ventana y ahogó una exclamación. Recogiéndose la falda, corrió escalera abajo hasta la cocina.

—¡Deprisa! —dijo—. El señor Radlett y su familia están aquí. Emmanuel, carga el equipaje en la carretilla. ¡Enseguida!

—Sí, señora.

—¡Peg, ayúdale!

Con grandes forcejeos, subieron el baúl y la caja fuerte a la carretilla, y Emmanuel la empujó por el sendero hasta el final del jardín, seguido de Peg al trote.

Susannah vaciló. Maldita sea, pensó. Se negaba a escabullirse furtivamente como una criada ladrona.

—Marchaos —dijo—. Esperadme al final de la calle.

—Pero, ¡señora! —Peg tenía el rostro contraído por el miedo—. Os despellejará viva.

—No te preocupes por mí. ¡Marchaos ya! —Susannah echó el pasador de la verja cuando salieron; luego cuadró los hombros y volvió a entrar.

En el vestíbulo, el señor Radlett iba de aquí para allá a zancadas, abriendo todas las puertas con mucho ruido.

—¡Seguís aquí! Me sorprende vuestra desfachatez, señora. —La miró con expresión ceñuda—. ¡Os dije que os fuerais!

—Ahora mismo me marchó, pero tengo que devolveros algo.

—¡Salid de mi casa! ¡Inmediatamente! —Los carrillos del señor Radlett se

tiñeron de un peligroso color escarlata.

Se oyeron unas pisadas en el pasillo y una elegante dama de mediana edad apareció y miró por encima del hombro del señor Radlett.

—George, ¿qué pasa?

—¿Sois la señora Radlett? —Susannah se acercó y le ofreció el broche—. ¿Esto es vuestro, quizá?

—¡Oh! —La mujer apartó a su marido—. ¿Dónde lo habéis encontrado?

—En el comedor, detrás del aparador. Lo vi cuando lo aparté para encerar el suelo.

—¡Mira, George! No esperaba volver a verlo nunca más. —Se lo llevó a los labios—. Me lo regaló mi marido cuando nació nuestro primer hijo. Para mí tiene un gran valor.

El rostro de George Radlett se degradó de rojo remolacha a rosado.

—¡Marchaos ya, señora! Esta es mi casa y no os quiero en media milla a la redonda.

—¡George! ¿Cómo puedes hablar así? —La señora Radlett agarró a su marido del brazo—. No le hagáis caso, querida. Perro ladrador, poco mordedor.

—Pero ha estado viviendo en nuestra casa sin pagar alquiler...

—En un momento en el que no necesitábamos la casa. ¡Y mira alrededor, George! ¿Ves algún indicio de abandono o algún daño? Todo lo contrario. Esta señora incluso ha encerado el suelo detrás del gran aparador de tu madre, que yo desde luego nunca me molesté en mover. Nuestra casa ha estado bien cuidada en nuestra ausencia. Y os doy las gracias por ello, señora.

—Pero el alquiler...

—Esta señora no tiene que pagar alquiler. Ahora sé bueno, George, y ven conmigo a supervisar la descarga del equipaje.

—Tengo la intención de pagaros el alquiler acordado por mi marido —afirmó Susannah—. Puede que me lleve un tiempo...

—¡Ni hablar! No hay ninguna deuda, y yo he recuperado mi broche intacto —respondió la señora Radlett con una sonrisa en el agraciado rostro—. Y ahora permitidme que os acompañe hasta la puerta.

Susannah irguió la cabeza y descendió los peldaños de la escalinata con gran majestad por última vez.

—He traído a Peg, mi criada —dijo Susannah sin apartar la mirada de los ojos de la señora Fygge.

—¿Ah, sí? ¿Y quién piensas tú que va a darle de comer y a vestirla?

—Es honrada y muy trabajadora. Y come poco. —Susannah contuvo el aliento.

La señora Fygge le sostuvo la mirada y de pronto la risa asomó a sus ojos.

—Creo que si Henry hubiera sobrevivido, habría encontrado en ti la horma de su zapato, muchacha. En fin, siempre nos vendrá bien otro par de manos para acarrear el carbón hasta las chimeneas, y no vamos a permitir que eso lo hagas tú en tu estado, ¿verdad? Ahora baja a la cocina y ve a ver al ama de llaves, la señora Oliver. Ella pondrá a Peg a trabajar en el acto.

—Gracias, señora. —Susannah tuvo el buen tino de sonrojarse.

—¿Y cuáles crees que serán tus obligaciones?

—Las que vos deseéis —contestó Susannah con toda la docilidad de que fue capaz.

—¡Exacto! Leerás para mí, serás mi secretaria, me darás conversación inteligente cuando sea necesario y callarás cuando no lo sea.

—Sí, señora.

—William me ha dicho que juegas al ajedrez.

—Él juega mejor que yo.

—Y que yo. Quizá, pues, estemos a la par. —Suspiró—. Estoy cansada. De un tiempo a esta parte siempre estoy cansada y deseo descansar. Echa otro trozo de carbón al fuego y luego pídele a la señora Oliver que te enseñe tu habitación.

Susannah, haciendo frente a la nube de humo que flotaba sobre el fuego, obedeció antes de volver en busca de Peg.

La señora Oliver era una mujer corpulenta y la enorme y oscura cocina situada debajo de la capilla era su reino. Remangada, exhibía unos brazos robustos y carnosos como jamones, y unos mechones de pelo negro y áspero escapaban de su cofia. En ese momento revolvía un perol donde se cocía una cabeza de vaca.

—O sea que sois la esposa del señor Henry —dijo—. Siempre tenía una expresión risueña en los ojos, ese hombre. Fue un día aciago cuando falleció. Sobre todo para vos, teniendo en cuenta que habéis quedado a merced de la caridad de la señora.

Susannah, con un delicado empujón, obligó a Peg a acercarse.

—He traído a mi criada, Peg, para que os ayude.

La señora Oliver la miró de arriba abajo.

—Un poco menuda, ¿no? Mejor será que la alimente bien si quiero sacarle algún provecho.

—Peg es muy trabajadora.

—Más le vale o sentirá mi vara de avellano en el lomo. —Guiñó el ojo a Susannah, como para desdecir sus ásperas palabras—. No admito holgazanes en mi cocina. Puedes empezar por pelar esos nabos, muchacha.

Peg se quitó el chal y se puso a trabajar sin mediar palabra.

—La señora Fygge ha dicho que me enseñaréis mi alcoba.

—Es probable que queráis volver a quitarle el polvo vos misma. Lleva un mes esperándoos. En invierno no hay manera de evitar que se pose la carbonilla —comentó la señora Oliver mientras la conducía escalera arriba.

En el rellano abrió la puerta situada frente a la capilla, y Susannah vio ante sí un pasillo largo, revestido de madera, con habitaciones a un lado. Pasado un recodo en ángulo recto, casi al final, la señora Oliver abrió una puerta.

—Bajad a la cocina si os apetece comer un trozo de pan con queso. ¿Tenéis antojos? Mi prima comía carbón cuando estaba encinta.

—¿Carbón? No, esas cosas no.

—Será mejor que baje ya. —La puerta se cerró bruscamente y se oyó el sonido de los zuecos de la señora Oliver al alejarse por el pasillo.

La alcoba, forrada de roble, contenía una cama con dosel y, al lado, en el suelo, una alfombra turca deslucida. Había un fuego encendido para mitigar el frío. No obstante, la verdadera alegría de la habitación eran los dos ventanales que dejaban entrar la luz a raudales, pese a que hacía un día gris. Susannah se acercó al banco junto a la ventana y retiró el vaho polvoriento de uno de los cristales con el dedo. Esperando encontrarse con una vista de caóticos tejados y casas ruinosas, todo apretujado, se le cortó la respiración.

Abajo había un jardín. Lo delimitaba un claustro en los tres lados que ella alcanzaba a ver y los muros de piedra de la capilla se alzaban enfrente. Si bien el jardín estaba cubierto de nieve, distinguía los tejos podados en formas geométricas y los setos de boj bajos en torno a una rosaleda. El puro e imprevisto placer de un espacio tan abierto y apacible dentro del laberinto circundante de tortuosas callejas, casas de vecindad y plazas le levantó el ánimo.

En el centro del jardín alguien había formado un muñeco de nieve con carbones por ojos y una zanahoria por nariz. Lo coronaba un sombrero con una rumbosa pluma. Susannah sonrió. Esa casa dispersa y llena de recovecos tenía algo de acogedor, en marcado contraste con la perfección fría y recién construida de la casa que había compartido con Henry.

Oyó acercarse por el pasillo el roce de unos pasos y luego unos arañazos en la puerta. Al abrir, encontró allí al mono de la librea azul, sentado ante la puerta con la larga cola enroscada en torno a las patas. Susannah retrocedió al instante, pero el animal parecía muy tranquilo. La diminuta criatura, su rostro y su pecho de un bonito color crema en contraste con su pelaje pardo oscuro, la miraba fijamente con ojos enternecedores. Parloteándole, tendió los brazos y luego saltó a su hombro. Esta vez ya más preparada, Susannah consiguió no gritar y permanecer inmóvil mientras el mono le levantaba el pelo y le inspeccionaba la oreja con un dedo pequeño y correoso.

De pronto ladeó la cabeza, abandonó su hombro de un salto y se alejó brincando por el pasillo. Al cabo de unos segundos reapareció en compañía de Emmanuel, que había acarreado el equipaje de Susannah escalera arriba.

—Antes me has dado un buen susto —dijo Susannah con severidad—. Espero que te arrepientas.

Emmanuel volvió a enseñar sus resplandecientes dientes blancos y se rio.

—Me arrepiento mucho, señora.

—¡Eso espero! ¿Desde cuándo tienes este mono?

—*Aphra* estaba aquí cuando llegué. Es la mona del capitán.

—¿Del capitán?

—El marido de la señora Agnes. La señora Oliver dice que deshagáis el equipaje y bajéis a la cocina. Muy, muy deprisa. —Alzó la vista al techo—. Y cuando dice muy, muy deprisa, quiere decir muy, muy deprisa.

—Bajaré en cuanto esté lista.

Emmanuel rio la broma acompañado por la agitación de los hombros. Tendió la mano a *Aphra*, que trepó por su brazo y se acomodó, como de costumbre, en su hombro.

Susannah no tardó en guardar la ropa en los estantes del armario. Encontró un lugar para sus libros en el banco junto a la ventana y dejó el peine en el aguamanil. Para acabar, colocó el candelabro en la mesilla de noche. Tras dirigir una última mirada al jardín, se encaminó hacia la cocina.

Más tarde, Agnes Fygge despertó malhumorada.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—La señora Oliver me ha encargado un par de tareas en la despensa.

Agnes estiró el cuello.

—¿Dónde está ese dichoso muchacho, ese Emmanuel?

—Yo ya no diría que es un «muchacho».

—Acaba de cumplir los catorce.

Susannah enarcó las cejas.

—Está muy crecido para catorce años. ¿Eso es normal entre los africanos?

—Es así de grande gracias a la buena comida y la mala sangre. No era más que un criaño de cinco años cuando llegó aquí. Mi hermano debería llevárselo otra vez y ponerlo a trabajar en la plantación. Bien sabe Dios que es ya demasiado grande para tenerlo rondando por aquí. No paro de tropezar con él. Abre la puerta y llámalo, ¿quieres?

Emmanuel y su compañera simia subieron rápidamente por la escalera al oír la voz de Susannah.

—Me has hecho esperar, Emmanuel —se quejó Agnes Fygge—. Sabes que no me gusta que me hagan esperar.

—Perdonad, señora.

Se acercó a un armario recargadamente labrado y sacó una pipa de arcilla y una bolsa de tabaco. Tras encender una candela en el fuego, entregó la pipa a la señora Fygge y sostuvo la candela mientras ella aspiraba por la boquilla.

La anciana cerró los ojos y suspiró.

—Esto ya está mejor. Me gusta fumar por las tardes. Puedes leerme un rato, Susannah. *El mercader de Venecia*, quizá.

Emmanuel acercó un escabel al fuego y fijó la mirada en las llamas mientras *Aphra* le examinaba el pelo lanudo.

Mientras Susannah leía en voz alta, recordó los tiempos en que su padre y ella se sentaban al amor de la lumbre y leían juntos esa misma obra, turnándose para interpretar a los distintos personajes.

Poco a poco la luz decayó y Peg entró con sigilo a fin de encender las velas y preparar la mesa para la cena.

Susannah advirtió que la pareja de su candelabro se alzaba sobre la mesa. Subió a su alcoba a buscar el suyo y colocó uno en cada extremo.

—De vuelta en el lugar que le corresponde —dijo, y vio asomar una leve sonrisa al rostro de Agnes.

William regresó de visitar a sus pacientes a tiempo para cenar con Susannah y su tía. Comió en silencio, escuchando los comentarios de Agnes y contestando solo cuando era absolutamente necesario. Al final de la cena, se enjuagó los dedos y se los secó con una servilleta.

—Buenas noches a las dos —dijo—. Me voy al gabinete, y supongo que ya os habréis retirado cuando haya acabado de leer.

—Esperaba que jugaras a las cartas con nosotras, Will.

—Esta noche no, tía. —Le dio un beso en la mejilla, dirigió una inclinación de cabeza a Susannah y salió del comedor.

Agnes exhaló un suspiro.

—Era un niño muy feliz. Mi marido lo adoraba. Verás, Will fue el hijo que nunca tuvimos.

—¿Qué edad tenía cuando murieron sus padres?

—Diez años. Tenía una hermanita pero murió a causa de la misma epidemia de tifus que acabó con la vida de su padre.

—¿Y su madre?

Una expresión de dolor ensombreció por un momento el semblante de Agnes.

—Mi hermana Constance murió de pena.

—¿Y criasteis a William como si fuera vuestro propio hijo?

—Mi marido era el capitán del *Adventurer* y se lo llevó a la mar con él. Era un chico de lo más valiente. Le encantaba trepar al aparejo más alto, pero nunca consiguió superar el mareo. Vomitaba como un perro cada vez que navegaba. Al final Richard tuvo que desistir de la idea de mantener al chico a su lado. En todo caso, Will siempre tuvo la firme determinación de ser médico.

—Parece un buen médico.

—Es el mejor.

—Me preguntaba si tenéis previsto encargarme algún recado para mañana. Me gustaría visitar a mi padre y hacerle saber dónde vivo ahora, si es posible.

—¡Claro que es posible! —exclamó Agnes, contrariada—. Y puedes traerme un frasco de agua de rosas. Que sea vieja y esté arrugada no significa que no me guste cuidar mi apariencia.

Susannah, después de ayudar a Agnes a acostarse esa noche, bajó a la cocina y encontró a Peg sentada a la mesa junto a Emmanuel, comiendo pan con grasa de carne. La señora Oliver estaba sentada a su lado con una cerveza.

—Van a dejarnos en la ruina de tanto comer —comentó lúgubrementemente—. Como la plaga de langostas en la Biblia.

—Venía a ver cómo se adapta Peg.

—Se las arregla muy bien, como veis.

Emmanuel dio un ligero codazo a Peg y luego, cuando ella se rio, posó la mirada inocentemente en su cena.

Susannah sonrió; por lo visto, Peg ya tenía un amigo.

—Buenas noches, pues.

—Llevaos una vela. Esta casa vieja está llena de sombras.

En la alcoba de Susannah el fuego se había apagado. Antes de acostarse, removió las brasas hasta que brillaron. Una lluvia de polvo cayó en la colcha cuando corrió el dosel. Pese a lo que la señora Oliver había dicho, debía de hacer más de un mes desde que la habitación se había sometido a algo más serio que una limpieza expeditiva y decidió que al día siguiente la dejaría al nivel al que ella estaba acostumbrada.

La extraña cama tenía bultos, y Susannah no pudo dormir. Con la vista fija en la oscuridad, escuchó los crujidos de la vieja casa al asentarse los maderos y pensó en la escalofriante perspectiva del hijo que crecía dentro de ella, como un gusano en la agalla de un roble. Parte de ella aún esperaba, y deseaba, encontrar sangre entre los muslos.

De pronto, invadida por el miedo, se levantó de un salto y se paseó de un lado al otro frente al fuego casi extinguido mientras intentaba controlar la respiración. Aterrorizada, la asaltaron los recuerdos de la espantosa muerte de su madre y supo que este niño, el hijo de Henry, también la mataría. ¡Tenía que hacer algo! La noche fue larga, pero al final tomó una decisión.

Al día siguiente Susannah empezó a aprender sus obligaciones y escribió varias cartas para Agnes, porque ella, con sus pobres manos lisiadas, no podía ya sostener la pluma. Le leyó un poco más de *El mercader de Venecia* y le cortó la carne en el almuerzo. Por la tarde, en cuanto Agnes se instaló a descansar, partió hacia la botica.

Cuando llegó, vio con alivio que su padre había salido a visitar a un cliente y Ned atendía la tienda. Corrió la cortina de la rebotica y se apresuró a buscar en el estante

el volumen *Herbario completo y la medicina inglesa* de Culpeper. Pasó las hojas hasta que encontró lo que buscaba y a continuación, con manos trémulas, midió dos onzas de granos del paraíso. Mientras pesaba las limaduras de hierro, se le derramaron, y tuvo que barrerlas y empezar de nuevo. Rápidamente reunió una onza de cúrcuma y la misma cantidad de pimienta larga y un poco de poleo-menta. Envolvió cada ingrediente con un pedazo de papel marrón, con el oído atento en todo momento por si regresaba su padre. Justo cuando lo ponía todo en el fondo de su cesta, oyó la campanilla de la tienda y luego la voz de su padre. Tapó al instante la cesta con un paño y esperó a oír los pasos de Cornelius por la escalera antes de apresurarse a guardar los tarros que contenían el resto de las hierbas que necesitaba. Midió una dosis de berza de perro recogida en la aldea de Brookland, en Romney Marsh, y un generoso puñado de ajeno, ruda cultivada, marrubio y ortiga en polvo. Un frasco de agua de rosas acabó junto con todo lo demás en la cesta, que dejó bajo el mostrador antes de subir a saludar a su padre.

Después regresó a la Casa del Capitán y se asomó a la puerta de la cocina. No había nadie; cabía suponer que la señora Oliver descansaba hasta la hora de preparar la cena. Con alivio, Susannah dejó la cesta en la mesa y corrió a la despensa. Sacó el tarro de miel que había visto en el desayuno y echó una cucharada en un pequeño cuenco. Luego desenvolvió los ingredientes de la cesta y lo mezcló todo. Después de formar pegajosas bolitas del tamaño de una nuez con el electuario resultante y colocarlas en un platito, lavó el cuenco y lo guardó. Una cada mañana y cada noche ejercería el efecto deseado. Sacó una de las bolas, y cuando se disponía a echársela a la boca, oyó los pesados pasos de la señora Oliver acercarse por el pasillo.

Buscó desesperada un escondrijo hasta que dejó el plato con la medicina en el último estante de la alacena y lo empujó hasta el fondo.

Se abrió la puerta de la cocina.

—¿Ya habéis vuelto, pues? —dijo la señora Oliver.

Susannah ocultó la bola de medicina en la mano cerrada con el estómago encogido por el sentimiento de culpabilidad.

—¿La señora Fygge se ha despertado ya?

—Os llama. Podéis subirle un vaso de cerveza.

La bola de medicina se había desintegrado en la mano de Susannah, quedando reducida a un emplastro pegajoso, y a escondidas se la limpió en un paño antes de llevar la cerveza a su señora. Tendría que esperar a después.

El resto de la tarde transcurrió plácidamente, pero sin que pudiera concentrarse, pues la imagen de las bolas de medicina ocultas en la alacena no la abandonaba.

Después de la cena esperó, y no asomó la nariz por la cocina hasta que calculó que ya habrían lavado y guardado los platos.

La señora Oliver, sentada a la mesa, obsequiaba a Peg y Emmanuel con graciosas anécdotas de su juventud, y Susannah retrocedió.

Al final Agnes se acostó. Susannah se quedó en lo alto de la escalera, pero aún

oía voces y risas en la cocina. Casi llorando de frustración, se marchó a su alcoba.

Leyó un rato, pero no lograba concentrarse, y se quedó pensando en su madre y el bebé que había muerto.

Después de lo que se le antojó una eternidad, la casa se sumió en el silencio.

Susannah abandonó con sumo sigilo su cálida cama. Temblando, y no solo de frío, bajó en silencio a la cocina, donde encendió una vela con una candela que prendió previamente en el fuego; a continuación se encaramó a un taburete para llegar al último estante de la alacena. Alcanzó el plato y observó las pequeñas bolas de medicina, relucientes bajo el vacilante resplandor. Sostuvo una en la palma de la mano y la miró sin apartar la vista. Nunca antes había preparado una medicina tan potente, y se habría negado a hacerlo si se lo hubiese pedido un cliente de la tienda. Lentamente abrió la boca y se la depositó en la lengua. El corazón empezó a latirle muy deprisa. Esa medicina atroz podía cambiar el rumbo de su vida y arrebatársela al niño que llevaba dentro. «¡Sí, y condenarás tu alma!». Susannah se sobresaltó; era como si oyese la voz de Martha en su cabeza.

La miel empezó a fundirse en su boca. Susannah, presa de un repentino pánico, bajó precipitadamente del taburete. Escupió la medicina al fuego, que se la devolvió con una pequeña lluvia de chispas.

La larga ola de frío terminó por fin en las postrimerías de marzo y pronto la nieve fundida corría por los albañales y sumideros. Llegó abril, y con él el sol, pero una magnífica mañana de primavera se vio alterada por unos sonoros golpes en la puerta de entrada.

—Está hecho una fiera, señora —dijo Peg—. Dice que no se marchará hasta que le hayáis pagado.

Susannah, con profundo desaliento, fue a hablar con el visitante, un zapatero, que sostenía que se le adeudaban un par de zapatos con hebillas de plata.

—Bien podéis pretextar que no os es posible pagar las deudas de vuestro marido, pero eso no llena los vientres de mis hijos, ¿verdad que no? —Se plantó en jarras y esperó.

—Ya he dicho que os pagaré un poco cada mes hasta saldar la deuda —respondió Susannah, incómoda porque sabía que ese hombre tenía todo el derecho a querer cobrar—. Lo digo con toda sinceridad: no puedo hacer nada más.

—Seguro que esta noche cenaréis, y en cambio mi Bess y mi Jem tendrán que pasar hambre hasta el mes que viene.

—Si pudiera pagaros ahora, lo haría. —Notaba palpitaciones en la garganta ante la mirada iracunda de aquel hombre.

—¡Cobraré ahora, y no pienso moverme de aquí hasta que tenga mi dinero!

Agnes oyó el vocerío y se acercó a ver cuál era la causa del alboroto. Descargó un golpe de bastón con tal autoridad que tanto Susannah como el zapatero se quedaron en silencio.

—Podéis entregarme a mí la factura de mi sobrino —dijo.

Dejó una por una las monedas exigidas en la mano abierta del zapatero; luego llamó a Emmanuel y le ordenó que acompañara al comerciante a la puerta.

—Voy a descansar un rato a mi habitación —anunció en respuesta a las sinceras palabras de agradecimiento de Susannah—. Puedes atenderme durante el almuerzo.

—Muchísimas gracias, Agnes.

—Pero ¿cuándo acabará esto? —masculló Agnes mientras se alejaba renqueante.

Susannah se alegró de poder escapar al jardín.

Bajo el sol de primavera, se preguntó si los demás acreedores de Henry la encontrarían y provocarían más escenas desagradables. En las últimas dos semanas había dedicado gran parte de sus cavilaciones a fantasear con formas de saldar las deudas con ellos.

Al cabo de un rato, ya más serena, se sentó en el banco de la pérgola de tejo

recortado. Sobre los tejados flotaba el traqueteo de las ruedas en los adoquines y las voces del vendedor de ostras, pero se oían lo bastante lejos para no alterar su sosiego mientras reflexionaba acerca de su nueva vida.

Sus días habían adquirido ya cierto ritmo y había descubierto que sentía simpatía por Agnes Fygge, pese a la afilada lengua de la anciana; tomó la determinación de hacer todo lo posible por llegar a ser indispensable. No obstante, por las noches, Susannah se revolvía en la cama, preocupada por la carga de las deudas y por cómo se las arreglaría para mantener a un hijo, en el supuesto de que sobreviviera al parto. Extenuada a causa de las inquietas noches y apaciguada por los monótonos arrullos procedentes del palomar, volvió el rostro hacia el calor del tenue sol y se adormiló.

Poco después la despertaron unas rápidas pisadas en el sendero, y vio a Peg trotar hacia ella a la vez que se limpiaba las manos en el delantal.

—Ha llegado un mensajero —anunció—. Ha venido en busca del señor Savage.

—¡Oh, no! ¡Otro, no! ¿Qué quiere?

—Es un marinero, un hombre bastante tosco.

Para cuando llegaron a la cocina, la señora Oliver había instalado al mensajero junto al fuego y los dos se solazaban con cierto coqueteo ante sendos vasos de cerveza.

—Creo que buscáis a mi marido —dijo Susannah.

El marinero se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Pues sí. ¿Está aquí?

—No. Mi marido falleció.

El hombre se succionó los dientes.

—El *Mary Jane* está en el puerto. La mercancía del señor Savage espera a ser recogida.

—¡Vaya! —A Susannah ni se le había pasado por la cabeza que las actividades mercantiles de Henry proseguirían aún después de su muerte—. Tendré que organizarlo. —Un atisbo de esperanza le levantó el ánimo.

—Más vale que no dejéis pasar mucho tiempo o la carga se marchará del muelle por su propio pie.

—Muy bien. Ya me ocuparé. —Le dio medio penique de propina y a continuación fue a llamar a la puerta del gabinete.

William Ambrose, sentado a su mesa, tomaba notas.

—He recibido una visita —explicó Susannah—. El *Mary Jane* ha atracado y el cargamento de ron y azúcar de Henry está en el muelle.

William arrugó el entrecejo, pero el ceño desapareció enseguida de su rostro.

—¡Eso sí es una buena noticia!

—He estado muy preocupada por las deudas de Henry. —En su alivio, olvidó la habitual actitud de reserva que mantenía ante él—. No sabía cómo llegaría a pagar a todos sus acreedores, pero ahora confío en que esta sea la respuesta. Me preguntaba si podríais acompañarme al puerto.

Pararon un coche de alquiler pese a que, como William dijo, habrían tardado lo mismo a pie debido al intenso tráfico. Una interminable cola de carretas y carromatos, coches y caballos, todos con actividades pendientes en los embarcaderos y tinglados, avanzaban por Thames Street. El bullicio era tremendo: voces y golpes; los chirridos de las cuerdas cuando descargaban en el suelo cajas y toneles; pasos apresurados y gritos en un sinfín de lenguas.

El *Mary Jane* se alzaba imponente por encima de ellos mientras marineros y mercaderes cruzaban la pasarela. Impregnaba el aire un intenso olor a pescado en descomposición, y Susannah arrugó la nariz. William la sujetó del brazo y la acompañó a bordo. Localizaron el camarote del capitán y le explicaron que Susannah era la viuda de Henry. Después de una breve conversación, Susannah firmó una pila de documentos y tomó posesión del cargamento.

—Mañana enviaré una carreta a recoger la mercancía —dijo William.

—Preferiría que se llevara la carga negra ahora —respondió el capitán—. No soportan bien el viaje, y no me responsabilizaré de más pérdidas. Ya volverá a buscar los toneles y las cajas más tarde.

Susannah vio demudarse a William.

—¿Qué ocurre? —dijo.

—¿Cuántos son? —preguntó William al capitán, sin prestar la menor atención a Susannah.

—Quedan dos.

—¿Dónde están?

—Ordenaré que los suban de la bodega. Por haceros un favor, pediré a mis hombres que antes les echen un cubo de agua por encima, ¿os parece? Después de varias semanas en la mar no huelen a rosas precisamente. —El capitán soltó una estridente carcajada, muy satisfecho de su comentario jocoso.

—¿William? —Susannah apoyó una mano en su brazo—. ¿Qué pasa?

—Por lo visto, mi querido primo nos ha dejado un problema. Hay que recoger dos esclavos.

—¿Esclavos? Pero...

—Si no recuerdo mal, me contasteis que tuvisteis una discusión con Henry cuando él os anunció que traería unos esclavos de Barbados.

—Así fue. Me había olvidado por completo hasta ahora. ¿No insinuaréis...?

—Mucho me temo que sí.

Susannah se quedó de una pieza.

—¿No se los puede devolver?

—Dudo que sobrevivieran a una segunda travesía inmediatamente después de esta. Ya ha muerto uno de ellos.

—William, ¿qué vamos a hacer? ¡Yo no puedo quedármelos de ninguna manera!

Susannah y William aguardaron en la cubierta hasta que el capitán subió por la escotilla. Lo seguía uno de sus hombres, tirando de una cadena. Sujeta al otro

extremo de la cadena iba una mujer negra que avanzaba a trompicones con un fino vestido de algodón empapado y adherido a la piel. Un niño esquelético, de unos cinco años, envuelto en mugrientos andrajos, iba agarrado a su mano, aunque en cualquier caso difícilmente habría podido separarse de su madre, ya que unos grilletes los mantenían unidos. Presas de un violento temblor, con las cabezas gachas, se detuvieron y parpadearon bajo la luz del día.

Susannah sintió náuseas por el hedor que desprendían ambos y levantó un ángulo de la capa para taparse la nariz.

—¿Phoebe? —William se acercó para examinar a la mujer—. Phoebe, ¿eres tú? —Conmocionado, tenía el rostro tenso.

Ella se volvió despacio y lo miró. Una pequeña llama de esperanza asomó a sus ojos mortecinos. Cuando abrió la boca para hablar, William movió la cabeza en un gesto de negación casi imperceptible.

—Phoebe, esta es la señora Savage, la esposa de mi primo y tu nueva ama —explicó.

Phoebe se lamió los labios, agrietados y sangrantes.

—¿La esposa del amo Savage?

—Y lamento decirte que el señor Savage ha muerto.

Ella se tambaleó, pestañeando, y el niño dejó escapar una leve exclamación de angustia.

William se apresuró a sujetarla antes de que se desplomara y la sostuvo hasta que se le pasó el desvanecimiento.

Susannah observó la escena, incómoda por la atención que William dedicaba a la esclava.

Transcurrido un momento, Phoebe abrió los ojos y William la soltó. Miró desesperadamente alrededor hasta que vio al niño. Tomándolo de la mano, susurró:

—Erasmus también ha muerto.

—Lo siento mucho. ¿Y este es el pequeño Joseph?

Phoebe asintió con la cabeza y empujó al pequeño hacia delante.

William levantó el rostro manchado de lágrimas del niño y lo examinó por un momento. A continuación le alborotó el pelo rizado y dijo:

—Ahora estarás a salvo, Joseph.

Susannah se llevó a William aparte y le preguntó:

—¿Conocéis a estas personas? —Y arrugó la nariz al advertir que él tenía la parte delantera de la capa manchada de la mugre que cubría la ropa de la mujer.

—Phoebe y su hermano, Erasmus, eran hijos de la nodriza de Henry, y poco antes de volver yo a Inglaterra asistí a Phoebe en el nacimiento de Joseph. Llegué a conocer muy bien a Phoebe y Erasmus durante el año que pasé en la plantación de mi tío. Pero me ha costado reconocer a Phoebe por lo delgada y enferma que está.

—¿Y el hermano de Phoebe ha muerto en el viaje?

William apretó los labios.

—Las condiciones en la bodega de un barco son apenas tolerables para los animales, no digamos ya para un niño.

—¿Y el marido de esa mujer?

—No tiene marido —respondió William lacónicamente.

Susannah volvió a mirar de soslayo a la mujer y vio que esta la observaba a ella. El niño, de piel más clara que su madre, seguía aferrado a su mano y mantenía la vista fija en el suelo, como si hubiese desistido de esperar nada de la vida. Algo en sus piernas descarnadas y sus rodillas nudosas despertó de pronto en Susannah el deseo de llorar.

—El niño se enfriará —dijo—. Empapados como están, es inhumano tenerlos aquí fuera con este viento helado. Y van descalzos.

El cochero se negó a admitir en el carruaje a la mujer y al pequeño.

—Me sería imposible recoger a otro cliente hasta que consiguiera eliminar el mal olor a fuerza de restregones —pretextó, no sin razón.

—Volveremos a casa a pie —decidió William. Desaherrojó a los esclavos con la llave que el capitán le había entregado.

—¿No huirán? —preguntó Susannah.

—¿Adónde creéis que irían?

Susannah estaba tan cerca de ellos que percibía su hedor a sudor, vómito y cosas peores. Así y todo, se quitó el chal, se lo puso a Phoebe sobre los hombros y se lo anudó por delante. Un tanto ufana por ese desinteresado acto de caridad suyo, comentó:

—Así, eso ya está mejor, ¿no?

Phoebe le lanzó una mirada hostil y luego bajó la vista.

Susannah dio un paso atrás al instante. ¿Se lo había imaginado, o en los ojos de esa mujer ardía algo parecido al odio? Aturullada, se volvió y tropezó con William.

—Vámonos —dijo él.

A la señora Oliver no le entusiasmó mucho que se incorporaran esos dos nuevos miembros a la casa.

—¿De qué nos servirán? ¡Solo hay que verlos! Más bocas que alimentar, nada más que eso.

William atajó sus quejas de inmediato con unas palabras severas y la mandó a buscar ropa y calzado desechados para ellos.

Peg recibió orden de llevar jarras de agua a la trascocina para llenar el barreño.

Procurando no mirar directamente a Phoebe, Susannah le dio un trozo de jabón y un cepillo de fregar. Se quedó a su lado mientras Phoebe se desnudaba y se lavaba a restregones y luego hacía lo mismo con su hijo.

Susannah no pudo evitar fijarse en el cuerpo desnudo de la mujer, tan distinto del

suyo. Su delgadez era tal que se le arrugaba la piel oscura y los pechos le colgaban como bolsas vacías sobre las costillas. El niño tenía la piel de color café con leche; no era ni negro ni blanco, y Susannah se preguntó si ese color era normal. Era poco lo que sabía sobre los africanos, pero ¿acaso el niño se oscurecería con la edad?

En cuanto los esclavos se secaron, Susannah ofreció a Joseph una camisa, un calzón y una chaqueta pequeños. Todavía tembloroso, mantenía la mirada clavada en el suelo. Susannah se volvió hacia Phoebe.

Esta tendió la mano con parsimonia y tomó la ropa que le ofrecía. Vistió al niño, que permaneció inmóvil como un muñeco mientras su madre le enfundaba las mangas de la chaqueta. Luego se dio la vuelta y, con la vista baja, esperó hasta que Susannah le entregó un viejo vestido remendado y un chal para ella.

Susannah condujo a los dos de regreso a la cocina y, armándose de valor para afrontar el mal genio de la señora Oliver, le pidió que diera de comer a los recién llegados. La cocinera plantó en la mesa una hogaza de pan y un cuenco con grasa de carne asada, junto con una jarra de cerveza, y se marchó a la despensa rezongando.

Susannah vio que el niño miraba el pan y luego a su madre con sus enormes ojos castaños.

Phoebe le dirigió un gesto de asentimiento casi imperceptible. El pequeño se abalanzó sobre la comida y comió a dos carrillos a la vez que le corrían las lágrimas por el rostro. Phoebe alargó el brazo y, palpitándole a ella misma un músculo en la mandíbula, le retiró delicadamente una lágrima con el pulgar.

Susannah advirtió que ella no comió hasta que el niño hubo terminado. De pronto se avergonzó de observarlos y se marchó en silencio. Al subir, pasó por delante de la capilla y oyó la voz colérica de Agnes.

—No pienso acoger a ningún desamparado más, Will. ¡Tienes que librarte de ellos, eso por descontado!

—¡No puedo!

Susannah sintió que le ardían las mejillas y, ya con la mano en el picaporte, se contuvo. Su padre siempre decía que quienes escuchaban a escondidas nunca oían nada bueno de sí mismos, y aunque era consciente de que debía dar a conocer su presencia, se quedó inmóvil detrás de la puerta entornada.

—¿Qué quieres decir con eso, William?

Sin mover los pies por miedo a que crujiera una tabla del suelo, Susannah se inclinó un poco hacia delante y miró por la rendija entre la puerta y el marco.

—Conocí a Phoebe y Erasmus durante mi estancia en Barbados. El pobre Erasmus, encadenado en la bodega del *Mary Jane*, no ha sobrevivido al viaje, y Phoebe está muy deteriorada. La última vez que la vi no era la criatura patética que es ahora.

—Eso me parece muy bien, pero...

—Phoebe ha venido con su hijo.

—Son los esclavos de Susannah. Puede liberarlos para que busquen empleo en

otra parte.

—¡Sabéis de sobra que en las calles de Londres no durarían ni un minuto!

—¡He dicho que no pienso tenerlos aquí! —Agnes dio un manotazo en el brazo de la butaca.

A través de la rendija, Susannah vio que Agnes tensaba la mandíbula en un gesto de obstinación y William cerraba los puños detrás de la espalda. Tras un momento de silencio, William volvió a hablar.

—Tía... no lo entendéis. —Habló con voz queda, y Susannah tuvo que aguzar el oído—. Yo viví en la plantación durante un año, y en ese tiempo llegué a conocer muy bien a Phoebe. Muy bien. —Se volvió para mirar por la ventana—. Era una esclava doméstica de confianza, llena de vida y alegría. Cantaba para sí mientras trajinaba en la casa, e incluso mi tío, hombre de mal carácter como es, rara vez dejaba de responder a su sonrisa.

—Te he dicho que no quiero más esclavos, William. Ya el propio Emmanuel empieza a ser demasiado grande para mantenerlo.

—Tía, yo estaba allí cuando nació el hijo de Phoebe, Joseph. Aún no habéis visto al niño. El niño es... bueno, es mulato.

—Es, ¿qué?

—Es medio blanco.

Se produjo una larga pausa en la que Susannah oyó el tenue reclamo del trapero elevarse por encima de los tejados.

—¿Qué insinuas? —preguntó Agnes por fin.

—Debemos encontrarles un hogar aquí. Joseph es... de la familia.

—¡Dios bendito! ¿Es hijo tuyo?

Susannah se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación. Tambaleante, se apartó de la puerta y corrió por el pasillo hasta su alcoba, donde, con la respiración agitada, cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. No podía explicarse por qué la había alterado tanto descubrir quién era el padre del pequeño esclavo, pero tenía ganas de llorar.

A la mañana siguiente Susannah pidió permiso a Agnes para ir a visitar a todas las personas que habían hecho pedidos de azúcar y ron a Henry.

—Cuanto antes liquides las deudas de Henry, mejor —aconsejó Agnes—. Me molesta que vengan sus acreedores a llamar a mi puerta.

—¡Sí, claro! —exclamó Susannah—. Lo haré sin pérdida de tiempo.

—Y habla con la señora Oliver. Tiene un hermano carretero; él puede ocuparse del reparto y puedes contar con que es bastante honrado.

Susannah tardó varios días en visitar a todos los clientes de Henry para acordar la entrega de la mercancía. Algunos habían cambiado de idea o estaban fuera de la

ciudad, y algunos sacaron documentos donde constaba que habían pagado ya la mitad del coste por adelantado. Por las noches, cuando Agnes se retiraba, Susannah se sentaba con papel y pluma a calcular cuánto se le adeudaba e intentaba cuadrar las cuentas con las pilas de facturas y los apuntes que Henry había dejado.

Al final creyó tenerlo todo claro. Esa noche la vela se había consumido hasta la cazuela de la palmatoria y, tensa por el cansancio, se frotaba los ojos.

—¿Habéis encontrado destino para todas las mercancías? —preguntó William a sus espaldas, y ella se sobresaltó.

Llevándose la mano al pecho, se volvió de cara a él, pero fue incapaz de mirarlo a los ojos. Seguía atónita por la revelación de que Joseph era hijo suyo, y por tanto William y Phoebe...

—¿Os he asustado?

—Un poco. —Susannah sintió una llamarada de calor en el rostro al esforzarse en apartar del pensamiento la escandalosa imagen de William desnudo unido a Phoebe en un apasionado abrazo y concentrarse en el asunto que tenía entre manos—. Aún tengo dos toneles de ron sobrantes. No sé si visitar alguna cervecería y preguntar...

—¡Desde luego no os lo recomiendo! —exclamó William con semblante severo—. Pero yo preguntaré por vos.

—Gracias, William. —Suspiró de alivio en su agradecimiento por verse exonerada de esa tarea—. En ese caso creo que podré pagar casi todo el dinero que Henry debía. Quizá tenga que ponerme a merced de los acreedores y suplicarles que me hagan un pequeño descuento, pero espero haber devuelto la mayor parte en los próximos siete días. Tal vez, con el tiempo, pueda pagar el resto. Por desgracia, el sueldo de una dama de compañía es bajo, y me será difícil ahorrar cuando tenga un hijo que mantener.

—Dadme una lista del resto de las deudas, y yo las saldaré.

—¡Eso no! Disculpad. Es un ofrecimiento generoso, pero esto es algo que debo hacer yo misma. No deseo estar en deuda...

—¡Estar en deuda! —exclamó William. Susannah pestañeó ante el destello de furia que asomó a sus ojos—. Si mi primo no hubiese gastado vuestra dote en fruslerías, ahora no estaríais... —La llama de la vela parpadeó y se apagó.

Susannah lo oyó suspirar. Su exhalación agitó el aire en la repentina intimidación creada por la oscuridad, y ella tomó incómoda conciencia de lo cerca que estaban el uno del otro.

—Esperemos y veamos qué precio puedo obtener por vuestros toneles de ron —dijo William—. Luego ya hablaremos del pago de las deudas. Es tarde y debéis descansar. No me gusta veros tan cansada y agobiada.

—Gracias por vuestra gentileza —respondió ella—. Pero no descansaré hasta que haya cumplido con las obligaciones de mi marido.

Agnes había vuelto a dormirse, aliviado el dolor de sus articulaciones hinchadas por el calor del fuego. Susannah dejó de leer y apoyó el libro en el regazo. Emmanuel estaba sentado en su sitio de costumbre, en el escabel a los pies de Agnes, con el pequeño simio acurrucado entre los brazos.

Emmanuel lanzó una mirada pícaro a Susannah. Agarró la pipa todavía humeante de la mano inerte de Agnes y echó el contenido en la chimenea. A continuación alargó un brazo y desprendió una ramita de romero del jarrón de hierbas que Susannah había recogido en el jardín esa mañana, prensó las hojas en la cazoleta de la pipa y la dejó en la mesa junto a Agnes.

—Eres muy travieso —susurró Susannah con fingida severidad.

Emmanuel soltó una risita mientras se tapaba la boca con la mano.

—¿Os quedáis con la señora? ¿Por favor? Yo voy a la cocina a ver a Phoebe.

Susannah se compadeció de él y le costó resistirse a la expresión suplicante de sus ojos.

—Pero no tardes. Ya sabes que a la señora le gusta tenerte cerca por si necesita algo.

Emmanuel se encogió de hombros.

—Vos estáis aquí. Paso todo el día a su lado, y ella no sabe ya qué inventarse para encargarme recados.

—Es una buena ama.

—Sí. Pero siempre es todo igual. Me paso la vida sentado a sus pies —se quejó él sombríamente.

—¿Recuerdas cómo eran las cosas en la plantación antes de venir aquí?

—Recuerdo que mamá me cantaba.

—¿Qué fue de ella?

—Se puso enferma y murió, y yo lloré y lloré.

De pronto, movida por un repentino sentimiento de compasión por el niño huérfano, Susannah le tomó la mano.

—Mi madre también murió. Nunca olvidas la tristeza, ¿verdad?

Emmanuel negó con la cabeza, visible la congoja en sus ojos castaños.

—Pero ha venido Phoebe. —Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro—. Es como una hermana mayor para mí. Me obliga a comer otra vez y me canta. Creía que nunca volvería a verla.

Susannah recordó por un momento la protectora ternura de Phoebe con su hijo. El hijo de William.

—¿No te gustaría volver a la plantación?

—¡No! —Emmanuel puso los ojos en blanco—. En los campos los hombres mueren. Trabajan mucho bajo el sol intenso, y el capataz los azota. Las moscas se

comen la piel abierta. Mi padre murió después de una paliza. No quiero volver nunca.

—¡Qué horror!

Emmanuel se inclinó al frente.

—Dice la señora que si me porto mal, me mandará a los campos. Por favor, decidle que no me envíe.

—Pues pórtate bien, Emmanuel, y no le des motivos para enfadarse contigo.

—Pero si me paso todos los días aquí sentado al lado de la señora. Quiero salir, ver... —Abrió mucho los brazos—. ¡Todo!

—Me quedaré aquí con la señora —dijo Susannah, y le sonrió—. Tú ve a ver un rato a Phoebe.

Él le agarró la mano y se la llevó a los labios; luego corrió escalera abajo lanzando pequeños chillidos de júbilo, seguido por el mono parlanchín.

Susannah miró a Agnes, que seguía dormida en su butaca, sin que la ruidosa marcha del chico perturbara su sueño.

Lo que Emmanuel decía era verdad, reflexionó Susannah. En la Casa del Capitán todos los días eran iguales. Agnes tenía tal reuma en sus viejos huesos que no le apetecía salir, y las dos visitas dominicales a la iglesia eran ocasiones que se esperaban con placer como ruptura de la rutina habitual. Lo más emocionante que había ocurrido en los últimos días había sido el paso por allí de un vendedor ambulante y la nueva melodía que ejercitaba un vecino con su viola junto a la ventana abierta.

A su regreso tras atender a sus pacientes, William traía a diario noticias del mundo exterior, pero, en las semanas posteriores a la llegada de Phoebe y Joseph, Susannah apenas fue capaz de mirarlo. ¿Qué se había adueñado de él? Lo que la disgustaba no era el hecho de que Phoebe fuera africana o tan distinta de una mujer blanca, sino su actitud huraña. Mantenía la vista fija en el suelo la mayor parte del tiempo y se negaba a mirar a Susannah a los ojos o a devolverle la sonrisa. Pero a veces observaba a Susannah de un modo irritante. Trataba a William con total corrección, y eso al menos había permitido a Susannah disipar el temor de que quizá él la hubiese forzado. Pero estaba casi segura de que su relación con Phoebe, por más que hubiese dado como fruto un hijo, no podía ser lo que Henry había descrito como un gran desengaño amoroso.

Un barullo de animadas voces llegó de fuera, y Susannah se acercó a la ventana para asomarse al jardín. Emmanuel, corriendo en zigzag de un lado a otro, perseguía a Joseph. El niño, falto de aliento por la risa, tendió las manos al frente para atrapar al chico mayor, agachado detrás de un tejo podado. Emmanuel salió de un salto de detrás del arbusto y levantó en volandas al pequeño, que gritó de entusiasmo.

Una nueva desazón invadió a Susannah. De repente anheló estar fuera del calor claustrofóbico de la capilla, bajo la luz del sol, brincando y jugando, ajena a toda preocupación, como cuando era niña.

Apareció Phoebe y llamó a Joseph, que corrió hacia ella y le rodeó las rodillas

con los brazos. Su madre lo levantó y, apoyándose en la cadera, lo acarició con los labios. Emmanuel los siguió, y Susannah vio a Phoebe tender la mano y darle un afectuoso tirón de orejas.

A continuación William salió al jardín. Vio a los otros y se acercó a hablar con ellos. Alborotó el pelo a Joseph mientras conversaba con Phoebe.

Susannah los observó a los cuatro con atención mientras charlaban con toda naturalidad. Algo la incomodó. Le sorprendió descubrir que eran celos. De pronto Phoebe, casi como si se sintiera observada, alzó la cabeza y la miró directamente a ella.

—¿Qué miras, Susannah? —Agnes se había despertado.

Susannah se apartó de la ventana.

—Observaba a Emmanuel jugar con Joseph en el jardín.

—¡El trabajo de Emmanuel no es jugar con ese niño! —exclamó Agnes con un suspiro—. Tengo previsto que Joseph sea mi nuevo paje y que Emmanuel le enseñe sus obligaciones. Conservo en algún baúl las libreas azules que se le han ido quedando pequeñas a Emmanuel. Después puedes buscarlas y elegir una que le venga bien al niño.

—Aunque Joseph vaya a ser vuestro nuevo paje, mantendréis a Emmanuel, ¿verdad?

—¿Cuántos pajes necesitamos? Emmanuel abulta ya demasiado para tenerlo siempre pegado a las faldas. Y se ha convertido en un muchacho irritantemente movido.

—Pero no lo mandaréis de vuelta a la plantación, ¿verdad? —preguntó, angustiada, temiendo por Emmanuel.

—Uso esa amenaza a modo de vara con la que azotarlo cuando se porta mal. Imagino que a partir de ahora podrá trabajar en la cocina. Es un chico fuerte, pero demasiado travieso para su propio bien y para mi tranquilidad. —Se reacomodó en la butaca—. Susannah, prepárame una de tus cataplasmas para la rodilla. Hoy tengo un dolor insoportable.

Phoebe barría el suelo cuando Susannah bajó a la cocina. Volvió la cabeza sin responder al saludo de Susannah y prosiguió con su tarea tan despacio que parecía actuar con insolencia.

Peg, ante el fregadero, restregaba los cacharros de cocina con arena y cantaba una extraña melodía para sí.

—Se te ve muy contenta, Peg —comentó Susannah.

Peg dirigió a Susannah una sonrisa que iluminó su pequeño rostro contraído.

—Pues sí, señora. Emmanuel me ha enseñado una canción nueva, una que le cantaba su madre.

—Tengo que preparar una cataplasma para la señora Fygge, pero me preguntaba si no podrías buscarme antes un currusco de pan. Vuelve a rugirme el estómago de hambre.

Peg asintió.

—Será el bebé. Mi madre siempre tenía hambre cuando el bebé empezaba a crecer.

—¿Será por eso?

Phoebe dejó caer la escoba. La recogió con semblante inexpresivo y comenzó a empujar con movimientos enérgicos la pila de suciedad hacia la puerta de la cocina.

Susannah se sentó a la mesa para comer el pan. Era cierto que ya casi nunca recurría al cordial de jengibre para aplacar las náuseas de su primera etapa de embarazo, y siempre esperaba con impaciencia la hora de comer. Y el bebé desde luego crecía. Había intentado pasarlo por alto, pero ya se veía obligada a aflojarse los corpiños y pronto tendría que ensanchar la cintura de las faldas. Como de costumbre, cada vez que pensaba en el bebé y el inevitable parto, sentía una espiral de pánico. De pronto, otra vez con la boca seca por el miedo, desmigó el resto del pan entre los dedos y apartó de nuevo de su pensamiento la existencia del niño que estaba por llegar.

Cuando William llegó a casa, Susannah había encendido las velas y acabado de cenar. Al oír sus botas en la escalera, sin explicación aparente se le levantó el ánimo, pero cuando él abrió la puerta, ella vio que estaba sumido en uno de sus estados de taciturnidad.

—No os he esperado —dijo ella, a la vez que le entregaba una bandeja de fiambre y queso—. Y a Agnes le dolían tanto las articulaciones que la he ayudado a acostarse antes de lo habitual.

William apartó una silla de la mesa y se sentó sin mediar palabra. Encorvado, empezó a comer con desgana el trozo de queso de su plato.

Susannah aguardó a que rompiera el silencio.

—¿Habéis visitado hoy la botica? —preguntó ella por fin.

William alzó la vista.

—¿Cómo decís?

—Os he pedido que fuerais hoy a la tienda de mi padre y me trajerais unas hierbas con las que preparar una cataplasma para Agnes.

—No me acuerdo de eso.

—¡William! ¡Ha sido esta mañana, justo en el momento en que salíais!

Él empezó a pelar una manzana en silencio.

Susannah contempló la luz de la vela reflejada en el cuchillo mientras la monda caía en el plato formando una larga cinta roja. ¿Acaso no la había oído siquiera?

—Agnes está muy dolorida.

William la miró, y ella se sorprendió al ver lo demacrado y pálido que estaba.

—Hoy he perdido a un paciente en Long Acre —repuso él—. Otra vez la peste.

Susannah se tensó, temiendo de pronto por él. Por todos ellos.

—¿Habéis estado expuesto?

Él movió la cabeza en un gesto de negación.

—Lo único que he podido hacer ha sido quedarme allí impotente mientras el vigilante encerraba al resto de la familia. Es casi una condena a muerte para ellos.

—Esperaba que este largo periodo de heladas pusiera fin a los contagios. No quiero ni pensar en lo que será esto en verano, atrapados aquí en la ciudad sin saber cuál de nuestros amigos y vecinos será el siguiente en sucumbir.

Por un momento Susannah recordó lo susceptible que había estado Arabella durante su embarazo el verano anterior y casi se apiadó de ella.

—Mis conocimientos y mi formación ahora no sirven para nada —se lamentó William mientras cortaba la manzana en trozos con extraordinaria precisión—. Solo

puedo reconfortar a los enfermos hasta que mueren. He intentado sajar los bubones para que expulsen la putrefacción, fumigar la habitación del enfermo y administrar todas las combinaciones de hierbas conocidas, pero al final la supervivencia de un paciente sigue en manos de la voluntad de Dios.

Susannah, apartando su plato, se puso en pie con tanta brusquedad que volcó la silla.

—Pensaba que no os exponíais al contagio.

—La mayoría de los médicos y boticarios se han esfumado y los enfermos me necesitan.

—¡Pero podríais traer la enfermedad a casa! William, debéis andaros con cuidado. ¿Qué haría Agnes si enfermarais? Se le partiría el corazón. ¿No os da miedo?

—¡Claro que me da miedo! Por las noches me quedo en la cama despierto, bañado en un sudor frío por la preocupación, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Nadie está a salvo.

—¡No digáis eso! —Susannah tenía un nudo en la garganta—. Sueño con escapar al campo antes de que nos ocurra algo espantoso a todos nosotros. Quiero respirar aire puro y saber que la peste está lejos. —Ella misma percibía la creciente histeria en su voz.

William fijó la mirada en ella con semblante inexpresivo.

—No es fácil para vos, estar aquí amarrada a las faldas de Agnes, ¿verdad?

Susannah se encogió de hombros, desconcertada por ese repentino cambio de tema.

—Cuando trabajaba en la rebotica era una persona útil. Mi padre me concedía un grado de libertad con el que la mayoría de las mujeres ni siquiera sueña. Pero ahora todo ha cambiado, y no estoy en situación de quejarme. Agnes me tendió una mano y yo nunca podré pagárselo. No sé qué habría sido de mí si...

—Agnes tiene suerte de haberos encontrado. Para ella sois una compañera valiosa. —William se puso en pie—. Me voy a mi gabinete.

Susannah lo observó alejarse mientras sentía en la garganta una repentina llamarada de placer y asombro. Los cumplidos de William eran tan improbables y preciados como un rayo de sol en plena noche.

Al cabo de dos días llegó un mensajero con una nota para Agnes.

—Es de mi vieja amiga, Mary Westacott —dijo la anciana a la vez que en su rostro arrugado se desplegaba una amplia sonrisa—. Tiene previsto ir desde Devon a Hatfield para ver a su hijo e interrumpirá su viaje para pasar unos días conmigo.

Mary Westacott llegó al día siguiente antes de la cena, y Agnes y ella charlaron como un par de urracas. Emmanuel y Joseph, agazapados en el extremo opuesto de la

capilla, hacían cosquillas a *Aphra* con una pluma de paloma y maquinaban travesuras. Susannah, sentada en el banco junto a la ventana, remendaba un raído cojín con bordado flamenco mientras las dos ancianas, aparentemente ajenas a su existencia, se ponían al corriente de los chismes de los últimos diez años. Cuando ya no les quedaron más reputaciones que arruinar, pasaron a las reminiscencias.

Al cabo de un rato, Susannah, arrullada por el sonido de sus voces, apoyó la cabeza en la pared y se adormiló.

Despertó sobresaltada por el chasquido de un picaporte y experimentó un súbito placer al ver a William abrir la puerta.

—Recuerdas a Mary Westacott, ¿verdad, Will? —preguntó Agnes.

—¡Cómo no! —contestó William, inclinándose sobre la mano de Mary—. Me alegro de veros. La tía Agnes disfrutará de vuestra compañía.

—Tenemos muchas cosas de que hablar. Son tantos los amigos que han muerto que resulta grato estar con alguien de mi propia edad para variar.

—Como las dos estáis tan ocupadas, tía, he pensado que tal vez mañana podáis prescindir de Susannah.

—¿Prescindir de ella? ¿Qué te traes entre manos?

—Le prescribo aire campestre para que recupere el color en las mejillas. Tengo un asunto pendiente en Merryfields e iré allí de visita.

Agnes enarcó las cejas.

—¿Te apetece acompañar a William en su visita a Richmond, Susannah?

—Si no me necesitáis, lo haría gustosa —respondió Susannah, su corazón henchido de júbilo ante la sola idea. Contuvo la respiración mientras Agnes, con los labios apretados, se lo pensaba.

—Sería indecoroso que viajaras sola con William —dijo Agnes por fin.

—Puede acompañarnos Joseph —terció William—. El niño se divertirá con el viaje en barca.

Susannah lo miró de soslayo, sin dejar de preguntarse si buscaba acaso una oportunidad para conocer mejor a su hijo. La idea le causó desazón.

Emmanuel, sentado a los pies de Agnes, se revolvió y le lanzó una mirada de desesperación.

—¿Quizá podría llevarme a Emmanuel?

Emmanuel la recompensó con una amplia sonrisa. Agnes asintió.

—Esa idea ya me parece mejor. Prescindiré de él durante el día, pero Joseph se quedará a mi lado en su lugar.

Susannah trató de descifrar la expresión de William, para ver si le importaba no llevar consigo a su hijo de corta edad; pero él permaneció impasible.

—Muy bien —dijo William—. Susannah, mejor será que os preparéis para ponernos en camino muy temprano, ya que tendremos que viajar a remo contra corriente. ¿Me disculparán las señoras si hoy no las acompaño en la cena? Tengo que ver a varios pacientes esta noche, porque mañana estaré fuera todo el día.

Se despidió con una inclinación de cabeza y se marchó.

—Vaya —comentó Mary—, tu sobrino es ya un distinguido caballero, Agnes.

—Le irá bastante bien en la vida —contestó Agnes, incapaz de disimular en su ufana sonrisa el afecto que sentía por él.

—Me sorprende que no haya tomado esposa.

—William nunca ha sido aficionado a galantear con las damas, y solo una muchacha excepcional captará su corazón.

—Conmigo ha sido absolutamente encantador.

Agnes soltó una carcajada.

—¡Entonces quizá sea mejor que le hagas tú misma una propuesta!

Mary se rio de tal modo que le entró un ataque de hipo, y Susannah tuvo que mandar a Joseph a la cocina en busca de un vaso de cerveza para aliviarla.

Susannah, entusiasmada ante la perspectiva de la excursión, se levantó antes de rayar el alba. Pronto, mientras se recogía el pelo con unas horquillas y tarareaba, vio por la ventana de su alcoba que el sol asomaba ya entre nubes rosadas. Deseó tener alguna prenda bonita que ponerse en lugar de su habitual vestido de luto y, al pensarlo, la asaltó un repentino sentimiento de culpabilidad por semejante falta de respeto al recuerdo de Henry.

William ya estaba sentado a la mesa del comedor en la capilla cuando ella llegó.

—Confío en no haberos hecho esperar —dijo.

—Ni mucho menos. Desayunad bien; puede que no sea fácil encontrar algo de comer durante el viaje.

Phoebe llegó con los restos de la empanada de la noche anterior, una barra de pan, manzanas y una jarra de cerveza, y lo dispuso todo en la mesa.

Susannah, atenta a los movimientos de Phoebe, se preguntó si algo en su comportamiento delataba su especial relación con William. No obstante, su expresión fue tan insolente como de costumbre cuando alzó la vista y vio que Susannah la observaba.

Bajando otra vez la mirada, Phoebe preguntó:

—¿Alguna otra cosa, señor?

—Eso es todo.

Susannah advirtió que Phoebe estaba más llena desde que se alimentaba con regularidad y que su piel había adquirido el lustre de la buena salud. Phoebe salió del comedor con un contoneo de cadera y Susannah se quedó vagamente exasperada. William cortó una gran porción de empanada y la sirvió en el plato de Susannah.

—¡Comed! Estáis muy delgada.

—Tengo un hambre voraz a todas horas.

—Señal de que todo va como es debido.

William estaba de mejor ánimo, pensó Susannah. Quizá la perspectiva de una escapada al campo le inspiraba también a él un talante festivo.

—¿Adónde vamos hoy? —preguntó ella.

—Debo visitar mi antigua casa familiar. Cuando mis padres murieron, vine a vivir con la tía Agnes, pero nunca he soportado la idea de vender Merryfields. Hoy tengo un asunto que tratar con mi arrendatario.

—¿Volveréis allí algún día?

Él arrancó un pedazo del pan del día anterior y lo mojó en la cerveza.

—Tengo mucho que hacer en Londres. Sobre todo ahora que el brote de peste está recrudeciéndose. Considero que es mi deber como médico permanecer aquí. —Apuró la cerveza—. A propósito, debéis saber que he pactado un buen precio por vuestro ron. Eso os permitirá saldar otra parte de las deudas de Henry.

—¡Qué alivio! ¡Cuánto os lo agradezco!

—No tiene la menor importancia. —William se llevó la mano al bolsillo del abrigo y extrajo una bolsa de piel—. No puedo consentir que el nombre de la familia se manche, ¿no creéis? Y la tía Agnes ha decidido que, como está muy satisfecha con vuestros servicios, os aumentará un poco el salario. Confío en que pronto quedéis libre de deudas.

Susannah alcanzó la bolsa que él le ofrecía.

—No tengo palabras para expresar mi agradecimiento.

Emmanuel abrió la puerta, cargado con una cesta y una manta plegada.

—Podemos salir cuando deseéis —anunció Susannah.

William había dispuesto las cosas para que una barca los aguardara en la escalera pública de Whitefriars. Sujetó a Susannah firmemente del brazo mientras descendían por los peldaños, desgastados y resbaladizos a causa del cieno verde, y le ayudó a acomodarse en la barca con la manta remetida en torno a las piernas. El río se arremolinaba en torno a ellos formando una espuma untuosa, y Susannah vio pasar en la corriente una rata ahogada, hinchada hasta el doble de su tamaño. Se llevó un pañuelo empapado en agua de lavanda a la nariz para protegerse del hedor.

El barquero apartó la embarcación de la orilla, y el sol ya calentaba lo suficiente para que le asomaran gotas de sudor en la frente cuando empezó a remar cauce arriba. Un denso tráfico de trasbordadores y gabarras cargadas de carbón o troncos surcaba el río, y el barquero debía permanecer alerta para evitar una colisión.

Susannah encontró numerosos motivos de interés a su paso ante Somerset House y la Nueva Lonja y luego Whitehall y Westminster. Pronto consiguió olvidar el hedor del río, hipnotizada por las gotas que caían de los remos, relucientes como diamantes por efecto del sol. El chirrido y el golpeteo regulares de los remos en los escálamos le resultaron curiosamente tranquilizadores mientras avanzaban.

No mucho tiempo después, dejaron atrás el tramo concurrido del río y el aire empezó a ser más limpio. Los árboles, recién revestidos de verde, sumergían sus ramas en las crecidas aguas y los patos nadaban junto a ellos y graznaban

ruidosamente. Emmanuel, tendido boca abajo en la popa, hundía los dedos en el agua y agarraba las hojas flotantes. De vez en cuando se volvía para dirigir a Susannah una ancha sonrisa por encima del hombro.

William detectó una de las sonrisas del chico y él mismo contrajo las comisuras de los labios en una expresión risueña.

—Parece que, sin saberlo, he dado licencia para salir de la cárcel durante el día a dos reclusos de la Casa del Capitán.

—Pese a su tamaño, Emmanuel es poco más que un niño —dijo Susannah—. Le cuesta soportar el encierro.

—Mi tía lo ha mantenido a su lado demasiado tiempo. Ya es hora de que se ponga a trabajar en algo en lo que pueda utilizar su fuerza.

Susannah se preguntó si William se proponía mandar a Emmanuel a algún sitio, tras convencer a Agnes de que Joseph podía sustituirlo. Sin duda desearía mantener a su hijo a su lado.

—Pero ¿qué otra cosa podría hacer Emmanuel? —preguntó ella.

—Debería volver a la plantación.

Impulsivamente Susannah alargó el brazo y agarró a William de la mano.

—¡Eso no, por favor! Lo aterroriza la posibilidad de que lo manden a trabajar a los campos. Su padre sufrió una muerte atroz después de una paliza del capataz.

William enarcó las cejas.

—Habría pensado que sería más feliz allá en Barbados. Pero es cierto que la vida de un peón en los campos es difícil para quienes no obedecen. —La miró con expresión de curiosidad—. ¿Os preocupa el chico?

—He llegado a conocerlo bien después de tantas horas juntos en compañía de Agnes. No había imaginado que llegaría a entablar amistad con un africano, pero en muchos sentidos no es distinto de como recuerdo a mi hermano, Tom.

—Y ahora Joseph va a ocupar el lugar de Emmanuel. ¿Os preocuparéis también por él?

—Pues sí, supongo que sí. —¿Cómo no iba a preocuparse por un niño que era fruto de una unión tan insólita?

—¿Quizá podríais impartirle lecciones?

Susannah abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla. Había estado a punto de preguntar si un niño africano, o al menos medio africano, era capaz de aprender a leer, pero se le antojó una pregunta descortés habida cuenta de que Joseph era hijo de William.

—¿Debo deducir que os disponíais a preguntar si Joseph posee inteligencia suficiente para recibir lecciones?

—Tengo poca experiencia para juzgar a ese niño —respondió Susannah con el tono más sereno posible. ¿Cómo demonios conseguía William adivinarle tan a menudo el pensamiento?

—Lo considero perfectamente capaz de aprender a leer y a vos os considero

perfectamente capaz de enseñarle.

—Me honra —respondió ella con mordacidad.

—No tiene mayor importancia.

Susannah advirtió con sorpresa un destello malicioso en la mirada de William.

—Sería un desafío para vos y os ayudaría a matar el tiempo cuando mi tía dormita junto al fuego. Además, me complacería ver que el niño recibe una educación. Quizá a su debido tiempo eso le proporcione una vida mejor. Al igual que Emmanuel, no podrá ser paje toda su vida.

—No, eso ya lo sé. Pero ¿qué otra cosa podría hacer?

—Podría encontrar trabajo como sirviente de rango superior. Pero, claro, es vuestro esclavo y podéis hacer lo que consideréis oportuno.

—No mientras dependa de Agnes para conservarlo. Además, no me gusta la idea de tener en propiedad a un ser humano. Nunca me había detenido a pensar en ello hasta que conocí a Emmanuel. No puede estar bien que hombres y mujeres sean arrebatados de sus hogares para ser vendidos en esclavitud, ¿no creéis?

—Coincido con vos, pero otros no estarían de acuerdo. Se han amasado grandes fortunas gracias a la esclavitud.

—Joseph no es más que un niño, y si lo vendiera, quizá su nuevo amo no fuera amable con él.

—Podrías concederle la libertad.

—Pero no antes de que crezca y disponga de un medio de vida.

—¡Exactamente! Y eso nos lleva otra vez a la educación.

—Sí, ya veo —afirmó Susannah, pensativa—. Haré lo que pueda por ayudarle.

Era ya mediodía cuando llegaron a su destino. El barquero amarró el bote a un atracadero situado entre unas eneas, y Susannah y sus acompañantes desembarcaron. Había poco que ver salvo los árboles y los campos de la otra orilla. William la tomó del brazo.

—¡Tened cuidado!

Al final del atracadero había una verja en una tapia. William sacó una llave del bolsillo y la abrió.

Susannah cruzó la verja y entró en un amplio vergel. Los árboles estaban en flor y su fragante aroma perfumaba el aire. La hierba, muy alta, pronto le empapó el dobladillo del vestido, pero apenas se dio cuenta mientras contemplaba, con exclamaciones de placer, las flores silvestres que crecían con profusión entre la hierba. A cierta distancia había una colmena y el zumbido de las abejas sonaba por todas partes.

—De niño pasé muchas horas felices sentado en las ramas de este viejo manzano —dijo William, sonriente—. Y aprendí, en mis propias carnes, a no ser glotón con las ciruelas verdes de ese árbol de ahí. Pero venid, iremos a la casa.

Susannah se maravilló al ver a William de pronto tan accesible y relajado. ¿Era acaso ese el efecto que ejercía en él Merryfields?

Abandonaron el vergel y, agarrados del brazo, recorrieron un paseo flanqueado de tejos bien podados que se alzaban como centinelas a ambos lados del camino de grava. Frente a ellos, al final del paseo, se alzaba una gran casa de ladrillo con altas mansardas y chimeneas en espiral, cuyo desvaído color recordaba las rosas de Damasco.

—Merryfields —dijo William.

Susannah sonrió.

—¡Esto es precioso!

—¿Verdad que sí? Emmanuel, corre hasta la casa y dile al señor Somerford que hemos llegado.

—Si esta fuera mi casa, desearía vivir aquí —afirmó Susannah.

—Merryfields merece una familia que le dé vida. Y a mí se me necesita en Londres.

—¿No podríais ser de utilidad también como médico rural?

—¿Pretendéis libraros de mí?

—¡No, claro que no! —Se detuvo, viendo que él sonreía. Le tomaba el pelo. ¡Le tomaba el pelo! Había empezado a respetarlo, a sentir simpatía por él, pero nunca había esperado que se relajara tanto.

Roger Somerford, el arrendatario de William, un hombre alegre de mediana edad con una sonrisa cálida, salió a recibirlos.

—Permitidme que os presente a un miembro de mi familia —dijo William—. La señora Savage me ha acompañado hoy para escapar del aire nocivo de la ciudad durante unas horas.

—En estos momentos mi mujer y mis hijas no están en casa —explicó Roger Somerford con arrugas de preocupación en la frente—, y por tanto no podrán entreteneros mientras el doctor Ambrose y yo nos ocupamos de nuestros asuntos.

—Descuidad —dijo Susannah—. Si no os importa, daré una vuelta por el jardín y me sentaré tranquilamente al sol.

—Vuestro criado puede ir a la cocina a por un refrigerio y pediré a mis sirvientes que pongan una mesa en el jardín de nudo y os lleven pasteles y cerveza.

—Eso me encantaría.

Los dos hombres, seguidos de Emmanuel, se dirigieron hacia la casa y desaparecieron en su interior.

Susannah deambuló por los senderos, deteniéndose a aspirar el aroma de una madreSelva de flor temprana y a examinar una maceta donde había plantados bulbos de flores exóticas de Holanda.

Al cabo de un rato Emmanuel se acercó al trote para anunciarle que el refrigerio la esperaba, y ella lo siguió hasta el jardín de nudo, donde habían colocado una pequeña mesa en la grava entre los setos de boj recortados. Una joven doncella aguardaba para ofrecerle un aguamanil y una servilleta limpia y para servirle cerveza e insistirle en que comiera un pastel o dos. Cuando la muchacha regresó a la cocina,

Susannah comió dos de los deliciosos pastelitos, salpicados de nueces y azúcar, y al final se lamió los dedos y recogió las últimas migajas.

Emmanuel la observó con una expresión anhelante en los ojos castaños, y ella, para burlarse un poco de él, dejó la mano suspendida sobre el último pastel. Por fin cedió y se lo entregó a Emmanuel.

—Quédate aquí y disfrútalo. Yo quiero pasear un rato sola.

—Sí, señora —dijo él, radiante—. Gracias, señora.

Todavía sentada, se le cayó la servilleta y se agachó a recogerla. Cuando se irguió, se percató de que Emmanuel tenía la mirada fija en el pronunciado escote de su vestido y se sonrojó, consciente de que, con el embarazo, le había aumentado el tamaño del busto, por lo normal discreto. Supuso que Emmanuel había llegado a una edad en que esas cosas le interesaban.

Se levantó de la silla sin mirarlo a los ojos y se alejó a explorar un umbrío pasadizo de tilos de ramaje entrelazado, que conducía a un estanque con un cantarín surtidor en el centro. Dejó que el agua fresca se escurriera entre sus dedos y vio entonces un banco de piedra adosado a la tapia del jardín, bajo el sol. Se sentó, deleitándose en la paz y la quietud de aquel entorno, tan distinto de Londres, donde los sonidos de la ciudad estaban siempre presentes. Era un lugar especial y secreto cuya existencia nunca conocería nadie al otro lado de las tapias de ese jardín. ¿Cómo era posible que William fuera el dueño de Merryfields y soportara no vivir allí?, se preguntó.

Tendió una mano para pellizcar las hojas de un arbusto de lavanda, semejantes a agujas, y olisqueó el aroma penetrante y limpio impregnado en sus dedos. Detrás de la lavanda crecían altos tallos de ajeno; se levantó para acariciar sus esponjosas frondas. Cuando miró con más atención, vio menta y tomillo, cuyos nuevos brotes asomaban entre el manto de hierbajos. ¡Un huerto de hierbas medicinales! Incapaz de resistirse, arrancó un manojito de álsine y, con la ayuda de un palo, desprendió una raíz de diente de león. Notó en los dedos la tierra caliente por efecto del sol y la invadió una maravillosa sensación de bienestar.

Fue en el momento en que tiraba de una mata de llantén cuando ocurrió. Al principio solo sintió un cosquilleo, luego un golpeteo más insistente. Dejó el hierbajo y se llevó las manos al vientre. ¡Ahí estaba otra vez!

—¡Uy! —exclamó. De pronto le flojearon las rodillas y se sentó en el banco. Cerró los ojos, deslumbrada por el sol, y esperó en silencio; unas estrellas aparecieron en el interior de sus párpados y a continuación sintió de nuevo ese nimio movimiento.

Parpadeó para quitarse las lágrimas y se rodeó con firmeza la cintura con los brazos. ¡Su hijo le daba a conocer que estaba vivo y coleando! Ese prodigio la pilló totalmente por sorpresa, y la asaltó una repentina sensación de vergüenza por haber intentado negar durante tanto tiempo la existencia misma de ese niño. Era una persona real a medio hacerse, tan real como ella misma, con un alma propia.

—Lo siento —susurró—. ¡Perdóname!

Se sacó del corpiño la cinta negra en la que estaba ensartada la alianza nupcial de Henry. Era ya tarde para que Henry conociera a su hijo, pero ella juró en ese momento dar al bebé amor suficiente por los dos.

Oyó el ruido de unos pasos en la grava y, al alzar la vista, vio que William se acercaba con andar enérgico por el sendero. Deseó compartir con él su sensación de asombro, pero con la emoción se le demudó el rostro.

—¡Susannah, estáis llorando! —Él la sujetó por el hombro y se arrodilló en el sendero para mirarla a la cara.

Estaba tan cerca que ella vio motas doradas en sus ojos oscuros. Le pareció un gesto natural inclinar la cabeza hasta apoyar la mejilla en la mano de él. Cerró los ojos mientras se deleitaba en el calor de la piel de William en contacto con la suya.

—Susannah, querida, ¿qué pasa?

Ella respiró hondo y se enjugó las lágrimas.

—No os preocupéis. Estoy bien. ¡Pero me ha ocurrido algo maravilloso! El bebé ha despertado. —Le sonrió trémulamente, deseosa de compartir con él el don de ese momento perfecto.

Él vio la cinta dentro de su mano cerrada y tiró de ella hasta desprenderla. Contempló la alianza nupcial.

—¿Lo echáis de menos? —preguntó con rostro curiosamente inexpresivo.

¿Cómo podía contestar a eso con la verdad? Si decía que rara vez pensaba en Henry, daría una imagen en extremo insensible.

—Siento que mi hijo no vaya a conocer a su padre —respondió por fin—. Pero ya no tengo miedo. No puedo explicarlo, pero estoy segura de que mi hijo y yo sobreviviremos.

—No hay razón alguna para pensar lo contrario. —William se irguió y se sacudió la grava del calzón.

—Mi madre murió en el parto —explicó ella. De pronto le pareció imprescindible confiarse a él, hacerle entender—. Fue una muerte brutal, y el bebé murió de la manera más horrenda imaginable. —Se interrumpió para tomar aire y serenarse—. Siempre he tenido un miedo atroz a correr la misma suerte.

—La atención médica es ahora mucho mejor que en los tiempos de vuestra madre. —La sequedad de su tono incomodó a Susannah.

—¡Mirad! —exclamó ella en un esfuerzo por devolver a William a su estado de relajación anterior—. He encontrado un jardín de hierbas medicinales. Lo han invadido las malas hierbas, pero he arrancado ya unas cuantas.

Él se inclinó para examinar el terreno y su expresión se suavizó.

—Esto lo plantó mi madre cuando yo no tenía más de ocho años. Recuerdo que le ayudaba a recoger hierbas para la destilería.

—¡Qué suerte la suya por tener un jardín tan magnífico!

—Pero no tanto como para vivir y disfrutarlo.

Permanecieron en silencio durante un rato, sumidos ambos en sus melancólicos

pensamientos a la vez que el alegre ánimo de Susannah se disipaba como la bruma matutina.

—Es hora de marcharse —anunció William al tiempo que se protegía con la mano los ojos del sol—. ¿Dónde se ha metido ese condenado muchacho?

—¡Noventa y ocho, noventa y nueve, cien!

Susannah se reía y corría por un oscuro túnel de árboles, hacia la luz. Al final del túnel se detuvo y parpadeó, deslumbrada por el sol, mientras examinaba el jardín. Un jirón de niebla se elevaba del suelo húmedo y una telaraña con diamantes de rocío entretejidos se extendía entre unas ramas. La puerta del vergel estaba entornada, y ella entró por el hueco con sigilo, descalza, entre la hierba alta, y con el peso del dobladillo húmedo de la falda. Un mirlo, posado en una rama encima de ella, emitió un trino de alarma y alzó el vuelo hacia un lugar más seguro; desde allí, ya callado, la observó con sus ojos redondos y brillantes.

Susannah contuvo la respiración y aguzó el oído. En el aire vibraba el zumbido de las abejas que volaban desde los tréboles hasta los ranúnculos. Un pato graznó al otro lado de la alta tapia de ladrillo, pero ella seguía sin oír el sonido que buscaba. De pronto, en el otro extremo del vergel, los altos tallos de hierba empezaron a mecerse y un niño con el cabello rizado de color rojo dorado salió de su escondite.

—¡Te veo! —exclamó Susannah. Corrió hacia el niño, quien, como una flecha, fue a ocultarse tras un manzano—. ¿Dónde estás? —Con grandes aspavientos fingió buscar detrás de cada árbol del vergel, exagerando cada vez más su expresión de consternación a medida que las risas del niño se hacían más sonoras—. ¡Chiquillo travieso! ¡Mira que esconderse de su mamá! —Tras acercarse con sigilo al manzano, se abalanzó de repente sobre él.

Entre risas, agarró al niño y lo cubrió de besos.

Unos cálidos bracitos le rodearon el cuello mientras ella, abrumada de amor, hundía la cara en aquellos rizos de color rojo dorado.

Un ruido repentino la sobresaltó y el mundo se oscureció.

Susannah se incorporó en la cama con el corazón acelerado. Todavía recordaba la sensación del cuerpo cálido de su hijo aferrado a su pecho, pero la imagen de esa idílica escena bajo el sol dorado se había esfumado. ¡Su hijo! Ahora que estaba despierta, la ausencia del niño era casi como una amputación. Pero de repente, como para recordarle su existencia, el bebé que llevaba dentro le dio una brusca patada y ella se rodeó el vientre con los brazos.

—No pasa nada, pequeño. ¿Te he asustado con mi sobresalto? —susurró. ¿Qué la había despertado? Aguzó otra vez el oído en la oscuridad, y se disponía ya a tenderse de nuevo e intentar conciliar el sueño cuando oyó un ruidito.

Movida por la curiosidad, se levantó de la cama y cruzó la habitación en silencio para descorrer el pestillo. Escrutó el pasillo sombrío, pero no advirtió movimiento

alguno, contuvo la respiración y escuchó muy atenta. Nada. Pero cuando regresaba a su alcoba, vio moverse algo en su visión periférica. Volvió la cabeza, pero aquello ya no estaba. Permaneció inmóvil, con la respiración entrecortada y los nervios a flor de piel. Allí no había nadie, y aun así sentía agitarse el aire como si alguien acabara de pasar. Presa de un estremecimiento, recorrió el pasillo con sigilo y echó un vistazo a la habitación de Agnes, pero la anciana dormía inmóvil en su cama. Más allá en el mismo pasillo se hallaba la alcoba de William, y se detuvo delante por un momento, pero no oyó nada, y no deseaba que él la sorprendiera rondando frente a su puerta en camisón.

La peste arreció otra vez con la llegada del verano. Muchos de quienes habían regresado a la ciudad durante el invierno huyeron de nuevo al campo. Quienes se quedaron vivían tensos y vigilantes, prestos a rehuir a vecinos y amigos a la menor sospecha de enfermedad. Agnes dejó de asistir a los oficios dominicales, y Susannah hundía la cabeza bajo las mantas por las noches cada vez que oía la carreta de la muerte, seguida por los gemidos y los sollozos de los deudos.

Agnes, preocupada por cómo se las arreglarían si llegaban a escasear los alimentos, insistió en que Susannah y la señora Oliver se encargaran de llenar una de las despensas vacías con grandes cantidades de alubias secas, harina y otros víveres.

—Estaremos todos hartos de las alubias para cuando nos hayamos acabado esa remesa —comentó la señora Oliver.

William regresaba a casa muy tarde, parco en palabras y poco comunicativo, y cenaba con desgana a la luz de las velas.

—¿Puedo traeros algo de comer que os apetezca más? —preguntó Susannah una noche, al ver que apartaba el plato de pollo frío.

—¿Cómo? —La miró como si no la reconociera.

—¿Queréis un poco de leche con cerveza? Eso es fácil de digerir cuando uno está cansado.

—¡Cansado! —William dejó escapar una risotada apática—. No bastaría una leche con cerveza para curar el mal que me aqueja. —Cerró los puños y se frotó los ojos—. No sabéis lo que te he tenido que ver hoy, Susannah. Un nacimiento y una muerte, todo en el espacio de media hora. Una madre, ya afectada por la peste, y su niño nacido minutos antes de su fallecimiento.

—¿Ha sobrevivido el bebé? —Movida por su ya habitual desasosiego, cruzó los brazos ante el vientre en ademán protector.

—Sí. Pero ¿quién sabe por cuánto tiempo? El padre y la madre ya han muerto, y la única persona que queda para ocuparse de la criatura es una vieja abuela desdentada. ¿Qué clase de vida tendrá? Sería mejor para él reunirse con su madre.

—¡No digáis eso!

—Estos no son tiempos para el sentimentalismo, Susannah.

—No es...

—Y esta tarde me han llamado de Bedlam.

—¿La peste?

—La disentería. Me pregunto si en algún momento conseguiré apartar ese hedor de mi nariz. No tenéis ni idea de los horrores que he presenciado en ese lugar. Viejas farfullando solas a la vez que se mesan los cabellos; hombres desnudos, embadurnados de excrementos, revolcándose en la paja inmunda, igual que animales. Sus horrendos gritos y gemidos resonarán en mis sueños.

Horrorizada, tanto por el dolor que veía en los ojos de William como por sus palabras, apoyó la mano brevemente en su hombro.

—Si a mí me cuesta asimilar siquiera la idea de tener que volver, ¿podéis imaginar lo que debe de ser aquello para los internos? —preguntó—. Sus familias los han recluido en el infierno y su única esperanza realista de escapar es la muerte. ¿Estoy privándolos de esa esperanza cuando intento curarlos de sus males?

Susannah deseó poder estrecharlo entre sus brazos y mecerlo contra su pecho para reconfortarlo, pero no tenía una respuesta útil a su pregunta.

El jardín del claustro se convirtió en el refugio de Susannah ante las penalidades del mundo real. Inspirada por el huerto de hierbas medicinales de Merryfields, pidió permiso a Agnes para ocupar una parcela soleada de terreno y se dispuso a eliminar las malas hierbas. Pidió a Martha brotes de romero y menta y, tarareando, plantó y regó unas semillas.

En las semanas posteriores vio con satisfacción asomar entre la tierra los primeros tallos de cebolletas, perejil, matricaria e hinojo en busca de luz. Cuidar del huerto le producía un intenso placer; al notar el contacto de la tierra cálida entre sus dedos, tenía la sensación de trabajar en equipo con la naturaleza y de que todo era posible.

Susannah iba a visitar a su padre, pero siempre lo encontraba cansado y alterado desde que Arabella tuvo un conflicto con una de las nodrizas y la echó con cajas destempladas.

Un día, en una de sus visitas, Jennet le dijo:

—Que no vaya a pensar esta mujer que estoy dispuesta a encargarme de las obligaciones de la nodriza. —Aporreaba la colada en el lavadero con la misma violencia que si fuera la cabeza de su señora—. Bastante ocupada estoy ya ahora, ya que Su Excelencia no tiene más interés en el cuidado de la casa que el de quejarse. Señorita Susannah, os diré sin el menor reparo, que esta casa se ha ido a pique desde que os marchasteis. Niños pendencieros entrando y saliendo a todo correr con las

botas embarradas, sin cerrar las puertas, dejando mendrugos y corazones de manzana allí por donde pasan. No es de extrañar que nos hayan invadido las ratas.

Susannah se estremeció de asco.

—Pobre *Tibby*, ella nunca lo habría permitido.

—Han estado en la despensa, las muy descaradas. Y esa mujer es la culpable de que *Tibby* no esté aquí para poner freno a eso —protestó Jennet con expresión adusta.

Al regresar a la Casa del Capitán esa tarde, Susannah se detuvo frente a la puerta y rebuscó la llave en su bolsillo. Se disponía a introducirla en la cerradura cuando se abrió la puerta de la casa contigua. Salió un niño tambaleante y se cayó de bruces en la calle. Empezó a bramar de indignación.

Susannah se apresuró a levantarlo y lo dejó allí de pie mientras el pequeño seguía berreando de indignación.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Susannah, sacando un pañuelo para limpiarle las manos—. ¡Vaya alboroto por nada! ¡Mira, solo es un poco de bosta de caballo! Extrajo el trozo de pan que él mantenía aferrado en su mano mugrienta y lo tiró a un montón cercano de desechos, con lo que provocó un griterío aún mayor.

—¡Eso ya no puedes comértelo, está lleno de mugre del albañal!

Una joven vestida de azul apareció en el umbral de la puerta.

—¡Edwin! ¿Qué haces, niño malo? —Hablabla con voz aguda a causa del miedo—. Ya te he dicho que no debes salir a la calle. Podría haber personas enfermas.

—Se ha caído pero está bien —dijo Susannah—. Me temo que huele un poco mal. Se ve que ha pasado por aquí un caballo hace poco.

—Este niño va a acabar conmigo —se quejó la madre, al tiempo que alzaba la vista al cielo—. Siempre anda metido en alguna travesura. —Su rostro redondo se contrajo en una sonrisa cuando el pequeño Edwin se aferró a sus rodillas y sus gritos remitieron—. Es posible que debiera pegarle, pero por alguna razón no me sale del alma. Tal vez la próxima vez tenga una niña, un ser delicado que, sentado en mi regazo, borde o estudie los salmos.

—Según mi experiencia, las niñas pueden ser tan traviesas como los niños —comentó Susannah.

La joven lanzó una mirada al corpiño de Susannah, ahora ya tirante sobre su abdomen.

—¡Vaya, qué bien! Parece que no falta mucho para que tengáis vuestro propio chiquitín.

—A finales de septiembre.

—¿Es el primero?

Susannah asintió.

—Vuestro marido se alegrará si le dais un hijo varón.

—Mi marido murió hace unos meses.

—¡Dios bendito! ¿Era mayor?

—Ni mucho menos. Se lo llevó la peste.

La joven ahogó una exclamación y retrocedió con un respingo, obligando a Edwin a ponerse detrás de ella.

—¡No temáis! —dijo Susannah—. De eso hace ya meses, y estoy en perfecto estado.

—Pensaba que en la Casa del Capitán vivían una anciana y su hijo, un médico. No recuerdo haber visto una cruz roja en la puerta.

—No la ha habido. Mi marido murió en otra parte de la ciudad, lejos de aquí.

La inquietud desapareció parcialmente del rostro de la joven.

—¿Cómo os las arregláis?

—Soy dama de compañía de la tía de mi marido.

—Mal asunto, esto de la peste. —Se le ensombrecieron los ojos grises—. Yo no salgo de casa de puro miedo. —Tomó a su hijo en brazos y lo estrechó contra su abultado pecho con tal fuerza que el pequeño chilló—. Pero cuando las calles estén libres de la enfermedad, venid a verme. —Sonrió—. Me gustaría ver a vuestro hijo cuando llegue.

—Me llamo Susannah Savage.

—Y yo Jane Quick. Esperemos que las calles pronto vuelvan a ser seguras.

Susannah observó a su nueva amiga retirarse al interior de su vivienda y atrancar la puerta. Entró en la Casa del Capitán y subió a quitarse el sombrero. Al recorrer el pasillo, vio entornada la puerta de una de las habitaciones que solía estar cerrada y oyó voces apagadas procedentes de su interior. Sintió curiosidad y se asomó a mirar. Emmanuel, inclinado sobre Peg, la tenía inmovilizada contra la pared.

—¡Emmanuel! ¿Qué haces? ¡Peg, vete a la cocina de inmediato!

Peg, muy sonrojada y con la cofia ladeada, le lanzó una mirada temerosa y salió corriendo.

—Bien, Emmanuel, ¿qué tienes que decir?

El muchacho abrió los ojos de par en par.

—No pretendía nada, señora.

—¡Que no te sorprenda yo intentando arrancarle un beso a Peg otra vez o te meterás en un buen lío!

—No se lo digáis a la señora Agnes o me enviará de vuelta a la plantación.

Ante el terror que se traslució en sus ojos, Susannah cedió.

—Ve a buscar a Joseph y tráemelo a la capilla.

—Sí, señora. —Emmanuel asintió con un gesto de la cabeza.

—Te quedarás sentado en silencio junto a mí mientras le enseño las letras. ¡Y nada de travesuras!

Él movió la cabeza en un vigoroso gesto de negación.

—¡Ve, pues!

Joseph había resultado ser un alumno voluntarioso, si bien su entusiasmo era mayor que su aptitud. Susannah lo veía concentrarse en su pizarra, con una mancha de tiza en su mejilla morena y con la punta de la lengua fuera de la boca mientras

daba forma a las letras. Observó su perfil una vez más, buscando aún un parecido con William, pero aparte de la piel más clara y los labios más estrechos que los de su madre, la única afinidad que se le veía era con sus antepasados africanos. Eso complacía a Susannah. Ya resultaba bastante inquietante saber que William era el padre del niño sin un parecido manifiesto.

Por curiosidad, Susannah tendió la mano para tocarle el cabello lanudo, sorprendentemente elástico al tacto, y él la miró con una sonrisa encantadora.

—Lo estás haciendo muy bien, Joseph —comentó—. Creo que ya basta por hoy; la próxima vez te enseñaré a escribir tu nombre. —Lo observó alejarse dando brincos para ir a jugar con *Aphra* y deseó decirle a William lo bien que evolucionaba.

Emmanuel agitó las cenizas de la chimenea con el atizador y miró a Susannah con el rabillo del ojo.

Solo cuando se fue a convencer a *Aphra* para que bajara de las vigas del vértice del tejado, Susannah descubrió que había dibujado en las cenizas las letras del abecedario.

William empezó a llegar cada vez más tarde a casa, y Susannah, en las raras ocasiones en que lo veía, percibía que su cansancio iba en aumento. Una noche esperó en la capilla hasta pasadas las doce, atenta por si él llegaba. Con una vela en las manos para alumbrarle el camino, lo observó subir lentamente por la escalera.

—¡William! Tengo algo de cena preparada para vos en la capilla.

—¿Cena? —Él se frotó la cara con la mano—. Ni me acuerdo de la última vez que comí.

—Entonces es importante que cenéis algo ahora. —Susannah insistió, sin franquearle el paso—. Si seguís así, enfermaréis vos mismo. ¿Y a quién acudirán entonces vuestros pacientes?

—Susannah, estoy demasiado cansado...

—¡Venid a comer!

Tras una breve vacilación, William la siguió.

Comió muy concentrado. Primero devoró con avidez una porción de empanada de carne; luego desmembró un muslo de pollo y succionó el hueso igual que si no hubiera probado bocado desde hacía días, como probablemente así era.

Susannah lo observó mientras comía; tuvo que contenerse para no apartarle un rizo de cabello oscuro de la frente. William tenía grabadas unas arrugas de agotamiento en las comisuras de los labios, como ella vio con inquietud.

Al final William se limpió los dedos con una servilleta y, tras recostarse, exhaló un suspiro.

—¿Mejor? —preguntó ella.

Las velas situadas entre ambos en la mesa proyectaban sombras en el rostro de

William, formando concavidades oscuras bajo sus pómulos. Movi6 la cabeza en un gesto de asentimiento, y Susannah esper6.

—Hoy he estado otra vez en Bedlam.

Aislados en el c6rculo de intimidad formado por la luz de las velas, el resto del mundo parec6a muy lejano.

—¿Ha sido muy duro? —pregunt6 ella.

—No tengo palabras para describir tama6o horror. Los internos han perdido el alma. Su terror me corroe la mente y no puedo dormir.

—Pero hab6is atendido sus males y aliviado su dolor.

—Eso no basta. A nadie le importa qu6 ser6 de ellos. Sus familias los han arrojado al infierno. —Hundi6 la cara en las manos.

Vacilante, avergonzada, Susannah tendi6 la mano y le toc6 el brazo.

—Alguien debe de preocuparse por ellos, porque de lo contrario no os habr6an llamado.

—Una madre con mala conciencia me pidi6 que visitara a su hijo. ¡A sus diecisiete a6os, lo confinaron por tartamudear y tener ataques de epilepsia! La mayor parte del tiempo estaba tan bien como vos o como yo. No deber6an haberlo enviado a un sitio como ese. —Se le quebr6 la voz y trag6 saliva—. Pero ha muerto a causa de la maldita disenter6a, as6 que ya no ser6 un estorbo para su familia.

—¿No puede hacerse nada para ayudar a los otros internos?

—Son demasiados.

—Pero hab6is reconfortado al pobre muchacho en su agon6a.

—Salvar a un solo pececillo de un torrente impetuoso no ayuda a los dem6s.

—Pero para 6l s6 hab6is mejorado las cosas.

William se apart6 las manos de la cara y la mir6 fijamente.

—S6, supongo que s6.

Susannah agarr6 las velas.

—Es tarde.

6l sali6 de la capilla detr6s de ella, que le ilumin6 el camino por el pasillo. Se detuvo frente a la puerta de su alcoba y le entreg6 una vela, curiosamente reacia a despedirse.

—Creo que ahora s6 dormir6is —dijo.

William ahog6 un bostezo.

—Es posible. Solo Dios sabe lo cansado que estoy. Buenas noches, Susannah. Y gracias.

Casi sin que Susannah se diera cuenta de lo que ocurr6a, 6l tir6 de ella hacia s6 y la bes6 en la frente. Sin una palabra m6s, se alej6 por el pasillo.

Ella lo observ6 desaparecer por el recodo mientras el coraz6n se le aceleraba y una repentina llamarada de calor le sub6a por el cuello. Presa de un feliz asombro, se qued6 inm6vil para no romper el hechizo y al cabo de un momento entr6 en su alcoba.

A la mañana siguiente, mientras Susannah peinaba a Agnes, William llamó a la puerta de la alcoba.

—Vengo a hablar con vos, tía —dijo.

—¿No puede esperar a que me haya vestido?

—Disculpad, pero no.

—¿Qué es tan importante para justificar tanta urgencia?

—Susannah está muy pálida por pasar tanto tiempo encerrada. —Se sentó en el borde de la cama y le dio la mano a Agnes—. Debería dar un paseo para respirar aire puro y recuperar el color de las mejillas por el bien del niño, ¿no os parece? Y esta mañana yo me quedaré aquí sentado a vuestro lado. Hace tiempo que no mantenemos una agradable charla, ¿no es así, tía?

Una sonrisa de felicidad asomó al rostro de la anciana.

—Será como en los viejos tiempos, antes de que te volvieras tan serio. Ponme el gorro, Susannah, y luego podrás marcharte.

Fuera, bajo el sol, Susannah se alejó por la calle casi brincando. Respiró hondo, sin importarle por un momento el hedor a putrefacción que el aire traía de la fosa de los apestados, en el camposanto a dos calles de allí. ¡Era libre! El niño, como en sintonía con su buen humor, danzó dentro de Susannah, que se palpó el vientre con los dedos mientras se reía ante semejante prodigio.

Un anciano, renqueante, la miró con extrañeza y cambió de acera.

Poco después se hallaba ante la casa de Martha y llamaba a la puerta.

—¡Qué sorpresa tan grata! Hacía semanas que no te veía —exclamó Martha mientras la besaba en la mejilla—. Pasa al jardín y cuéntame todas tus novedades.

A la sombra moteada del manzano, la hija mayor de Martha, Patience, mecía una cuna envuelta en muselina para protegerla de las moscas.

Dentro, Susannah vio a su ahijado, que dormitaba plácidamente con el pulgar en la boca. Las mejillas, sonrosadas por el sueño, eran tan perfectas como melocotones maduros. Un repentino amor por él inundó su corazón.

—¿Verdad que es hermoso? —preguntó en un susurro.

—Sobre todo cuando duerme —contestó su madre con una sonrisa de orgullo.

—Me cuesta creer que a finales del verano tendré mi propio hijo para mecerlo en su cuna. —Si no muero en el parto, pensó. Apartó de sí el pensamiento y se obligó a sonreír a su amiga.

—Siéntate en el banco y prueba el pan de jengibre que ha hecho hoy Patience —ofrecía Martha a la vez que sacaba una camisita de la pila de ropa por remendar que tenía a su lado y enhebraba la aguja—. Se te ve muy bien —añadió al cabo de un momento, echando un vistazo al vientre de Susannah.

—Más gorda a cada minuto, querrás decir. Y me engordaré aún más si como demasiados de esos deliciosos monigotes de pan de jengibre.

—Más gorda, no, pero el bebé crece, y el corpiño te queda pequeño.

—Me siento como una salchicha demasiado grande para su piel. Ya me he ensanchado las faldas dos veces y temo que no quede más tela en las costuras.

—Puedo prestarte unos vestidos más holgados, si quieres. Espero no necesitarlos durante un tiempo.

Susannah se llevó la mano al costado, incapaz de contener una sonrisa.

—Ahora el bebé se mueve continuamente. Se me hace tan extraño imaginarlo como un pececillo en una pecera.

—Es uno de los muchos milagros del Señor.

—¡Martha, no sabes cuánto deseo ahora a este bebé! Desde que mi padre se casó con Arabella, me he sentido muy sola, pero este niño será mío y en él depositaré mi amor. Me da una nueva razón de ser.

Martha le tomó las manos con un brillo en sus ojos de color avellana.

—Me alegra ver que ya no tienes miedo.

—¡Claro que tengo miedo! Pero hago un gran esfuerzo para vencerlo. En ciertos sentidos estoy más aterrorizada que nunca. Ahora no solo tengo miedo por mí, sino también por el bebé. Nunca me había imaginado que tendría un hijo, y no soporto la idea de que algo horrible pueda ocurrirle.

—Debes poner tu confianza en manos de Dios, Susannah.

—¿Nunca te ha preocupado la posibilidad de morir en el parto?

Martha lanzó una mirada a su prole, que jugaba con aros y peonzas al otro extremo del jardín.

—¡Claro que sí! Por lo general en plena noche, que es cuando el diablo intenta colarse en los sueños de las personas. Mi temor más profundo siempre ha sido dejar a mis hijos sin una madre que se ocupe de ellos. Pero como ves, gracias a Dios, conservo la salud.

—Siendo así, te ruego que reces por mí y por mi bebé.

—Ya lo hago —respondió Martha—. Ahora cuéntame tus novedades. ¿Cómo te va la vida en la Casa del Capitán? ¿William te resulta menos severo a medida que lo vas conociendo?

—Creo... —Susannah vaciló—. Creo que es más amable de lo que cabe imaginar por sus modales. Rara vez sonrío, pero ayuda desinteresadamente a aquellos menos afortunados que él.

—¿Y no son muy agobiantes tus días al servicio de la señora Fygge?

—Nunca olvido mi buena suerte. Como señora, es considerada, aunque a veces un poco cascarrabias por sus continuos dolores. —Susannah dejó escapar un suspiro—. Pero en ocasiones los días se me hacen interminables. Leer en voz alta y ayudar a una anciana a decidir qué ponerse a diario son actividades triviales. Tengo aptitudes que ahora están desaprovechadas y no gozo de libertad, cosa que me incomoda. A veces pienso que no soy más libre que los esclavos de Henry.

—Pero ¿la señora Fygge te ha permitido quedártelos?

—William la convenció. —Susannah guardó silencio por un momento—. Tiene un interés especial en ellos porque conoció a Phoebe y su hijo cuando trabajaba para su tío en Barbados. Me pidió que enseñara a leer y escribir al pequeño Joseph. Es un niño adorable, y no puedo evitar sentir afecto por él.

—¿Es capaz de aprender, pues?

—¡Claro que sí! Aunque me temo que preferiría correr por el jardín con Emmanuel, maquinando travesuras.

Martha sonrió.

—Como todos los niños.

—Pero a su madre no le gusta que yo le dé clases.

—Háblame de esa mujer.

—Su aspecto me resulta curioso, pero posee un extraño atractivo. Tiene una expresión soñolienta en los ojos y se mueve con una elegante languidez. Aun así, no le tengo estima. A menudo la sorprendo observándome y se me eriza el vello de la nuca. A ojos de todas las demás personas de la casa, parece conocer su lugar, pero a mí me mira como si me odiara.

—¿Por qué tendría que odiarte?

—No estoy segura, pero la tomó conmigo desde el momento en que me vio. La semana pasada el orfebre entregó dos collares de plata que Agnes había encargado, como el que lleva Emmanuel. Fue asombroso: Phoebe ni siquiera apartó la vista del suelo mientras yo le ponía el collar, y no dijo nada, pero las oleadas de desprecio que emanaba se percibían con la misma intensidad que el hedor que despidе la fosa común de los apestados.

—¿Por qué habría de desagradarle un regalo tan caro? ¡Sin duda lo imaginaste!

—Te aseguro que no. —Susannah se interrumpió, preguntándose si debía compartir su secreto con Martha. Sentía una gran necesidad de hablar de eso con alguien. Dijo—: Hay otra cosa.

—¿Qué?

—Sin querer, oí algo que me preocupa.

—¿Ah, sí?

—Fue cuando llegaron los esclavos. Verás, Joseph nació cuando William trabajaba en la plantación de su tío. Oí a William decir a Agnes que Joseph es su hijo.

—¡No! —Martha se tapó la boca con las manos—. ¡Pero si es africana! No sería capaz...

—Por fuerza lo fue —atajó Susannah—. ¿Te he dicho que Joseph tiene la piel de un marrón claro poco común, ni oscura ni blanca? No soporto pensarlo, pero cada vez que miro a esa mujer y luego miro a Joseph, pienso en lo que debió de ocurrir y me invade un estado de agitación.

—¡En ese caso no te conviene pensar en ello! —instó Martha con firmeza.

—No puedo evitarlo. Y por otra parte, en nuestra boda, Henry y William discutieron. Entonces no lo entendí, pero ahora, cuando pienso en ello...

—¿Qué? —Martha, mirándola con los ojos desorbitados, se inclinó al frente, sin acordarse ya de sus remiendos.

—Los oí discutir. William dijo a Henry: «¡No quiero que los traigas aquí!», y Henry hincó un dedo en el pecho de William y contestó que ya lo había «prometido».

—No lo entiendo.

—Henry se había criado con Phoebe y Erasmus, y les tenía aprecio. Sospecho que se creía capaz de convencer a William para que actuara con ellos como debía en cuanto estuvieran en Inglaterra. Al fin y al cabo, Joseph es hijo de William.

—¿No creerás que Phoebe y él todavía...?

—¡No! No, seguro que no. —Susannah se puso en pie y empezó a pasearse—. Debió de ocurrir solo una vez. Tal vez se excedió con el ron y sucumbió a los bajos instintos.

—Te disgusta pensar en eso, ¿verdad? ¿No estarás celosa?

—¿Celosa? ¿De Phoebe?

—De cualquier mujer que atraiga la atención de William.

—¡Qué disparate!

—¿Tú crees?

—¡Claro que sí! —Recordó entonces el momento en que, la noche anterior, William tiró de ella y la besó en la frente y de pronto sintió una calidez incómoda.

James se movió en su cuna y empezó a gimotear.

Susannah lo tomó en brazos y se paseó por el jardín, dándole palmadas en la espalda para aliviar su llanto, pero vio que Martha la miraba con una sonrisa de complicidad en los labios.

FANTASMAS Y SOMBRAS

JUNIO
1666

La pesadez del pudín de cordero hervido de la señora Oliver, en combinación con el calor de esa noche de junio, tenía en vela a Susannah. La luz de la luna bañaba la habitación de una luminosidad plateada demasiado intensa para dormir. Mantuvo los ojos cerrados e intentó rescatar el delicioso sueño del niño en el vergel, pero se le escapaba una y otra vez. Dentro de ella, el bebé parecía percibir su inquietud; dio una voltereta y le causó otra oleada de ardor de estómago que la obligó a levantarse. Las tablas del suelo crujieron bajo sus pies descalzos y el eco resonó en la quietud de la noche mientras deambulaba, desasosegada, arriba y abajo. Abrió más la ventana, se asomó y sintió la presión del alféizar de piedra en el bulto duro de su barriga. Retirándose el pelo de la nuca, dejó que la suave brisa le refrescara la piel.

Por encima de los tejados, se oía la voz del sereno dando la hora y el estrépito de las ruedas de un carromato en los adoquines. Con un estremecimiento, se preguntó si sería la carreta de la muerte camino de la fosa común. ¿Qué sería de todos ellos? No había indicios de que la peste remitiera. El temor por el futuro, nunca lejano, volvió a atenazarla.

Un murciélago cruzó su campo de visión y otro se le unió un poco después, entrelazándose sus trayectorias en un vertiginoso ballet. De pronto un movimiento en el jardín captó su atención.

Aguzó la vista y vio una silueta que avanzaba lentamente por el claustro. La clara luna la iluminó por un instante antes de desaparecer entre las profundas sombras de los arcos para reaparecer al cabo de un segundo en la luz plateada.

Luego oyó el ruido, un grave lamento de desesperación se alzaba en la brisa. Era tal su desolación que a Susannah se le encogió el corazón.

La silueta volvió a salir de entre las sombras con la cabeza gacha y los puños apretados.

Susannah contuvo la respiración.

Era Phoebe quien, en el pequeño círculo de luz, sollozaba como si tuviera roto el corazón.

Un estado de confusión se adueñó de Susannah. Contempló a la otra mujer. Su instinto natural habría sido acudir de inmediato en ayuda de cualquier alma así de atormentada, pero vaciló debido a la mutua antipatía entre ambas.

De pronto Phoebe desapareció.

Susannah volvió a escrutar la oscuridad y esperó, pero no se movió ni un alma.

Susannah, avanzando apresuradamente por Fleet Street con la cabeza gacha, sorteaba los charcos lodosos dejados por una reciente tormenta de verano. Varias tiendas tenían cerrados los postigos y no se percibía el alegre bullicio de costumbre, pero el hecho era que la mayoría de las calles de la ciudad estaban igual. Un mendigo, desplomado contra una pared, se movió y le mostró esperanzado sus muñones para que los inspeccionara. Ella rebuscó en el bolsillo y le echó unas monedas en el gorro; pese a que no se acercó, le llegó su olor y arrugó la nariz. Nadie en su sano juicio se arriesgaría a contraer la enfermedad aproximándose a un desconocido, y menos a un mendigo, en una época como aquella.

Una rata muerta, monstruosamente hinchada y rebosante de gusanos, apareció en su camino, y ella contuvo una arcada a la vez que pasaba por encima del animal. ¡Incluso las ratas morían! Ya le faltaba poco para llegar. A unos cuantos pasos vio el cartel con el unicornio y el dragón mecerse en la brisa con un chirrido. Abrió la puerta de la tienda y entró.

Su padre alzó la vista detrás del mostrador y asomó a su rostro una sonrisa de bienvenida.

—¡Susannah, queridísima mía!

Ella notó el roce de su mentón áspero en la mejilla e inhaló su olor familiar y reconfortante. Se fijó en que no llevaba ya la magnífica peluca negra en la botica; había rescatado la antigua de color castaño para trabajar.

Manteniéndola a un brazo de distancia, observó su rostro.

—¿Estás bien? Se te ve radiante, aunque quizá un poco cansada.

—Duermo mal. El bebé me despierta con sus patadas y tengo ardores. Necesito menta y semillas de hinojo para aliviar el malestar de estómago.

—Prepárate una infusión con una pinta de agua y... —Se interrumpió—. ¡Perdona! Es la costumbre. Sabes hacer una infusión de menta tan bien como yo. Es una lástima que ya no puedas...

—Sí, lo es, ¿verdad? Aun así, el otro día me sentí útil mientras daba una friega a Peg en las encías con aceite de trébol para aliviarle un dolor de muelas.

Cornelius suspiró.

—No sabes lo mucho que te echo de menos. No solo por tu ayuda en la rebotica, sino también por nuestras conversaciones... —sonrió—, discusiones incluso, sobre los últimos libros y obras de teatro. Arabella, pese a todas sus virtudes, no lee ni se interesa en la actualidad. A veces desearía...

—Yo también.

Unas repentinas lágrimas destellaron en los ojos de Cornelius.

—Soy un viejo tonto y sentimental. No me hagas caso. —Sacó un poco de menta seca de uno de los tarros, trenzó una hoja de papel en torno a los tallos y se la entregó

—. ¿Subirás a ver a los gemelos? Arabella está en el salón y seguro que se alegrará de tener compañía femenina. Aquí se siente sola.

A Susannah nada le apetecía menos que hacer una visita de cortesía a Arabella, pero al advertir la expresión suplicante en los ojos de su padre, asintió con la cabeza.

—Samuel y Joshua habrán crecido mucho desde la última vez que los vi.

—Y que lo digas, y su capacidad pulmonar ha crecido con ellos.

—¿Todavía os despiertan por las noches?

—Ya no tanto, por suerte. Aunque ahora están con los dientes y a menudo andan muy irritables.

—¿Vendréis a sentaros con nosotras?

—Dentro de un rato. Tengo unas recetas urgentes que preparar. La peste ha azotado a una familia más en Thames Street.

—Pues dejadme que os ayude. Ya visitaré a Arabella después.

Susannah encontró su antiguo delantal marrón, lleno de manchas, colgado aún en la percha de la rebotica y se lo ciñó como si fuera un viejo amigo antes de ponerse manos a la obra.

—Al parecer, no hay manera de controlar la peste —comentó Susannah—. William sale a todas horas, día y noche, para atender a los enfermos. Si sigue así, enfermará él también. —Se agarró al borde del mostrador hasta que sus nudillos palidieron, asaltada de nuevo por sus temores.

—Viene a menudo a por recetas —dijo Cornelius—. Se ha convertido para mí en lo más parecido a un íntimo amigo desde que desapareció el pobre Richard. Los médicos y boticarios que quedan en la ciudad están desbordados. Y aun así, ¿qué podemos hacer si no ayudar a quienes nos necesitan?

Una vez preparados los remedios y vertidos en frascos, Susannah se quitó el delantal y volvió a colgarlo en la percha de mala gana.

—Como Ned todavía no ha vuelto, tengo que ir a entregar esto de inmediato —dijo Cornelius.

—¡No corráis ningún riesgo, os lo ruego! Dejad los frascos en el portal.

—Es lo que hago siempre. —Cornelius la abrazó y le dio un beso en la coronilla—. Vuelve pronto a verme. —Recogió el sombrero del mostrador y se marchó.

Susannah lavó la mano y el almirez y guardó los tarros en su sitio. Reparó en que ahora las etiquetas de algunos estaban escritas con la desprolija letra de Ned; aparte de eso, todo seguía igual. Flotaba aún en el aire el aroma de siempre, y aspiró hondo para saborearlo. Allí, en la botica, podía imaginar que nada había cambiado. Con un suspiro, cerró la puerta a sus espaldas y salió al pasillo.

Oyó las ruidosas pisadas de unos pies pequeños en la escalera, y los tres hijos mayores de Arabella, chillando y peleándose, aparecieron y la apartaron de un empujón.

Harriet se plantó en jarras.

—¡Ah, eres tú! ¿A qué has venido?

—Vengo de visita. ¿Cómo están los gemelos?

Harriet hizo una mueca.

—Alborotan y huelen mal. —Se marchó a todo correr detrás de sus hermanos sin volver la vista atrás.

Jennet preparaba un pudin en la cocina y se sobresaltó cuando Susannah le tocó el brazo.

—¡Señorita Susannah! ¡Me habéis asustado! —Se limpió las manos enharinadas en el delantal—. Me alegro de veros en casa. —El júbilo iluminó sus facciones poco agraciadas.

—Por desgracia, ya no es mi casa. Voy a subir a ver a mi madrastra, pero antes he querido verte a ti.

—Sois muy amable, señorita.

—Y me preguntaba si puedes darme un poco de pan con queso. Casi desfallezco de hambre.

—¿Os quedaréis a comer? Puedo añadir unas cuantas cebollas al pudin.

—Ya llevo aquí demasiado tiempo. ¿Me sirvo yo misma de la despensa?

—Tapad el queso cuando acabéis, o esas condenadas ratas roerán el stilton del señor. Le he preguntado a la señora si podía volver a tener un gato en la cocina para mantener a raya esa plaga, pero dice que no es higiénico que un gato ande rondando por la cocina.

—Tampoco lo es tener ratas. Aun así, recuerdo que la pobre *Tibby* más de una vez se servía un buen trozo de pescado de la mesa o unas natillas dejadas a enfriar.

—Los gatos son ladrones, de eso no hay duda, pero son mucho más eficaces que las trampas para reducir el número de ratas. ¿Por qué no os sentáis un rato al otro lado de la mesa mientras yo trabajo y me contáis qué habéis estado haciendo?

Al cabo de veinte minutos, Susannah sacudió las migas de su falda en el hogar.

—Ya no puedo aplazarlo más, Jennet; tengo que ir arriba. Seguro que Arabella disfrutará restregándose el hecho de que he perdido mi elegante casa y ahora soy una criada.

Arabella, reclinada en su diván, miraba por la ventana del salón con una labor de bordado olvidada en el regazo.

Susannah se detuvo en el umbral de la puerta y reprimió un estremecimiento de aversión al ver los muebles chinos de su madrastra. ¡Cómo podía haber hecho algo así! Pero ahora la situación ya no podía cambiarse, así que mejor poner buena cara.

Arabella se volvió y sonrió.

—¡Susannah! Admito que me muero de aburrimiento, así que me complace mucho verte. Ven a sentarte a mi lado y dame noticias.

Sorprendida por tan cálida recepción, Susannah dedujo que Arabella en efecto debía de aburrirse mucho.

—No tengo gran cosa que contar —respondió—. Por lo general me paso el día con la señora Fygge y en estos tiempos ella apenas sale.

—Muy sensato por su parte. La ciudad no es un lugar seguro, pero tu padre sigue negándose a huir al campo. No me puedo creer que la peste continúe entre nosotros después de tanto tiempo. No me atrevo a ir a la Real Lonja ni para comprar una cinta o unos guantes por miedo a poner en peligro mi vida, y mis amigas ya rara vez me visitan. Incluso nuestro carnicero ha muerto, y no hay manera de encontrar un poco de cordero aceptable. Todo resulta de lo más agotador.

—Tienes los libros de mi padre para ayudarte a pasar el tiempo.

—¡Libros! —Abrió sus ojos azules en una expresión de asombro—. ¿De qué sirven? Yo quiero ir a una fiesta o ver una obra de teatro o comer en una posada. La vida se me escapa y no la disfruto.

—Tienes a tus hijos y tu casa.

—Una casa muy pobre, dicho sea de paso.

—Yo siempre viví aquí muy a gusto.

—Tú no has conocido nada mejor.

Susannah se abstuvo de hacer comentarios a ese respecto.

—¿Cómo están los niños?

—Ahora mismo tranquilos, gracias a Dios.

—Ya he visto a Harriet y los chicos cuando salían, pero me gustaría ver también a los gemelos antes de irme.

—En este momento duermen, pero puedes ir a verlos si lo deseas. —Arabella observó la cintura ensanchada de Susannah—. ¿Para cuándo esperas la llegada del bebé? A juzgar por tu aspecto, deben de faltarte dos o tres meses.

—A finales de septiembre.

—¿Y qué planes tienes? Cabe suponer que ya habrás previsto adónde ir y cómo te las arreglarás después del nacimiento del niño.

—No iré a ningún sitio. La tía de mi marido nos ha ofrecido un hogar a mi hijo y a mí.

—Pero, Susannah, ¿no me digas que no te lo has planteado? —Arabella se incorporó, muy erguida, y el bordado cayó al suelo—. La señora Fygge es una anciana. ¿Qué harás cuando se muera?

—¡Está muy bien y no tiene intención de morirse!

—Eso imagino, pero en cualquier caso morirá. Y entonces ¿qué?

—Bueno —Susannah vaciló—, supongo que William heredará sus bienes.

—Él no necesitará una dama de compañía, ¿verdad? Y sería faltar al decoro que te quedaras en la casa con él. Sola.

Susannah se mordió el labio al tomar conciencia de la precariedad de su situación. Un escalofrío de inquietud le recorrió la espalda. ¿Acaso se había confiado demasiado?

—Él no me echaría —dijo.

—¿No te parece que te conviene asegurarte?

—¡Ese no es un asunto que pueda tratar con él!

—No seas obtusa, Susannah. No estoy diciéndote que hables de lo que pasará cuando Agnes vaya a reunirse con su Creador, sino que tomes medidas para asegurarte de que tienes un futuro en su casa. Con William.

Susannah sintió el calor ascender a sus mejillas al comprender el significado de las palabras de Arabella.

—Ahora no se interesará por ti, claro está, no mientras estés hinchada y fea con el hijo de su primo en el vientre, pero tendrás que actuar con premura en cuanto nazca el niño. Es una pena que cargues con el peso del hijo de Henry, pero debes encontrar otro marido lo antes posible. Las cosas podrían irte mucho peor. Admito que William siempre tiene una expresión adusta, pero si te gustan los hombres morenos y puedes pasar por alto sus estados de ánimo, es bastante atractivo.

Susannah fijó la mirada en sus manos, entrelazadas en el regazo, horrorizada por lo que sugería Arabella. Empezó a latirle el corazón con fuerza y notó el cosquilleo del sudor bajo los brazos. La sola idea de engatusar a William para atraparlo en el matrimonio le dio náuseas. Y no era cierto que tuviera una expresión adusta, sino solo desdichada. Se representó su rostro, contraído por la angustia cuando regresaba a casa después de perder a un paciente. De pronto le entraron ganas de llorar.

—No puedo... —Apenas consiguió hablar a causa de los descabellados pensamientos que se agolparon de repente en su cabeza. Y entonces, como si una vela acabara de prenderse en la oscuridad, comprendió la causa de su confusión.

Arabella suspiró.

—Bueno, si realmente no puedes ver a William como un marido adecuado, tendrás que buscar en otra parte. Pero te aconsejo que no pierdas el tiempo. Debes estar atenta ya mismo y elegir para poder actuar con prontitud una vez que haya nacido el niño. El tiempo no corre a tu favor. No te habrás dado cuenta, y aparecerán las primeras canas y se te aflojará otro diente y ya será demasiado tarde. Estarás condenada a pasar el resto de tu vida al servicio de otros y sometida a sus caprichos y rarezas. No tendrás seguridad en la vejez.

—Creo que voy a ir a echar un vistazo a los gemelos.

—Susannah, ¿has escuchado lo que te he dicho?

—Sí, Arabella.

—No hace falta que pongas esa cara de sorpresa. La señora Fygge te ha sido útil, pero debes estar preparada para crearte tú misma tus oportunidades en la vida. No tiene nada de grato estar sola en el mundo con un niño que mantener. Créeme, yo lo sé.

—Supongo que sí lo sabes.

—Debes estar preparada para hacer concesiones. Como yo las hice. Y tal y como yo lo veo, William es tu mejor oportunidad en estos momentos, aunque no sea tu elección de marido ideal. —Se inclinó al frente—. Oye, sé que no siempre hemos congeniado, pero ahora que te has marchado de la casa, puedo ofrecerte consejo en un verdadero espíritu de amistad, y así lo hago. La vida puede ser aterradora para una

viuda en la pobreza con hijos.

—Sí, no lo dudo. Y ahora subiré al cuarto de los niños, si no te importa.

Arabella, molesta, chasqueó la lengua.

—¡Lárgate, pues! Pero no vengas a mí en busca de ayuda dentro de cinco años cuando Agnes esté muerta, William casado con otra y a ti no te mire ningún hombre por tener patas de gallo.

Susannah se encontró con que las niñeras estaban más que dispuestas a permitirle entretener a sus hermanitos durante un rato. Por alguna razón, los bebés parecían percibir su actitud pensativa y, quietos en su regazo, le sacudieron los rizos con sus pequeños puños, fija en sus rostros una expresión de intensa concentración.

El problema, pensó Susannah mientras mecía a Joshua y Samuel en sus brazos, era que la cegadora revelación surgida del parloteo de Arabella resultaba tan perturbadora que la había dejado sin habla. Como nunca antes se había encontrado en una situación similar, no había tenido manera de reconocer el desasosiego que se había adueñado de ella de un tiempo a esta parte y solo ahora que tomaba conciencia de ello era capaz de entender su significado. De pronto veía con toda claridad que, a causa de la cercanía y el paso del tiempo, se había enamorado perdidamente de William.

Agnes se había retirado a su alcoba para echarse una siesta. Ahora sin obligaciones, Susannah descansó en su propia cama durante un rato, pero no pudo conciliar el sueño por el sinfín de pensamientos que se arremolinaban en su cabeza. Tendida con las manos entrelazadas sobre el vientre para captar hasta los mínimos movimientos en su interior, se preguntó cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes del significativo cambio operado en sus sentimientos por William.

Sin duda era aún el mismo hombre austero de expresión severa que siempre había sido, pero en el transcurso de los meses ella había visto algo, un simple amago de humor y vulnerabilidad que había despertado su afecto por él. No, era mucho más que eso, admitió ahora. Pero por alguna razón le parecía mal enamorarse de William llevando en sus entrañas al hijo de su primo. Y a eso se sumaba la desagradable circunstancia del antiguo vínculo entre él y Phoebe. Aun si pasaba eso por alto, había tenido que ser Arabella quien señalara que, tras verse Agnes liberada de sus preocupaciones terrenales, no sería posible que Susannah siguiera bajo el mismo techo que William. La idea de que él desapareciera de su vida la había paralizado de terror.

Al final, ante la imposibilidad de adormecerse, decidió bajar a la cocina y preparar unas galletas de jengibre para tentar el apetito de Agnes.

En la cocina reinaba un ajeteo propio de una colmena. Phoebe, con Joseph a su lado, fregaba las cazuelas. Peg, sentada a un extremo de la mesa, pelaba una pila de verduras y apartaba la mano de *Aphra*, que intentaba robar una zanahoria, en tanto que Emmanuel se reía de las payasadas del simio.

La señora Oliver, remangada, aporreaba la masa de pan como si tuviera algo personal contra ella, como, en efecto, así era.

—¿Os estorbaré si preparo unas galletas? —preguntó Susannah.

—Mejor será que os deis prisa. Pronto el fuego será demasiado intenso. Este año ya hemos perdido a tres panaderos por la peste. ¡Como si no tuviera ya trabajo suficiente, ahora encima tengo que cocer el pan!

—¿No podéis encontrar otro panadero? —preguntó Susannah.

—No tengo tiempo para andar por la ciudad de un lado a otro en busca de pan. ¡Peg!

Peg golpeteó a *Aphra* en el morro y le quitó una zanahoria de la mano.

—¿Sí, señora Oliver?

—¡Más carbón! ¡Y no te despistes! Procura que el fuego arda bien o el pan quedará duro como una piedra.

Sin mediar palabra, Peg asió el cubo del carbón que estaba junto a la chimenea y se dirigió a la carbonera a toda prisa.

—Voy a ayudarle —se ofreció Emmanuel.

—Daos prisa o iré a buscaros a los dos. Y no te ensucies esa librea de terciopelo o la señora se enfadará.

Aphra aprovechó la ocasión y se apoderó de una zanahoria antes de retirarse a lo alto de la alacena, parlotando entusiasmada por su premio. Joseph, dando brincos, lanzó nabos a la mona y le gritó para que bajara mientras Phoebe guardaba los cacharros ruidosamente.

—A veces creo que esta cocina es peor que Bedlam —se quejó la cocinera con un suspiro a la vez que se apartaba un rizado mechón de pelo de la cara con la mano enharinada—. Tengo que vigilar a esos dos. El otro día los sorprendí besuqueándose en la despensa.

Susannah deshizo los terrones de azúcar preguntándose si debía preocuparse por Peg, pero recordó entonces que la chica, según ella misma le había contado, había atizado en la cabeza con un candelabro al «hermano» de la señora McGregor y saltado por la ventana de la casa de Cock Lane. Decidió que Peg sabía cuidarse sola. No obstante, sintió alivio cuando Emmanuel apareció al cabo de unos minutos con el cubo del carbón.

Mientras tamizaba la harina para retirar la cascarilla, Susannah observó con disimulo a Phoebe. Había encontrado un pedazo de tela de algodón blanca y se lo había liado a la cabeza a modo de turbante. Le confería un aspecto de curiosa dignidad mientras llevaba a cabo las tareas con su parsimonia habitual. No exteriorizaba el menor rastro de su angustia de la noche anterior, y miró a los ojos a Susannah con tal impertinencia que esta ahogó una exclamación.

Con el calor del sol en la espalda, Susannah tarareaba mientras regaba las hierbas en el huerto. El perejil había crecido lo suficiente para arrancar ya unas ramitas y usarlas en la cocina. Quizá preparara una tortilla con hierbas picadas para William cuando regresara a casa. Este había visto tan horrendos sufrimientos en los últimos meses y se lo veía tan agobiado por las preocupaciones que deseaba mimarlo.

Al arrodillarse en la tierra húmeda para cortar el perejil, se los imaginó a los dos sentados a la luz de las velas, en amable charla mientras él se comía la tortilla. Se lo representó sonriéndole, y después le tomaría la mano y se la llevaría a los labios. Ella se inclinaría hacia él, solo un poco, y entonces él... La puntera de una bota de hombre apareció en su campo de visión. Alzó la vista y vio al objeto de sus ensoñaciones mirarla con una media sonrisa que la convenció de que él era capaz de adivinarle el pensamiento. Notó que el color le subía a las mejillas e intentó ponerse en pie, pero, al enredarse con la falda húmeda, no tuvo más remedio que aceptar la

mano que él le tendía, y al hacerlo se le cayó el manojo de perejil.

—Vuestro huerto sale adelante —comentó William a la vez que recogía el perejil. Susannah, sacudiéndose la tierra y los hierbajos de la falda, rogó que él no advirtiera la fuerza con que le latía el corazón en el pecho.

—Siempre había deseado tener un huerto —repuso ella, casi sin aliento—. ¿Ha visto qué apretadas crecen las hojas rizadas del perejil? Y tiene un verde precioso —añadió Susannah. Él enarcó una ceja y ella sintió que volvía a sonrojarse—. Hablo sin ton ni son, ¿verdad? No teníais que haberos presentado con tanto sigilo. Me habéis sorprendido.

—No era mi intención sobresaltaros, pero admito que os observaba mientras trabajabais. Se os veía tan a gusto tarareando para vos que no he querido molestaros.

—Según parece, cuando me ocupo del huerto el resto del mundo me es indiferente. Todas las preocupaciones e inquietudes parecen muy lejanas. El estrecho contacto con la tierra tiene un gran efecto curativo, ¿no creéis?

Él la miró por un largo momento, su semblante inexpresivo, casi como si sus pensamientos estuvieran en otra parte.

—Eso mismo decía mi madre —comentó al fin. Parpadeó, como para romper un hechizo—. Y tenéis razón acerca del perejil. —Le tendió el manojo—. Su tono es casi tan hermoso como el verde de vuestros ojos.

Ella tendió la mano para recogerlo, y cuando sus dedos se rozaron, lo oyó respirar hondo, como si el contacto con ella lo hubiera abrasado.

Quedaron paralizados por una fracción de segundo que pareció una eternidad y ella fijó la mirada en la mano de él junto a la suya. Subyugada, examinó los dedos largos y la tracería de venas que se traslucían a través de la piel apenas bronceada en el dorso de las manos. Experimentó un repentino y abrumador deseo de besar la piel de apariencia vulnerable en la cara interior de su muñeca, donde se perdía de vista bajo el encaje de los puños.

De pronto la mano de él se cerró en torno a la suya con tal fuerza que Susannah ahogó un grito.

—¿Susannah? —Ahora tenía el semblante serio, sin el menor rastro de humor—. Debo hablar con vos.

—¿Sí, William? —Sin duda él debía de ver la palpitación del pulso en su garganta. ¿Iba a reconocer su parentesco con Joseph? ¿O podía ella atreverse a albergar la esperanza...?

William tragó saliva y miró las manos de ambos, los dedos todavía entrelazados.

—Quizá os habéis percatado de que...

Un repentino grito los sobresaltó a los dos y se soltaron como si sus manos fueran ascuas encendidas. Al volverse, vieron a Joseph perseguir a Emmanuel por el jardín con una escoba. El pequeño daba gritos de alegría mientras Emmanuel, contorsionándose y zigzagueando, no permitía que Joseph lo alcanzara. Atravesaron el claustro a todo correr, junto con el eco de sus risas en la arcada, y desaparecieron

tan pronto como habían llegado, con lo que el jardín quedó en silencio una vez más.

Cuando Susannah se volvió hacia William de nuevo, sintió una patada del bebé y apoyó una mano sobre el piececillo que presionaba dentro de ella.

William posó la mirada en su vientre abultado y retrocedió un paso.

—¿William?

—Debo ir a ver a mi tía —dijo él. Bruscamente se dio media vuelta, se alejó a zancadas por el jardín y desapareció en el interior de la casa.

Las lágrimas nublaron la visión de Susannah. Los tallos verdes y frescos del perejil habían quedado maltrechos, aplastados bajo el pie de William cuando escapó de ella apresuradamente.

Mientras Susannah peinaba a Agnes y le hacía una fina trenza rematada en su extremo con una cinta, revivía su encuentro con William en el jardín. Se le aceleró el pulso con solo recordarlo.

—¿Os pondréis el gorro de noche? —preguntó.

—Hace demasiado calor. Nunca me ha gustado el calor del verano en la ciudad. El hedor engendra fiebres y la peste nunca anda lejos. Hemos tenido suerte.

—Excepto Henry.

Agnes se encogió de hombros.

—Debería haber sabido que no le convenía frecuentar tabernas y cervecerías; eso era tentar al diablo para que le infligiera una vil enfermedad.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Debía conocer a gente para entablar negocios nuevos.

—¡Y ya ves cómo acabó! Y ahora Will se pasa los días visitando a los enfermos y poniéndose en peligro. —Agnes se tironeó nerviosamente del puño del camisón.

Susannah cerró la mano en torno al peine con tal fuerza que se le clavaron las púas de marfil en la palma. Vivía con el incesante temor de que William enfermara.

—Nunca sentí gran aprecio por Henry —prosiguió Agnes—. Se parecía demasiado a su madre, que se dedicaba a buscar solo diversiones placenteras y era incapaz de sobrellevar las desilusiones de la vida. Will, en cambio, es muy distinto de su primo.

—Se preocupa mucho por sus pacientes.

Agnes suspiró.

—Corre las cortinas, ¿quieres? Ayúdame a acostarme y léeme algo tranquilizador.

Susannah corrió lentamente las cortinas de la ventana bien cerrada, reacia a privarse de la belleza de la espectacular puesta de sol. En la alcoba el ambiente era claustrofóbico después del calor del día, pero Agnes temía los nocivos humores que se elevaban desde las calles de la ciudad más aún de lo que le desagradaba dormir en una alcoba en exceso calurosa.

Susannah tomó un libro de la mesilla de noche y acercó el taburete a la vela. Se obligó a arrinconar sus tumultuosos pensamientos en el fondo de su mente en cuanto empezó a leer.

«Ven, vive conmigo y sé mi amor,
y probaremos todos los placeres
que dan valles, arboledas, colinas y campos,
bosques o escarpadas montañas.»

Miró a Agnes y vio que tenía los ojos cerrados. Solo por un momento se permitió pensar en William y su visita a Merryfields. ¡Qué plácido era aquel lugar y qué alejado se lo veía a él de las preocupaciones mundanales!

«Y nos sentaremos en las rocas
viendo a los pastores apacentar sus rebaños
junto a arroyos a cuyos saltos de agua
las melodiosas aves cantan madrigales.»

Agnes tenía la boca abierta y la respiración acompasada, pero ese día las palabras de Christopher Marlowe eran incapaces de apaciguar el ánimo revuelto de Susannah.

Esa mañana en el jardín, ¿cómo podía haber imaginado, siquiera por un momento, que William sentía afecto por ella? Su embarazo le repugnaba y, como Arabella había señalado, difícilmente podría encontrarla atractiva mientras estuviera hinchada y fea por llevar dentro el hijo de otro hombre.

Con sumo cuidado para no despertar a su señora, Susannah volvió a dejar el libro en la mesilla y salió de la habitación. Tan abstraída estaba aún en William, que no oyó a Joseph acercarse a todo correr por el pasillo hasta que la adelantó. Susannah tendió la mano y lo atrapó.

—¿Adónde vas con tantas prisas, hombrecito?

—¡No quiero irme a la cama!

—Pero ya es tarde. —Susannah alzó la vista al oír unos pasos y vio a Phoebe—. Ahí está tu madre. Sé bueno y obedécela.

Phoebe tomó al niño de la mano.

—¡Vamos, Joseph!

—¡No estoy cansado!

—Pero mañana sí lo estarás si no descansas ahora —terció Susannah—. No quiero ver que te quedas dormido mientras te enseño las letras. Tu madre estará muy orgullosa de ti cuando sepas leer y escribir, ¿verdad, Phoebe?

La mujer negra echó al frente el labio inferior en un gesto de desdén.

—Un esclavo no necesita letras —contestó—. Un esclavo necesita libertad.

—Quizá... —Susannah vaciló, intentando pasar por alto el antagonismo entre ambas—. Quizá cuando Joseph sea mayor, si sabe leer y aprende a abrirse camino en el mundo, pueda ser libre.

—Eso si es que vos decidís que puede ser libre. ¿Por qué tenéis poder sobre su vida o la mía? ¿Qué es lo que os hace mejor que Joseph o yo? —Phoebe casi escupió las palabras y una peligrosa luz destelló en sus ojos.

Susannah dio un paso atrás.

—Me gustaría que Joseph tuviera oportunidades, pero para eso necesita una educación.

—¿Educación? ¡Ja! Esa es una palabra de blancos. ¿Pensáis que mi hijo necesita educación porque es hijo de un blanco?

—¡No es solo porque Joseph sea hijo del doctor Ambrose!

Phoebe fijó la mirada en ella. A continuación una sonrisa se desplegó lentamente en su semblante.

—¿Sabéis que Joseph es hijo del doctor? ¿Y queréis ayudar a Joseph?

—El doctor Ambrose me ha pedido que enseñe las letras a Joseph.

Phoebe movió la cabeza en un pausado gesto de asentimiento.

—Os he visto mirar al doctor Ambrose. Creéis que si enseñáis a Joseph, el doctor os amará.

—¡Cómo te atreves!

—Joseph es mi hijo. Y el doctor su padre. ¡No lo olvidéis! Hace solo unos meses que murió vuestro marido, y ya buscáis otro hombre, incluso antes de que llegue el niño. Mi gente tiene un nombre para esa clase de mujeres. —Phoebe agarró con firmeza a Joseph de la mano y se lo llevó a rastras.

Susannah los observó desaparecer tras el recodo; le temblaban los dedos por el deseo de borrar de un bofetón la sonrisa triunfal del rostro de la otra mujer. ¡Cómo se atrevía! Entró en la capilla y cerró de un portazo para desahogar sus sentimientos.

El sol poniente había teñido las paredes de la capilla de un vibrante color dorado, y Susannah se sentó en el banco junto a la ventana. Hecha un ovillo, contempló el disco naranja del sol descender por detrás de los tejados. Al cabo de un rato la belleza de la puesta de sol empezó a aliviar la agitación de su mente. Abajo las sombras envolvían ya la calle y unas cuantas personas regresaban presurosas a sus casas. Una rata serpenteó por el suelo, se detuvo a investigar una pila de desechos de una cocina, y allí se quedó, sin el menor recato, royendo un hueso. En las ventanas de las casas de la acera de enfrente fueron apareciendo velas, una por una, a medida que oscurecía.

Una silueta familiar avanzó a zancadas por la calle, sorteando con destreza la basura.

Esa noche William llegaba temprano, pensó Susannah, y el corazón le latió con fuerza. Se atusó los rizos y se pellizcó las mejillas, deseando con toda su alma que él fuera en su busca y prosiguiera su conversación interrumpida.

Se oyó el sonoro ruido de la puerta de entrada. Enseguida unas pisadas subieron

por la escalera, resonaron en el pasillo y se detuvieron frente a la puerta de la capilla.

Susannah contuvo la respiración.

Al cabo de un momento las pisadas siguieron adelante.

Sin proponérselo, ella pronunció su nombre.

—¡William!

La puerta se abrió con un chirrido, y William asomó la cabeza.

—¿Qué hacéis aquí, Susannah, sentada a solas en la oscuridad?

—Agnes se ha acostado temprano y he estado contemplando la puesta de sol.

—¿Queríais algo?

Las incipientes esperanzas de Susannah se desvanecieron.

—No, solo me preguntaba si habéis tenido un buen día.

—Habida cuenta de que no ha habido muertes, podría decirse que he tenido un buen día, supongo. ¿Y qué tal vuestra salud? ¿Seguís bien?

—Aparte de un poco de dolor de espalda y alguna que otra pesadilla, estoy bien, gracias.

—Me complace oírlo.

—El otro día vi a la partera Joan. Me dijo que los sueños muy vívidos son algo normal en una mujer en mi estado.

—Es una excelente comadrona, con un buen historial de partos felices. —William se interrumpió, como si se le hubiesen agotado por fin los temas de conversación triviales—. Os deseo buenas noches, pues.

—Buenas noches.

Susannah dirigió la mirada de nuevo hacia la calle cada vez más oscura, con un ardor en los ojos por la decepción. ¿Habían sido imaginaciones suyas, pues, que William la había mirado con afecto en los ojos? No, más que afecto. ¿O acaso su actual estado inflamaba su fantasía? Pero había tenido la certeza de que él se disponía a decirle que sentía algo por ella.

No servía de nada quedarse soñando en la penumbra como una tórtola enamorada de un hombre que solo la veía como una paciente. Y para colmo, como una desamparada necesitada de caridad. Mientras se erguía para levantarse del asiento junto a la ventana, vio abrirse de par en par la puerta de la casa de enfrente. Una mujer joven salió a trompicones. Susannah la identificó: era Jane Quick. Llevaba suelta sobre los hombros la rubia melena. Se echó a correr por la calle, chapoteando por el albañal hediondo, indiferente al lodo.

Al cabo de un par de segundos Susannah oyó unos aldabonazos y se sobresaltó. Para cuando llegó al pie de la escalera, Peg ya había abierto la puerta y Jane, allí de pie, se retorció las manos y sollozaba.

—¡El médico! ¿Está? ¡Debe venir inmediatamente, por favor! Es Edwin. Ha estado moqueando y estornudando por un resfriado de verano, pero esta noche ha tenido un desmayo y no puedo despertarlo. Tiene mucha fiebre y no sé qué hacer.

Peg se arrimó a la pared.

—¿La peste? ¡Marchaos! ¡Aquí no queremos la peste!

—¡Peg! —la reprendió Susannah con aspereza—. ¡Estás perdiendo el control! Sube y avisa al doctor Ambrose. ¡Ahora mismo!

—Sí, señora. —Peg corrió escalera arriba.

Susannah contuvo su propio miedo ante el terror que asomaba a los ojos de Jane Quick.

—Id a hacer compañía a Edwin —dijo—. El doctor Ambrose irá a vuestra casa. Y os enviaré un frasco de una medicina excelente que tengo en la destilería.

Jane Quick acababa de irse cuando William bajó presuroso por la escalera con la máscara rostrada en la mano.

Susannah lo agarró por la manga.

—William, tendréis cuidado, ¿verdad? ¿Y si es la peste?

—En ese caso todo estará en manos de Dios y será poco lo que yo pueda hacer, excepto aliviar el sufrimiento del niño y esperar.

—Pero ¿y si estornuda ante vos?

William esbozó una sonrisa.

—Aprendí hace mucho a esquivar un estornudo. Y en cualquier caso tengo la teoría de que la peste no se propaga a través de los estornudos y el aire viciado.

—¡Una teoría! ¿Y eso de qué sirve?

—De momento es mi mayor esperanza.

—¡Esperad, solo un momento! He prometido a la señora Quick un frasco de mi jarabe para la prevención de la peste. —Corrió a la destilería y, al regresar, colocó el frasco en la mano de William—. Tomad también vos una dosis.

Él asintió y cerró la puerta al salir.

Rayaba el alba cuando Susannah despertó, sobresaltada. Había permanecido en vela en el banco junto a la ventana de la capilla, en espera de que William saliera de la casa de enfrente, y al cabo se adormiló junto antes del amanecer, hasta que un escalofriante grito reverberó entre las casas.

En la calle, Jane Quirk forcejeaba y se retorció entre los brazos de su marido, que intentaba aplacar sus chillidos. Un caballo y una carreta se habían detenido frente a la casa con su tético cargamento de cadáveres medio cubiertos con sacos. El cochero bajó de un salto y sujetó la cabeza del caballo que, asustado por el alboroto, relinchaba y piafaba.

El corrillo retrocedió como las aguas del mar Rojo cuando uno de los enterradores salió de la casa con el cuerpo de un niño.

Ahogando un grito de terror, Susannah descendió precipitadamente por la escalera a tiempo de ver a William salir a toda prisa por la puerta.

—¡No os he oído llegar a casa!

—He regresado hace una hora, después de avisar a los vigilantes de que el niño estaba gravemente enfermo.

Cuando el enterrador cubrió al niño con el saco, Jane Quick empezó a agitarse y gritar de nuevo.

—¡Francis! ¡Francis, no dejes que se lleven a nuestro hijo! ¿Es que no lo ves? Solo está dormido. ¡Es un resfriado de verano, nada más!

—¡Jane, se ha ido! Edwin se ha ido. —Francis Quick estrechó a su mujer contra el pecho y hundió la cara entre su cabello suelto.

De repente Jane abandonó el forcejeo y con un sollozo lastimero se desplomó contra él.

El cochero volvió a subir a la carreta, azuzó al caballo con el látigo y se alejó lentamente.

Susannah se mordió los nudillos al ver la aflicción de Jane, y unas lágrimas de compasión bañaron su rostro.

—Debéis entrar ya en casa —instó William a la pareja llorosa—. ¿Tenéis familia que pueda daros de comer?

—¿Darnos de comer? ¿Creéis que podemos comer mientras nuestro hijo va camino de la fosa común de los apestados? —repuso Francis Quick.

Jane gimió y apoyó la cara en el hombro de su marido.

—¿Tenéis familia cerca? —insistió William—. ¿Puedo ir a avisar a alguien de vuestra parte?

Quick movió la cabeza en un gesto de negación.

—Toda nuestra familia vive en Leicestershire. Vinimos a Londres hace solo un año.

—Tengo que ir con Edwin —gimoteó Jane—. Debo saber adónde lo llevan.

Se apartó de su marido e hizo ademán de echarse a correr tras la carreta, pero un hombre de complexión recia y armado con una alabarda dio un paso al frente, separándose del corrillo que ya se dispersaba, y se interpuso en su camino.

—Regresad a la casa, señora —ordenó—. Tenéis que quedaros en cuarentena.

—Pero debo ir...

—No podéis. —La agarró con sus robustas manos y la empujó hacia la puerta abierta de la casa—. Y vos también, caballero. Ya.

Los Quick se rindieron y entraron.

William, pálido, se acercó para tomar a Susannah del brazo, pero cambió de idea.

—Debo lavarme para prevenir el contagio. Permitidme que os lleve a casa.

—¡William, yo los conozco! Me tropecé con Jane Quick y el pequeño Edwin hace unas semanas —dijo Susannah entre sollozos—. Edwin se cayó en un charco y Jane lo riñó. Entonces era un niño travieso y ahora están a punto de echarlo a la fosa y cubrirlo de cal como si fuera un trozo de carne de caballo podrida.

—No penséis en eso. Recordad que ha ido a un lugar mejor.

—¡Mirad! Por Dios, William, ¿eso es necesario?

El vigilante había empezado a tapiar la puerta de la casa de Jane Quick, y Susannah hizo una mueca a cada martillazo.

Dentro de la casa Jane Quick empezó a gritar otra vez.

Un negro abatimiento se posó en la casa como la carbonilla suspendida en la bruma. Susannah, sentada en el banco junto a la ventana, observaba una hora tras otra la casa de enfrente, obsesionada con el recuerdo del cuerpo del pobre Edwin. En la puerta había ahora pintada una cruz roja, y los viandantes daban un amplio rodeo al pasar por delante. El vigilante, repantigado en el portal, se hurgaba los dientes con un cuchillo, y al final del día cedía su puesto a otro guardia para el turno de noche.

William visitaba a los Quick a diario, y hablaba con ellos a través de la ventana del piso superior. Contó que la pareja no presentaba síntomas de peste, pero sí sufría una profunda enfermedad del alma.

Un gran manto de humo se elevó por encima de los tejados cuando echaron a una hoguera la cama y las mantas y las sábanas de Edwin en el patio trasero. Cuando quedó claro que sus padres no habían contraído la enfermedad, Agnes dio permiso a Susannah para revolver el armario de la ropa de cama y llevar un juego de sábanas y una manta a la casa de enfrente. Susannah fue a buscar hierbas depuradoras a la botica de su padre para que los Quick eliminaran la pestilencia a base de humo y les preparó una cesta con provisiones.

Francis Quick bajó una cuerda desde la ventana para izar la cesta.

—Gracias, señora Savage. La comida que teníamos se ha estropeado y un mes es mucho tiempo para privarse de alimento.

—Volveré —dijo Susannah—. ¿Cómo está la pobre Jane?

—Se pasa el día llorando en la cama y está quedándose en los huesos.

—Decidle que pienso en ella.

Esa noche William dejó escapar un suspiro y soltó el cuchillo.

—¡No me miréis así, Susannah! Me quita el apetito.

—Quiero asegurarme de que los Quick no os han contagiado.

—¿Creéis que estaría aquí poniéndoos a todos en peligro si creyera que estoy enfermo? Comed y procurad no preocuparos.

—¡Claro que nos preocupamos! ¿Y si...?

Agnes levantó la mano para hacerla callar.

—William es mucho más sensato que Henry —declaró.

—¡Santo Dios, eso espero! —exclamó William, horrorizado.

En el posterior silencio, Susannah no pudo por menos de pensar que, por sensato que William pareciera, era el hombre que había engendrado un niño con una esclava.

William se cortó otra rebanada de pan.

—He observado un dato interesante, y es posible que escriba un artículo sobre el

tema más adelante. Según he visto, allí donde hay más hacinamiento, pobreza e inmundicia, la enfermedad se hace más virulenta. En las casas más ricas, lo habitual es que solo haya una o dos víctimas, por más que estornude el paciente. Y no mueren todos los que enferman.

—Así que... —Susannah vaciló mientras reflexionaba acerca de esta nueva idea—. ¿No creéis, pues, que la peste se transmite por los estornudos y los malos humores presentes en la niebla o el río?

—A mi juicio, o bien el Señor vela por mí, o bien el mal no se propaga por esos medios que describís. Incluso puede que haya distintas clases de peste. —Se inclinó al frente—. Si fuera posible eliminar de la ciudad las casas de vecindad infestadas de ratas y limpiar la mugre de los callejones y albañales, estoy seguro de que sería posible mantener a raya la peste.

—En la ciudad siempre hay peste —dijo Agnes—. Ha estado aquí desde que tengo memoria. Cada tanto reúne fuerzas y nos acecha.

—¡No es posible que no podamos hacer nada más! —exclamó Susannah—. Si al menos yo hubiese nacido hombre, podría haber sido boticario. O incluso médico.

William esbozó una tensa sonrisa.

—Pero el mundo es un lugar mejor por vuestra gracia femenina.

Agnes soltó una carcajada.

—Hacía mucho tiempo que no te oía hacer un cumplido a una mujer, William.

—Me limito a decir la verdad —afirmó.

Susannah vio con satisfacción que los lóbulos de las orejas de William enrojecían tanto como sus propias mejillas.

—Lo que decís está muy bien —contestó—, pero no tengo ninguna utilidad, y eso me molesta.

—Sí tenéis una utilidad: dar clases al pequeño Joseph. Y por lo que sé, también enseñáis a Emmanuel. El otro día lo encontré deletreando las palabras de mi periódico.

Agnes apartó su plato.

—¿Qué utilidad tiene enseñar a leer y escribir a un esclavo, y más si es fuerte y podría dársele un uso mejor en los campos?

—Hay muchas razones para ello —contestó William—. Un esclavo, una mujer o un niño de la chabola más mísera... todo el mundo debería tener la oportunidad de recibir una educación. ¿Quién sabe qué tesoros se esconden tras la fachada más inesperada?

—¿Y qué pasará cuando se haya educado hasta al último sirviente? —Agnes dio un puñetazo en la mesa—. ¿Quién vaciará entonces los orinales?

Susannah siguió durmiendo mal a causa de las pesadillas y una mañana despertó

temprano, enredada entre las sábanas y con el corazón acelerado. Había vuelto a soñar con la atroz lucha de su madre en el parto y la brutal muerte del bebé. La angustia de su madre se le antojaba tan real que cada vez que soñaba con eso, sentía la pena en el pecho a lo largo de todo el día: un sentimiento punzante y vacío que renovaba en ella el temor a perder a su propio hijo.

Apesadumbrada, se vistió y bajó.

Peg preparaba el fuego, y Phoebe sacaba brillo al peltre.

—Habéis madrugado —dijo la señora Oliver mientras metía el pan en el horno y cerraba de un portazo—. ¿No habéis dormido bien?

—Otra pesadilla.

—Quizá os convenga prescindir del queso en la cena.

Phoebe le dirigió una mirada larga y severa; acto seguido reanudó su tarea.

Susannah la miró por encima del hombro al salir, y habría jurado que vio una sonrisa en sus labios.

Agnes despertó de mal talante.

Aunque Susannah intentó mejorarle el humor con buenas palabras, sus esfuerzos solo le valieron acres reprimendas. Le ayudó a vestirse, pero la anciana, quisquillosa y difícil de complacer, se cambió dos veces de ropa.

—Tráeme el espejo —ordenó Agnes. Se miró por un momento. Por fin suspiró—. Nunca he sido hermosa, como lo fue mi hermana, pero la vejez me ha arrebatado cruelmente la poca belleza que tenía.

—Aquello de lo que uno carece en la juventud queda compensado por una mayor fortaleza de carácter —dictaminó Susannah.

—¿Por qué no dices simplemente que soy una vieja cascarrabias?

—Porque no es verdad. O al menos no siempre —musitó en voz no muy baja.

Agnes soltó una risotada.

—Ve a traerme la polvera, y no pienso soportar una sola insolencia más.

Agnes decidió por fin que estaba lista para hacer frente al mundo y, apoyándose pesadamente en su bastón, renqueó hacia la capilla.

Esa mañana nada la contentaba. Susannah se ofreció a leerle, pero Agnes no estaba de humor para escuchar. Sacaron el tablero de ajedrez, pero Agnes perdió interés casi de inmediato. El parloteo de Emmanuel y Joseph le produjo dolor de cabeza, y los mandó a la cocina. Peg le llevó el almuerzo en una bandeja, pero Agnes apenas probó el fricandó de conejo y la ensalada verde.

Susannah, irritada con todo aquello, pasó un día horrendo y llevó a cabo sus obligaciones con menos atención que de costumbre. Agnes la sacó de quicio con sus continuas cavilaciones sobre lo que sería de ellos si la peste llegaba a la Casa del Capitán a través del aire. Para colmo, Susannah sentía punzadas de dolor en las caderas, y aunque sabía que eso solo se debía a que los ligamentos se distendían para permitir el tránsito del bebé, las molestias le agriaban el humor y estaba tan irascible como Agnes.

Después de la cena, Susannah escapó al claustro, donde William la encontró con el pañuelo en la mano y el rostro brillante. Acarreaba un paquete enorme que se apresuró a dejar en el suelo antes de sentarse en el banco junto a ella.

—Susannah, ¿qué os pasa?

—¡Todo! —Se sorbió la nariz y se enjugó los ojos.

—¿Por qué no me habláis de ello? —Le acarició la mano suavemente con la yema del dedo índice y ella deseó apoyar la cabeza en su amplio pecho.

—Agnes ha estado enfadada conmigo todo el día y yo he perdido la paciencia con ella.

Él le dirigió una sonrisa irónica.

—Es difícil de complacer cuando anda con el genio torcido.

—Y tengo unas pesadillas atterradoramente vívidas. Veo a mi madre en su lecho durante el parto, pidiendo ayuda a gritos mientras el médico, inclinado sobre ella, se ríe y afila su cuchillo.

—Eso es muy desagradable, pero solo es un sueño, Susannah.

—¡William, me da miedo el futuro! —Sintió el peso de la angustia en el pecho—. No puedo quedarme en esta casa para siempre. ¿Adónde iremos mi hijo y yo? —Las lágrimas empezaron a rodar otra vez por sus mejillas y se sonó ruidosamente con el pañuelo.

—No debéis ni pensar siquiera en marcharos a otro sitio.

—Y tengo ardores de estómago a todas horas y me duele la espalda y he empezado a caminar como un pato.

William la miró por un momento y de pronto soltó una carcajada.

—¡Vamos! —La rodeó con el brazo y la atrajo hacia su pecho—. Es cierto que las mujeres embarazadas son propensas a sueños raros y extrañas fantasías...

—Pero yo...

—¡Chist! —William le tocó los labios con un dedo—. Pero esta es la fantasía más extraña que he oído nunca.

—¿Cuál? ¿Preocuparme por mi porvenir? —Susannah cerró los ojos y aspiró el olor de William, su camisa limpia y su piel cálida a la vez que se solazaba en la fuerza del brazo que la envolvía, deseando que ese momento durara para siempre.

—No. Lo del pato. Ni con un colosal esfuerzo de la imaginación, podría uno pensar que os movéis con la falta de gracia propia de un pato.

William alcanzó el pañuelo empapado y, con infinita delicadeza, le limpió las lágrimas.

Acercó tanto su rostro que Susannah veía el asomo de barba oscura en su mandíbula.

Se humedeció los labios y sintió una repentina agitación en el corazón.

Muy despacio, William ahuecó las manos en torno a la barbilla de Susannah y le

examinó con detenimiento el rostro.

—Sois preciosa —susurró.

—¿William? —musitó ella.

Él dejó escapar un gemido y aproximó su boca a la de ella.

Susannah le echó los brazos alrededor del cuello y se ahogó en la calidez del beso. Sintió que William, tierno y a la vez apasionado, se contenía, ante lo cual se avivó aún más su anhelo por él. Desfallecida y rendida, deseó que ese momento no acabara nunca. Sabía que jamás olvidaría ese beso, aunque viviera hasta los setenta años.

Al final él la soltó y le levantó el mentón para mirarla a los ojos.

Ella sintió el rubor en las mejillas.

—El otro día, en el jardín...

—Estuve a punto de besarte.

—Eso me pareció. Pero...

—Pero ¿qué?

—Me pregunté si te inspiraba repugnancia.

—¿Cómo pudiste pensar una cosa así?

—Vi cómo me mirabas. —Se llevó la mano al vientre.

—¡Cómo voy a sentir repugnancia! Estás en flor como una rosa magnífica.

—Que anda como un pato.

—Una rosa magnífica. Pero pensé que te parecería una falta de consideración que te declarara mis sentimientos cuando llevas dentro al hijo de mi primo. Y cuando tu viudedad es tan reciente.

Susannah eludió su mirada escrutadora.

—Yo no quería a Henry —dijo por fin—. Lo intenté. Me lo propuse. Pero no pude.

William exhaló un lento suspiro y le acarició la mejilla con el pulgar.

—No puedo decir que lo lamente.

—Para mí, fue toda una sorpresa descubrir que iba a tener un hijo suyo. —Incómoda, bajó la vista al suelo—. El matrimonio no se... no se consumó hasta pasados unos meses. Y esa fue la única vez, y yo no imaginaba que el fruto sería un hijo. Y menos por lo insatisfactorio que fue para Henry y para mí. —Por un momento revivió la humillación que sintió cuando Henry se apartó de ella. Desafiante, miró a William a la cara—. Sé que es indecoroso hablar de estas cosas, pero quería que lo supieras.

William le sostuvo la mirada.

—Me alegro mucho de que me lo hayas dicho. Con demasiada frecuencia os he imaginado a Henry y a ti... —Apretó los dientes y desvió la vista—. Los celos son algo terrible.

—Sí —convino Susannah, pensando en Phoebe. No quería que William tuviera secretos para ella. ¿Era ese el momento idóneo para decirle que sabía que él había

sido amante de Phoebe y que Joseph era su hijo?

William se agachó para recoger el paquete del suelo.

—Te he traído un regalo.

Pasó la ocasión.

—¿Para mí?

Al aceptarlo, notó el enorme peso sobre las rodillas. Movida por la curiosidad, desató el cordel del paquete y retiró el envoltorio de papel marrón para dejar a la vista el contenido. Ahogó una exclamación de placer. Dentro había un cofrecillo de boticario. Era de madera de sauce, y cuando levantó la tapa con bisagras tirando de la pequeña asa de latón, vio dentro una balanza en miniatura, un cuchillo afilado, un almirez y su mano, un embudo y un cuenco. Todo se hallaba sobre una bandeja, bajo la cual había ampollas de azufre, mercurio, sales y aceites, además de cajitas de hierbas secas. Susannah tomó una cuchara de medir de plata y la examinó.

—¡William, es lo más hermoso que he visto en la vida! —susurró.

Él echo atrás la cabeza y se rio.

—La mayoría de las mujeres reservaría esa clase de elogio para los rubís o las perlas. Pero he pensado que tú preferirías esto.

—¡Claro que sí! —Susannah lo estrechó.

De pronto se abrió la puerta de la cocina y salió Phoebe a todo correr. Vaciló al ver a William y Susannah abrazados.

Susannah desprendió los brazos lentamente del cuello de William.

Phoebe lanzó una mirada acusadora a Susannah y luego se volvió hacia William mientras retorció las manos.

—¡Señor, venid, de prisa!

—¿Qué pasa, Phoebe?

—La señora... ¡Está pegando a Emmanuel! ¡Venid ahora mismo!

William lanzó a Susannah una mirada de extrañeza y se encaminaron hacia el interior.

Agnes ardía de rabia, y Emmanuel permanecía encogido en un rincón de la capilla mientras ella blandía el bastón sobre él. Joseph, llorando con grandes y entrecortados sollozos, corrió hacia su madre y hundió la cara en su delantal. *Aphra* brincaba de aquí para allá, sumándose sus enloquecidos chillidos al alboroto.

William arrancó el bastón de la mano de Agnes y la obligó a sentarse.

—¡No pienso tolerarlo! Así de sencillo. —Le temblaba la barbilla—. ¡No toleraré que en mi propia casa ese... ese... esclavo tenga el atrevimiento de abusar de mi criada!

—¿Qué criada?

—¡Peg, claro está! He venido en busca de Susannah, puesto que ha decidido descuidar sus obligaciones pese a saber que necesito ayuda para desatarme el corpiño.

—Agnes, disculpad...

La anciana no le prestó la menor atención.

—¿Y qué me encuentro? A Emmanuel forzando a esa chica contra la pared, arrancándole la ropa mientras ella gritaba y forcejeaba. He tenido bajo mi tutela a ese chico desde los cinco años, y ahora traiciona así mi confianza. ¡Apártalo de mi vista! Mañana irás a los muelles para averiguar cuándo zarpa el próximo barco con destino a Barbados. Mi hermano lo mandará a trabajar a los campos. ¡El capataz ya se asegurará de que no tenga tiempo de andar violando criadas!

—¡No! —Susannah no pudo contenerse—. ¡Agnes, no podéis hacer eso!

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro?

Emmanuel lanzó un gemido grave y se arrojó a los pies de Agnes, pero ella se zafó de sus manos a patadas.

—Enciérralo en el sótano, William. ¡Ven, Susannah!

Tras dirigir una mirada suplicante a William, Susannah no tuvo más remedio que seguirla.

En cuanto Agnes, todavía encolerizada, se quitó el corpiño y se acostó, Susannah corrió al desván y llamó a la puerta de Peg. Al no recibir respuesta, accionó el picaporte y la encontró en la cama boca abajo.

—¿Te ha hecho daño, Peg?

Peg se volvió, con los párpados rojos e hinchados, y movió la cabeza en un gesto de negación.

—¡Ay, la señora me despedirá sin referencias!

—No, no lo hará. Es con Emmanuel con quien se ha enfadado. Lo ha encerrado en el sótano. —Susannah dio unas palmadas en el hombro a la muchacha, pero ella siguió llorando como si el corazón fuera a partirse—. ¿Te ha forzado?

Peg volvió a negar con la cabeza, conteniendo los sollozos.

—La señora va a mandarlo a Barbados.

Peg prorrumpió otra vez en ruidoso llanto.

Al menos Agnes había llegado a tiempo de salvar a Peg de la deshonra, pensó Susannah mientras daba unas palmadas a la muchacha en los hombros trémulos y emitía arrullos de consuelo. Pobre huérfana desdichada, su breve vida había estado plagada de temores y sentía afecto por Emmanuel, que la hacía reír. Susannah, sentada en el borde de la cama, le acarició el pelo hasta que dejó de sollozar y se durmió.

Mientras Susannah veía declinar la luz por la ventana del desván, sus pensamientos se arremolinaron. Necesitaba tiempo para asimilar lo que había ocurrido con William, y revivió una y otra vez el beso.

Cuando oscureció, se puso en pie y fue sigilosa hacia la puerta.

—¿Señora?

—¿Sí, Peg?

—Emmanuel era mi amigo. ¿Por qué tiene Dios que quitarme a todas las personas a quienes quiero?

—Desconozco la respuesta a eso. Dios debe de tener sus propias razones.

—Ojalá mi madre no hubiera muerto —susurró Peg.

Susannah, inmóvil en el umbral de la puerta, se acordó de su propia madre.

—Eso mismo digo yo.

Abajo en la cocina el ambiente era lúgubre. Phoebe lloraba en silencio y se ocupaba de sus tareas, e incluso a la señora Oliver le temblaba la papada mientras restregaba enérgicamente la mesa de la cocina.

—Debería haberme dado cuenta y haberlo atajado —dijo—. A pesar de su tamaño, Emmanuel es poco más que un niño. Sabía que le tenía echado el ojo a Peg, pero nunca imaginé...

—Todos somos culpables. Le tiene cariño a Peg, y supongo que se ha dejado llevar por sus sentimientos hacia ella. Pero lo que ha hecho está muy mal. Voy a hablar con él.

—El señor lo ha encerrado a cal y canto en el sótano y tenemos órdenes de no acercarnos.

—Iré de todos modos.

Susannah bajó y se tapó la nariz al pasar junto al desagüe de aguas residuales rebosante. La puerta de la carbonera tenía un candado y no se veía la llave por ningún lado.

—¿Emmanuel?

Le pareció oír un movimiento detrás de la puerta. Volvió a llamarlo, pero no hubo respuesta.

—Emmanuel, no tengas miedo, hablaré con el doctor Ambrose.

Encontró a William en su gabinete. Absorto en sus pensamientos, daba vueltas a uno de los globos terráqueos del capitán.

Susannah lo observó por un momento, examinando las sombras y los ángulos de su cara en la luz decreciente.

Él alzó la vista, y la expresión ceñuda desapareció de su rostro.

—¡Susannah! Me preguntaba dónde estabas. Te he buscado por todas partes.

—He ayudado a Agnes a acostarse y luego he ido a hacer compañía a Peg. Está muy alterada.

—¿Qué ha dicho de Emmanuel? ¿La ha violado?

—Dice que no, pero sospecho que ambos se han dejado llevar por sus mutuos sentimientos. ¿Enciendo la vela?

William tendió una mano hacia ella y la sentó en sus rodillas.

—No, me gusta el ocaso. —Agarró uno de sus bucles entre los dedos, tiró de él y, al soltarlo, observó cómo regresaba a su sitio—. Tienes el pelo del color de las castañas que yo recogía de niño. En Navidad, las asábamos al fuego en Merryfields.

Susannah apoyó la cabeza en el pecho de William, esperando no pesarle demasiado en las rodillas. La asombraba lo cómoda que se sentía con él, como si acabara de volver a casa después de un largo viaje. No se advertía el menor indicio de severidad en el rostro de William cuando esa sonrisa iluminaba sus ojos. Susannah

hizo girar el globo terráqueo, buscando las Américas, donde ahora vivía su hermano Tom.

—William, no enviarás a Emmanuel a Barbados, ¿verdad? Puede que haya obrado mal, pero estoy segura de que habrá aprendido la lección.

—Agnes no consentirá que se quede aquí.

—¡Pero tiene que permitirlo!

—¿Adónde puede ir, si no?

—Podría... —Titubeó—. Podría trabajar en otra casa.

—¿Quién dará empleo a un paje negro ya tan crecido? Las calles están plagadas de criados abandonados por señores que han huido de la peste. Tú misma sabes lo difícil que es encontrar una colocación. Y Emmanuel no tendría referencias.

—Es fuerte. Quizá pudiera trabajar en una granja.

—Los granjeros recelarán de una cara negra. No están tan acostumbrados a ver negros como nosotros aquí en Londres, y dudo que encuentre trabajo en el campo. En todo caso, es esclavo de Agnes. A menos que ella decida liberarlo, puede hacer con él lo que le venga en gana. Y está resuelta a enviarlo a la plantación.

—¡Entonces debemos conseguir que cambie de idea! La verdad es que no ha hecho ningún daño a la pobre Peg.

—En eso no estoy de acuerdo. Es un hombre joven, muy fuerte, y empieza a rebosar vigor. Debe abandonar la Casa del Capitán y dedicarse a un trabajo físico duro que no le deje tiempo ni energía para semejantes fechorías.

Susannah se apartó de William bruscamente.

—A Emmanuel le da pavor volver a la plantación. ¡No debes permitirlo! Ha formado parte de esta familia casi toda su vida. Todo lo que conoce está entre estas cuatro paredes.

—Eso ya no es así.

—¡No me puedo creer que tengas tan poco corazón!

—Sé cuál es la mejor solución para esto, Susannah, confía en mí.

—¡No me trates con condescendencia! —La ira hirvió en su pecho. ¿Cómo era posible que él no entendiera las terribles consecuencias que tendría para Emmanuel el destierro a la plantación?—. Me has decepcionado, William. Pensaba que eras más compasivo.

—Y yo esperaba que a estas alturas confiaras en mí.

Cruzaron una mirada colérica.

Atónita, Susannah no podía dar crédito a ese repentino cambio en la situación entre ellos y sintió bajo las costillas el dolor hueco de la tristeza. Si él hubiese hecho el menor ademán hacia ella, habría caído entre sus brazos.

Después de un largo momento, se dio la vuelta y salió del gabinete sin volver la vista atrás.

Al día siguiente, cuando Susannah bajó a la cocina a primera hora, William ya se había llevado a Emmanuel. Peg se ocupaba de sus obligaciones con total sigilo, encogida como una anciana menuda. Phoebe, con los ojos todavía hinchados por el llanto, pasó camino del sótano cargada con un cubo lleno de orina acumulada durante la noche y apartó a Susannah de un empujón. Joseph, detrás de ella, le preguntaba una y otra vez cuándo volvería Emmanuel.

Más tarde, mientras Susannah ataba el corpiño a Agnes, esta dijo:

—Y ya puedes quitarte de la cara esa expresión tan agria.

—No es acritud, Agnes; solo es tristeza.

—Pensaba que apreciabas a Peg y me sorprende que te muestres tan tolerante con el comportamiento de Emmanuel.

—¡Claro que aprecio a Peg! Pero Emmanuel no la violó.

—Era solo cuestión de tiempo. Deberías haber visto la lascivia con que la miraba.

—Aun así... deshacerse de él como de un cachorro del que uno se ha cansado...

—¡Te prohíbo que vuelvas a hablarme del tema! Instruirás a Joseph para que ocupe el lugar de Emmanuel. Puedes empezar por enseñarle a transmitir un mensaje y a dirigirse a sus superiores debidamente.

—Sí, Agnes.

Susannah se dedicó a sus quehaceres en obstinado silencio: recogió el pelo a Agnes bajo el gorro, apartó las sábanas para orearlas y dobló el camisón.

Una vez vestida, Agnes le pidió que se retirara y se quedó sentada ante su tocador, absorta en sus pensamientos.

Dos días después, sumida en el desosiego, Susannah cosía ropa para el bebé en el jardín. Agnes le había dado una sábana de hilo fino, ahora suave como la seda después de años de lavados, y le había dicho que se sentara fuera y se entretuviera con algo. Alegre por escapar de la claustrofóbica alcoba de su señora, se había acomodado bajo la sombra moteada de una madreSelva con el costurero. William no le había dirigido la palabra desde la discusión. Por orgullo, Susannah era incapaz de ir en pos de él y, en todo caso, aún creía que estaba equivocado.

Al confeccionar las pequeñas prendas, tomó conciencia de que transcurridas unas semanas, Dios mediante, tendría a su hijo sano y salvo entre los brazos. Pero entonces ¿qué? ¿Y si el bebé lloraba tanto como Samuel y Joshua? ¿Podría cumplir con sus

obligaciones como dama de compañía de Agnes? ¿Encontraría Agnes un pretexto para librarse de ella? La relación entre ambas se había tensado desde la expulsión de Emmanuel.

Mientras cavilaba sobre este preocupante panorama, oyó unos pasos en las baldosas y, al alzar la vista, vio acercarse a William. Todavía furiosa con él, agachó la cabeza sobre su costura sin saludarlo.

Él se plantó ante ella y esperó.

—Has vuelto, pues —dijo Susannah por fin.

—Como ves, sí. ¿Me has perdonado ya?

Susannah clavó la aguja en la camisita que estaba cosiendo y se pinchó el dedo. Irritada, tomó aire y vio extenderse una gota de sangre por la tela.

—No es mi perdón lo que deberías buscar. Espero que puedas conciliar el sueño por las noches cuando pienses en los padecimientos de Emmanuel.

—Actué con Emmanuel como consideré más oportuno.

—Me pregunto qué te da derecho a creer que sabes lo que es más oportuno para él.

William abrió la boca como si se dispusiera a hablar y de pronto volvió a cerrarla. Al cabo de un momento dijo:

—Susannah, te pido que confíes en mí en este asunto. No he hecho nada que vaya a perjudicar a Emmanuel. Y ahora no hablemos más de eso. Además, te he traído una cosa.

—¿Otro regalo? Espero que no intentes sobornarme con una bagatela.

—¡Susannah! ¿Es que no vas a dejarlo estar? En todo caso, este regalo no es para ti.

—¡Vaya! —Decepcionada, dejó la costura.

—Espera un momento. —William fue adentro y reapareció poco después con un paquete enorme envuelto en arpillera—. ¡Ábrelo! —indicó tras depositar el pesado fardo a sus pies.

Ella apartó la tela de saco y cobró forma ante sus ojos una cuna de roble, con trenzas de hojas y bellotas labradas en la madera. Se quedó mirándola sin saber qué decir. ¿Cómo podía expresar su placer ante ese prodigioso obsequio estando tan enfadada con él? Al cabo, mientras el dedo por una de las bellotas talladas, dijo en voz baja:

—¡William, es una maravilla! Yo pensaba que mi hijo pasaría sus primeros meses en un canasto de mimbre, pero con esto tendrá un espléndido comienzo en la vida.

—Esperaba que te gustase. La he rescatado del desván de Merryfields. Yo pasé mis primeros meses en esta cuna, mientras mi madre la mecía con el pie y me cantaba.

—¿Fue tuya?

—Y de mi hermana y de mi padre. —Se miró los pies—. En su día pensé que quizá tuviera un hijo que durmiera en ella, pero eso no ocurrirá.

Susannah esperó, con la incógnita de si ahora William le contaría la verdad acerca de Joseph, pero él se limitó a añadir:

—Me ha parecido adecuado que el hijo de Henry la use.

—Gracias, William —respondió ella, conmovida por ese gesto tan considerado.

—Y ahora mejor será que me enfrente al mal genio de mi tía y vaya a ver cómo está.

Se agachó y le dio un beso en la curva del cuello antes de volver a la casa.

Con una mano en el cuello, allí donde sentía aún la huella de su beso, Susannah lo observó alejarse. Se mordió el labio y se preguntó si al aceptar el obsequio de la cuna había dado su aprobación a la expulsión de Emmanuel.

Esa noche Susannah volvió a soñar que esperaba sentada junto a su madre en la alcoba durante el parto. Todo estaba a oscuras, salvo por la luz de una vela que parpadeaba en el aguamanil y el resplandor anaranjado del fuego en la rejilla del hogar. El aire en exceso caliente se le antojaba tan denso y quieto que podía saborearlo, y solo oía la respiración anhelante de su madre. La partera Tresswell avivaba el fuego y esparcía hierbas amargas sobre las brasas. Los tallos resinosos se prendían y lanzaban chispas brillantes por el cañón de la chimenea. Una nube de humo acre flotaba en la habitación, y a Susannah le escocían los ojos.

Se sobresaltó al oír cerrarse de golpe la puerta de la calle. Voces. Sonoros pasos en la escalera. La puerta, después de un traqueteo, se abrió, y la sombra del doctor Ogilvy se proyectó sobre la pared.

—¡Enseguida lo sacamos! —exclamó. Sostuvo en alto un cuchillo de cocina que destelló a la luz del fuego mientras probaba el filo con el dedo.

Su madre intentó incorporarse en la cama, su miedo tan cortante como cristales rotos.

—¡No permitas que haga daño a mi bebé!

Los gritos de su madre reverberaron alrededor. Susannah sintió en la mejilla el húmedo aliento de Ogilvy, caliente y cargado de ron, cuando se inclinó sobre ellas.

Susannah despertó con un sollozo y se llevó la mano a la mejilla. Había sentido un aliento en la cara. ¿O no? Yació con los ojos muy abiertos, fijos en la amenazadora oscuridad. El eco de los gritos de su madre se arremolinaba en su cabeza y la aterrorizaba. De pronto oyó un crujido regular e insistente y se sacudió el último residuo de sueño.

Atemorizada, apartó la sábana y se incorporó. Cuando se le acostumbró la vista a la oscuridad, se fijó en la cuna. Se balanceaba suavemente como si la meciera una mano invisible.

Se dirigió a trompicones hacia la puerta y salió al pasillo. Tuvo que apoyarse en la pared hasta que se le acompasaron un poco los latidos del corazón, y convencerse de

que se trataba de terrores nocturnos. Volvió a tocarse la mejilla. Sin embargo le había parecido tan real...

Se quedó por un momento en el pasillo, demasiado asustada para volver a entrar en la alcoba. Al final levantó el picaporte.

La primera luz gris del alba se filtraba por la ventana e iluminaba la cuna, inmóvil al pie de su cama. Posó la mano en ella y recorrió las hojas de roble talladas con las yemas de los dedos. ¿Había imaginado acaso que la cuna se movía?

La semana acabó con una fuerte tormenta que despejó el aire durante unos días antes de que la humedad empezara a acumularse de nuevo. El opresivo aire nocturno casi parecía palpitar por efecto del calor, amenazando con asfixiar a Susannah quien, ya a finales de su séptimo mes de embarazo, tenía el vientre tan tenso como un tambor y dormía cada vez peor. La parte más agradable del día era poco después del alba; otorgaba un gran valor a sus paseos de primera hora de la mañana en el jardín, previos a sus obligaciones al servicio de Agnes.

Antes del desayuno salió al jardín, donde el aire era aún fresco y el hedor del Támesis quedaba casi enmascarado por el dulce aroma de la madreselva y las rosas. Se arrodilló con torpeza en el suelo para ocuparse de las hierbas del huerto, pero el bebé le asestó una fuerte patada en las costillas, como si protestara por la falta de espacio. En ese instante captó su atención un movimiento en el claustro y alzó la vista. Pero quienquiera que rondase por allí había desaparecido. Cuando hundió el cuchillo de jardinería en la tierra para extraer un diente de león, se quedó inmóvil al sentir que se le erizaba el vello de la nuca. Lanzó una mirada atrás y alcanzó a entrever a Phoebe, que la espiaba desde la arcada. Percibió tal malevolencia en su mirada que de inmediato se recogió la falda y abandonó el jardín tan deprisa como le permitió su abultado vientre.

Las ventanas de la capilla estaban cerradas a cal y canto y el aire estancado, denso a causa del humo de la pipa de Agnes, sofocaba a Susannah, quien, incómoda, cambiaba de posición una y otra vez en su butaca. Unas gotas de sudor perlaban su frente. Con esmerada discreción, se apartó la enagua de las axilas y se irguió en el asiento para que las ballenas del corpiño no se le hincaran en la carne más de lo necesario.

¿Dónde estaba William?, se preguntaba. La relación entre ellos se había enfriado por la expulsión de Emmanuel, pero después él le había regalado la cuna y la había besado en el cuello. Un repentino temblor le recorrió las ingles cuando recordó el contacto de sus labios y el cosquilleo de su barba un poco áspera en la piel. Aún parecía sentir afecto por Susannah, pese a lo distante que ella se mostraba, en espera

de una disculpa de él. Pero ¿y si William no estaba tan interesado en ella como creía? La había besado, pero no podía decirse que eso fuese una declaración de amor imperecedero. ¡Maldito William! ¿Por qué tenía que ser tan escurridizo?

Se puso en pie y se acercó a la ventana para mirar la calle. Tenía la sensación de que si arreciaba el calor aún más, su cuerpo estallaría, como un hervidor rebosante al fuego. Exhaló un suspiro. Una avispa chocó una y otra vez contra el cristal con un zumbido, por lo que se veía tan desesperada como ella por escapar.

—¿Por qué no vas a visitar a esa amiga tuya? —preguntó Agnes—. Estás tan inquieta como una rata atrapada en un desagüe.

Susannah se reanimó en el acto. Hablaría con Martha de William.

—Si estáis segura de que no me necesitáis...

—¿Necesitarte? ¿Cómo te crees que me las arreglaba antes de tu llegada? ¡Y ahora largo de aquí! Y no te acerques a ningún desconocido, nunca se sabe dónde acecha la enfermedad.

Fuera, en la calle, el aire era un poco más fresco, aunque se percibía una extraña quietud en todas partes. Dejándose llevar por un impulso, Susannah llamó a la puerta de Jane Quick, con la idea de preguntarle si le apetecía acompañarla a casa de Martha. El aldabonazo resonó en el vestíbulo.

En la casa contigua se abrió una ventana del piso superior con un chirrido y se asomó una anciana.

—Se ha ido. Su marido estaba en Surrey, y ayer mandó a buscarla.

La ventana volvió a cerrarse.

Susannah se quedó con la mirada fija en la puerta por un momento, entristecida porque Jane se hubiera ido sin despedirse. Pero corrían tiempos excepcionales.

Agnes no tenía por qué temer que los desconocidos se acercaran. Las calles estaban tranquilas y todo aquel con quien Susannah se cruzaba pasaba presuroso junto a ella con la cara vuelta en otra dirección, tan deseoso de eludir el contacto como ella.

Al entrar en la plaza donde vivía Martha, Susannah se encontró con dos hombres que apilaban muebles en una carreta. En el suelo polvoriento había cestas llenas de enseres domésticos. La puerta de la casa de Martha estaba abierta, y otro hombre salió cargado con una silla en cuyo asiento se hallaba el costurero.

—¿Adónde lleváis eso? —preguntó Susannah con un repentino retortijón de angustia.

—Obedecemos órdenes de la señora —contestó el hombre.

—¿Y ella dónde está?

El hombre señaló con la cabeza en dirección a la puerta, y Susannah corrió adentro. Martha, de pie ante la alacena con un paño atado a la cabeza, entregaba los platos a Patience. Los niños menores entraban y salían de la estancia y James hacía gorgoritos en su cuna.

Susannah se desplomó en una silla y se abanicó con la mano, de pronto al borde

del desmayo por el calor y el desasosiego.

—Gracias a Dios que estás bien —dijo—. Cuando he visto que se llevaban tus muebles, he pensado...

Martha se acercó y le sirvió un vaso de cerveza.

—Me has ahorrado una visita. Pensaba pasar a verte antes de marcharnos.

—¿Marcharos? ¿Adónde? —preguntó Susannah, perpleja.

—A Kent. El hermano de Josiah nos ha enviado su carreta, y viviremos allí con él hasta que encontremos trabajo y una casa. —Se metió bajo el pañuelo un mechón suelto que se le había adherido a la frente sudorosa—. Aunque no sé cómo vamos a acomodarnos todos en su casa.

—Pero ¿por qué?

—¡Tú deberías entenderlo más que nadie! No seguiremos aquí poniendo en peligro las vidas de nuestros hijos. Andrew Baker y toda su familia, al otro lado de la plaza, contrajeron la peste y murieron la semana pasada. Los conocía desde que Josiah y yo empezamos a salir juntos. —Martha se enjugó los ojos con una esquina del delantal.

—Creía que confiabas en el Señor.

—El Señor vela por aquellos que velan por sí mismos.

—¡Todo el mundo muere o se marcha! —Susannah percibió la desolación en su propia voz—. ¿Qué haré sin ti, Martha?

—Vendrás a verme cuando tu bebé haya nacido y las fuerzas te permitan viajar.

—Eso si Agnes puede prescindir de mí. Y te escribiré y te contaré las noticias de Londres.

Martha sonrió con parquedad.

—Olvidas, querida, que no sé leer.

Susannah regresó apesadumbrada a la Casa del Capitán. Nunca había concebido la posibilidad de que su amiga de la infancia abandonara la ciudad, y la perspectiva de dar a luz y cuidar de su hijo sin la paciente orientación de Martha la desolaba. Acalorada por la caminata, Susannah fue derecha a la cocina en busca de algo que beber.

Peg, con palidez enfermiza, retiraba las babosas de un cuenco lleno de verduras sentada a la mesa de la cocina.

La señora Oliver, que se había aflojado el corpiño y cuyas carnes se desbordaban más allá del contorno del taburete que ocupaba, movía los dedos de los pies en una palangana de agua fría. Sin hacer ademán de levantarse cuando vio a Susannah, se limitó a decir:

—Quizá os apetezca probar esto. Va muy bien para la hinchazón de los tobillos.

—Quizá lo pruebe —contestó Susannah—. La próxima vez podéis echar unas hojas de menta para aumentar el efecto refrescante. Pero ¿puedo de momento tomar un vaso de cerveza?

—Peg, ve a traérselo, ¿quieres? Y ya que estás, trae el lucio para la cena. Con este

calor se ha pasado un poco y tengo que ponerlo a remojo en vinagre.

Susannah siguió a la criada por el pasillo hasta la despensa.

—Estás muy pálida, Peg. ¿No duermes bien?

—Con este calor no hay quien duerma.

En la despensa, Peg dio a Susannah una jarra de cerveza.

—La señora Oliver también tomará un vaso, supongo. Voy a buscar el pescado.

Agarró una fuente cubierta con un paño de muselina y la destapó para echar un vistazo al lucio.

Despedía un fuerte olor a amoníaco, y Susannah se llevó la mano a la nariz. Peg se puso tan verde como una hoja recién salida y rompió a llorar con sonoros sollozos.

—¿Qué te pasa, Peg?

—¡Me siento muy desdichada, señora! ¡No quiero seguir en la ciudad! Todo huele fatal, y me da miedo la peste, y hace demasiado calor... y, ay, echo tanto de menos a Emmanuel que creo que se me va a partir el corazón.

—Lo que Emmanuel hizo estuvo mal, Peg.

—¡No hizo nada malo! No se lo permití, aunque yo quería. Y ahora no puedo dormir al pensar en él en ese barco, encerrado en la bodega oscura y calurosa, empapado en su propia inmundicia, igual que Phoebe y Joseph. Y si no muere en el viaje, lo matarán a palos en la plantación.

—No si se porta como debe.

—Más me valdría tirarme al río. —Miró a Susannah con los ojos anegados en lágrimas—. Nunca volveré a ser feliz.

—¡No digas esas barbaridades!

—Pero es así, señora. Y allí adonde miro veo algo que me recuerda a Emmanuel. ¡Detesto Londres! Detesto sobre todo esta casa. Preferiría estar en Cock Lane. Todo lo malo ha ocurrido aquí. Quiero volver al campo. —Se interrumpió con un gemido.

Susannah le entregó un pañuelo limpio para que se secase los ojos.

—Ya veré si se me ocurre algo.

—¡Por favor, señora! Sabía que podríais ayudarme.

La fe de Peg en ella era del todo infundada, pensó Susannah al cabo de unos días. Se había devanado los sesos para dar con alguien que pudiera aceptar a la muchacha y ofrecerle un hogar en el campo, pero al final dejó de lado el orgullo y fue a buscar a William a su gabinete.

—No sé qué es lo mejor, pero no querría cargar con los remordimientos de conciencia si esa pobre desdichada llega a tirarse al río. Está muy delgada y sigue llorando la ausencia de Emmanuel.

—Es una situación difícil, ¿verdad? —dijo William—. Peg y Emmanuel son poco más que niños, pero al parecer sienten un profundo apego mutuo. Haré indagaciones

para ver si le encuentro otra ocupación en el campo.

—Si se va, la echaré de menos. —Con tristeza, añadió—: Todo el mundo me abandona.

William asintió y volvió a concentrar la atención en sus libros.

Susannah esperó por un momento, pero él pareció olvidarse de ella. ¿Significaba algo para él? ¿O acaso había cambiado de idea y decidido eludirla? Al final, sumida en la desesperación, salió del gabinete y cerró la puerta con cuidado.

Unos pasos en el pasillo despertaron a Susannah muy temprano. Distinguió el sonido de las botas de William contra las tablas de roble y pensó que las presurosas pisadas que lo acompañaban eran las de Joseph. Sintió una punzada de celos al pensar que William había encontrado un rato para su hijo cuando a ella no le prestaba la menor atención. El bebé se movió en su vientre, estirándose y sometiendo su vejiga a una presión intolerable. Hora de levantarse.

Una vez vestida, bajó a la cocina para tomar un desayuno temprano.

—A Peg se le han pegado otra vez las sábanas —protestó la señora Oliver—. En mis tiempos, la cocinera me habría dado una buena tunda si hubiera llegado tarde. Quería que fuera al mercado a primera hora; hoy día incluso si una no llega demasiado tarde es difícil encontrar lo que necesita. Iría a la carnicería de la otra acera, pero allí la carne siempre está llena de moscas, y la mujer del carnicero es una dejada y nunca limpia la sangre del suelo.

—¿No podría ir Phoebe?

—Tampoco ella sirve para nada. No tiene ni idea de cómo elegir un trozo aceptable de cordero.

—¿Será que no hay cordero en Barbados? —comentó Susannah—. ¿Despierto a Peg? ¿O voy yo al mercado? Para cuando Peg se haya vestido, yo podría estar ya allí.

—Eso es verdad. Traedme también verduras, si encontráis. Y un bloque de sal, y las hortalizas que veáis.

El mercado era aún más pequeño que la última vez que Susannah estuvo allí, y los precios habían subido, pero consiguió una pata de cordero, una docena de huevos, unas cuantas zanahorias mustias y un manojo de verduras carísimas. En el último puesto encontró una caja de ciruelas confitadas y, movida por un impulso, la compró para Agnes. Sabía que su señora era golosa, y pensó que tal vez eso le levantaría el ánimo.

El olor a pan recién hecho llegaba de la cocina cuando regresó a casa y el estómago le gruñó de expectación. Dejó la cesta en la mesa y se cortó un esponjoso pedazo de la hogaza caliente.

La señora Oliver revolvió en la cesta.

—¿Dónde está la sal?

—No había —masculló Susannah con la boca llena.

—¿No había sal? ¡Cómo está el mundo! Las zanahorias tampoco pintan bien. Pero esa es una pata de cordero excelente. ¿Y esto qué es? ¿Os he pedido yo que compréis ciruelas confitadas?

—No. Las he pagado yo misma. Son para la señora Fygge.

La señora Oliver hizo un gesto de desdén.

—Tendréis acidez de estómago si coméis ese pan recién salido del horno.

Agnes, complacida por las ciruelas confitadas, perdonó de inmediato a Susannah por salir sin su permiso.

—Pero no consiento la pereza en los criados. ¿Ha vuelto ya Peg a ocuparse de sus obligaciones?

—No me cabe duda de que la señora Oliver, en castigo, le asignará las peores tareas que se le ocurran —contestó Susannah.

Más tarde, cuando Agnes estaba ya vestida y sentada en la capilla con una pipa en la mano, un libro de poesía en el regazo y Joseph a sus pies, Susannah se escabulló para volver a la cocina.

La señora Oliver y Phoebe sacaban del fuego una enorme olla de caldo. Phoebe se quemó la mano y dio una sacudida, con lo que se cayó parte del caldo en las llamas. Una nube de vapor sibilante las envolvió a las dos.

—¡Sal de mi cocina, pedazo de inútil! —exclamó la señora Oliver—. Ve a fregar el suelo del sótano; el desagüe de aguas residuales se ha desbordado otra vez.

Phoebe lanzó una mirada rencorosa a Susannah y se marchó.

—¿Está aquí Peg? —preguntó Susannah.

—¡Pues no! —La señora Oliver se limpió el vapor del rostro enrojecido con el dorso de la mano—. Se ha largado, ¿no es así? Esto no acabará bien, os lo aseguro.

—Pero ¿adónde habrá ido?

—Si lo supiera, la traería otra vez a rastras, por más que pataleara y gritara. A pesar de sus muchos defectos, es la mejor ayudante de cocina que he tenido en años. ¡Esa muchachita ingrata! Después de todo lo que he hecho por ella...

Susannah corrió escalera arriba hacia la habitación de Peg en el desván. ¿Y si se había tirado al río? Con el corazón acelerado, abrió la puerta. La cama no tenía sábanas y la manta raída estaba plegada. No había nada en la percha detrás de la puerta, ni en la silla, ni debajo de la cama. Era como si Peg nunca hubiese existido.

Susannah, asaltada por un repentino alivio, sintió que las rodillas le flaqueaban y se desplomó en el fino colchón. Peg no se habría molestado en dejarlo todo en orden si tuviera intención de ahogarse. ¡Esa Peg, la muy tonta! ¿Por qué se había marchado sin despedirse siquiera? Pero ¿adónde podía haber ido?

Por la tarde, mientras acomodaba a Agnes para la siesta, cobró forma en su cabeza la respuesta a esa pregunta y ahogó una exclamación. En lugar de retirarse a su propia alcoba durante una o dos horas, hizo un ramillete con un manojo de romero y hierbas aromáticas. Lo sostuvo ante la nariz para protegerse de los malos humores, después salió a escondidas a la calle y se alejó. Caminar la agotaba cada vez más y le era imposible ver todos los socavones en la calle debido a su abultado vientre. Después de resbalar dos veces, paró un coche de alquiler.

—A Cock Lane, en Moor Fields —indicó, sin prestar atención cuando el cochero

enarcó las cejas.

El cochero se detuvo a la entrada de Cock Alley, un callejón tan estrecho que el coche no pasaba. Susannah le pagó y se recogió la falda para no manchársela de polvo. Dos hombres que holgazaneaban a la puerta de una cervecería le silbaron e intercambiaron codazos. Al acercarse Susannah, advirtieron la hinchazón de su vientre y se echaron a reír groseramente.

—¡Según parece alguien ha llegado ahí primero!

Susannah alzó el mentón y sorteó con cuidado a un perro que revolvía entre unas mondas de patata.

Una muchacha sentada en el alféizar de una ventana abierta balanceaba lánguidamente sus piernas desnudas. Un marinero que venía del otro extremo del callejón se detuvo a hablar con la muchacha, y esta señaló con la cabeza la puerta abierta de la casa. El marinero entró.

Susannah se detuvo y echó una ojeada alrededor. ¿Cuál sería la casa? Lo ignoraba; tendría que preguntar. Llamó con el puño a la puerta más cercana y esperó.

Al cabo de un momento se entreabrió y un par de ojos la escrutaron desde la penumbra.

—¿Qué queréis?

—¿Seríais tan amable de indicarme cuál es la casa de la señora McGregor?

La puerta se abrió un poco más y apareció una mujer de edad indefinida envuelta en una bata holgada a pesar de la hora del día.

—¿La señora McGregor? No buscaréis trabajo, ¿verdad? —La mujer soltó una atronadora carcajada que mostró una boca llena de dientes cariados—. Es un poco tarde para eso, querida, si no os importa que os lo diga. Según parece, vais a parir de un día a otro.

—Decidme por favor cuál es la casa de la señora McGregor —insistió Susannah.

—La encontraréis en la otra punta del callejón, querida. Es la casa con la puerta roja.

Susannah recorrió el callejón hasta que encontró una puerta de color escarlata con la aldaba de latón en forma de corazón. Llamó un par de veces. La puerta se abrió casi de inmediato.

Apareció en el umbral una chica de una belleza extraordinaria, de pelo negro, con los pechos casi al descubierto bajo el escotado corpiño.

—¿Sí?

—Busco a la señora McGregor —respondió Susannah.

—No está.

—¿Puedo pasar?

—No sé si...

—Por favor. —Susannah se llevó la mano al vientre—. Necesito descansar un momento.

—No hay nada malo en ello, supongo.

Susannah siguió a la chica al salón y se sentó en un cómodo sofá cubierto de cojines mullidos.

—¿Qué os trae a casa de la señora McGregor?

—Deseaba preguntarle si ha visto hoy a Peg, mi sirvienta.

—¿Peg? Aquí no hay ninguna Peg.

—¿Seguro?

—Acabo de levantarme, pero hoy aquí no ha venido nadie.

—¿Hace mucho que vivís aquí?

—Seis meses, más que suficiente.

Las esperanzas de Susannah se esfumaron.

—Entonces no recordaréis a Peg. Estuvo aquí en septiembre.

—¿Peg? ¿No será la pequeña Peg? —La muchacha se llevó la mano a la boca y se le iluminaron los ojos de alegría—. ¡He oído hablar de ella! Le atizó a un cliente en la cabeza con un candelabro y luego se escapó por la ventana. ¡Vaya si se enfadó la madama! Un cliente le había pagado una buena suma para que le buscara una doncella joven y al final ella tuvo que pagarle a él para que mantuviera la boca cerrada. Una buena magulladura, eso se llevó.

—Creía que no estabais aquí por esas fechas.

—Me lo contó Topaz. —La chica se volvió hacia la puerta y dio una voz—. ¡Tope! Tope, baja. Hay aquí una señora que busca a Peg.

Topaz tenía la piel negra, bellamente realzada por una bata de seda ocre. Llevaba el pelo recogido bajo un exótico turbante dorado y la envolvía un denso perfume con olor a especias.

—¿Buscáis a Peg? —Tenía una voz vibrante y melodiosa.

—Es mi sirvienta. Me preguntaba si no habría venido aquí.

Topaz negó con la cabeza, y se agitaron los pendientes de perlas en forma de lágrima que colgaban de los lóbulos de sus orejas.

—¿Sois la señora Savage?

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Susannah, atónita.

—Henry habló de vos. Se llevó a Peg a casa con él cuando ella huyó de la madama. Contó que le habíais tomado afecto.

—¿Henry? No lo entiendo.

—Yo estaba con él cuando murió. Pensé que también yo acabaría en la fosa de los apestados gracias a él. Y entonces apareció su primo, el médico, y comunicó a las autoridades que había habido una muerte en la casa, y nos encerraron a todas. También costó la vida a Dorcas y Abigail. Y a todas las demás nos costó el sueldo de un mes.

Susannah enrojeció.

—¿Henry era cliente vuestro?

—Claro. Se encariñó conmigo de una manera poco común.

Susannah se tragó la amarga bilis que le subió a la garganta, pero antes de que

pudiera hablar se oyó la puerta de la calle y a continuación unas pisadas en el pasillo.

—¡Chicas! ¡Ha llegado mamá! —Un vestido de tafetán carmesí con mucho encaje negro y lazos de seda ceñía el orondo cuerpo de la señora McGregor. Su pelo, recargadamente rizado, era de un tono rojo inverosímil y hacía juego con el exagerado colorete de sus mejillas—. ¿Y a quién tenemos aquí? —preguntó.

—Es la esposa de Henry —contestó Topaz—. Viene a ver si Peg ha estado aquí de visita.

Susannah se puso en pie.

—¿La habéis visto, señora?

—¿A Peg? ¡Vamos, esa miserable maquinadora! Me costó una fortuna, os lo aseguro. Si hubiese venido aquí, la hubiese corrido a azotes hasta la otra punta de la ciudad. —La señora McGregor miró a Susannah con más atención—. ¿La esposa de Henry Savage? Sois más guapa de lo que imaginaba. ¿Es de él el hijo que lleváis dentro? Henry no nos trajo más que problemas, pese a lo complaciente que era. Topaz nunca tenía tiempo para otros clientes cuando Henry rondaba por aquí. Nunca se cansaba de ella.

Topaz se echó a reír.

—¡Eso sí es verdad! Si la peste no se lo hubiera llevado, a estas alturas estaría ya gastada.

Susannah no pudo contenerse.

—¡No quiero oírlo!

—Si una mujer no cumple con su marido, es ella la única culpable cuando el hombre busca solaz en otra parte —sentenció la señora McGregor entre risas.

Manteniendo las manos unidas para no abofetear aquel rostro pintarrajeado, Susannah se limitó a decir:

—Si Peg se presentara aquí, ¿podrías decirle que debe volver conmigo?

—No quiero saber nada más de esa muchacha. Vuestro marido y ese médico primo suyo... por culpa de los dos casi tuve que cerrar el negocio. Y ahora salid de mi casa. —La señora McGregor hincó el dedo en el pecho de Susannah—. Venga, a las personas como vos no se os ha perdido nada aquí.

Susannah alzó la barbilla y se encaminó despacio hacia la puerta, con la esperanza de que las tres mujeres que se mofaban a sus espaldas no advirtieran su temblor. En cuanto cruzó el umbral, se recogió la falda y se alejó a toda prisa, con el resonar las risas burlonas aún en sus oídos.

Esa noche, ardiendo todavía de vergüenza e indignación, Susannah se dispuso a esperar a William. Apostada en el umbral de la puerta abierta de la Casa del Capitán, escrutaba la estrecha calle a uno y otro lado bajo el sol poniente. Al final vio su alta silueta, la capa negra y larga agitándose en torno a sus tobillos y la máscara rostrada

bajo el sombrero de ala ancha. Alzaba su bastón y los viandantes desaparecían como por arte de magia.

—Tienes algo de actor —dijo Susannah cuando él entró—. ¿Te sientes poderoso abriendo brecha entre la muchedumbre aterrorizada allí adonde vas?

—Buenas noches, Susannah. —Su voz sonó ahogada bajo la puntiaguda máscara. Con dificultad, desató los cordeles que la sujetaban.

—¡Por el amor de Dios! ¡Déjame a mí!

Susannah tiró de los nudos hasta que la máscara se desprendió, y William se frotó las marcas rojas que le había dejado en las mejillas.

—A veces pienso que voy a morir asfixiado debajo de esto —comentó, y colgó la máscara en la percha junto con la capa.

—Tengo un asunto pendiente contigo.

—¿Antes de la cena o durante?

—¡No estoy de humor para bromas, William!

—Eso veo.

—Ven a una de las despensas. Lo que tengo que decirte no puede decirse delante de Agnes.

—¡Cuánta intriga! Pasa tú delante, por favor.

La siguió por el pasillo hasta la despensa de la harina y los productos no perecederos y esperó educadamente mientras ella cerraba la puerta con firmeza a sus espaldas.

—¡Me mentiste! —reprochó Susannah.

Él enarcó una ceja pero adoptó una expresión cauta.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué?

—Cómo murió Henry, ¿qué va a ser? He visitado la casa de la señora McGregor.

—¡Alabado sea Dios, Susannah! ¿Has ido a Cock Lane?

—Así es, puesto que es allí donde vive la señora McGregor.

—Cock Lane no es sitio para una mujer decente. No deberías...

—Y allí es donde me he enterado, de la manera más humillante posible, de las... —agitó la mano en el aire mientras buscaba una forma adecuada de expresarlo— excursiones de Henry a la casa de la puerta roja.

—No te mentí, Susannah.

—¡Me escondiste la verdad! Has permitido que la señora McGregor me humille. —Con el solo recuerdo, una llamarada de rubor volvió a teñirle el rostro.

Un músculo palpitó en la mandíbula de William.

—Y afligida como estabas cuando te comuniqué la muerte de Henry, ¿crees que te habría servido de algo saber que murió en los brazos de una vulgar ramera?

Susannah se mordió el labio para dejar de temblar.

—He conocido a Topaz, la... amada de Henry —explicó—. La señora McGregor me ha dicho que Henry frecuentaba ese lugar por mi culpa. Me ha dicho que yo no

era una buena esposa... —Tragó saliva y procuró recobrar la compostura—. Yo me esforcé mucho en ser la esposa que Henry deseaba, pero hiciese lo que hiciese, nunca era suficiente.

—¡Maldito sea ese hombre! —William se movió tan deprisa que Susannah no tuvo ocasión de escapar. La agarró entre sus brazos y le cubrió la cara de vehementes besos—. Tenía una perla de valor inestimable y no fue capaz de verlo. Mi primo era un haragán y un canalla, indigno incluso de un meñique tuyo. Me reconcomía de ver cómo te trataba. Y ahora me arrepiento de no haberle dado la paliza que merecía por el dolor que te causó.

Casi contra su voluntad, Susannah dejó que William la besara. Mientras se perdía en su vigoroso abrazo, su ira se fundió como la nieve bajo el sol. Él la empujó contra la pared de modo que no pudiera escapar aun si lo hubiera deseado. Al final la soltó, y ella quedó allí temblorosa, ardiendo de deseo. Hizo ademán de acercarse a William, pero él, con la respiración entrecortada, extendió un brazo para mantenerla a distancia. Susannah hizo un esfuerzo consciente para acompasar su propia respiración.

—Supongo que no sería oportuno que la señora Oliver o Phoebe nos encontraran ahora encerrados aquí, los dos solos.

—No, no lo sería.

—Lo que de verdad me enfurece —dijo Susannah— es que todo ese tiempo que Henry, según él, estaba trabajando para aumentar su fortuna, en realidad dilapidaba la mía. Y para colmo con otra mujer.

—Lo sé. Me avergüenzo de tener la misma sangre que él.

—¿Conoces a Topaz?

—Sí. Aquel día, cuando llegué a la casa de la señora McGregor, lloraba histérica. Henry, al ver que había enfermado, pidió que me llamaran, pero cuando llegué ya había muerto. Reinaba un caos en la casa, y tuve que entrar a rastras a algunas de las chicas que pretendían marcharse.

—Pero ¿por qué eligió Henry a Topaz?

William calló. Al cabo de un momento dijo:

—Quizá le recordaba su tierra. Se crio rodeado de negros, y estos no le resultaban extraños. Incluso su nodriza fue para él como una madre, más que la suya propia.

—Eso debía de ser, supongo.

—Cuando pasé aquel año en la plantación, llegué a conocer bien a los esclavos de la casa. La gente ignorante supone que son poco más que animales, pero no es así. Todos tenían sus personalidades, sus gustos y sus aversiones, sentido del humor o un talante colérico; sienten felicidad y tristeza, igual que nosotros.

—¿Y descubriste que era posible ser amigo de ellos?

—Sí.

Más que amigos, en el caso de Phoebe, pensó Susannah, y de pronto sintió clavarse en su corazón el cuchillo al rojo vivo de los celos.

—¿Y por qué demonios has visitado la casa de la señora McGregor, Susannah?

—Buscaba a Peg. Ha desaparecido.

—¿A Peg? ¡Cielo santo! —William suspiró—. De haberlo sabido...

—Sabido ¿qué?

—Iba a contártelo en cuanto volviera a casa, pero ya esperabas con intenciones asesinas y no me has dado ocasión.

—¿De qué hablas?

—Surgió la oportunidad, y tuve que actuar deprisa. Me he llevado a Peg de aquí esta mañana a primera hora.

—¿Adónde la has llevado?

—A Merryfields. Roger Somerford, mi arrendatario, estaba dispuesto a darle empleo. No podíamos permitir que Peg se tirara al río, ¿verdad que no?

Susannah sintió un repentino júbilo. Así que Peg al final se había salvado.

—Vamos —propuso William, y le tendió la mano—. Más vale que salgamos ya de esta despensa. Si me sonrías así tendré que besarte otra vez. —Su semblante se ensombreció—. Pero ¿confiarás quizá en mí la próxima vez?

Seguía el opresivo bochorno, y Susannah dedicaba los días a leerle a Agnes o coser ropa para el bebé. Obligada por las circunstancias a permanecer sentada durante largos ratos, con frecuencia la agobiaba el encierro. La sensación de espera se intensificó a medida que su vientre adquiría una forma cada vez más redonda. Día tras día se abstraía en ensoñaciones, con la labor olvidada en el regazo, mirando a través de la ventana bien cerrada mientras Agnes roncaba en la butaca junto a ella.

El futuro presentaba numerosas incógnitas. ¿Nacería el bebé sano y salvo? ¿Sobreviviría ella para cuidarlo? ¿La quería William de verdad o era solo un capricho pasajero para él? ¿Cuáles eran sus intenciones, si es que las tenía? ¿Y qué ocurriría si Agnes fallecía? Estas inquietudes le producían dolor de cabeza, y ni siquiera las friegas de aceite de lavanda en las sienes le aliviaban la jaqueca.

—Saca al niño a correr un rato por ahí —dijo Agnes una tarde—. No resisto tenerlo hecho un manojo de nervios cerca de mí.

Joseph lanzó un grito de regocijo cuando salieron al jardín.

—Juega un rato con la fusta y el aro —dijo Susannah—; luego seguiremos con nuestras lecciones.

Ella se paseó por el jardín mientras el niño corría por el claustro haciendo rodar el aro ante sí y riendo de placer. Tal vez, pensó, su bebé, cuando creciera un poco, fuera compañero de juego del pequeño Joseph.

En cuanto Joseph consumió parte de su energía, Susannah lo obligó a sentarse a sus pies. El estudio no se le daba bien, pero era un niño encantador, siempre presto a sonreír y más que dispuesto a complacerla intentando copiar las letras que ella dibujaba en su pizarrín.

—Esto es una «U» —dijo ella—. Una «U» de uva. Hazla bonita y redondeada como una comba.

Él agachó la cabeza sobre el pizarrín y sacó la lengua rosada entre los labios mientras copiaba la letra.

Susannah había dedicado mucho tiempo a observar la longitud de los dedos del niño y los lóbulos de sus orejas y la posición de los hombros durante las horas que él había pasado sentado junto a ella. Se preguntaba si era posible detectar algún parecido con William en la forma de sus ojos, pero en tanto que los de Joseph eran alegres y vivaces, los de su padre solían ser sombríos. Sin embargo a veces William, cuando la miraba, era incapaz de ocultar un amago de humor en la expresión de sus ojos, y era entonces cuando ella creía advertir cierta similitud entre ambos. No podía sentir antipatía por Joseph, pero padecía el tormento de los celos siempre que se

permitía pensar en Phoebe, desnuda, en brazos de William.

Se volvió al oír unos pasos en el claustro y una repentina felicidad la indujo a sonreír.

—¡William! Rara vez te vemos a esta hora del día.

—Iba a visitar a mi siguiente paciente y se me ha ocurrido entrar un momento.

El placer coloreó las mejillas de Susannah a la vez que le hacía un hueco a su lado para dejarlo sentar.

William sonrió, y una expresión cálida asomó a sus ojos castaños bajo la luz del sol.

—Veo que estás con tus lecciones, Joseph.

El niño alzó la vista y exhibió una sonrisa mellada.

—Es una «U» de uva. Algún día tendré uvas. Y daré una también a mi madre.

—¡Muy encomiable! —William movió la cabeza en un gesto de aprobación—. ¿Y tú cómo estás hoy, Susannah?

—Acalorada e incómoda.

—Estas últimas semanas antes de la llegada del bebé pueden ser agotadoras.

—A medida que se acerca el momento estoy cada vez más inquieta. Ocupo los días en trivialidades y tengo poco con qué distraerme. Y echo mucho de menos trabajar con mi padre.

William le dio un apretón en la mano.

—Pronto tendrás a tu hijo para mantenerte ocupada.

—Pero ¿y cuando crezca? Entonces ¿qué? Como mujer y madre, ¿no sirvo para nada más? Sin duda podría ofrecer una valiosa ayuda en estos tiempos difíciles. Son muchos los boticarios que se han ido y yo podría hacer mi pequeña aportación para llenar ese vacío.

—Trabajar en la rebotica de tu padre era muy importante para ti, ¿verdad?

Susannah asintió, con el filo de esa pérdida alojado en su pecho.

—Quizá... —William se interrumpió y se quedó pensativo, con la mirada fija en el suelo—. Quizá a tu padre no le vendría mal un poco de ayuda en la tienda uno o dos días por semana en cuanto el bebé esté destetado.

—Es posible. Si Arabella lo permitiera. Pero Agnes me ha ofrecido una casa y no cabe esperar que apruebe mi ausencia cuando necesita mis atenciones.

Las campanas de las iglesias, una tras otra, empezaron a dar la hora, y William se puso en pie.

—Debo continuar la ronda. Me espera un paciente con escorbuto en las encías.

—Para eso es muy eficaz una friega de clavo hervido en agua de rosas, dejado a secar y luego pulverizado.

—Y el agua de rosas colada puede beberse por la mañana en ayunas. —William sonrió—. Vengo de ver a tu padre, y me ha proporcionado esos mismos polvos y esa decocción que mencionas.

—Todo lo que sé lo he aprendido de él.

—Y has sido una alumna excelente. Ahora debo marcharme. Hoy volveré a tiempo para la cena. —Dio unas palmadas en el cabello rizado y mullido del niño—. Joseph, espero ver tus progresos dentro de unos días.

Esa noche Susannah se esmeró en peinarse de manera favorecedora. No podía hacer nada para ocultar su abultado vientre salvo ponerse un chal de encaje en torno a los hombros. Se adornó con el colgante de nácar de su madre, que quedó posado entre sus voluminosos pechos, desviando la atención del hinchado abdomen. Por fortuna, conservaba unos brazos esbeltos.

Agnes había estado descansando en su habitación, y Susannah fue a ayudarle a levantarse y arreglarle el gorro.

—Esta noche William cenará con nosotras —anunció.

—¿Por eso te has engalanado tanto? —Una sonrisa destelló en los ojos de la anciana ante el rubor de Susannah—. No creas que no he notado cómo os miráis. Pero no te hagas muchas ilusiones. William es un hueso duro de roer para cualquier mujer que ponga la mira en él. Y en tu estado...

—Os aseguro...

Agnes levantó la mano.

—No eres la primera que se interesa por él. Pero te advierto que se quemó los dedos una vez y es poco probable que se comprometa con una mujer de nuevo.

—¿De nuevo? —Susannah se mordió el labio.

Agnes, encontrando graciosa su reacción, soltó una risotada.

—Te mueres de ganas de preguntarme, ¿no? Bueno, acabaré con tu sufrimiento. Su esposa lo traicionó.

¡William tuvo una esposa! Susannah se desplomó en una silla, de pronto helada.

—¡No pongas esa cara! —dijo Agnes—. Esa boba se fugó con el supuesto mejor amigo de William. Se cayó del caballo cuando galopaban en plena noche, se partió el cuello y murió. Y también el niño que tenía en el vientre. William nunca supo si el niño que llevaba Catherine era suyo.

—¡Qué horror! —Susannah se avergonzó profundamente del alivio que sintió.

—Dijo que nunca volvería a confiar en una mujer. Esa experiencia le agrió el carácter. Después de eso se fue a Barbados para olvidar la traición de su esposa y desde entonces ninguna mujer ha despertado su interés. No pienses, pues, que ponerte un vestido bonito bastará para animarlo a declararse.

Susannah entregó a Agnes el espejo de mano a la vez que se preguntaba si la muerte de su esposa traicionera era lo que había empujado a William a buscar solaz en los complacientes brazos de Phoebe.

Todavía abatida por las palabras de Agnes cuando William llegó a casa, Susannah fue incapaz de mirarlo a los ojos. De un buen humor poco habitual en él, se sentó junto a su tía y entabló una animada conversación con ella sobre las rutas de comercio holandesas.

Phoebe, con los platos de la cena en una bandeja, abrió la puerta con un golpe de

cadera y puso la mesa con su acostumbrada parsimonia.

Susannah la observó, imaginándola vestida de seda ocre, con un exótico turbante dorado en la cabeza y pulseras de oro en la muñeca en lugar del collar de plata colgado al cuello. Se movía con desenvoltura, y su silueta era atractiva y curvilínea ahora que no estaba al borde de la inanición. Ya no costaba imaginar que William la encontrara atractiva.

Miró de soslayo a William, quien sonrió a Phoebe mientras ella le llenaba la copa y colocaba una servilleta limpia a su lado. Los celos traspasaron a Susannah como una afilada estaca.

William siguió su amigable conversación con Agnes, pero apenas dirigía la mirada a Susannah.

Susannah revolvía el cordero frío y los encurtidos en el plato, incapaz de probar bocado en su estado de desánimo. Había esperado con ilusión la oportunidad de disfrutar de la compañía de William, y él apenas le dirigió la palabra más que para pedirle la sal.

Al acabar de cenar, William se disculpó con una afable sonrisa y se marchó a su gabinete.

Agnes decidió retirarse temprano.

Apesadumbrada, Susannah acompañó a Agnes a su alcoba y le ayudó a desvestirse. Mientras plegaba el vestido de su señora y lo colocaba en el armario, tuvo que contener una sonrisa cuando vio que la caja de ciruelas confitadas estaba casi vacía. La anciana era ciertamente golosa.

—Esta noche estás muy callada. Te he disgustado, ¿verdad? —preguntó Agnes—. No tienes motivos para enfurruñarte porque diga lo que pienso. No es que vea con malos ojos ese emparejamiento, entiéndelo...

—¡Nadie ha hablado de eso!

—Tengo ojos en la cara, y sé hacia dónde te lleva el corazón. Como decía, no es que vea con malos ojos ese emparejamiento, pero considero improbable que William vuelva a asumir un compromiso así.

Susannah, sin darse prisa en plegar el resto de la ropa de Agnes, eludió su mirada inquisitiva.

—No busco tal compromiso en el primo de mi marido —mintió.

Agnes soltó una carcajada.

—Pero sería en extremo conveniente, ¿verdad que sí?

—En estos momentos mi preocupación más acuciante es dar a luz al hijo de Henry sano y salvo —declaró Susannah con la mayor dignidad posible.

—Ah, bueno. Es cierto que el parto es un momento peligroso para una mujer, y rezaré por ti.

—Gracias. —Serena en apariencia, Susannah temblaba por dentro al recordar sus viejos temores.

—Buenas noches, Susannah.

—Que durmáis bien, Agnes.

Con un suspiro de alivio, Susannah cerró la puerta de la alcoba al salir. Mientras recorría el pasillo, la puerta del gabinete se abrió. William apareció ante ella. Los ojos le brillaban como el azabache a la luz de la vela.

—¿Qué pasa? —preguntó Susannah.

—Quería decirte lo guapa que estás esta noche.

Susannah se animó al instante.

—Pensaba que no te habías fijado en mí en toda la velada.

—Conozco a mi tía, y nos observaba. Pero hay cosas que más vale mantener ocultas a chismosas y entrometidas, ¿no crees?

Tomó la vela que Susannah llevaba y la dejó con cuidado en el arcón del pasillo. Se volvió de nuevo hacia ella y le rozó la mejilla suavemente con los nudillos.

Al notar su contacto, una flecha de anhelo traspasó la pelvis de Susannah. Una oleada de calor ascendió por su cuerpo, dejando a su paso un hormigueo y un ansia por él en todos sus nervios. Lentamente Susannah volvió la cara para besarle los dedos y vio sus ojos, entornados por efecto del deseo.

William dejó escapar un leve suspiro y la atrajo hacia sí.

Desplomándose contra William, derretidas de pronto sus rodillas, sintió los fuertes latidos del corazón de él contra su pecho cuando la rodeó con los brazos.

William apoyó la barbilla en la frente de ella y, juntos, se mecieron en el pasillo en penumbra durante un momento largo como la eternidad.

Una callada felicidad se apoderó de Susannah, la profunda certidumbre de que estaba allí donde era su destino.

Con las manos entrelazadas en su pelo, William le inclinó la cara hacia la suya. Tenía los labios calientes, y Susannah tembló al notar la dureza de su cuerpo contra ella. Anhelante, le devolvió los besos con ardor, sin preocuparle que la considerara casquivana.

Al final, él tomó aire con una inhalación trémula y le rodeó la cara con las manos ahuecadas.

—Mi dulce y adorable Susannah —susurró—. Debes saber que he empezado a amarte.

El júbilo irrumpió dentro de ella. Volvió de nuevo la cara hacia William.

Pero él le agarró los brazos con delicadeza, los apartó de su cuello y le besó los dedos.

—Es imposible —dijo—. Eres demasiado adorable para resistirme. Debo irme ya antes de que olvide del todo mis buenos modales.

Susannah no había recobrado siquiera el aliento cuando él estaba ya dentro de su gabinete con la puerta cerrada.

Con el corazón exultante, se dejó caer contra la pared al tiempo que se tocaba la boca dolorida, allí donde aún notaba el calor abrasador de los besos de William. ¡Había dicho que la amaba!

Esa noche Susannah tardó en conciliar el sueño. Tras pasearse durante un rato por su alcoba, se apoyó en la ventana y observó a los murciélagos abatirse y revolotear por encima del jardín a la luz de la luna. Se notaba el bochorno en el aire nocturno, y el largo camisón de hilo la agobiaba. Tras desatarse los lazos, se lo quitó y lo dejó caer al suelo. Abrió la ventana de par en par y dejó que la brisa acariciara su cuerpo desnudo mientras revivía los besos de William. Ardiendo de anhelo, deseó que él sí hubiese olvidado sus buenos modales.

Sonrió para sí en la oscuridad al imaginar las manos de William en su espalda desnuda, en sus pechos... Su noche de bodas sería muy distinta del tormento que había experimentado con Henry. Sabía con cada fibra de su ser que con William existirían cimas de placer ahora desconocidas para ella. Pero de pronto empezó a corroerla un asomo de desasosiego. ¿Tenía Agnes razón? Por más que él hubiera dicho que la amaba, ¿se proponía casarse con ella o solo quería tomarla como amante? ¿Podría ella cautivar su corazón y aspirar al matrimonio allí donde otras habían fracasado? Y si él no quería casarse, ¿sería ella capaz o estaría dispuesta a contentarse con una vida de mujer mantenida? Estos pensamientos inquietantes dieron vueltas y más vueltas en su cabeza como un lechal en un espetón.

Cuando por fin el agotamiento la venció, se tendió en la cama y se durmió profundamente.

Una corriente de aire devolvió a Susannah a un estado semiconsiente. Suspiró y, todavía medio dormida, se dio la vuelta. Cuando empezaba a adormecerse de nuevo, el chasquido del picaporte la despertó bruscamente y, sobresaltada, agarró la sábana para cubrir su desnudez. Se había levantado el viento y agitaba las cortinas en la ventana. De repente la puerta de la alcoba se movió un poco a causa de la corriente de aire. Recordaba con claridad que la había cerrado. Alguien debía de haber levantado el picaporte y después no lo había cerrado bien. ¿Acaso había visitado William su habitación y la había contemplado desnuda mientras dormía? Ante la sola idea, se inflamó de vergüenza y excitación. Tardó un rato en volver a dormirse.

Más tarde la despertaron unas voces amortiguadas. Conteniendo la respiración, aguzó el oído. Un sonido, apenas un susurro, unos pies descalzos en el suelo de madera, la indujeron a incorporarse. Agarró el camisón y se lo puso antes de salir sin hacer ruido al pasillo. Estaba silencioso y desierto en la tenue luz del amanecer, pero el tapiz que colgaba en el recodo del pasillo se agitaba levemente, como si alguien hubiera pasado a su lado a toda prisa. Sin hacer el menor ruido, recorrió el pasillo y se asomó al recodo, pero solo vio puertas cerradas.

Abrió las puertas de una en una, pero todas las habitaciones estaban vacías, salvo

por los muebles cubiertos con sábanas. Inmóvil, escuchó con atención en medio del silencio, pero solo percibió el zumbido de sus oídos. De pronto le llegó el claro sonido de una tos de mujer y el techo crujió justo encima de ella.

Corrió hacia la escalera y subió al desván. Quizá Peg, descontenta con su nuevo señor, había regresado en secreto. Pero la buhardilla de Peg seguía tal como la había visto ella la última vez, en silencio y sin ningún enser excepto la fina manta plegada a los pies de la cama.

Fue entonces cuando oyó la fricción de una puerta al abrirse. Contuvo el aliento y miró por el resquicio desde dentro de la habitación de Peg. Sin duda era demasiado temprano para que los criados, incluso Phoebe, empezaran a ocuparse de sus obligaciones.

Unos susurros le cortaron la respiración. Ante lo que vio entonces se llevó los nudillos a la boca para no gritar.

William, descalzo y sin más ropa que el camisón, salía de la habitación de Phoebe.

La silueta de Phoebe se recortaba en el umbral iluminado de la puerta, bajo el fino camisón el contorno de sus pechos turgentes y la curva de sus caderas nítidamente perceptibles se percibían con nitidez.

William apoyó las manos en sus hombros y musitó algo. Ella asintió, mientras fijaba sus acuosos ojos castaños en los de él. William le tocó la mejilla y ella le cubrió la mano con la suya a la vez que él susurraba algo que Susannah no oyó.

Phoebe le dirigió una sonrisa trémula.

Susannah se sintió como si la hubiesen destripado con un cuchillo de trinchar al rojo vivo. ¿Cómo ha podido hacer una cosa así? Se rodeó el vientre con los brazos y reprimió un grito de angustia.

William, en silencio, recorrió el pasillo y bajó por la escalera.

Susannah empezó a temblar con tal violencia que le castañetearon los dientes y se apartó a ciegas de la puerta. Al volverse, se le enganchó la manga en el picaporte y se quedó helada al oír el eco del sonido en aquel silencio.

Phoebe cruzó el pasillo y abrió la puerta de par en par.

Se quedó allí inmóvil por un momento, impasible.

Susannah fue incapaz de hablar; su aflicción por lo que acababa de presenciar era insufrible.

A continuación Phoebe regresó a su habitación. Cerró la puerta con suavidad, pero no antes de que Susannah viera una expresión triunfal en su semblante.

EL VALLE DE LA SOMBRA
DE LA MUERTE

JULIO
1666

Las sábanas lavadas y tendidas en el jardín a primera hora de la mañana ya estaban secas y rígidas bajo el abrasador sol del mediodía. Las nubes surcaban el cielo, pero dentro del claustro la brisa apenas movía el denso aire.

La desesperación pesaba como una piedra bajo el esternón de Susannah, y el bebé daba patadas y se estiraba contra su diafragma de tal modo que apenas la dejaba respirar. Una y otra vez reproducía en su imaginación el humillante encuentro con Phoebe. La atormentaba pensar que si horas antes, la noche anterior, hubiese seguido a William al interior de su gabinete, si se hubiese ofrecido a él, él no habría tenido necesidad de buscar el placer en la cama de Phoebe.

Joseph, sentado con *Aphra*, a los pies de Susannah, apartó el pizarrín y se repantingó en el suelo.

—Ya he acabado —dijo.

Susannah agarró el pizarrín y miró la hilera de letras formadas de cualquier manera.

—No, así no Joseph. —Le quitó la tiza de la mano—. ¡Siéntate como es debido y piensa en lo que haces!

—¡No quiero!

El descarado del niño la sacó de sus casillas.

—¡Harás lo que se te dice!

Aphra chilló y trepó atropelladamente a lo alto de la pérgola cubierta de rosas.

Joseph miró a Susannah con los ojos muy abiertos y expresión temerosa.

No estaba bien desahogar su desdicha con el niño, pero le era imposible no verlo como recordatorio permanente y doloroso del vínculo entre William y Phoebe. El vínculo que ahora se había reanudado. Y la noche anterior ella había visto con sus propios ojos la ternura con la que William acariciaba a Phoebe después de abandonar su cama. Por lo visto, su idilio era mucho más que un apareamiento accidental, y Joseph, el fruto de ese amor, sin duda debía de mantenerlos unidos. Suspiró.

—Ven, Joseph. Siéntate a mi lado y te ayudaré.

El niño se encaramó al borde del banco y se quedó allí con los puños cerrados en el regazo.

—¿Vais a pegarme, señora?

—No, Joseph. Pero debes aprender a estarte quieto y hacer tus tareas.

—¿Por qué?

Ella le examinó el rostro, pero no vio el menor indicio de insolencia. Parecía tan cansado como se sentía ella y su mirada carecía del habitual brillo.

—Porque leer y escribir es un gran don. Abrirá un mundo nuevo para ti —dijo. Joseph no pareció muy convencido, y ella, desalentada, no insistió—. Vamos a dejarlo por hoy. La señora Oliver ha comprado una cesta de ciruelas en el mercado y necesita ayuda para prepararlas. —Le tendió la mano.

La cocina era un horno por el calor del fuego, y la señora Oliver tenía la cara lustrosa y las mejillas de un color magenta similar al de las ciruelas de la cesta.

Phoebe hacía girar sin ningún entusiasmo varios pollos ensartados en el espetón y el humo grasiento flotaba en una nube maloliente bajo el techo.

Joseph soltó la mano de Susannah y corrió junto a su madre. El rostro de ella cobró vida cuando se inclinó para tocarle la cara vuelta hacia ella. Al ver que Susannah los observaba, atrajo al niño hacia sí.

Susannah eludió la audaz mirada de Phoebe volviéndole la espalda. Por nada del mundo permitiría a esa mujer ver sus ojeras de pesar, pero no podía evitar imaginarse a William tendido entre los brazos de Phoebe. Sacudió la cabeza en un intento de librarse de esa imagen.

—Señora Oliver, ¿queréis que Joseph y yo deshuesemos las ciruelas?

—Por mí, encantada —contestó la cocinera, y se enjugó el rostro sudoroso con el antebrazo—. Aunque bien sabe Dios que la masa de la tarta será muy indigesta con este calor.

Susannah tendió la mano a Joseph, eludiendo la mirada hostil de Phoebe.

—Ven, Joseph, ayúdame a llevar la cesta.

El niño miró a su madre, y ella, tras una leve vacilación, movió la cabeza en un parco gesto de asentimiento y volvió a centrarse en el espetón.

Se sentaron en el banco del jardín con la cesta entre ambos; Susannah tomó la primera ciruela y cortó la piel morada para dejar a la vista la jugosa pulpa amarilla. Un gusano había abierto un túnel a través del hueso y habían dejado un rastro de arenilla marrón, así que Susannah retiró con el cuchillo la pulpa estropeada y la tiró al macizo de los rosales. Hizo una incisión en la siguiente ciruela y la abrió. Perfecta. Se la entregó a Joseph.

—Puedes comerte una si quieres.

El niño torció hacia abajo las comisuras de los labios.

—Nunca comeré ciruelas. Dice mamá que las ciruelas dan dolor de tripa.

—Solo si comes demasiadas. —Apretó los dientes para no decir algo sobre la madre de Joseph que probablemente después lamentaría.

—Mamá dice...

—¡Da igual lo que diga mamá! —Susannah se enjugó con el dorso de la mano el sudor que se acumulaba sobre su labio superior.

Las sábanas colgadas en el tendedero se agitaron un poco, y cuando una sombra se deslizó ante el sol, Susannah alzó la vista. Un enorme nubarrón se cernía sobre los tejados. En el aire húmedo se percibía una tensión casi insoportable. Cerró los ojos e imaginó que una lluvia refrescante se derramaba sobre su rostro vuelto hacia el cielo

y se llevaba su desdicha.

—¿Señora?

Abrió los ojos.

—¿Sí, Joseph?

—¿Estáis triste?

Susannah tragó saliva, asaltada por un deseo de llorar ante la inesperada compasión del niño.

—Un poco —contestó.

—¿Porque soy malo?

—Tú no eres malo, Joseph. —Era un niño entrañable, y ella no deseaba asustarlo —. Tengo calor y no me encuentro bien. Ojalá pudiera macharme de esta casa.

—¿Por qué no os vais, pues?

—No puedo.

—¿Por qué no? No sois una esclava. Dice mamá que podéis ir a donde queráis.

—No es tan sencillo.

Joseph se encogió de hombros y siguió con su tarea de quitar los huesos a las ciruelas.

Susannah contempló la nuca del niño, la piel suave del color de una nuez. El collar de plata en torno a su cuello menudo estaba exquisitamente labrado, pero debía de pesar y dar calor con aquellas temperaturas. De pronto se preguntó si Phoebe veía los collares, pese a lo caros que eran, no como un adorno sino como un símbolo de su esclavitud. Pero si Joseph y ella no hubieran encontrado un hogar en la Casa del Capitán, ¿qué habría sido de ellos? Y si a eso vamos, ella misma habría muerto de hambre si Agnes no la hubiese acogido. ¿Acaso eso no la convertía también en una esclava?

Una brisa le levantó el pelo de la nuca y de repente las sábanas se hincharon como las velas de un barco. El sol brillaba aún pero en los últimos minutos el cielo había adquirido un amenazador color pizarra. Atenta a las nubes que se formaban, partió en dos la última ciruela y se hizo un corte en el dedo. Una gota de sangre asomó a la yema y se la chupó, percibiendo el sabor metálico mezclado con la dulzura del jugo de la ciruela.

—Va a llover, Joseph. Ve a avisar a tu madre para que meta la ropa.

El niño se dirigió al trote hacia la puerta de la cocina, y Susannah se preguntó una vez más qué diría a William cuando lo viese. Para ella, era inconcebible que él la hubiera besado con tanta pasión la noche anterior y luego, muy poco después, hubiese acudido al lecho de Phoebe. Jamás lo habría considerado tan voluble, y el hecho de haberse equivocado tanto al juzgarlo socavaba sus mismísimos cimientos. Contempló la posibilidad de plantearlo abiertamente, pero ¿de qué serviría? Incluso si él le suplicaba perdón, ella nunca se libraría de la imagen de ese momento de intimidad en que él acarició la mejilla a Phoebe con tanta ternura.

Los rosales se mecieron por efecto de una súbita ráfaga de viento y esparcieron

sus pétalos sobre la grava mientras las sábanas tendidas bailaban y restallaban. Una gota de lluvia cayó en el regazo de Susannah y se formó un círculo oscuro en su falda. En el cielo se cernió un nubarrón orlado de una luz tan brillante como la de un millar de velas. Otra gota azotó su rostro vuelto hacia el cielo. De pronto cesó el viento, el sol desapareció y en el jardín se impuso una quietud sepulcral. Susannah contuvo la respiración y esperó.

De repente empezó a llover. El agua se derramaba del cielo oscurecido como si una mano gigantesca la vertiese a través de un cedazo. Caía con un silbido y rebotaba en el suelo. Le empapó los hombros y el dobladillo del vestido en cuestión de segundos. Corrió a destender las sábanas. Pugnando con el peso de la tela húmeda, empezó a descolgarlas y arrebujarlas entre sus brazos.

Phoebe, seguida de Joseph, salió presurosa de la cocina y retiró el resto de las sábanas del tendedero.

—¡Joseph, ve a buscar tu pizarrín y la tiza antes de que se estropeen! ¡Corre! —ordenó Susannah.

—¡Déjalo! —Phoebe agarró al niño de la mano—. No hace falta que pierdas el tiempo con las letras.

Joseph miró indeciso primero a su madre y luego a Susannah. Esta, decidida a imponer su voluntad al menos en eso, clavó una torva mirada en Phoebe.

—¡Haz lo que te he dicho, Joseph!

Los tres permanecieron inmóviles durante un momento interminable mientras la lluvia caía a cántaros sobre ellos y se arremolinaba en torno a sus pies en la tierra recalentada por el sol.

Finalmente Joseph desprendió de su mano los dedos de su madre, uno por uno, y, con la cabeza gacha, fue al banco, donde había abandonado el pizarrín.

Susannah se mordió el labio al ver la desolación en el semblante de Phoebe. Pero esta, al cabo de un momento, se dio media vuelta y entró con celeridad en la casa.

Susannah la siguió más despacio, procurando no resbalar en la fina capa de barro que empezaba a formarse en el suelo.

—¡Dios santo! ¡Estáis empapados! —exclamó la señora Oliver—. Phoebe, ve a tender las sábanas en la buhardilla para que se sequen. Se está preparando una buena tormenta, creo.

Susannah se secó la cara con el ángulo de una sábana.

—Tal vez así se limpie el aire. Joseph, quítate la librea para que Phoebe pueda ponerla a secar.

Joseph se quitó la chaqueta de terciopelo azul y se la entregó a su madre, que la aceptó sin mirarla. Recogió las sábanas mojadas y salió de la cocina.

—¿Qué le pasa? —preguntó la señora Oliver—. Tiene la cara tan encapotada como el día.

—No aprueba que le dé lecciones a Joseph.

—No la culpo. ¿Qué va a hacer un esclavo con estudios? En mi opinión...

Sonó la aldaba de la calle, primero una vez, luego dos, y después con un repiqueteo.

—¡Dios bendito! —La señora Oliver se secó las manos con el delantal y se dirigió hacia el pasillo—. Debe de ser alguien que viene en busca del doctor.

Susannah se escurrió el agua del pelo, y se disponía ya a subir a cambiarse de ropa cuando oyó un griterío en el vestíbulo. Enseguida reconoció la voz. Se echó a correr por el pasillo.

—¡Ay, señorita Susannah! He venido de inmediato. Es terrible...

—¿Qué pasa, Jennet? —preguntó Susannah, alarmada, su voz aguda por la aprensión.

—Es el señor Leyton, señorita. —Jennet temblaba descontroladamente. La lluvia goteaba de su falda empapada y formaba un charco en la alfombra persa.

—¿Qué ha ocurrido?

—El señor ha despertado tosiendo y estornudando y ahora arde de fiebre, y la señora no para de gritar. —Bajó la voz y en un susurro añadió—: Tiene los forúnculos negros.

Una esquirra de terror traspasó las entrañas de Susannah.

—¡Dios santo, la peste no!

La señora Oliver soltó un chillido y huyó a toda prisa a la cocina.

Susannah se dejó caer en la silla del vestíbulo. Cuando se le pasó el mareo, se levantó con dificultad.

—¡Debo ir a ver a mi padre de inmediato!

—¡No podéis, señorita! Contraeréis el mal también vos.

Susannah hizo caso omiso, abrió la puerta y se detuvo por un momento en el umbral antes de salir precipitadamente a la lluvia torrencial.

En Whyteladies Lane se arremolinaba el agua desbordada de los albañales y los adoquines estaban resbaladizos. Susannah apretó el paso tanto como pudo, pese a que en algunos sitios el barro le llegaba hasta los tobillos. Casi cegada por la intensa lluvia, resbaló al pisar algo desagradable y blando, tropezó, se enderezó y luego volvió a perder el equilibrio. Ahogando un grito, echó las manos al frente para proteger a su hijo cuando inició la inevitable caída al suelo.

Unas fuertes manos la sujetaron por detrás y la sostuvieron.

—¡Despacio, señorita Susannah! A vuestro padre no le ayudará en nada que abortéis.

Susannah se encontró entre los amplios brazos de Jennet. Soltó un sollozo y respiró hondo mientras obligaba a su corazón acelerado a apaciguarse.

—Ya estoy bien. ¡Vamos!

Jennet entrelazó su brazo con el de ella y, tambaleantes, siguieron juntas por Whyteladies Lane, resbalando en el lodo.

Se oyó el lento retumbo de un primer trueno, que rodó por el cielo como la rueda suelta de un carromato. Siguió el parpadeo de un rayo. Se acercó un carruaje que

levantó agua a su paso.

Las dos se arrimaron a la pared para evitar el salpicón justo cuando sonaba otro trueno. Agarradas de la mano, cruzaron el arremolinado torrente de agua de lluvia que corría por el callejón y salieron a la avenida principal. Una sucesión de carruajes de camino a la posada Bolt and Tun, circulaba veloz por la calle, salpicando a peatones y edificios por igual.

Por fin llegaron al cartel del unicornio y el dragón. Una pequeña multitud se había congregado en el portal de la guantería de la acera de enfrente para refugiarse de la lluvia. Había un vigilante ante la botica, y Susannah ahogó un grito de terror al ver que ya resplandecía en la puerta una cruz roja. Apretó la cara contra el escaparate. Dentro todo seguía como de costumbre; la mano y el almirez estaban en el mostrador, junto al tarro de sanguijuelas y el cono de azúcar, creando una imagen de cómoda familiaridad. Salvo por el hecho de que su padre y Ned no se hallaban en la tienda.

—¡Dejadme entrar! —pidió al vigilante.

El hombre negó con la cabeza.

—Nadie puede entrar ni salir.

—¡Pero ahí dentro están mi padre y su esposa, y mis hermanos, unos bebés!

—No podéis entrar. —Cruzó los brazos y la miró con expresión ceñuda.

—¿No tenéis compasión? —preguntó ella.

—¿No tenéis vos compasión por el niño que lleváis en el vientre?

Jennet la agarró del brazo.

—Venid, señorita Susannah.

Susannah dejó que Jennet la apartara y luego, desde la calzada, miró hacia las ventanas.

—Probemos por la puerta de la cocina —dijo—. Debo ver a mi padre, Jennet. ¿Y si muere sin que me despida de él?

Se encaminó hacia el pasadizo entre los edificios que conducía a la parte de atrás del patio. Llovía aún más, y a Susannah le pesaba el dobladillo de la falda por el barro. La llave seguía en su escondrijo habitual; abrió la verja y atravesó los charcos del patio hasta la puerta de la cocina. Giró el picaporte, pero entonces vio los clavos nuevos y brillantes hundidos en la madera. Aporreado la puerta, llamó a su padre a gritos, ahogada su voz por los truenos y el agua que caía a chorros del tejado.

Jennet le tiró del brazo.

—Es inútil, señorita Susannah.

Se dio por vencida y se apoyó en la pared del patio y hundió el rostro entre las manos.

Un relámpago hendió el cielo, y ella alzó la vista. El rostro pálido de su padre había asomado a la ventana del dormitorio.

—¡Padre!

Él la miró y formó con los labios una palabra que ella no oyó.

La esperanza renació en su corazón.

—¡Ya voy, padre! Sobornaré al vigilante para que me deje entrar.

Él negó con la cabeza y apretó las manos contra el cristal chorreante. Flaqueando, se desplomó contra la ventana y las palmas de sus manos resbalaron por el vidrio hasta perderse de vista.

Susannah mantuvo la mirada fija en la ventana con el deseo de que reapareciera. Ahogó un sollozo; si cedía al llanto, pensó, quizá ya no podría dejar de llorar, y había aún decisiones que tomar. Se volvió hacia Jennet.

—¿Estaban bien Arabella y los niños cuando has salido?

—Gritaban y lloraban de una manera espantosa cuando me he escabullido por la puerta de atrás. Se oía el escándalo a media calle de aquí. O se han ido o han enfermado todos de repente.

—¿Y Ned?

—Esta mañana se ha metido en la cama con una tos tremenda.

—¿Es posible, pues, que mi padre y Ned estén solos sin nadie que los cuide?

Jennet asintió, desolada.

Susannah se recogió la falda para apartarla del barro y se encaminó de regreso a Fleet Street seguida por Jennet.

El vigilante, apoyado en su alabarda, tenía el cuello subido para protegerse de la lluvia torrencial.

—Dejadme pasar —dijo Susannah.

—Queréis morir, ¿eh? ¿Vos y vuestro bebé? —El agua corría por sus mejillas y goteaba de su mentón en un hilo continuo.

Susannah, vacilante, se debatió entre poner en peligro la vida de su hijo y el deseo de dar consuelo a su padre.

—Rezad al Señor y confiad en su misericordia. Ahora volved a casa, señora, antes de que os ahoguéis.

¿Cómo podía abandonar a su padre? Tomó una decisión.

—¡Os pagaré para que me dejéis entrar!

—Conque ahora intentáis sobornarme, ¿eh? —Destelló otro relámpago y al cabo de un segundo sonó un trueno; el eco reverberó en el cielo—. ¿Cuánto? —preguntó el vigilante, alzando la voz para hacerse oír por encima del fragor del aguacero.

Susannah observó la expresión de codicia en sus ojos. ¿Tan horrible sería morir y dejar atrás todos sus temores? William y Henry la habían traicionado. ¿Quién la amaba ahora aparte de su padre?

—¿Cuánto? —repitió el vigilante.

Ella respiró hondo e intentó contener el temblor de sus manos.

—Todo lo que tengo —contestó.

Ahogó una exclamación, sobresaltada por otro trueno colosal.

—Enseñadme vuestro dinero, pues.

—Tengo que ir a buscarlo.

—De acuerdo, yo no me iré a ninguna parte. —El hombre cruzó los brazos.

Susannah se había alejado solo unos pasos cuando vio una figura alta avanzar presurosa hacia la botica. La capa mojada se agitaba en torno a sus rodillas y el agua caía desde el ala de su sombrero sobre la máscara rostrada. El corazón de Susannah empezó a acelerarse de nuevo. William. Hacía solo un día habría corrido hacia él, pero en ese momento se quedó inmóvil, sus piernas pesaban como el plomo, y lo observó acercarse.

—Susannah. He venido en cuanto me he enterado.

—Mi padre tiene la peste —dijo, incapaz de mirarlo a los ojos—. Y Ned también ha enfermado.

—¿Y Arabella y los niños?

Susannah se encogió de hombros y apartó el agua que corría por su cara con el dorso de la mano.

—Ha huido antes de que tapiaran la casa. He visto a mi padre... —En ese instante se vino abajo, incapaz de soportar el recuerdo del rostro pálido de su padre al otro lado de la ventana.

William la sujetó por los hombros.

—¿Está grave?

—Muy débil.

—Mi pobre señor tiene los forúnculos negros y fiebre —informó Jennet entre un castañeteo de dientes.

Susannah se desprendió de las manos de William.

—¡Debo ayudarlo!

—No puedes. —Sus ojos negros destellaron por encima de la máscara blanca.

—Puedo, y lo haré. Pero primero tengo que ir a casa a recoger mis ahorros.

—¿Tus ahorros?

—No tengo gran cosa, pero el vigilante me dejará entrar si...

—¡Susannah! ¿Qué idea es esa? —Se quitó la máscara—. ¡No puedes exponerte a semejante riesgo!

—¿Y eso qué más da ahora? —Estaba demasiado cansada para discutir—. Solo quiero estar con mi padre.

La lluvia le azotaba la cabeza, y el pelo, ya libre de las horquillas, se le adhería a los hombros como algas.

Un relámpago surcó el cielo e iluminó la calle con refulgente intensidad.

—¿Y estás dispuesta a arriesgar también la vida de tu hijo? —preguntó William con frialdad—. No te creía tan egoísta.

Un repentino arranque de ira la indujo a alzar la cabeza y obligarlo a bajar la mirada.

—¿Y supongo que tú eres un modelo de perfección?

Estalló un trueno y resonó sobre los tejados, más ruidoso que la detonación de un millar de cañones.

—Tu padre no querría que su hija y su nieto murieran en vano —vociferó

William mientras el cielo se desgarraba sobre ellos—. Entraré yo en la casa.

—¡No!

—¿Quién mejor?

—¿Señor? —Jennet, con la barbilla trémula y los ojos muy abiertos en una expresión de terror, lo agarró de la manga—. Dejadme acompañaros.

—¿A ti? ¿Por qué ibas a querer volver a una casa de la que se ha adueñado la enfermedad?

—¿Adónde voy a ir, si no? —Le temblaba la voz—. No tengo familia, y este ha sido mi hogar desde hace tantos años que ya ni me acuerdo. El señor Leyton siempre ha sido bueno conmigo y puedo ayudar a cuidarlo.

—Podrías enfermar.

—Quizá ya estoy contagiada. —Se irguió y cuadró los hombros—. Ya decidirá Dios qué ha de ser de mí.

—Pues que así sea. Agradeceré tu ayuda. Debemos aplicar una cataplasma en los forúnculos y extraer los malos humores. No perdamos más tiempo.

—¡No puedes, William! —exclamó Susannah mientras lo sujetaba de la manga.

Sin prestarle atención, William se acercó al vigilante.

—¡Apartaos!

El vigilante le cortó el paso cruzando la alabarda ante la puerta.

—No sale nadie. No entra nadie. Esas son las órdenes que he recibido.

—¿Incluyen esas órdenes aceptar sobornos para permitir que una persona abandone el lugar? —William agarró al vigilante por el cuello y lo empujó bruscamente contra la pared—. ¿Dónde están la señora de la casa y sus hijos? Si les habéis permitido escapar, posiblemente portando la enfermedad consigo, os aseguro que las autoridades se tomarán el asunto muy en serio.

El vigilante desplazó el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Yo no podía impedir que la señora escapara por la ventana de una habitación y se fuera por los tejados.

—Esta criada ha salido de la casa. Puede que ya lleve la enfermedad, y coincidireis conmigo en que es mejor que ella quede confinada dentro. Y yo, como médico, atenderé personalmente a los enfermos.

—Si entráis y no salís en la carreta de la muerte, quedaréis en cuarentena —advirtió el vigilante.

William lo soltó.

—Y no aceptaré sobornos para dejaros salir antes, teniendo en cuenta lo severas que son las autoridades. —El vigilante sonrió, dejando ver unos dientes rotos y negros.

Susannah agarró a Jennet por el brazo y notó su manga empapada.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Me da miedo morir, pero más miedo me da quedarme sola en el mundo. —La criada se esforzó en esbozar una sonrisa—. Cuidaos y cuidad de vuestro hijo, señorita

Susannah. Yo ayudaré al doctor a atender a vuestro querido padre.

Sin habla, Susannah rodeó a Jennet con los brazos y la estrechó con fuerza.

—No tenemos tiempo que perder —dijo William.

El vigilante abrió la puerta.

—Adelante, pues.

Cuando un rayo crepitó y chasqueó, rasgando el cielo plumizo, Jennet atravesó la puerta como una flecha y volvió su rostro pálido por encima del hombro antes de desaparecer.

William se enjugó el agua del rostro.

—Haré lo que pueda por tu padre —dijo—. Ven mañana al mediodía y te informaré de su estado.

Susannah buscó palabras para expresar sus tumultuosos pensamientos. Al fin se limitó a decir:

—¿Harás esto? ¿Arriesgarás tu vida por él?

—Haré esto por ti, Susannah. —La miró por un largo momento antes de entrar también él en la casa.

El vigilante cerró de un portazo y echó la llave.

Volvió a tronar. La violencia de la tormenta era solo equiparable a la desolación que Susannah sentía en el corazón. Calada hasta los huesos, fijó la mirada en la cruz roja de la puerta y luego en las palabras pintadas debajo. «Que Dios se apiade de nosotros», leyó.

—¡Maldita sea, Susannah! —Agnes dejó caer su pipa en el regazo, indiferente a las manchas de tabaco en la falda—. William es lo único que me queda. ¿Cómo has podido permitirselo?

—Sabéis mejor que yo que William hace siempre lo que le viene en gana —respondió Susannah con aspereza.

—Pensaba que tenías más influencia sobre él.

—Pues como veis, no es así —dijo Susannah. Pero la culpabilidad y el temor la corroían. Agnes tenía razón: debería haber puesto más empeño en su intento de disuadir a William de entrar en la casa. Pero su padre estaba muy solo y asustado.

En los ojos oscuros de Agnes brillaban las lágrimas no derramadas.

—¿Qué haremos sin él, Susannah? —susurró—. Nunca concebí la posibilidad de que dejara este mundo antes que yo.

—¡Eso ni lo penséis! —Presas de un pánico repentino, Susannah levantó la voz, y el eco resonó en el alto techo de la capilla. Entrelazó las manos para aquietar su temblor—. Aún no está todo perdido. William ha trabajado entre los enfermos y ha conservado la salud durante este último año atroz.

—Pero nunca antes había estado encerrado en una casa con los moribundos. —Agnes retorció sus manos huesudas y deformes en torno a la empuñadura del bastón—. William es el hijo que nunca tuve.

—Ya lo sé.

Permanecieron en silencio durante el resto de la tarde, abstraídas ambas en sus propios temores, mientras fuera la lluvia formaba una cortina en los cristales de las ventanas.

En la cena Phoebe les llevó jamón frío y pan en una bandeja. Eludió la mirada de Susannah y salió de la capilla tan calladamente como había entrado.

Susannah apenas podía tragar, pues se le revolvía el estómago a causa del miedo solo de ver las gruesas lonchas de carne rosadas y blancas.

Agnes comió poco y enseguida se retiró a su alcoba.

El aguacero cesó por fin, y Susannah salió al aire vespertino. Las flores estaban empapadas por la lluvia, y sus hierbas medicinales aplanadas. Se paseó por el claustro entre el perfume de la madreselva y el cálido aroma a madera de la tierra mojada.

Sentada en el banco mientras la luz se desvanecía, observó el revoloteo de los murciélagos en el ocaso. Se atormentó con la imagen de los padecimientos de su padre mientras William le aplicaba cataplasmas humeantes para extraer los malos humores de los bubones. Incapaz de llorar, se meció hacia delante y atrás, sintiendo

un dolor y una soledad tan cortantes como si hubiera ingerido cristales rotos. Cada minuto se le antojaba una hora. Y aún tenía que sobrellevar la noche antes de conocer el destino de su padre. El bebé se movió en su interior y ella se abrazó el vientre, preguntándose si su padre sobreviviría para ver a su nieto.

Fue entonces cuando la desesperación se apoderó de ella y por fin sucumbió a un tormentoso llanto. Los sucesos de los últimos días la habían llevado de la felicidad sublime a la desdicha más profunda. Lloró por todo: la muerte del padre de su hijo y su decepcionante matrimonio; el amor que, según creía, había nacido entre William y ella y había resultado ser tan vacío; el amor de su padre, que había dado por sentado hasta que él se lo arrebató para entregárselo a Arabella. Lloró sobre todo por el miedo a vivir en un mundo sin su padre ni William presentes para amarla.

La mañana tardó mucho en llegar. Al alba Susannah renunció a intentar conciliar el sueño. Se vistió y bajó a la cocina, donde la señora Oliver metía el pan en el horno.

—No necesito preguntaros cómo habéis pasado la noche —dijo la cocinera—. Y no creo que la señora haya descansado mucho más.

—Lo espantoso es la espera y la incertidumbre.

—Os prepararé una cafetera para que se la subáis a la señora. Seguro que también ella se ha pasado la noche en vela y en la incertidumbre.

Al oír el ruido de la mano mientras la señora Oliver molía los granos de café en el almirez, Susannah evocó el recuerdo de su padre tras el mostrador de la botica mezclando medicinas a lo largo de los años. Se tragó el nudo en la garganta. Era horrible contemplar la posibilidad de que no pudiera proseguir con su trabajo en los años venideros. Fijó la mirada en el fuego y se instó a eliminar de su mente esos pensamientos.

No mucho después, el aroma del pan recién hecho empezó a rivalizar con el olor del café que hervía en el fuego. La señora Oliver coló el café a través de un paño de muselina, cortó unas rebanadas de la hogaza recién salida del horno y las echó a la mesa.

Susannah, asaltada de pronto por un hambre voraz, dio un bocado al pan tibio y lo acompañó de un trago de café caliente.

—Pondré el resto en una bandeja y se lo llevaré a la señora Fygge —dijo a la vez que se sacudía las migas de la falda.

Al abrir la puerta de la alcoba, chocó con un muro de calor y humo. Agnes estaba ya sentada en la cama, y Phoebe, de rodillas ante la chimenea, barría las cenizas de la rejilla.

—¿Abro la ventana? —preguntó Susannah. Se negó a reconocer la presencia de Phoebe.

—¡No! —Agnes se estremeció—. El aire mismo es peligroso. A saber qué enfermedades trae la brisa.

Con disimulo, Susannah se enjugó el sudor de la frente.

Pequeña en comparación con la gran cama, Agnes se veía un tanto encogida, con

las manos entrelazadas ante el pecho y la fina trenza caída sobre el hombro.

—Hoy me quedaré en la cama —anunció.

—¿Queréis que os lea, para ayudaros a pasar el tiempo?

—Puede que más tarde. Pero ven a darme noticias en cuanto regreses.

Susannah intentó mantenerse ocupada, pero no podía concentrarse y en todo momento sentía la opresión del miedo, pesado como una plancha. Terminó de coser otro chalequito para su hijo y lo guardó en el arcón de su alcoba junto con las demás prendas. Atenta a la posición del sol en el cielo y a las campanadas de las iglesias, contaba las horas que pasaban.

Al cabo llegó el momento de salir. La señora Oliver preparó una cesta con provisiones, y Susannah se la colgó del brazo. Justo antes de marcharse decidió ir por unas hierbas; una infusión de romero recién cortado sería eficaz para aliviar la tos de Ned.

El agua se arremolinaba aún en los albañales, y los desechos arrastrados por los torrentes del día anterior se hallaban ahora amontonados contra los muros en altas pilas y secos. Las gaviotas del río volaban en círculo y chillaban y se abatían para capturar los restos. En su avanzado estado de gestación, Susannah caminaba con paso inestable y debía llevar cuidado para no resbalar en los adoquines.

Cuando llegó ante el cartel del unicornio y el dragón, estaba acalorada y le faltaba el aliento. El vigilante, recostado en el portal, impedía el paso.

—¿Alguna novedad? —preguntó Susannah.

El hombre se irguió pero apartó la mirada, y con ese gesto Susannah sintió los dedos fríos de la aprensión recorrerle la espalda.

—Mejor será que preguntéis a vuestros amigos —respondió. Aporreó la puerta con el puño—. ¡Eh, salid a la ventana!

La ventana se abrió y se asomó Jennet. Tenía el rostro hinchado por el llanto.

—¡Oh, Jennet! —Susannah cruzó las manos ante el pecho con una actitud de temor.

La criada contuvo un sollozo.

—¡Se lo llevaron anoche!

Susannah, de pronto al borde del desvanecimiento, apoyó la mano en la pared para no caerse.

—¡No a mi padre! Por favor, di que no ha sido él.

—No, señorita, no a vuestro padre, sino al pobre Ned.

—¿Ned? Pero he traído romero con el que prepararle una infusión para la tos.

—Demasiado tarde, señorita Susannah. La enfermedad lo invadió muy de repente y empezó a tener convulsiones. Lleno de manchas y ardiendo de fiebre, llamaba a gritos a su madre.

Susannah se representó el rostro joven y ávido del mancebo, su vida truncada tan cruelmente, pero no pudo evitar el pensamiento poco cristiano de que se alegraba de que fuera Ned y no su padre quien había perecido.

—La carreta vino a por él antes del amanecer —dijo Jennet, sin dejar de llorar—. Cuando el doctor y yo lo bajamos por la escalera, resbalé y casi se me cayó. Se golpeó la cabeza contra la pared, y el ruido fue tan horroroso que todavía oigo el eco, una y otra vez. La carreta de la muerte iba ya a rebosar de cadáveres, y no puedo borrarle de la memoria el momento en que se lo llevaron.

—Has sido muy valiente, Jennet.

—Ahora rezo por el señor. A él no le gustaría nada la carreta de la muerte.

—¿Sufre mucho?

El rostro de William apareció en la ventana por detrás de Jennet. Ella se apartó y él se asomó por encima del alféizar.

—Tu padre está muy enfermo, Susannah. Lo hemos bañado en agua fría para bajar la temperatura corporal y le hemos puesto cataplasmas en los bubones para que el veneno salga a la superficie. Algunos de los forúnculos han reventado, lo cual es buena señal. Ahora no puedo hacer nada más salvo reconfortarlo.

—¿Vivirá?

—No puedo saberlo, ni quiero hacerte falsas promesas, Susannah.

¡Falsas promesas! Susannah examinó su rostro, su expresión de preocupación por su persona, a pesar de que la había hecho creer que sentía un profundo afecto por ella y, aún así, la había traicionado con Phoebe. Ya no sabía qué pensar.

—¿Puedo traer algo para aliviar su sufrimiento? —preguntó por fin.

—Aquí en la botica tenemos todas las medicinas que podríamos necesitar. Ahora solo nos queda depositar nuestra confianza en el Señor.

Susannah asintió, incapaz de hablar por miedo a no poder contener el llanto.

—Veo que has tenido la amabilidad de traernos provisiones —observó William. Desapareció dentro por un momento y a continuación descolgó una sábana por la ventana.

Susannah ató una esquina de la sábana en torno al asa de la cesta y se quedó mirando mientras él la izaba.

—Ven a vernos otra vez mañana —dijo él—. ¿Susannah?

—¿Sí? —Ella lo miró a los ojos y en su pecho se encendió de nuevo la esperanza. Quizá le pidiera perdón.

Pero él se limitó a decir:

—Dale recuerdos a la tía Agnes. Y tú procura mantener la calma. Dios decidirá cuál ha de ser el desenlace y la angustia no os ayudará en nada ni a ti ni al bebé.

La decepción cercenó sus esperanzas. Se volvió y se alejó a trompicones.

Durante las siguientes veinticuatro horas tuvo una sensación de irrealidad. La rutina cotidiana siguió casi como siempre a la vez que el terror atenazaba sus entrañas con garras afiladas como navajas.

Llevó a cabo sus tareas lentamente, casi sin hablar, a menos que Agnes le dirigiera la palabra, con la mente puesta en el momento de volver a la botica de su padre en busca de noticias.

Los temores de Agnes por William se traslucían en su mal genio, y cuando Susannah le sugirió que se quedara en la cama el resto de la mañana, desechó el consejo, irritada.

—¡No me agobies!

Se mordió el labio y Susannah obedeció. Una vez atado el corpiño y arreglado el pelo, ayudó a Agnes a sentarse en la butaca junto a la ventana con su libro de poesía al lado.

—Puedes marcharte, pero regresa en cuanto tengas noticias.

—Sí, Agnes.

—Y otra cosa, Susannah: dile a Will que estoy orgullosa de él. Quizá piense que ha tomado una decisión absurda, pero no habría esperado otra cosa de él.

La señora Oliver metió un tarro de mermelada de ciruelas en la cesta.

—La preferida del señor —dijo—. Y ahí va el resto del jamón para él. Phoebe os llevará la cesta hasta el final de Whyteladies Lane. Ya veo que vuelve a doleros la espalda.

—Es verdad que me duele, y estoy harta de parecer una vejiga de cerdo hinchada y sentirme como tal.

—Ah, bueno, ya falta poco para que tengáis a esa dulce criatura entre los brazos; entonces sí sabréis lo que es el cansancio. Phoebe, puedes dejar las cazuelas en remojo y llevar la cesta.

—Sí, señora. —Phoebe se secó las manos en el delantal y se colgó del brazo el asa de la cesta.

El calor del sol había convertido otra vez en polvo el barro de la calle, y dos perros luchaban por un hueso desenterrado entre los desechos. El arremolinado torrente del albañal central se había reducido, y a Susannah el trayecto se le hizo más fácil que el día anterior.

Al final de la calle agarró la cesta que acarreaba Phoebe. Rozó accidentalmente la mano de la otra mujer, y cuando esta alzó la vista, sus miradas se cruzaron.

Phoebe le sostuvo la mirada, sin que sus ojos de color azúcar moreno delataran nada. Se alejó sin volverse.

Susannah medio había esperado que le transmitiera un mensaje para William y le sorprendió su pasividad mientras su amante permanecía encerrado en una casa apestada. Se colgó la cesta del brazo y se encaminó hacia Fleet Street. Sin razón aparente, se animó. El aire era un poco más fresco que los días anteriores y algunos de los forúnculos de su padre habían reventado, lo cual era una buena noticia. Algunos sostenían que si se drenaban los venenos de los bultos pestilentes, el paciente podía recuperarse. Su padre, para su edad, conservaba mucho vigor y siempre había gozado de buena salud, así que casi con seguridad el pronóstico era prometedor. Sin duda mejoraría un poco, día a día.

Con ese ánimo esperanzado, Susannah llegó a la botica. El vigilante la vio acercarse y se tocó el sombrero para saludarla antes de llamar a la puerta.

—¡Eh! —vociferó—. ¡A la ventana! Ha llegado la señora.

La ventana se abrió más y se asomó William.

—Susannah.

Al oír el tono de su voz, amable, considerado, Susannah se detuvo en seco. Dejó la cesta en el suelo. Sabía con temible certeza lo que él iba a decirle aún antes de que

pronunciara una palabra más. La invadió de repente un frío mortal. Excepto el rostro de William, todo ante ella se desdibujó.

—Cuándo —preguntó Susannah.

—No hace ni una hora. Lo he velado toda la noche y hemos charlado un poco, pero ha ido debilitándose hasta exhalar el último aliento.

Era extraño, pensó ella: conservaba la calma y una actitud racional, pese a que alguien gritaba dentro de su cabeza.

—¿Ha sido plácido su tránsito?

—Querida, no puedo decirte que no haya sufrido, pero lo he reconfortado tanto como he podido.

—Te lo agradezco.

—Ha habido momentos en que pensaba que yo era tu hermano Tom. Me ha dado la mano y me ha pedido que fuera a buscarte. Tu nombre ha sido la última palabra que ha salido de sus labios.

En ese instante Susannah flaqueó. Lanzó un grito de desolación, el cielo empezó a girar sobre ella y su visión se oscureció. A lo lejos oyó a William llamarla por su nombre.

El vigilante la sujetó cuando ya se desplomaba.

—¡Arriba, señora! —La sostuvo hasta que se le pasó el desmayo—. ¿Ya estáis mejor?

—¡Mi padre ha muerto!

—Sí, señora, lo sé. Ha ido a un lugar mejor, debo decir.

—¡Susannah! ¿Susannah?

Zafándose de los brazos fornidos del vigilante, alzó la vista hacia William, encuadrado en la ventana abierta.

—Susannah, ¿estás bien?

Tenía los labios adormecidos y había empezado a temblar sin control y no podía contener el castañeteo de los dientes.

—Solo ha sido un ligero desmayo —contestó—. Ya ha pasado. Es que me había convencido a mí misma de que mi padre hoy estaría mejor.

William golpeó con la mano el marco de la ventana.

—¡Maldita sea, Susannah! No puedo hacer nada por ayudarte mientras esté aquí encarcelado.

—Ya has hecho todo lo que podías por ayudar a mi padre. Todo lo demás da igual. ¿Y qué me dices de ti y de Jennet? ¿Seguís bien?

William asintió.

—Pero Jennet está muy desanimada. Quería a su señor y es consciente de que ahora su futuro es muy incierto.

—Y no puedo decirle nada para reconfortarla —se lamentó Susannah con amargura—. El futuro de toda mujer es incierto sin un hombre que la mantenga.

—Tenemos que quedarnos aquí hasta el final de la cuarentena.

—¿Qué será ahora de mi padre?

—La carreta vendrá a buscarlo al final del día.

Susannah se llevó una mano a la boca.

—Debo verlo una última vez.

—No, no debes verlo. Susannah, te lo ruego, no lo hagas. Te afligirás y puedes perjudicar a tu hijo. Es mucho mejor que lo recuerdes tal como era en tiempos más felices en lugar de verlo tal como está ahora.

—Pero ¿es que no lo entiendes? Si no puedo despedirme de él, nunca me creeré que se ha ido.

—Te lo desaconsejo.

—¿Tan horrible es su aspecto?

—No es eso...

—Y entonces ¿qué es?

—Los enterradores vendrán a por él. —William se frotó los ojos. Su agotamiento era evidente—. Están tan acostumbrados a recoger cadáveres que no siempre tratan a los muertos con el debido respeto, y será angustioso para ti.

—Aun así, aquí estaré.

William la miró por un momento y al fin dijo:

—Veo que has tomado una decisión y no tengo ánimos para discutir contigo.

—Os he traído provisiones. Sube la cesta, volveré más tarde.

Una vez vaciada la cesta, Susannah se encaminó de regreso a la Casa del Capitán. Agnes supo lo que había ocurrido en cuanto vio el semblante de Susannah.

—Lo siento mucho, querida. Tu padre era un buen hombre, pese a que permitió que esa cabeza hueca de esposa suya lo llevara a mal traer. Es una pérdida para el mundo.

Susannah asintió con lágrimas en los ojos.

—Arabella debería saber que es viuda y que los gemelos han quedado huérfanos de padre. El único sitio al que puede haber ido, creo, es la casa de su hermano en Shoreditch. ¿Puedo enviar a Phoebe con una nota para ella?

—Haz lo que consideres oportuno, aunque yo no me la imagino como una viuda afligida.

—Quiero asegurarme de que Joshua y Samuel están a salvo. Y luego, esta noche, volveré a la casa. Debo estar allí cuando llegue la carreta.

—No te preguntaré si eso te parece una idea sensata. Supongo que deseas verlo por última vez.

—Debo ver dónde lo entierran. ¿Cómo, si no, le diré a mi hijo dónde está la tumba de su abuelo?

—Entonces que te acompañe Phoebe.

—¡No! Es decir, gracias por vuestro interés, pero prefiero ir sola.

—Me preocuparé si andas sola por las calles después de oscurecer. Ahora ve a descansar, porque esta noche te acostarás tarde.

Susannah se tumbó, pero no pudo dormir. Con los párpados apretados, buscó consuelo en el recuerdo de los tiempos en que su vida era segura y sin preocupaciones. Se acordó de su madre, inclinada sobre el mostrador de la botica, colando lavanda macerada en aceite de almendra dulce a través de un paño de muselina. Su madre se había puesto una gota del aceite aromático en la muñeca, y Susannah evocaba aún el balsámico perfume a flores que la había acompañado todo el día.

Su padre era por entonces un hombre feliz. Más tarde, después de la trágica muerte de su madre, Susannah y él buscaron solaz en la botica. Él le enseñó todo lo que sabía, y su confianza en ella era tal que le permitía experimentar incluso con los ingredientes más caros.

Susannah, tensa, se hizo un ovillo mientras recordaba las gratas horas que había pasado en compañía de él. Ya nunca más podría discutir con él acerca de los méritos del alcohol elaborado con la hierba del escorbuto en comparación con el zumo de limón recién exprimido cuando se aflojaban los dientes, ni podría disfrutar del placer de su interés mutuo en una de las conferencias del Gresham College, ni podrían sentarse junto a la chimenea en plácida armonía. Se atormentó con estas reminiscencias hasta que la luz empezó a declinar.

Por fin se incorporó y se frotó los miembros para recuperar la sensibilidad. Cuando fue en busca de Agnes, se sentía tan hueca y ligera como el vilano de cardo. En la capilla el calor era agobiante y flotaba una bruma en el aire causada por el humo del romero que ardía en la chimenea.

—Agnes, me voy ya.

—¡Deja la puerta cerrada! Tengo el firme propósito de eliminar a fuerza de vapores cualquier contagio que ose entrar en mi casa —dijo Agnes—. ¿Insistes aún en salir esta noche?

Susannah asintió.

—Entonces cúbrete la cara cuando lleguen los enterradores. Rocía de vinagre un pañuelo y llévatelo a la nariz. No toques nada, y yo rezaré para que te libres del contagio.

—Gracias.

Agnes torció los labios en una lúgubre sonrisa.

—Creo que eres tan tozuda como yo. ¡Ve, pues! Phoebe te espera.

—No es necesario que me acompañe.

—No me irrites llevándome la contraria.

Ya casi había oscurecido, y Phoebe llevaba un farolillo para alumbrar el camino. Avanzaron en silencio una al lado de la otra, eludiendo a los mendigos que tendían la mano hacia el dobladillo de sus faldas. Cambiaron de acera sin pronunciar palabra para refugiarse en las sombras cuando pasaron ante la puerta abierta de una bulliciosa taberna. El calor y el aire fétido y las risotadas de los borrachos quedaron flotando en el aire a sus espaldas.

Cuando llegaron a la botica, había velas encendidas en todas las ventanas.

—Marchaos a casa, señora —aconsejó el vigilante—. No sacaréis nada de provecho con vuestra presencia aquí.

—¿Tardará mucho la carreta de la muerte? —preguntó ella.

—No demasiado.

William abrió la ventana y se asomó.

—¿Has venido, pues?

—Como ves, sí.

—He utilizado la mejor sábana que he encontrado para amortajar a tu padre, y Jennet y yo lo hemos bajado y lo hemos dejado en el mostrador de la tienda.

—Eso le habría gustado —dijo Susannah con voz trémula.

Oyó el tañido de una campanilla a lo lejos. Se le revolvieron las entrañas y empezó a temblar.

—Ya viene la carreta —anunció William.

La campanilla volvió a sonar, y esta vez Susannah oyó la voz lastimera del campanillero.

—¡Sacad a vuestros muertos! ¡Sacad a vuestros muertos!

La campanilla se oía cada vez más y la gente que pasaba presurosa por Fleet Street se arrimaba a las paredes para apartarse lo máximo posible del campanillero. La carreta tirada por un caballo, iluminada con faroles, surgió de la oscuridad y avanzó pesadamente por los adoquines con su patética carga. Dos enterradores, calzados con botas altas y envueltos en largas capas, la seguían con farolillos que se mecían en sus manos. Varios hombres y mujeres llorosos caminaban detrás.

El vigilante sostuvo el farolillo en alto y se interpuso en el camino de la carreta. A continuación indicó a Susannah y Phoebe que retrocedieran y sacó del bolsillo la llave de la puerta.

William aguardó dentro, con Jennet a sus espaldas.

Sintiendo en las costillas los fuertes latidos del corazón, Susannah observó a William mientras dirigía unas palabras a uno de los enterradores cuando estos se acercaron. Oyó el tintineo de unas monedas al cambiar de mano. A continuación los enterradores entraron en la tienda, y Susannah aguardó con los ojos fijos en la puerta abierta y los puños apretados con tal fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos hasta que le sangraron.

Los hombres volvieron a salir al cabo de un momento con el cadáver de Cornelius envuelto en una sábana. Una esquina de la mortaja se había soltado y arrastraba por el polvo. Cargaban con él con la misma ceremonia que si fuera una alfombra enrollada, desechada ya y a punto de guardarse en un trastero.

Susannah se llevó las manos a la boca y reprimió un grito involuntario. ¿Era ese pesado fardo lo único que quedaba de su querido padre? Se inclinó hacia delante, movida por la desesperada necesidad de arrojarle sobre su cuerpo y retirar la mortaja para verle la cara por última vez.

El vigilante la agarró firmemente del brazo y la obligó a retroceder.

—¡Eso no, señora!

Un enterrador levantó un farolillo e hizo a un lado la tela de arpillera que cubría la carreta.

Susannah ahogó una exclamación y se tambaleó. Los cadáveres, algunos envueltos en harapos, otros desnudos, se amontonaban en una descuidada pila. Una joven sin más ropa que el camisón yacía de espaldas con los miembros extendidos, su cabello dorado caía en una cascada desde el borde de la carreta, el cuello estaba hinchado, negro y supurante.

En el umbral de la puerta, Jennet lanzó un chillido y se tapó la cara con el delantal.

Susannah contempló la carreta horrorizada, provocando tal repulsión que se le revolvió el estómago.

—¡No podéis poner a mi padre ahí!

Con arcadas por el hedor de los muertos, buscó a tientas en el bolsillo el pañuelo empapado en vinagre y se lo llevó a la nariz. Incluso a la vacilante luz del farolillo, vio, y olió, las horrendas señales de la peste en los cadáveres.

—La muerte nos iguala a todos —dijo el enterrador que sostenía a Cornelius por las piernas. Dirigió una seña al otro, que lo sujetaba por los hombros—. A la de tres —dijo—. ¡Uno, dos y tres!

Balancearon el cadáver entre los dos y lo arrojaron a la carreta. Cayó con un ruido sordo sobre la joven del cabello dorado.

Uno de los enterradores se rio y dio un codazo a su ayudante.

—Ahí tienes a un viejo que irá contento a la tumba.

—Estarán juntitos y a gusto para toda la eternidad, ¿eh? —Todavía entre risas, cubrieron de nuevo la carreta con la arpillera, agarraron el dogal del caballo y siguieron su camino.

Susannah, inmovilizada por el horror, miró a William, enmarcado en la puerta.

—Lamento que hayas venido esta noche —dijo él—. Ninguna hija debería ver una cosa así.

El vigilante se acercó.

—Entrad ya, caballero. ¡Ahora mismo!

—¿No puedo ofrecer a esta señora unas palabras de consuelo?

—No si no queréis transmitir el contagio. ¡Vamos, adentro!

—Susannah...

La puerta se cerró ante la cara de William.

Susannah observó la carreta de la muerte desaparecer por Fleet Street, el farolillo oscilante. Exhaló un hondo suspiro. Sabía qué debía hacer a continuación. Tenía que ver adónde llevaban a su padre.

—¡Señora! —exclamó Phoebe, que se apresuró a seguirla.

Susannah esperó con impaciencia a que la alcanzara antes de ir detrás de la

carreta.

Al cabo de un rato la carreta se detuvo ante una sombrerería. Enfrente un corrillo de personas hablaba en susurros. Se oyeron gritos y llantos procedentes de una ventana del piso superior cuando los enterradores sacaron los pequeños cadáveres de tres niños. Su padre permanecía a un paso, en horrorizado silencio, mientras los echaban a la carreta.

Una anciana se desvaneció, y su marido empezó a gritar, mesándose los cabellos y maldiciendo a Dios por abandonar a sus nietos.

Susannah desvió la vista, incapaz de soportar el peso del dolor de aquella gente sumado al suyo propio.

La carreta reanudó la marcha, acompañada del eco de los cascos del caballo contra los adoquines. La siguieron el padre de los niños y, detrás de él, los demás parientes afligidos en desigual procesión.

Al final llegaron a la alta empalizada que circundaba la fosa de los apestados. Susannah basqueó en el pañuelo ante el nauseabundo hedor a corrupción que llenaba el aire, saturándolo de desesperación.

Phoebe se volvió a un lado y, con un gemido, vomitó en el suelo.

El campanillero tañó con vigor la campanilla y dio una voz:

—¡Abrid la puerta!

Al cabo de un momento la empalizada tembló, y una sección se abrió hacia el interior y franqueó el paso a la carreta.

La procesión pretendió seguirla, pero el vigilante se lo impidió. El padre de los niños muertos, desbordado por el dolor, comenzó a bramar y dar voces. Al cabo de un momento se desató una pelea a puñetazos entre familiares y vigilantes por negarse acceso a los dolientes.

Susannah aprovechó la oportunidad.

—¡Quédate aquí! —ordenó a Phoebe en un susurro.

A escondidas atravesó la puerta mientras los vigilantes estaban ocupados y se quedó inmóvil en la oscuridad asimilando la escena que tenía ante sus ojos. Aturdida por el horror, contempló la zanja de enterramiento. Ningún predicador podría haber descrito una visión del infierno tan espeluznante como aquella.

Unos farolillos suspendidos de postes proyectaban una luz vacilante sobre la fosa, de unos cuarenta pasos de largo por doce de anchura. No tendría más de ocho pasos de profundidad, y Susannah alcanzó a vislumbrar cuerpos semienterrados, un cráneo sonriente y una mano en alto. El hedor dulzón de la carne podrida era abrumador, cien veces peor que el de las alcantarillas desbordadas en agosto o el hediondo olor de las espigas de pescado en ebullición en la tina para la fabricación de cola.

Susannah se sobresaltó cuando la puerta se cerró a sus espaldas. Al otro lado de la empalizada se oían aún gritos y lamentos.

Hicieron retroceder el caballo y la carreta hasta el borde de la fosa con mucho vocerío, y los enterradores, como demonios del infierno, empezaron a sacar los

cadáveres a tirones de la carreta y arrojarlos al hoyo.

Los niños fueron los primeros. Volaron hacia el centro de la fosa con los brazos y las piernas extendidos como pequeñas muñecas de trapo. El padre de Susannah fue el siguiente que sacaron de la carreta. Ella contuvo un gemido cuando el extremo suelto de la mortaja se desenrolló del todo, y alcanzó a ver el vaivén de su pie desnudo. La imagen de los dedos de sus pies fue casi su perdición. Se echó al frente, desesperada por agarrarle el pie y apretárselo contra la mejilla, por tocar la piel de su padre por última vez, pero tropezó y cayó de rodillas. Para entonces los enterradores ya habían lanzado el cuerpo a la fosa. Siguieron los otros cadáveres, amontonados unos sobre otros sin la menor consideración ni respeto.

Temblando de angustia, Susannah vio cómo los enterradores rociaban de cal los cadáveres y luego, con sus palas, extendían una fina capa de tierra sobre la zanja. Mantuvo la vista fija en la última morada de su padre hasta que los hombres terminaron. Cuando estaban apoyados en sus palas, aliviando la sed con una jarra de cerveza, Susannah tomó un puñado de tierra, se acercó sigilosa al borde de la zanja y esparció la tierra en el lugar donde había visto por última vez el cuerpo de su padre. «Polvo eres y en polvo te convertirás», musitó.

Con la mirada en la fosa, recordó la última vez que vio a su padre en la ventana. Ahora ya nunca sabría cuáles habían sido las últimas palabras que le dirigió. Se echó a llorar, y las lágrimas calientes rodaron por sus mejillas hasta que, por fin, todas sus emociones se adormecieron.

Volvió a sonar la campanilla y la puerta se abrió para dar paso a otra carreta. Al amparo de las sombras, Susannah se escabulló y salió de nuevo a la calle.

Susannah pasó la semana siguiente como aturdida. Dormía un poco pero siempre asaltada por sueños aterradores en que el cadáver de su padre salía de la fosa de los apestados y, dejando a su paso un rastro de tierra y piel en descomposición, vagaba por las calles en busca de Arabella y los niños.

Escribió una carta a su hermano Tom, con la tinta corrida y manchas de lágrimas, para comunicarle la atroz muerte de su padre. Él era la única familia que le quedaba ahora, y deseó con todo su corazón poder estar a su lado para llorar juntos a su padre.

Llevó la carta al muelle y buscó a un marinero que pudiera entregarla en Virginia. El hombre se embolsó su dinero y luego se guardó la carta sin cuidado alguno en la chaqueta. Desesperada, Susannah se volvió, sin saber si la carta llegaría alguna vez a manos de su hermano.

Cada día iba a rastras hasta la botica con andar pesaroso, aterrorizada ante lo que podía encontrar. Cada día se renovaba su dolor cuando se detenía ante la ventana y se acordaba de la última vez que había visto a su padre. Agotada por la aflicción, ansiaba entrar y subir por la escalera hasta su antigua habitación, donde podría aovillarse y dormirse para no despertar nunca más.

Pero William y Jennet no presentaban de momento síntomas de la enfermedad.

Jennet se ocupó de fregar la casa a fondo de arriba abajo; William fumigó todas las habitaciones una por una, lo que les obligaba a tener que asomarse a las ventanas para toser hasta que el humo se disipaba.

—Dedico mi tiempo a descubrir la biblioteca de tu padre —explicó William, al tiempo que se enjugaba las lágrimas producidas por el humo—. Y he estado leyendo sus tratados sobre los méritos de Galeno frente a Hipócrates. Tu padre era un hombre docto además de uno de los mejores boticarios que he conocido.

—Le habría complacido saber que piensas eso. —Susannah descubrió que le ayudaba hablar de su padre, recordar las cosas buenas y no los momentos tristes posteriores.

—Si hubieses sido un hijo varón, Susannah, también tú habrías sido un excelente boticario. —William tamborileó con los dedos en el alféizar de la ventana—. El confinamiento me pone los nervios a flor de piel y tengo mucho tiempo para reflexionar sobre ciertos asuntos.

—Ahora sabes tan bien como yo lo arduo que es verse obligado a una vida ociosa cuando estás acostumbrado a la continua actividad —dijo Susannah.

William arrugó apenas el entrecejo.

—Estaba pensando que quizá cuando salga de aquí...

—Quizá ¿qué?

Él cabeceó.

—He estado haciendo planes, pero si sobrevivo, ya habrá tiempo de sobra para eso más tarde. Estás de duelo por tu padre y no debes alterarte con ideas fantasiosas, y ya te he entretenido con mi charla demasiado tiempo.

—Mañana os traeré más provisiones.

Pero Susannah no hizo ademán de moverse, reacia a dejarlo por temor a que él enfermara y muriera en su ausencia. Pese a que William la había traicionado tan cruelmente, la sola idea de que pudiera morir le producía la misma sensación que si una ajustada correa le oprimiera el pecho.

—Dale recuerdos a la tía Agnes, ¿quieres?

Vaciló pero, impulsada por el diablo, dijo:

—¿Y doy también especiales recuerdos tuyos a Phoebe y Joseph?

—¿A Phoebe y Joseph? —William frunció la frente.

Susannah esperó; buscaba en vano las palabras para decirle que conocía su traición.

—¿Susannah? —dijo William con cara de preocupación—. Se te ve agotada. Vuelva a casa y descansa.

Si ella no lo hubiera visto salir de la habitación de Phoebe aquella noche con sus propios ojos, nunca habría imaginado que podía ser tan falso.

—Vendré mañana con más provisiones —dijo.

De camino a casa, Susannah reconoció para sí que todavía amaba a William, pese a su vergonzoso comportamiento. No obstante, había actuado de manera en extremo valiente y desinteresada al ofrecerse a cuidar de su padre y Ned y se había mostrado muy preocupado por el bienestar de ella desde la muerte de su progenitor. Parte de ella deseaba no haber subido al desván aquella noche: así nunca se habría enterado de su traición.

Al tomar por Whyteladies Lane, se preguntó una vez más dónde podía estar su madrastra. Le había llegado una nota del hermano de Arabella para informarle de que ella y los niños no se hallaban con él, y de que no conocía su actual paradero. Susannah estaba preocupada por los gemelos y triste por perder el contacto con sus hermanitos. Eran lo único que le quedaba de su familia en el país, y para ella era de la mayor importancia que supieran qué clase de hombre había sido su padre. Sabía que no podía contar con que Arabella preservara vivo el recuerdo de Cornelius para ellos y, ya cerca de la Casa del Capitán, seguía con la zozobra de cómo localizarlos.

Tres niños salieron corriendo de la carnicería y, entre gritos, se persiguieron por la calle. Iban de una acera a otra como flechas y, al pasar ante Susannah, casi la derribaron. Uno de los niños era Joseph.

—¡Joseph!

El pequeño miró atrás, se detuvo y, arrastrando los pies, se dirigió hacia ella.

—¿Sí, señora?

—Joseph, ya sabes que no debes jugar en la calle.

—Pero...

—¡Ven conmigo a casa ahora mismo!

El niño hizo pucheros pero la siguió.

Susannah devolvió la cesta a la cocina, donde la señora Oliver, de pie ante la mesa, descuartizaba un par de capones con un cuchillo de trinchar.

—¿Todo sigue bien? —preguntó la cocinera con mirada escrutadora.

Susannah asintió.

—¡Demos gracias a Dios! —La señora Oliver apartó la maraña de entrañas y un plato de pan de manteca para dejar espacio libre antes de cortar la cabeza a los capones.

Joseph vio el pan de manteca e, incapaz de resistir semejante tentación, alargó un brazo y robó un trozo.

La señora Oliver lo agarró de la muñeca y lo amenazó con el cuchillo.

—¿Dónde has estado, granujilla?

—Me lo he encontrado cuando salía de esa carnicería mugrienta con los andrajosos niños que viven allí —explicó Susannah.

—¿No te ha dicho tu madre que no juegues fuera de casa, Joseph? Y menos con los hijos del carnicero. Esos te meterán en apuros. Ahora siéntate a la mesa y cómete el pan de manteca. No quiero que lo llenes todo de migas y atraigas a las ratas.

Agnes sintió alivio al saber que William y Jennet continuaban bien.

—Pero guardaré vigilia en mi alcoba hasta que William regrese a mi lado sano y salvo —dijo—. Debes seguir yendo a la botica cada día para traer noticias. Y ahora dime, ¿se sabe algo de Arabella?

—Nada de nada. Si no vuelvo a verla nunca más, no lo lamentaré, pero me gustaría mucho conocer el paradero de mis hermanitos.

—Por fuerza aparecerá a su debido tiempo. Y no me preocuparía mucho por los gemelos. Su madre es como los gatos, que siempre caen de pie; esa clase de gente es así.

Susannah leyó a Agnes la mayor parte de la tarde, aunque a menudo se equivocaba y se trastrabillaba con las palabras cuando perdía el hilo a causa de la angustia y la tristeza.

Phoebe entró con la bandeja de la cena. Susannah hizo ademán de agarrarla, pero Phoebe, con expresión hosca, pasó de largo y la dejó en la mesa junto a la ventana.

Susannah reaccionó con indiferencia. En su desdicha, no podía conceder

importancia a la continuada hostilidad de esa mujer. Phoebe había sentido una inexplicable antipatía por ella desde el día en que se conocieron y no se le ocurría nada que pudiera cambiar eso ahora.

Más tarde esa noche Susannah fue a devolver la bandeja vacía de Agnes a la cocina.

Phoebe fregaba los cacharros mientras la señora Oliver, sentada en un taburete, tenía los pies en remojo en una palangana.

—¿La señora ha cenado, pues? —preguntó.

Joseph entró al trote en la cocina y hundió el rostro en las faldas de su madre.

—Casi todo.

Susannah volvió la cabeza cuando Phoebe soltó los cacharros y empezó a reprender a Joseph. El niño gimoteaba y se rascaba los brazos mientras su madre lo sacudía.

—¡Te he dicho que no salgas a la calle, niño malo!

—¿Qué pasa? —preguntó Susannah.

Phoebe levantó la camisa del niño para dejar al descubierto su pecho, salpicado de enconados granos morados.

—Pulgas —dijo Susannah tras examinar las marcas—. Son solo picaduras de pulga. —Dejó escapar un suspiro de alivio.

—Así aprenderás que no debes jugar con los golfillos de la carnicería —dijo la señora Oliver.

—Joseph, ve a mi alcoba y tráeme mi cofrecillo de boticario —ordenó Susannah—. Te daré una friega en las picaduras con bálsamo de caléndula para aliviar el picor.

Phoebe la miró por entre las pestañas entornadas y se volvió otra vez hacia su hijo:

—¡La próxima vez, hazme caso, niño!

—Sí, madre.

El niño parecía tan escarmentado que Susannah tuvo que contener una sonrisa.

Después de dejar a Agnes preparada para la noche, Susannah se sentó en el banco junto a la ventana de la capilla a contemplar la puesta de sol hasta que las últimas vetas doradas se difuminaron en la oscuridad. Tal vez William contemplaba también la puesta de sol, pensó. Se lo imaginó deambulando por el salón encima de la botica, sintiendo la frustración del confinamiento a cada paso. Se preguntó cuáles serían esos planes suyos en los que había estado pensando. Estaba tan habituado a organizar su propia vida que ese periodo de cuarentena debía de resultarle muy difícil. Si ella hubiera estado con él, si las cosas hubieran sido distintas, podrían haberse sentado juntos en plácida compañía, leyendo los libros de su padre o jugando al ajedrez.

Se abandonó por un rato a esas ensoñaciones e imaginó que la relación entre ellos

se estrechaba. Pero era solo una fantasía y nunca se haría realidad, porque era a Phoebe a quien deseaba. Después de un tiempo muy breve de felicidad sus esperanzas se habían hecho añicos.

Se enjugó una lágrima con el dorso de la mano. Tanto si William la quería como si no, ella seguía con el temor de que él enfermara y muriera. Y ahora su padre estaba muerto, y los gemelos, Martha y Henry, Jane Quick, Peg y Emmanuel se habían marchado. Incluso echaba de menos a Arabella y sus hijos.

Se le movió el vientre cuando, dentro, el niño se agitó, y ella ahuecó la palma de la mano en torno al puntiagudo talón que se dibujaba bajo su piel. La aflicción y el amor no correspondido eran una mala combinación; si no hubiese sido por el bebé, tal vez se habría vuelto de cara a la pared y no habría abierto los ojos nunca más. Daba cabezadas de agotamiento. Se quitó las horquillas del pelo, una por una, y dejó caer la melena sobre los hombros. Permaneció allí sentada un rato; al cabo se fue a su alcoba, se desvistió y se acostó.

Un grito largo y agudo traspasó la noche, y Susannah despertó sobresaltada. Se levantó de la cama, y solo cuando se hallaba ya en el pasillo, con el corazón acelerado, tomó conciencia de dónde estaba.

Volvió a oír el escalofriante lamento de desolación y se le erizó el vello de la nuca. Guiada por el sonido, corrió escalera arriba hasta el desván tan deprisa como le permitió su voluminoso vientre.

Al llegar a lo alto de la escalera vio allí a Phoebe, que tenía a Joseph en brazos, estrechado contra su pecho. Con los ojos desorbitados, incapaz de hablar, se abalanzó hacia Susannah.

—Phoebe, ¿qué pasa? —Agarró a la mujer por el brazo y la sacudió—. ¡Dime!

Phoebe, sin aliento, extendió los brazos y, con manos trémulas, le mostró a Joseph.

El niño tenía manchas de color rojo violáceo en la cara y el pecho, en torno a las picaduras de pulga, y respiraba con dificultad. Susannah sentía el calor que emanaba su pequeño cuerpo.

—Tiene fiebre —dijo.

Sin dejar de gemir, Phoebe le volvió la cabeza a Joseph.

Susannah se quedó muy quieta. A un lado del cuello, un bulto enorme se ennegrecía ya.

—¡Cielo santo! —susurró—. Es la peste.

Phoebe soltó otro alarido y regresó a toda prisa a su habitación.

Paralizada por la conmoción, Susannah permaneció en el pasillo, incapaz de asimilar ese inesperado giro en los acontecimientos. Fue la voz de Agnes, un penetrante grito de preocupación desde el pie de la escalera, lo que la arrancó de su

estupor.

—¿Qué pasa, Susannah?

—¡No subáis! Es Joseph. Ha contraído la enfermedad.

Agnes lanzó un gemido de terror.

—¡Escuchadme, Agnes!

La anciana, apoyando todo su peso en el bastón, movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

De repente Susannah experimentó una fría serenidad. Se llevó los nudillos a la boca mientras ponía en orden sus pensamientos. No dudó cuál era su obligación. William había estado dispuesto a sacrificarse por su padre, y ahora también ella debía arriesgar su propia vida para hacer lo que estuviera a su alcance por el hijo de William.

—Me quedaré aquí en el desván con Phoebe y Joseph —dijo—. Los demás debéis quedaros en vuestra parte de la casa; quizá así evitéis el contagio. La señora Oliver nos dejará agua y provisiones al pie de la escalera a diario, pero nadie subirá. ¿Entendido?

Agnes volvió a asentir.

—Necesitaremos un frasco de mi jarabe para la prevención de la peste, que está en la destilería, hierbas amargas para fumigar las habitaciones y carbón suficiente para mantener el fuego encendido. Ah, y un cazo pequeño, una espumadera y muselina. ¿Y podríais traerme mi cofrecillo de boticario?

—¡Lo que necesites! Debemos informar a los vigilantes. Los llamaré por la ventana. —Ya con toda determinación, Agnes se dio media vuelta y, renqueante, se alejó.

Sentada en el borde de la cama, encorvada, Phoebe plañía y mecía a Joseph en sus brazos.

—¿Phoebe? —Susannah se sentó a su lado—. Aún no está todo perdido. Déjame examinarlo.

Con delicadeza, obligó a Phoebe a desprenderse de Joseph, lo tomó en brazos y lo tendió en la cama. Con sumo cuidado, le quitó el camión, dejándolo desnudo salvo con el collar de plata, y examinó el bubón del cuello. Luego, con desánimo, descubrió otro que se formaba ya en la axila. El niño protestó y movió los párpados cuando se lo apretó.

—Morirá —susurró Phoebe—. Mi hijo morirá.

—Yo todavía no voy a rendirme, y tú tampoco debes hacerlo. Es posible que te oiga, así que tienes que animarlo a luchar contra la peste. Pero ahora es necesario bajarle la temperatura, o la fiebre le provocará una inflamación en el cerebro y tendrá convulsiones. Tráeme una palangana con agua y un paño.

Phoebe la miró con una expresión mortecina en sus ojos castaños pero no se movió.

—¡Obedece! ¡Ya!

Phoebe, sobresaltada, se levantó.

Susannah abrió la ventana del desván para que saliera parte del opresivo calor de agosto e indicó a Phoebe que humedeciera el pequeño cuerpo tendido en la cama. Al cabo de un rato tocó la frente de Joseph con el dorso de la mano, pero seguía peligrosamente caliente. Pidió a Phoebe que le ayudara a acercar la cama a la ventana para que la brisa enfriara la piel húmeda del niño.

Agnes la llamó, y Susannah se acercó a lo alto de la escalera.

—Hemos traído todo lo que has pedido, y te dejo esta campanilla. Hazla sonar si necesitas algo.

—¿Podéis darme la llave del collar de Joseph? Le aprieta el cuello y aumenta su calor corporal.

Agnes metió la mano nudosa en la faltriquera y sacó su bolsa. Con dificultad desató los cordeles y extrajo la llave.

—Te la dejo aquí. —La puso encima de la tapa del cofrecillo de boticario.

—Ahora marchaos.

—Rezaré por vosotros.

—Esperemos que el Señor os escuche, pues.

Cuando Agnes se fue, Susannah bajó a recoger todo el material que había pedido en varios viajes. Al final, sin aliento, se sentó por un momento en el último peldaño para abrazarse el vientre y frotarse la espalda dolorida.

Para evitar el exceso de calor al niño enfermo, encendió un pequeño fuego en la rejilla de lo que había sido la habitación de Peg. Vacío el cubo de carbón en el suelo junto a la chimenea; a continuación sacó unas cuantas brasas de la rejilla y las echó al cubo. Sacó del cofrecillo varias bolsas de hierbas secas y las esparció sobre las brasas. Sosteniendo el cubo humeante con el brazo extendido, lo llevó a la habitación del enfermo.

—Esto purificará el aire —dijo—. ¿Cómo está ahora?

—Caliente. Muy caliente —susurró Phoebe.

Joseph tosía, con respiración ronca y desacompasada, y se contraía y mascullaba.

Susannah sacó la llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura del collar de plata. Con cuidado, abrió el cierre, retiró el collar del delgado cuello y dejó al descubierto la espantosa hinchazón amarotada. Al sostener el collar en la mano, la sorprendió lo mucho que pesaba.

—Debes seguir aplicando paños húmedos, Phoebe. Yo voy a prepararle una medicina.

Tomó una ampolla y vertió en el cazo una pequeña cantidad de corteza de sauce. Después lo puso al fuego, y cuando el líquido entró en ebullición, lo coló a través de la muselina y lo llevó al lecho del enfermo.

Phoebe sostuvo al niño en sus brazos mientras Susannah le administraba la infusión de corteza de sauce a cucharadas.

Sentadas todo el día junto a Joseph, le pasaban la esponja por turnos. Los bubones

se agrandaron; alrededor, la piel se oscureció y enconó. Susannah aplicó en los bultos paños calientes y cataplasmas a fin de extraer el veneno a la superficie.

Casi inconsciente, Joseph tosía y apenas podía respirar.

Susannah permanecía atenta a las campanadas de la iglesia y cada cuatro horas daba al niño unas cuantas cucharadas de infusión de corteza de sauce.

La luz empezó a declinar, y Phoebe apoyó la cabeza en la almohada y se quedó dormida al lado de su hijo.

Susannah encendió las velas y observó el movimiento ascendente y descendente del pecho de Joseph. Percibía el calor que irradiaba. Volvió a humedecerlo y le enjugó el sudor del rostro y el cuello. A esas alturas se conocía ya todas las curvas de su cara y su cuerpo; su piel de habitual impoluta, de color café, presentaba ahora espantosas manchas y una tonalidad violácea. Tras reclinarlo sobre la almohada para facilitarle la respiración, fue a por más paños calientes que aplicar en los bubones. El niño gimió y se revolvió cuando ella hizo presión con el paño, pero la fiebre siguió igual de alta.

Phoebe dormía y Susannah no la molestó. Ya despertaría si Joseph empeoraba de repente.

En ese momento no importaba ya nada en el mundo fuera de esa habitación iluminada solo con velas parpadeantes, ni su padre muerto ni sus esperanzas frustradas de encontrar el amor. Solo contaba ese niño, el hijo de William, que luchaba por sobrevivir.

Poco después de las tres de la madrugada, por encima de la tos ronca de Joseph, Susannah oyó a lo lejos al campanillero y después las ruedas de la carreta de la muerte sobre los adoquines. Se estremeció y abrazó al niño, apoyó en su pecho la cabecita caliente y lo animó a respirar.

Cuando la primera luz rosácea del alba se filtró por la ventana del desván, Susannah abrió los ojos, apartó la barbilla de la cabeza rizada de Joseph y vio que Phoebe la miraba fijamente. Susannah estiró las piernas e hizo una mueca de dolor al sentir un hormigueo en los pies. Ahora el ambiente en la habitación era más fresco, y así seguiría al menos hasta que el implacable sol del mediodía empezara a calentar otra vez el tejado.

Phoebe tomó al niño, le besó la cara y lo meció. Susannah preparó más infusión y quitó la corteza a la hogaza que Agnes les había dejado.

—Debes comer —dijo, mientras le ofrecía un trozo a Phoebe.

Phoebe enarcó los labios y volvió la cabeza.

—Si no comes, no tendrás fuerzas para luchar contra el contagio.

—¿Y a vos qué más os da? ¿Por qué nos ayudáis? Somos solo vuestros esclavos.

Susannah se apartó el pelo de la cara.

—¿Por qué eres siempre tan hostil conmigo? —preguntó, demasiado agotada para andarse con contemplaciones—. No tratas con esa grosería a ninguna otra persona de la casa.

Phoebe se encogió de hombros y echó al frente el labio inferior.

—Os creéis mejor que yo.

—No sé de qué me hablas.

—Joseph y yo somos vuestros esclavos. No tenemos vida. —Phoebe esbozó una sonrisa taimada—. Pero William me ama a mí. ¿Estáis celosa?

Eso colmó la paciencia de Susannah. Sin duda sentía celos porque William había acudido a la cama de Phoebe, pero no estaba dispuesta a dejarse provocar con eso.

—No estoy celosa —mintió—; es solo que no pienso aceptar tus impertinencias. Te has mostrado hosca y desagradecida desde que llegaste. ¡Pues ahora ya estoy harta de eso, y harta de ti! No quiero que seas mi esclava. Yo no pedí que te trajeran aquí, y deberías dar las gracias por no haber acabado en las calles teniendo que valerte por tu cuenta. Me da igual que Joseph sea el hijo del doctor Ambrose. Solo pretendo ayudarle a él, y no tengo la menor intención de perder el tiempo discutiendo acerca de tu insolencia. ¡Y ahora apártate y déjame dar al niño la medicina!

Phoebe la miró por un momento con expresión de asombro.

Eso le ha dado qué pensar, se dijo Susannah con cierta satisfacción.

Phoebe retrocedió lentamente hasta el rincón y desde allí observó a Susannah mientras administraba la infusión de corteza de sauce.

—Si quieres hacer algo útil, ve a calentar la mezcla para la cataplasma en el cazo y tráemela —ordenó. Expulsó el aire despacio, dejando escapar la tensión. Sorprendentemente, después de dejarse llevar por los malos modales y decir lo que pensaba se sintió mucho mejor.

Durante el resto del día no cruzaron más que las mínimas palabras necesarias, pero Susannah fue consciente en todo momento de las veladas miradas de Phoebe.

Esa noche le tocó a Susannah adormecerse. Con la espalda dolorida, se hizo un ovillo a los pies de la cama y cerró los ojos.

Phoebe la despertó tirándole del brazo.

—¡Señora! ¡Señora!

—¿Joseph? —Susannah se incorporó tan bruscamente que se mareó. ¡Después de tantos esfuerzos no soportaba la idea de perderlo!

—¡Mirad! —exclamó Phoebe. Levantó el borde de la cataplasma colocada en el cuello de Joseph.

Susannah se tapó de inmediato la boca y la nariz con la mano. El bubón había reventado y supurado una materia maloliente que traspasaba la tela de la cataplasma y resbalaba por el cuello del niño.

Con la respiración contenida, Susannah examinó el cráter que quedaba.

—Debemos limpiar la herida ahora mismo. Tráeme un poco de agua y un paño.

Acercó la vela y miró el pecho del niño. Algunas de las manchas en la piel eran

menos intensas y su respiración era menos anhelante.

La herida siguió supurando toda la noche, y al amanecer la hinchazón de la axila había aumentado.

—Aún está muy caliente —dijo Susannah mientras le palpaba la frente—. Me pregunto...

Phoebe la miró con expresión interrogante.

—Sí. —Con determinación, Susannah abrió el cofrecillo y sacó un cuchillo pequeño y afilado. Probó la hoja en su dedo y Phoebe ahogó una exclamación—. ¡Sujétalo bien!

El bubón era del tamaño de un huevo de gaviota. Susannah lo analizó por un momento; luego hincó la punta de la hoja en la hinchazón y se apartó cuando el veneno salió a borbotones de la herida.

Joseph abrió los ojos de par en par y soltó un grito.

Phoebe le murmuró algo mientras Susannah realizaba una incisión de dos dedos de largo y veía manar el resto del veneno. Limpió la herida y aplicó encima una cataplasma nueva.

—Ahora lo único que podemos hacer es esperar —dijo.

Sentadas las dos, observaron al niño dormido mientras Susannah sufría por William y Jennet. Estarían inquietos porque ella no había acudido con las provisiones. Eso la tuvo desazonada toda la tarde, y por fin fue a lo alto de la escalera e hizo sonar la campanilla que Agnes le había dado.

Cuando Agnes apareció en el rellano inferior con miedo y expectación en el semblante, Susannah le informó al punto sobre la evolución de Joseph.

—Pero no he llevado comida a William y Jennet —añadió.

—He enviado a un niño de la calle a dar la noticia y a entregarles unas raciones de nuestras judías —dijo Agnes—. Nuestra despensa aún sigue llena de provisiones de emergencia. Puede que sea comida sencilla, pero no nos moriremos de hambre. A ver quién se ríe ahora.

—Tenemos suerte de que seáis una mujer tan sensata, Agnes.

—Pero andamos escasos de carne. Nuestro vigilante dice que la carnicería está cerrada. A dos de los hijos del carnicero se los ha llevado ya la carreta.

—Joseph debió de contagiarse de ellos, pues. Roguemos a Dios que sea más fuerte que ellos.

A las seis de la tarde, a Joseph le había bajado un poco la temperatura. Tenía aún una tos estentórea, pero respiraba mejor. Se revolvía y gritaba; eran unos chillidos débiles y lastimeros, pero al menos era consciente de dónde estaba.

Phoebe y Susannah tomaron la sopa de judías que les dejó la señora Oliver, sentadas en silencio una a cada lado de la cama del enfermo.

Joseph gimoteó quedamente, y Phoebe dejó el tazón y le acarició la frente. Con su voz ronca, empezó a entonar una extraña cancioncilla, tan rebosante de emoción contenida que a Susannah se le saltaron las lágrimas. En su cansancio, apoyó la

cabeza en los brazos para que la esclava no la viera llorar. Luego Phoebe comenzó a cantar algo semejante a una nana, y al cabo de un rato Joseph se tranquilizó.

Susannah escuchó la respiración regular del niño y las inflexiones del canto de Phoebe, y por más que lo intentó, fue incapaz de mantener los ojos abiertos.

De pie junto a la ventana del desván, Susannah contemplaba las gaviotas que volaban en círculo y se abatían sobre el río. En el calor del desván costaba respirar y mirar al exterior al menos le proporcionaba alivio. Se frotó la espalda dolorida y envidió a las gaviotas su libertad de movimiento, anhelando sentirse también ella ligera y llena de energía. Pero, en verdad, no era solo el embarazo lo que la lastraba; sentía también el peso de la aflicción y el temor.

Abrió las manos en torno a su vientre maduro, se apretó la piel tensa con los dedos y palpó la forma del bebé. Ahora este tenía poco espacio para moverse, y Susannah, al quedarse desnuda, veía marcarse en la piel sus codos y talones cuando se estiraba. Pasado un mes, Dios mediante, el niño estaría en el mundo. Esbozó una sonrisa y procuró no pensar en el inminente parto. Al menos para entonces habrían pasado la cuarentena, en el supuesto de que ninguna de ellas enfermara.

—¿Señora? —Phoebe apareció en el umbral de la puerta.

—¿Joseph? —preguntó Susannah con la boca seca.

—¡Venid!

El niño se hallaba recostado en la almohada con los ojos cerrados.

Susannah le palpó la frente, y el pequeño abrió los ojos.

—¡Le ha bajado la fiebre! —exclamó. Levantó los emplastos para examinar las heridas del cuello y la axila—. ¡Mira, Phoebe! Creo que rezuman menos que antes.

Phoebe asintió con una expresión de esperanza en sus ojos castaños.

—¿Madre?

—¿Sí, hijo? —Phoebe le acarició la mejilla.

—Mamá, tengo hambre.

Susannah y Phoebe cruzaron una mirada de asombro.

—Le pediré a la señora Oliver un poco de su sopa de judías —dijo Susannah.

Phoebe dio la sopa a Joseph con infinita paciencia hasta vaciar el tazón. El niño se frotó el vientre y puso los ojos en blanco, arrancando risas a su público.

Las estridentes carcajadas de Phoebe se convirtieron en lágrimas de alivio, en grandes e incontenibles sollozos.

Susannah la abrazó y, al tiempo que le daba palmadas en la espalda, musitó unas palabras reconfortantes mientras Joseph observaba a su madre con ojos temerosos.

Algo había cambiado en la actitud de Phoebe hacia Susannah. Liberada del terror

ante la posible muerte de Joseph, se la veía en un estado de euforia. En las largas y calurosas horas que pasaron junto a la cama del niño a lo largo de los días posteriores mientras se restablecía, Phoebe habló de la plantación donde había pasado la mayor parte de su vida.

—Mi madre llegó a la plantación al poco tiempo de empezar a trabajarse las tierras, pero el amo, el amo Savage, o sea el padre del amo Henry, la sacó de los campos y la convirtió en esclava doméstica. Mi hermano Erasmus acababa de nacer, y mi madre amamantó al amo Henry.

—Henry me dijo que su nodriza fue como una madre para él.

—La señora... —Phoebe apretó los labios y cabeceó—. La señora era una mujer fría.

—¿Henry se parecía a su padre, pues?

—¡No! Henry era... —Phoebe se lamió los labios, y Susannah se los miró, fascinada por lo distintos que eran de los suyos. Semejaban cojines de color rojo ciruela en contraste con su rostro de color chocolate, y comenzó a entrever lo que podía haber atraído a William en Phoebe.

—El amo Savage es un hombre malo. Henry y Erasmus eran como hermanos. Siempre andaban metidos en aprietos, y el amo azotaba a Erasmus si Henry se portaba mal y lo amenazaba con mandarlo a trabajar a los campos.

—¡Qué injusto! —Susannah se acordó otra vez de Emmanuel, desterrado en la plantación—. Dime, Phoebe, ¿y qué habrá sido de Emmanuel? ¿El padre de Henry lo habrá puesto a trabajar en los campos?

—Lo más probable es que Emmanuel sea un esclavo doméstico. Lo sé aquí dentro. —Se llevó una mano al corazón—. Es demasiado valioso para trabajar en los campos. Moriría al sol.

—Espero que tengas razón. Me contrariaba enormemente que lo echaran y le supliqué a William que intercediera, pero no pude impedirlo. —Susannah suspiró—. ¡Pobre Henry! Añoraba mucho Barbados. Detestaba esto pero, según él, había discutido con su padre y no podía volver.

—Cruzaron muy malas palabras, el amo Henry y el amo Savage.

Susannah cambió de posición en la silla y se frotó el abdomen. Tenía la piel tan tirante que le picaba todo el tiempo.

—¿Cuándo llegará el bebé? —preguntó Phoebe.

—Dentro de un mes.

—El hijo de Henry. ¿También lo llamaréis Henry?

—Tal vez. O quizá Harry. Y Cornelius, por mi padre.

—¿No William?

—No —contestó Susannah lacónicamente—. Claro que no.

Phoebe la miró de reojo.

—Pero amáis al doctor.

Susannah no contestó, sumida de nuevo en la desolación.

—Es un buen hombre.

—Pero débil —afirmó Susannah—. Como tú bien debes saber. —Se puso en pie y se acercó a la ventana, donde se estiró para aliviar el dolor lumbar. El sol se ponía por encima del río, coloreando el agua con destellos de oro fundido. Contempló un barco que navegaba hacia el sol poniente y anheló hallarse a bordo, con el cabello agitado por el viento—. Estoy harta de este encierro —dijo—. Quiero salir, ir a algún sitio lejos de la ciudad, donde el aire sea limpio y fresco.

En la cama, Joseph se revolvió y tosió. Phoebe le secó el sudor de la cara y le cantó hasta que volvió a dormirse.

Como Joseph estaba recuperándose, Susannah se retiró a dormir a la antigua habitación de Peg. Extenuada por el calor vespertino, se tendió en el fino colchón de paja y dio vueltas y más vueltas, en busca de una postura cómoda. Le dolía la espalda y la piel del vientre le picaba tanto que creyó enloquecer. El bebé, como si percibiera la irritación de su madre, le dio una fuerte patada bajo el diafragma.

Susannah desistió de dormir, se incorporó y bajó las piernas al suelo. En ese instante oyó un claro chasquido y sintió que le corría entre los muslos un líquido caliente. Horrorizada, fijó la mirada en el suelo mientras se formaba un charco en torno a sus pies.

—¡Phoebe! —llamó, su voz débil a causa del miedo.

Phoebe apareció con pavor en el semblante.

—¿Estáis enferma?

—No, no es la peste. He roto aguas.

—¿Ya llega el bebé?

—¡No puede ser! No toca hasta el mes que viene. —En ese momento Susannah sintió un dolor en lo más hondo de la pelvis y, aterrorizada, se agarró al borde de la cama—. Es demasiado pronto. ¡No puedo tener el niño ahora! Además necesitaré a la partera Joan.

—La comadrona no puede venir ahora.

—¡Entonces no puedo tener al niño!

Phoebe sonrió.

—El niño no esperará a la comadrona.

—Pero...

—¡No os preocupéis! Yo he traído a muchos niños al mundo.

Susannah asintió, y su miedo fue en aumento hasta que amenazó con asfixiarla.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

—Tenemos tiempo de sobra. El primer hijo tarda mucho en llegar.

—¿Cuánto? —¿Cómo se las arreglaría sin la partera Joan allí para ayudarle? ¿Moriría de una muerte dolorosa? ¿Y si el niño llegaba de pies? ¿Qué sería de su hijo

allí, en una casa apestada, si ella moría?

—¿Señora?

—Sí, Phoebe.

—Yo os cuidaré. Ahora descansad. Prepararos para parir a ese niño. Venid a sentaros con nosotros. —Le tendió la mano, y Susannah, lentamente, alargó el brazo y le dio la suya.

Se sentaron junto a la cama de Joseph, y Phoebe contó historias de su infancia. Joseph se adormilaba, despertaba y volvía a adormilarse.

Susannah se retorció las manos sobre el regazo mientras luchaba con el pánico ante el inminente parto y sentía el dolor en la pelvis aumentar y desaparecer, aumentar y desaparecer. La ira se adueñó de ella. ¿Dónde estaba su madre en ese momento, justo cuando más la necesitaba? Pero esa sensación de abandono dio paso enseguida a la vergüenza cuando revivió el horror de la muerte de su madre. Una escalofriante imagen surgió ante ella: la monstruosa sombra del doctor Ogilby proyectada en las paredes mientras perpetraba sus atrocidades en el cuerpo desvalido de su madre. En su creciente pavor, se le aceleró la respiración y, tambaleante, se levantó para acercarse a la ventana.

Inclinándose sobre el alféizar tanto como pudo, tomó bocanadas de aquel aire caliente y percibió el sabor del polvo y el aliento rancio de un millar de ciudadanos mezclado con el hedor del barro del río en marea baja. El sol empezaba a esconderse por detrás de la catedral y con ello la ciudad se veía despojada de su color. Pronto llegaría la noche y extendería su manto de sofocante oscuridad sobre todos ellos, y cuando amaneciera, quizá... Se llevó los nudillos a la boca y se preguntó si volvería a ver el sol.

Mientras se obligaba a respirar acompasadamente, miró a Joseph en la cama y a su madre, que le acariciaba la frente y le contaba historias. La voz de Phoebe tenía un efecto hipnótico, y Susannah empezó a prestar atención a sus palabras. Visualizó el viento cálido en su pelo y la arena entre los dedos de sus pies a la vez que la oía relatar las historias de Henry, Phoebe y Erasmus, jóvenes y despreocupados, corriendo hacia el mar para bañarse, jugando al escondite entre los cañaverales y robando tarta de melaza antes las narices de la cocinera.

Al cabo de un rato Susannah, ya menos angustiada, volvió a sentarse junto a la cama de Joseph. Ahora no le quedaba más remedio que confiar en los conocimientos de Phoebe. Los dolores eran ya más intensos. Cada vez que le sobrevinía una contracción, se retorció y balanceaba en la silla, observando con asombro cómo se desplazaba el vientre hacia delante a la par que se endurecía.

—¿Señora?

—¿Dime, Joseph?

—¿Estáis enferma? ¿Habéis comido ciruelas confitadas?

—No. Ni una sola.

—Os duele la barriga. ¿Seguro que no habéis comido demasiadas ciruelas

confitadas?

—Ninguna. Te lo prometo.

—La señora va a tener un niño —dijo Phoebe.

—Ah. —Joseph la miró con los ojos muy abiertos—. ¿Cuándo?

—Pronto. Y ahora tienes que dormirte. Quizá por la mañana el niño ya esté aquí.

—Cantó hasta que a Joseph le pesaron los párpados y por fin cerró los ojos. A continuación tiró de Susannah para ponerla en pie—. Paseemos.

—¿Pasear?

—¡Vamos! Os facilitará las cosas. —Condujo a Susannah a la habitación de Peg.

Agarradas del brazo, dieron vueltas y vueltas en la pequeña habitación, descansando solo cuando Susannah tenía una contracción. Los dolores eran más intensos y más regulares, y cada vez que su creciente terror amenazaba con imponerse, Phoebe le masajeaba la espalda o le cantaba hasta que se le pasaba.

Al cabo de unas horas, a Susannah se le cerraban los ojos del cansancio, pero había vencido el pánico gracias a las serenas atenciones de Phoebe.

—Creo que debo descansar un poco —dijo.

—Buena idea —contestó Phoebe—. Dormid, y yo avisaré a la señora Agnes de que ya viene el niño.

Susannah levantó la tapa de su cofrecillo y sacó un pequeño frasco.

—Tomaré una cucharada de sirope de adormidera para descansar mejor —dijo.

Phoebe le ayudó a acostarse y dejó una vela encendida.

—Llamadme y vendré. —Deslizó la mano sobre la frente y los ojos de Susannah—. Y ahora dormid.

El jarabe de adormidera, unido al agotamiento, empezaba a surtir efecto, y a Susannah le pesaban los párpados como piedras cuando se produjo un movimiento en el aire a su lado; de pronto, alarmada, abrió los ojos. La vela parpadeaba en el aguamanil, y Phoebe la miraba desde la puerta, pero enseguida sucumbió de nuevo al jarabe de adormidera y se sumió en un profundo sueño plagado de inquietantes pesadillas.

Viajaba en un bote por alta mar. No tenía vela ni remos, y en medio de aquellas aguas encrespadas Susannah se aferraba a las bordas. Una ola se acercaba con enorme rapidez, un gran muro de agua verde que avanzaba hacia ella. Abrió la boca para gritar pero no salió de ella sonido alguno. La ola se apoderó del bote, y este ascendió sobre ella, cada vez a mayor altura, a la vez que el dolor en el vientre alcanzaba su cúspide. Quedó suspendida, inmóvil, en la cresta de la ola por un momento; acto seguido rebasó el borde y se precipitó al otro lado en las oscuras profundidades. Un agua negra espumeaba y embestía los costados del bote, y Susannah se aferró aún con más fuerza hasta que otra ola se formó en el vacío. Abrió la boca para gritar.

El agua le salpicó la cara y ella, ahogando una exclamación, sacudió la cabeza.

—¿Señora?

Susannah abrió los ojos con un parpadeo. La vela se había consumido en la palmatoria, y veía la ventana como un recuadro de luz gris en la oscuridad.

—Estáis soñando, señora. —Phoebe se enjugó la cara.

Sintió un espantoso dolor en lo más hondo del vientre.

—Me duele —se quejó Susannah con voz ronca. Tenía la boca seca por efecto del jarabe de adormidera.

—Nada bueno se consigue sin dolor.

El martirio continuó. Ahora las contracciones eran cada vez más seguidas y apenas le dejaban tiempo para recobrar el aliento entre una y otra. Aceptar el dolor, más que resistirse, facilitaba un poco las cosas, descubrió.

De súbito, experimentó una enorme presión descendente en su interior y se oyó lanzar un gemido. Ese sonido la transportó directamente al parto de su madre, y movió la cabeza de un lado a otro sobre la almohada para apartar de sí el recuerdo.

Phoebe le levantó el camisón y le separó las piernas; a esas alturas Susannah no sentía ya vergüenza alguna. Alguien gruñó, y le sorprendió vagamente darse cuenta de que era ella misma.

A continuación, al reducirse la presión, sucumbió de nuevo al pánico.

—¡Phoebe, no puedo hacerlo! —Se agarró a la muñeca de Phoebe como si fuera una cuerda de salvación—. No quiero morir. He cambiado de idea. ¡Haz que esto pare!

Phoebe sonrió y le alisó los rizos húmedos de la frente.

—Ahora ya no hay manera de parar al bebé. ¡Vamos, cantad conmigo!

Empezó a entonar una de sus peculiares canciones, rebosante de pena y anhelo. Susannah intentó distinguir la letra; hablaba de llevar la carga y tirar con fuerza de la cuerda o algo así. En el estribillo, sumó su voz a la de Phoebe para distraerse del temblor, tan intenso que le castañeteaban los dientes.

De pronto, con una temible inevitabilidad, la tremenda presión interior arreció de nuevo. Respiró hondo y obedeció las indicaciones de su cuerpo.

—Ya queda poco —dijo Phoebe.

Sintió que en torno a su vientre la banda de hierro se aflojaba. Cerró los ojos e hizo acopio de fuerzas. Poco después empezó de nuevo.

—¡Empujad! —instó Phoebe.

Susannah tomó aire y empujó.

—¡Otra vez!

Tuvo la sensación de que se partía en dos, pero la fuerza descendente aumentó aún más. Al notar la presión de los dedos de Phoebe en sus partes íntimas, gimió.

—Una vez más —ordenó Phoebe.

—¡No puedo, estoy muy cansada!

—¡Empujad!

Susannah reunió todas sus fuerzas y empujó.

Algo se movió dentro de ella, y soltó un alarido, tanto de sorpresa como de dolor.

—¡Otra vez!

—¡Aaagh!

De pronto una sensación de humedad cálida se deslizó entre sus muslos. La presión había desaparecido. Susannah, acodándose en la cama, se incorporó parcialmente.

Phoebe estaba inclinada sobre el bebé, que yacía flácido e inerte en las sábanas ensangrentadas. Era de un extraño color gris malva.

—¿No debería llorar? —preguntó Susannah, expectante. De pronto la curiosidad dio paso a un pánico cegador—. ¿Phoebe?

Observó a Phoebe, quien se apresuró a meterle un dedo en la boca al bebé y vaciársela de fluidos; acto seguido lo levantó, sujeto por los tobillos, y le dio unas palmadas en el trasero.

Silencio.

—¡Mi hijo! —exclamó Susannah—. ¡Por favor, Phoebe, haz algo!

Phoebe tomó la palangana que había junto a la cama y vertió el agua sobre el bebé.

Este dejó escapar un grito que enseguida se convirtió en un quejido agudo.

Susannah expulsó el aire de los pulmones con un trémulo sollozo y tendió los brazos.

Phoebe envolvió en un paño al bebé, que ahora berreaba, y se lo entregó a Susannah.

—¡Calla, calla, amorcito! —Cubrió al bebé iracundo de una mezcla de besos y lágrimas y lo meció en sus brazos hasta que se calmó—. He estado a punto de perderte, cariño. ¡He estado a punto de perderte!

Phoebe se sentó en el borde de la cama junto a ella; le temblaban las manos sobre el regazo.

Susannah se apoyó en ella y luego, lentamente, retiró la tela que envolvía al bebé.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Es una niña!

La niña la miró a través de las pestañas erizadas por la humedad con unos ojos de color azul oscuro y expresión de complicidad.

Susannah, en su asombro, solo fue capaz de contemplarla con las mejillas bañadas en lágrimas.

Más tarde ese día, Susannah, incorporada en la cama, amamantaba a la recién nacida.

Al principio Phoebe le ayudó pellizcándole el pezón e introduciéndoselo al bebé en la boca hasta que succionó.

—Duele —dijo Susannah, contrayendo los dedos de los pies.

—No por mucho tiempo —respondió Phoebe, y se sentó en el borde de la cama

—. Y ayuda a detener la hemorragia. —Sonriente, acarició la frente del bebé—. Es pequeña pero fuerte.

La niña comía bien. Apretaba el pecho a Susannah con su manita y de vez en cuando dejaba de mamar para abrir los ojos.

—¡Qué azules tiene los ojos! —exclamó Susannah—. Me recuerdan mucho a los de mi madre. Le pondré de nombre Elizabeth, como ella. Pero la llamaré Beth.

Durante las semanas posteriores al parto Susannah pudo, la mayor parte del tiempo, distanciarse del mundo exterior y pasar largas horas sin hacer nada más que contemplar a su hija, observar cada dedito y examinar cada poro y cada pliegue de su suave piel. Beth era pequeña, porque había llegado antes de lo previsto, pero tenía la mirada despierta y buen apetito. Pese a su creciente amor por Beth, Susannah sentía un permanente pesar en el pecho porque su padre no podía compartir su alegría. Y echaba de menos a William, y se preguntaba si sería posible reparar el daño producido entre ellos.

Los días adquirieron una rutina. Beth lloraba con todas sus fuerzas durante un rato hasta que se colgaba con avidez del pecho de su madre. Luego, cuando el chupeteo se volvía menos frenético, emitía pequeños sonidos de placer y madre e hija se sumían en un lánguido sopor. Al despertar, Susannah bañaba y ponía el pañal a la niña. Después la dejaba de nuevo en la cuna de William hasta que volvía a despertar.

Pero, con el paso de los días, las palabras de Arabella empezaron a resonar en su cabeza. Debía hacer planes para el futuro. Agnes no viviría eternamente, ¿y qué sería de ella entonces? Arabella tenía razón: sería indecoroso que Susannah se quedara en casa de William a menos que fuera su esposa. Y si bien, en otro tiempo, ella había albergado secretas esperanzas al respecto, eso era ya agua pasada.

La idea, cuando se le ocurrió, fue tan obvia que no entendía cómo era posible que no lo hubiera pensado antes.

¡Sería boticaria por derecho propio!

Cuanto más vueltas le daba, mayor era su convicción. ¿Acaso las viudas no heredaban los negocios de sus maridos? Pues bien, Arabella había desaparecido sin dejar rastro, pero la tienda seguía allí, y ella poseía los conocimientos necesarios para hacerse cargo del negocio. Quizá habría sido imposible incluso un año atrás, pero la peste había puesto el mundo patas arriba. Quedaban ya pocos boticarios y médicos, y por tanto, casi seguro, podría vencer la desaprobación general por el simple hecho de que escaseaban los boticarios.

Esta idea la animó y le dio fuerzas para mirar hacia delante. También se sentía más fuerte físicamente y le irritaba el encierro en el desván. Recostada en la cama una hora tras otra con Beth en el regazo, planificaba el futuro.

—Aprenderás a pesar las hierbas y a usar la mano y el almirez grandes. Y te enseñaré latín y te llevaré a ver las últimas obras de teatro y no seremos criadas de nadie.

Beth no apartaba la mirada de la cara de su madre, como si entendiera todas y

cada una de sus palabras.

También Joseph se recuperaba bien.

—¡Otra vez sopa de judías! —protestó con una mueca—. ¡No me gusta!

—No hay nada más —dijo Susannah—. Más vale que te lo comas y des gracias. —Pero Susannah en el fondo coincidía con él. Empezaba a soñar con tartas de manzana y cordero asado y natillas de tanaceto.

Al final de la convalecencia, Susannah se levantó de la cama y dio sus primeros pasos vacilantes. Se sentía ligera como una cascarilla y sintió alivio cuando descubrió que, al ajustar los lazos del corpiño más que de costumbre, podía volver a ceñírselo. El leve ensanchamiento de la cintura quedaba compensado por el mayor volumen de los pechos y en el fondo le complacía tener más curvas femeninas que antes.

Se paseaba por la habitación con Beth en brazos, desesperada por abandonar aquel desván sofocante. De pie ante la ventana casi todo el día, anhelaba salir al aire libre.

—Y eso, pequeña Beth, es el gran río Támesis de camino al mar. Un día te llevaré en barca hasta la Torre y allí verás los leones en el zoológico real. Y por allí están Fleet Street y la tienda de tu abuelo. En cuanto podamos dejar esta casa, te llevaré allí. ¡Te encantará! Tiene un aroma especial muy suyo: a lavanda y azufre, a agua de rosas y trementina.

Beth abrió la boca en un gran bostezo y cerró los ojos azules, arrullada por la voz de su madre.

Susannah besó la pelusilla entre dorada y rojiza en lo alto de su cabeza y aspiró hondo el dulce aroma a leche de su piel. ¿No era esa la niña más perfecta jamás nacida desde el principio de los tiempos?

Phoebe asomó la cabeza por la puerta y se acercó a acariciar la mejilla de Beth.

—Es preciosa, ¿verdad? —dijo Susannah—. Pero supongo que Henry habría querido un hijo.

Phoebe se mordió el labio.

—Henry ya tenía un hijo. Mi hijo.

Susannah se quedó boquiabierta.

—¿Joseph? Pero si Joseph es hijo de William.

Phoebe negó con la cabeza.

—¡Yo sé quién es el padre de mi hijo!

—Pero... no lo entiendo.

—¿Por qué creéis que Henry nos hizo venir? Quería casarse conmigo. Se peleó con su padre, y él lo echó.

—¿Casarse contigo?

—¡Me quería y tenía intención de concederme la libertad! —Phoebe miró a Susannah en actitud desafiante.

Susannah le sostuvo la mirada. Tomó conciencia de la verdad con la misma brusquedad que si le hubieran echado un cubo de agua helada a la cara. De repente

muchos detalles empezaron a encajar: la añoranza de Henry y su deseo de mandarla a ella al campo mientras él se quedaba en la ciudad con sus esclavos. Ahora comprendía por qué no la quería en su cama, y también sus citas con Topaz: buscaba solaz en una mujer que se parecía a Phoebe; así como, por supuesto, su súbito interés en ella tras descubrir que tenía una buena dote, lo que le había permitido mandar a buscar a su hijo y a la mujer que amaba.

—¿Estáis enfadada?

Susannah pensó la respuesta mientras depositaba con cuidado a la niña adormilada en la cama junto a ella.

—No —contestó al cabo de un momento. Sorprendentemente, era verdad. Triste sí, quizá, por el pesar y la soledad que había padecido, pero no enfadada. Porque lo más maravilloso de todo, aquello que llenaba a rebosar de alegría su corazón, era que Joseph no era el hijo de William. La risa burbujeaba dentro de ella—. No, no estoy enfadada —dijo. Tomó las manos de Phoebe y la atrajo hacia sí para abrazarla—. ¡Creía que era una mala esposa y al final resulta que yo no tenía la culpa de nada!

Phoebe frunció el entrecejo y se desprendió de ella.

—Os vi, con vuestra piel blanca, y os odié. Me quitasteis a mi hombre.

—Pero tú bien sabes que no me casé con él para hacerte daño, ¿no? Y ahora veo con claridad que Henry se casó conmigo solo para quedarse con mi dinero y traerte. Nunca me quiso.

—Tenéis la hija de Henry, una hija que debía haber sido mía. —Phoebe echó al frente el mentón y unas lágrimas contenidas brillaron en sus ojos—. Siento celos de vos. Lo teníais todo. Y yo no tenía nada, salvo a mi hijo. Y entonces empezasteis a enseñar a Joseph las cosas de los blancos para que pueda abandonarme. Os llevasteis a mi hombre y además sois libre. Y yo... soy vuestra esclava. —Con convulsos sollozos, se mecía hacia delante y hacia atrás, retorciéndose las manos en el regazo.

Susannah sabía, por amarga experiencia propia, hasta qué punto corroía a una persona el desgarrador dolor de los celos. Decidió que ya no era momento de andarse con pudores. Al fin y al cabo, sin la ayuda de Phoebe, quizá la pequeña Beth y ella habrían muerto.

—¡Escúchame, Phoebe! Henry solo yació conmigo una vez mientras duró nuestro matrimonio. No fue una experiencia agradable, y después él se enfadó consigo mismo y conmigo. Yo quise ser una buena esposa para Henry, pero él nunca me amó, por más que yo me esforzara en complacerlo. Y meforcé, créeme, pero ahora entiendo por qué era una misión imposible. Lo era porque te amaba a ti.

Los ojos de Phoebe destilaban amargura.

—Yo no tenía nada, salvo a mi hijo. E intentasteis quitarme también a Joseph, conseguir que él os quisiera. Yo deseaba haceros sufrir, y que supierais cómo se siente una cuando su hombre está con otra. —Levantó la barbilla en actitud desafiante—. Por eso os dije que os quité a vuestro hombre.

—¿Te refieres a William?

Phoebe asintió.

—¿Lo queréis? Decid la verdad.

Susannah estaba demasiado cansada para fingir y en todo caso a esas alturas había vivido tales experiencias junto a esa mujer que no tenía sentido mentir. Contempló el rostro dormido de su hija.

—No puedo evitarlo —contestó—. Pese a que lo aceptaste en tu cama, sigo amándolo.

Phoebe suspiró.

—Habéis salvado la vida a mi hijo. Yo he salvado la vida a vuestra hija. Ahora somos hermanas, y os contaré la verdad. Aquella noche el doctor vino a mi habitación solo para ver a Joseph. —Phoebe tomó a Susannah de las manos—. Miradme, señora. El doctor nunca ha venido a mi cama. Ni aquí, en la Casa del Capitán, ni en la plantación. ¡Nunca!

—Pero os vi juntos... y tú estabas en camisón. —Susannah le apretó las manos a Phoebe hasta que sus nudillos perdieron el color a la vez que un rayo de esperanza brotaba en su corazón—. ¿Me prometes que es verdad?

Phoebe movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Es un hombre muy bueno. Yo tenía mucho miedo. Joseph estaba muy enfermo. El doctor me dijo que Joseph tenía... —Arrugó la frente mientras buscaba las palabras adecuadas—. Me dijo que Joseph sufría de un exceso de ciruelas confitadas. —Desplegó una sonrisa triunfal.

Susannah frunció el entrecejo. De pronto vio la conexión.

—¿No serían las ciruelas confitadas de Agnes? ¡Pensé que ella había estado especialmente golosa!

—El goloso fue Joseph. Se puso tan mal que pensé que se moría. No se lo dije a Agnes para que no le pegara.

Susannah dejó escapar una risa un poco demasiado sonora a la par que intentaba contener las lágrimas.

—Dudo que Joseph vuelva a robar ciruelas confitadas.

—En eso os doy la razón.

Susannah miró por la ventana. Debía escapar de la Casa del Capitán, correr tan deprisa como pudiera hasta la botica, para decir de inmediato a William que lo amaba.

Phoebe miró a Susannah con el rabillo del ojo.

—Os odiaba tanto por quitarme a Henry que pensé que moriría. De noche, cuando todos dormían, me paseaba por la casa y lloraba por Henry. Vine aquí para casarme con él, y él estaba muerto, y vos, su esposa, erais mi nueva ama. —Contuvo un sollozo—. A veces por la noche entraba en vuestra habitación y os miraba mientras dormíais. Nunca entendí por qué os quiso Henry. Sois tan delgada, tan pálida... Os miraba y miraba y me preguntaba por qué mi Henry se casó con vos. Nunca lo entendí.

—¡Ay, Phoebe! ¡Cuántos malentendidos y cuánta desdicha ha habido! El pobre Henry, atrapado en un matrimonio que no deseaba para poder pagarte el viaje hasta aquí, y tú y yo tan desgraciadas.

Phoebe asintió.

—Pero ahora debemos partir de cero. ¿Puedes traerme la bolsa que hay colgada del gancho detrás de la puerta?

Phoebe se la entregó y Susannah sacó una llave.

—Acércate —dijo—. Te prometo que un día os liberaré a Joseph y a ti. No puedo hacerlo mientras dependamos de Agnes. Pero por ahora... —Introdujo la llave en la cerradura del collar de plata y lo abrió—. Tíralo por la ventana.

Phoebe se frotó las marcas rojas en el cuello.

—Costó mucho dinero. La señora Agnes...

—Ya me ocuparé yo de Agnes.

Vacilante, Phoebe tomó el collar y se acercó a la ventana. Se volvió a mirar a Susannah.

—¡Adelante!

Phoebe abrió la ventana. Miró otra vez a Susannah, que la alentó con un gesto. Tomó aire y, lanzando un grito de júbilo, arrojó el collar por la ventana. Este voló por el aire y desapareció más allá de los tejados.

—Creo que ahora ya no vamos a enfermar —dijo Susannah a Phoebe—. Joseph ya casi se ha recuperado del todo y no se ve la menor señal de que nosotras nos hayamos contagiado.

Phoebe asintió.

—La señora quiere veros.

Susannah envolvió a Beth con su mejor chal y la llevó a lo alto de la escalera. Tocó la campanilla y esperó hasta oír acercarse los trabajosos pasos de Agnes.

—Ya te has levantado de tu convalecencia tras el parto, pues —dijo Agnes—. ¿Y no vas a presentarme a mi sobrina nieta?

Susannah sostuvo al bebé en alto para que Agnes viera su cara.

—Esta es Elizabeth —dijo.

Agnes apretó los labios.

—Será hermosa —observó—. Como su madre. Si sobrevivimos, yo seré su madrina.

Abriendo los ojos por el inesperado cumplido, Susannah contestó:

—Sería un honor, señora.

—¿Y Joseph sigue recuperándose bien?

—Empieza a molestarle nuestro encarcelamiento y a portarse mal. —Susannah sonrió—. Creo que eso es buena señal.

—Y William y la criada saldrán de casa de tu padre mañana. Ha mandado un mensaje para decir que los dos están bien. Confío en que sea ya solo cuestión de horas que regrese sano y salvo y que pronto le toque a él traernos cestas de provisiones. Estoy ya harta de la sopa de judías.

—Así y todo, hemos tenido suerte de vuestra capacidad de previsión; sin las judías quizá nos habríamos muerto de hambre. Pero en cuanto pase la cuarentena, no me importará si no vuelvo a probar una judía en la vida.

Esas noches Susannah soñó que su madre, sentada a su lado, mecía la cuna y cantaba al bebé: «Duerme mi niña, mi cielo, mi amor...».

Beth gimoteó, y Susannah se revolvió y despertó.

Se había levantado el viento y la ventana traqueteaba contra el marco. En la repisa la luz de la vela parpadeaba debido a la corriente.

Algo la inquietó. Sacó a la niña de la cuna y la estrechó contra su pecho. Luego,

en silencio, fue a mirar en la otra habitación del desván. Pero Phoebe dormía profundamente con Joseph hecho un ovillo contra su cuerpo.

En lo alto de la escalera, Susannah se quedó inmóvil y escuchó el silencio nocturno hasta que la niña empezó a llorar.

Después de amamantar a Beth, Susannah la acercó a la ventana sacudida por el viento y contempló la oscuridad. El aire tenía un olor distinto; un olor a madera quemada se imponía a los efluvios del barro del río, siempre presentes. Una repentina ráfaga abrió la ventana, y Susannah tuvo que agarrarla y cerrar bien la falleba para que no batiera contra la pared.

Al este, un resplandor rosado iluminaba el cielo, y le sorprendió que faltara tan poco para el amanecer. Besó la cabeza de la niña.

—Esta noche has dormido mucho, cariño.

Cuando se volvió para dejar a Beth otra vez en la cuna, vio que el resplandor rosado se propagaba de pronto por el cielo. Regresó a la ventana. Una explosión en alguno de los tinglados ribereños, quizá. Sería difícil controlar el incendio si el tinglado contenía coñac o madera de construcción. Algún pobre desdichado seguramente perderá su medio de vida esta noche, pensó mientras volvía a la cama.

A la mañana siguiente Susannah, al despertar, oyó el toque dominical de las campanas. Ante la ventana, arrugó la frente al ver la nube de humo río arriba, en el puente de Londres. El incendio del tinglado debía de haber sido aparatoso. Seguía contemplando el humo cuando oyó que Agnes la llamaba.

—¿Estás bien? —Era la pregunta que le hacía Agnes todas las mañanas.

—¡Mejor que nunca!

—Pues baja. Es poco probable que vayas a enfermar después de tanto tiempo.

—Estoy de acuerdo.

—Y hoy viene William. —Agnes le dirigió una sonrisita ladina—. Seguro querrás acercarte a la ventana para hablar con él, ¿no?

Después del opresivo calor del desván, la capilla le pareció espaciosa y bien ventilada. Hinchida de un espíritu de liberación, Susannah cruzó la estancia con paso vigoroso, deleitándose en su nueva ligereza.

—No sabéis lo agradable que es dar más de cinco pasos en una misma dirección —dijo— y poder ver a la gente que pasa por la calle ocupada en sus asuntos cotidianos. —Atravesó la capilla hasta la ventana con vistas al jardín—. ¡Cómo he echado de menos el jardín! De hecho, creo que voy a salir ahora mismo para que Beth saboree por primera vez el aire libre.

—Te acompañaré —dijo Agnes.

Al sentir el sol en la cara, Susannah rebosó alegría y, con el cortante viento del este, le asomó el color a las mejillas.

Las dos mujeres pasearon sin prisa por el claustro, y Susannah pensó en lo mucho que echaría de menos el jardín cuando volviese a vivir en la botica. Pero claro está que visitaría a Agnes a menudo.

—¿Hueles el humo? —preguntó Agnes.

—Siempre huele a humo, ¿no? Pero tenéis razón. Esta noche me he asomado a la ventana y he visto una explosión río abajo. Un tinglado, supongo. Y esta mañana, por lo que he visto, el incendio se había propagado hacia el puente de Londres. En mi emoción por bajar del desván, he olvidado mencionarlo.

—Quizá Will nos traiga noticias al respecto. Voy a entrar y hablar con John Fuller, el vigilante, una persona decente. Perdió a su hermano a causa de la peste y se compadece de nuestra situación. Le pediré que esté atento a la llegada de Will.

Susannah siguió a Agnes hasta la capilla y se quedó junto a ella cuando llamó al vigilante.

—Hay un gran incendio en la ciudad —informó él, y se le erizaron las pobladas cejas por la importancia de la noticia—. Un estúpido panadero de Pudding Lane no apagó el fuego de los hornos debidamente antes de acostarse. El fuego se ha extendido río abajo...

—¿Entonces sí fue un tinglado lo que vi arder?

—¡En efecto, señora! Se han incendiado más de trescientas casas y el fuego sigue la dirección de Fish Hill y ya casi ha llegado al puente. Es una gran calamidad, no os quepa duda.

Susannah, con manos trémulas, se recogió el pelo con esmero, se puso el colgante de nácar de su madre y se ciñó tanto el corpiño que apenas podía respirar. A continuación se sentó en el banco junto a la ventana de la capilla y allí pasó la mañana, remendando la camisola de Agnes y preguntándose cuánto tardaría William en llegar.

John Fuller llamaba una y otra vez desde la calle para darle las últimas noticias.

—Ahora dicen que lo han provocado los franceses. ¡Malditos papistas! Las iglesias del lado este de la ciudad están en llamas —explicó—. Y en aquellas que no arden, los fieles oyen bonitos sermones que instan a los pecadores a arrepentirse, o serán consumidos por el fuego del infierno. —Pero no decía que veía a William acercarse por la calle.

William no llegó a la hora del almuerzo.

Susannah regresó al desván para echar un vistazo al río y la asombró verlo lleno de embarcaciones, todas cargadas hasta los topes de personas y muebles.

Por la tarde Agnes se negó a ir a descansar a su habitación y se instaló junto a la ventana para ver si William aparecía por Whyteladies Lane.

—Espero que traiga carne fresca —dijo—. De buena gana me comería un pollo asado o un estofado de cordero. Supongo que tarda tanto porque está buscando algún bocado exquisito con el que tentar a su anciana tía.

Pero William no llegó.

Después de cenar una vez más sopa de judías, Agnes se fue a la cama, quejándose entre dientes del desconsiderado comportamiento de su sobrino.

—Seguro que se ha ido de juerga después de su liberación.

Susannah no dijo nada, pero consideraba improbable que William se hubiera ido a una taberna o a una casa de mala nota. Además, aun cuando él hubiera ido en busca de placer, ¿acaso Jennet no se habría presentado allí con noticias? Con el paso de las horas, empezó a temer que hubiera sucumbido a la peste justo al final de la cuarentena.

El sol se puso y la virulencia del incendio quedó más de manifiesto. El cielo nocturno, por lo general negro, estaba iluminado por el fuego que ardía en la ciudad, avivado por el impetuoso viento del este.

Susannah se acostó y trató de dormir, pero no dejaba de pensar en lo que diría a William cuando por fin llegara. Se sumió en un intranquilo duermevela, pero cuando la despertó el llanto de Beth, no vio indicios de que el incendio disminuyera.

A la mañana siguiente Agnes se quedó en su habitación.

—Puedes llamarme en cuanto William se digne venir —dijo—. Seguro que llegará con dolor de cabeza a causa de la cerveza, y entonces, por si fuera poco, tendrá que oír mi afilada lengua.

Susannah esperaba que Agnes tuviera razón. Preferiría saber que William era víctima del estupor de la ebriedad y estaba tirado en algún arroyo a esperar con la zozobra de que lo hubiera abatido la peste.

Para matar el tiempo, Susannah se lavó el pelo y se lo enjuagó con agua de rosas. Se sentó en el jardín para secárselo al sol. Cuando William llegase, si es que llegaba, al menos ella olería bien. Perdida en sus ensoñaciones, contempló a Beth, que descansaba en una manta a su lado, atenta al vaivén de las rosas movidas por la brisa.

El viento depositó algo en la cara del bebé, y Susannah se apresuró a limpiárselo, pero enseguida le cayó otra cosa. Alzó la vista y vio que del cielo cada vez más oscuro llovía ceniza. El olor del humo también era cada vez más intenso. Temió que pudiera ser perjudicial para Beth y la llevó adentro.

William seguía sin aparecer.

Más tarde, Susannah se asomó a la ventana para observar la actividad en Whyteladies Lane, donde reverberaban los chirridos de las carretas en los adoquines y el continuo aluvión de gente presurosa cargada de fardos.

Llamó a John Fuller.

—¿Podréis parar a uno de esos niños de la calle y mandarlo a dar un mensaje al doctor Ambrose?

—Si veo a alguno, así lo haré —aseguró John—, pero en la ciudad todo el mundo está en danza, y los niños de la calle se ganan unas monedas acarreando enseres para

alejarnos del fuego.

—¿Las cosas han empeorado, pues?

—Es un incendio devastador. Ahora se dirige hacia el norte sin control. ¡Cannon Street, Lombard Street y Threadneedle Street están en llamas!

—¿No pueden apagarlo?

—El duque de York ha mandado a hombres a demoler las casas para abrir un cortafuegos, pero el viento sopla de tal modo y hace tanto calor que no hay manera de impedir que las chispas salten de una calle a otra. Os diré una cosa: si no es posible contenerlo, arderá toda la ciudad. Tengo familia en Cheapside, y el fuego ya se acerca allí demasiado para poder estar tranquilo.

Inquieta, Susannah se retiró al desván.

Phoebe le dio la mano y la llevó hasta la ventana, donde Joseph, de pie en una silla, miraba por encima de los tejados.

Abarrotaban el Támesis botes y gabarras, todos cargados a rebosar de personas y sus posesiones. Por la superficie del agua se mecían toneles, cestas y balsas improvisadas.

Susannah vio a una mujer en una pequeña embarcación que pugnaba con un virginal depositado en lo alto de una pila tambaleante de muebles. Una mesa vuelta patas arriba embistió la embarcación y el virginal escapó de sus manos extendidas y cayó al agua.

Estaba produciéndose un éxodo masivo.

Agnes tamborileaba con los dedos en el brazo de la butaca y sacaba de quicio a Susannah con sus incesantes preguntas.

—¡No lo sé, Agnes! —exclamó por fin, ya exasperada—. Pero sí, claro que es posible que William y Jennet hayan contraído el mal.

—Si al menos no estuviéramos aquí encerradas, podrías haber ido a la tienda de tu padre a averiguar qué pasa.

—Ya sabéis que no podemos salir de aquí hasta dentro de una semana.

Alterada por el tono de su madre, Beth empezó a lloriquear. Susannah se paseó por la capilla con Beth apoyada en el hombro, para tranquilizarla a ella y también a sí misma.

Si bien era solo media tarde, una nube negra tapaba el sol y oscurecía el cielo. El humo se filtraba en la casa a través de todas las rendijas y el olor se adhería a la ropa y flotaba en el aire.

Phoebe llevó pan y sopa en una bandeja que dejó en la mesa.

—¿Aguanto a la niña mientras coméis? —Tomó a Beth de los brazos de su madre y acarició con los labios la mejilla de la pequeña—. Vamos a buscar a Joseph. Ven, pequeña. —Sonrió a Susannah antes de salir.

—Parece que Phoebe y tú habéis resuelto vuestras diferencias —comentó Agnes.

—Beth habría muerto si Phoebe no hubiese estado presente.

—Y Joseph habría muerto si tú no hubieses estado presente.

Susannah vaciló pero por fin decidió hablar con claridad, aunque fuera una falta de delicadeza.

—Habría preferido que me dijerais que Joseph es hijo de Henry.

Agnes la observó con los ojos entornados.

—Phoebe te lo ha contado, pues.

—Pero no lo supe hasta que nació Beth. Yo pensaba que el padre de Joseph era William. Le oí decíroslo cuando Phoebe llegó a esta casa. Al menos eso me pareció entender. Dijo que Joseph formaba parte de la familia.

—No deberías escuchar detrás de las puertas, ¿no crees?

—Sí, Agnes.

—Aun así, Henry dejó a sus espaldas un buen lío, ¿no te parece? Joseph es hermanastro de Beth, y eso es inapelable. Pero ¿dónde está William? No descansaré hasta que lo vea sano y salvo.

Terminaron la sopa y, agarradas de la mano, permanecieron sentadas en silencio hasta que la luz se desvaneció por completo.

De pronto oyeron el golpeteo de unas piedras en la ventana.

—¡William! —Aturdida de alivio, Susannah corrió a abrir la ventana.

Pero era John Fuller quien estaba abajo en la calle, visiblemente agitado.

—Me voy —dijo—. Vivo en Wood Street, y el fuego avanza sin tregua por Cheapside. Tengo que ir y ayudar a mi mujer a recoger nuestras pertenencias y trasladar a los niños a lugar seguro.

—¿Cheapside? ¿De verdad se ha extendido tanto?

John se frotó la cara con la mano.

—Debería haberme ido antes. Nunca imaginé que el fuego abarcaría tanto y avanzaría tan deprisa. Yo en vuestro lugar empezaría a reunir los objetos de valor y me prepararía para huir.

—¿Huir? Pero no podemos...

—¡Entonces quedaos y arded! Dejo abierta la puerta. De todos modos vuestra cuarentena ya casi ha acabado y tenéis buen aspecto.

—Estamos todos bien, pero...

—¡No puedo entretenerme más! ¡Que Dios os ampare!

Susannah observó a Fuller mientras se abría paso entre la muchedumbre que avanzaba por Whyteladies Lane hacia el río.

—¿Lo habéis oído, Agnes?

—El fuego está aún a más de media milla de distancia. —Agnes había palidecido—. Seguro que no llegará hasta aquí, ¿verdad?

—Imagino que no... —Susannah miró la nube de humo con expresión de incertidumbre. La ceniza flotaba y se arremolinaba en el viento racheado—. Pero

parece que, en efecto, el incendio está descontrolado. Quizá no estaría de más que preparemos todo lo que podamos, por si acaso. —Al menos así Agnes se mantendría ocupada y no se preocuparía por la salud de William.

—¡No podremos llevárnoslo todo! ¿Qué hacemos con mis candelabros, por ejemplo?

—¿No podríamos enterrar algunas cosas en el jardín?

—¡Claro! Siempre he sabido que eras una chica lista —dijo Agnes—. Ve a por Phoebe y la señora Oliver. Nos ayudarán a preparar los bultos. Ya casi ha anochecido, así que tendremos que enterrar la plata por la mañana.

Cada vez que pensaban que habían acabado, Agnes recordaba otro objeto que quería salvar: los globos terráqueos del capitán, un cofre con armazón metálica lleno de ilustraciones chinas, una viola abandonada desde hacía mucho tiempo. La montaña de enseres creció, y Susannah perdió la esperanza de poder cavar un hoyo lo bastante grande para enterrarlo todo.

Era ya muy tarde cuando se acostaron. Susannah estaba tan cansada cuando se sentó en la cama para amamantar a Beth que daba ya cabezadas antes de que la niña terminase. Con un bostezo tan grande que se le humedecieron los ojos, acostó a Beth en la cuna y remetió las sábanas.

Susannah miró el río mientras se desvestía. De pronto asustada, contempló el resplandor que iluminaba el cielo nocturno. El fuego había llegado hasta Baynard's Castle, a menos de media milla de allí.

Pese al cansancio, Susannah, atribulada como estaba, tardó en conciliar el sueño. Para colmo, Beth parecía intuir la desazón de su madre y lloró intermitentemente a lo largo de toda la noche.

¿Dónde estaba William? Susannah se representó las arrugas que aparecían en las comisuras de sus ojos oscuros cuando ella decía algo que le hacía sonreír y recordó el amor que, según había creído, sentía por ella. Lloró por lo que pudo haber sido e intentó distraerse con la planificación de su nuevo futuro en la botica de su padre. Pero sus pensamientos volvían una y otra vez a William. ¿Acaso estaría sufriendo los espantosos síntomas de la peste que habían acabado con la vida de su padre? ¿Y qué había sido de Jennet, la leal sirvienta de su familia durante tanto tiempo? Con cuarentena o sin ella, se reconcomía de impaciencia por saber qué había ocurrido. Iría a averiguarlo.

Al amanecer, Susannah ya se había lavado y vestido. El éxodo por el Támesis proseguía y la nube de humo había aumentado durante la noche. El incendio había avanzado hacia Bridewell, a solo un cuarto de milla de allí.

Tras la toma de la mañana, Beth, cansada después de una noche en vela, por fin se quedó profundamente dormida.

Susannah sacó de la cajita la miniatura de su madre, la envolvió en un pañuelo y se la metió en un bolsillo. Se puso el colgante de nácar y se lo ocultó bajo el corpiño. Reunió en un hatillo sus libros, incluido el recetario de su madre, y tanta ropa como le era posible llevar a cuestas. Lo dejó en la cama junto con el cofrecillo de boticario, a punto para marcharse a toda prisa si era necesario. Beth aún dormía plácidamente, y Susannah fue en busca de Agnes.

—¿Ha llegado ya William? —La anciana, con los ojos ensombrecidos por el miedo, parecía tan cansada como se sentía Susannah.

—Todavía no. Vamos a enterrar vuestros objetos de valor, y si para entonces no ha llegado, iré a la botica a averiguar qué ha ocurrido.

—Si no fuera por estas malditas piernas de vieja mías, habría ido yo misma. ¡Pero, óyeme, no es necesario enterrar mis cosas! No me acordaba de que bajo las losas del jardín hay un viejo pozo.

Phoebe y la señora Oliver, mientras Joseph correteaba entre sus pies, levantaron las losas con ayuda de una palanca y examinaron el interior del pozo. Tenía encastrados en la pared unos peldaños de hierro, y mandaron a Joseph abajo a echar un vistazo. Por lo que él vio, no había agua.

—Se secó en mil seiscientos treinta —explicó Agnes—, y el capitán lo tapó.

Metieron los enseres en cestas y los bajaron por medio de cuerdas. Luego Susannah y Phoebe volvieron a colocar las losas en su sitio.

—Ya no soporto más la espera —dijo Susannah. Tomó entre las suyas las manos nudosas y viejas de Agnes con ternura—. Ahora tengo que ir a buscar a William.

Agnes asintió.

—Las calles serán peligrosas. —El miedo asomaba a sus ojos oscuros. En un susurro añadió—: Por favor, tráeme a mi William.

Susannah se volvió hacia Phoebe, que sostenía a Beth apoyada en el hombro, y tomó a la pequeña en sus brazos. Una punzada de temor le traspasó el corazón ante la idea de separarse de su hija aunque fuera solo por un momento, pero debía encontrar a William.

Besó a Beth, aspirando su dulce aroma, y se la devolvió a Phoebe.

—¿Cuidarás de ella hasta que yo vuelva?

—Beth es hija de Henry —contestó Phoebe—. La quiero como si fuera mi propia hija.

Susannah apoyó la mano por un instante en su hombro.

—No tardaré.

De pie en la puerta abierta de la Casa del Capitán, Susannah saboreó por un momento su libertad antes de adentrarse entre el gentío que avanzaba por Whyteladies Lane camino del río.

Se percibía la agitación en el aire saturado de humo. La zarandearon, la embistieron con las carretillas de mano y casi la derribaron unos niños llorosos que correteaban detrás de sus padres. Un hombre cargaba un enorme fardo a la espalda, doblado casi hasta el suelo por el peso, mientras su mujer hacía rodar un tonel por el suelo y tiraba de una cuerda a la que iba atado un cerdo chillón.

Susannah se abrió paso por el laberinto de callejones y plazas, descorazonada al ver la desesperación de la gente que corría de un lado a otro para dejar a buen recaudo sus pertenencias. Las calles eran muy estrechas, y las casas estaban demasiado juntas, hasta el punto de que en algunos sitios se congregaba tal muchedumbre que era imposible transitar.

Resbaló con un corazón de manzana y cayó al suelo. Cada vez que intentaba levantarse, la tumbaba de nuevo la horda tumultuosa. La gente vociferaba, los niños lloraban, y continuamente se oían el golpeteo de los zuecos y los chirridos de las ruedas de las carretillas en los adoquines. El ruido era tal que nadie parecía oír los gritos de socorro de Susannah, y empezaba ya a sucumbir al pánico cuando un hombre apartó al gentío a codazos y le ayudó a levantarse de un tirón.

—Gracias, caballero —dijo.

—Vais en dirección equivocada, señora. —El hombre se enjugó el sudor de la frente mugrienta—. Daos media vuelta y volved por donde habéis venido.

—¡Pero debo ir a casa de mi padre!

—Está todo ardiendo al este y al norte de aquí. El duque de York y sus hombres

están volando las casas alrededor del muelle de Bridewell para crear un cortafuegos. ¡Volved ahora que aún estáis a tiempo! —Se reacomodó el voluminoso fardo y se puso de nuevo en marcha sin volver la vista atrás.

Susannah lo vio desaparecer entre el tumulto y vaciló antes de encaminarse de nuevo en dirección a Fleet Street. No había llegado muy lejos cuando oyó las explosiones, una tras otra. En algún lugar una mujer gritó, y la multitud turbulenta la embistió con tal fuerza que se vio aplastada contra la pared. Impregnaba el aire el humo acre de la pólvora, lo que le causaba escozor en los ojos, y el cielo oscurecido era de un amenazador rojo sangre.

Avanzó paso a paso hasta llegar a Bridewell, donde ahogó una exclamación al encontrarse con un paisaje totalmente devastado. Las casas que había conocido desde su infancia habían desaparecido, sustituidas ahora por un mar de escombros. Horrorizada, miró alrededor, incapaz de distinguir siquiera por dónde discurría antes la calle. Salpicaban el suelo astillas de madera, trozos de yeso y paja de los tejados, y el aire estaba colmado de humo y polvo.

Los hombres se movían con dificultad entre las ruinas, y las pocas casas que aún seguían en pie saltaron por los aires ante los ojos de Susannah en medio de una ensordecedora detonación.

Soltó un alarido y se tapó los oídos con las manos.

Un hombre le habló a gritos, pero los oídos le zumbaban y, conmocionada como estaba, solo fue capaz de permanecer clavada en el suelo. El hombre corrió hacia ella y la sacudió por el brazo.

—¡No podéis quedaros aquí! —La empujó en la dirección de la que ella venía.

Avanzando a trompicones entre los cascotes, Susannah circundó las ruinas, pero en ese momento vio el incendio en todo su horror. Los hombres derribaban los edificios incendiados. Vociferando, tiraban de cuerdas sujetas a las vigas de los tejados por medio de grandes ganchos de hierro. Susannah tosía a causa del polvo y la lluvia de ceniza que caía del cielo.

Una súbita ráfaga de viento disipó el humo, y entonces Susannah vislumbró Santa Brígida. Casi incapaz de asimilar lo que veía, dejó escapar un chillido. La iglesia donde su madre estaba enterrada, donde ella había sido bautizada y había contraído matrimonio, ardía. Unas malévolas llamas de color naranja lamían el campanario y el humo negro salía a bocanadas por las ventanas formando una densa nube.

Se echó a correr hacia la iglesia, trepó por la montaña de escombros y, resbalando, descendió por el lado opuesto. Corrillos de gente atónita veían arder Santa Brígida.

Una mujer llorosa la agarró del brazo.

—¡Imposible salvarla! Había un carro con una bomba de agua, pero nadie se molestó en engrasarla y mantenerla en funcionamiento. Demasiado tarde —se lamentó—. ¿Qué será ahora de nosotros, tristes pecadores?

—¿Santa Brígida? ¿Desaparecida? —Susannah tragó saliva. Aquello era

inimaginable.

—¡Al menos San Pablo se ha salvado, gracias a Dios! El incendio avanzó por Paternoster Row y Carter Lane, y la catedral quedó en una isla en medio de un mar de fuego. Pero las llamas han descendido por Ludgate Hill y ahora llegan a Fleet Street.

Susannah se quedó helada.

—¡Por favor, decidme que no han llegado a Fleet Street! Allí está mi casa.

La mujer la miró con cara de profunda lástima.

—Ya no, querida.

Susannah se dio media vuelta y se llevó los nudillos a la boca. ¡No podía ser verdad! ¿Y qué había sido de William y Jennet? ¿Seguirían en la botica? Apretó a correr, guiada por el instinto a través de un paisaje casi irreconocible. El fuego rugía en sus oídos, tan estruendoso como las ruedas de hierro de un millar de cuadrigas circulando a toda velocidad por los adoquines. El ruido ensordecedor le cortó la respiración a la vez que las llamas crepitaban y chasqueaban y escupían chispas alrededor. Sentía ya el calor en la cara y tenía que sacudirse las ascuas humeantes de los hombros.

El muro de llamas que le salió al paso en el extremo sur de Fleet Street era tan infranqueable como el fuego del infierno. Expulsada por el brutal calor, se vio obligada a entrar en el desconocido territorio de Ascentia, zona de descuidados y ladrones. Zigzagueando y apartando a la multitud de gente vociferante en el laberinto de oscuros callejones y pasajes, avanzó a ciegas en dirección al hogar de su infancia.

Al final vio luz entre las míseras casuchas de vecindad y encontró la manera de acceder a Fleet Street. El fuego, azuzado por las ráfagas de viento hasta alcanzar una furia crepitante y anaranjada, avanzaba deprisa. La botica se hallaba a unos cincuenta pasos, y Susannah ahogó un sollozo al ver que el tejado estaba ya en llamas. El miedo la atenazó con sus gélidos dedos; era inevitable que su antiguo hogar quedara destruido.

Mientras corría, notaba caliente el suelo bajo los pies y veía las brasas que lo salpicaban. A cada paso que daba, el nombre de William resonaba en su cabeza como una muda plegaria: William, William, William.

Un repentino flato la obligó a aflojar el paso para inhalar una entrecortada bocanada de aire acre. El letrero del unicornio y el dragón llameaba ahora sobre ella y las lágrimas se evaporaron en su rostro por el intenso calor procedente de la casa contigua, que ardía inexorablemente. El armazón de madera vista del primer piso de la botica despedía ya un resplandor rojizo, a punto de entrar en combustión. Apretó la cara contra el escaparate, pero no vio a nadie en el interior. La puerta, pintada aún con la cruz roja, estaba cerrada.

Retrocedió más allá del saliente del primer piso y se protegió los ojos del calor con la mano para escrutar la ventana de arriba.

—¡William! ¡Jennet! —Su voz se perdió entre los chasquidos de la madera y la paja en llamas. Una lluvia de chispas cayó sobre ella, y se apresuró a sacudirse un

ascua resplandeciente del pelo ya chamuscado.

Una sombra se deslizó al otro lado de la ventana cerrada, y allí estaba William, detrás del cristal.

—¡William! —Un júbilo extraordinario invadió su corazón, y casi le fallaron las piernas por el alivio de verlo. ¡Gracias a Dios seguía vivo!

Él apoyó las manos en el cristal y le gritó algo inaudible. Las llamas lamían los marcos humeantes de las ventanas.

De pronto él desapareció.

Ante esa imagen Susannah evocó la última vez que vio a su padre por la ventana y algo dentro de ella se rompió. Ahora que lo había encontrado, no estaba dispuesta a perderlo. Desesperada, sacudió la puerta de la tienda y, como no se abría, empezó a aporrearla y asestarle puntapiés. Casi cegada por las lágrimas y ronca de gritar, buscó enloquecida alrededor hasta que encontró un trozo de madera. Al agarrarlo se quemó las manos; aun así, hizo añicos el escaparate y, pese a cortarse con los cristales rotos en los muslos a través de la falda, penetró por el hueco.

—¡William! ¡Jennet! —Corrió escalera arriba, subiendo los peldaños de dos en dos, pero allí no encontró ni rastro de ninguno de ellos.

Estaba en el pasillo, ante la puerta de la alcoba de su padre llena de humo, saltando de un pie al otro para no quemarse las plantas de los pies, cuando alcanzó a ver a William al otro lado de la cama.

—¡Vete! —gritó él.

De pronto los chasquidos del fuego en el tejado quedaron ahogados por un atronador rugido. La paja y la madera en llamas se precipitaron y una ráfaga de aire abrasador la lanzó hacia atrás. Avivadas por el viento, chispas de color naranja se elevaron como un surtidor hacia el cielo abierto, y el fragor del fuego la ensordeció. La puerta era infranqueable a causa de los escombros incendiados. Un denso humo ascendía en espiral y se arremolinaba en la alcoba.

Susannah ya no veía a William.

Llamándolo a gritos, levantó los brazos para protegerse de aquel infierno. Nadie lograría sobrevivir a semejante calor. Dejó escapar un gemido de angustia cuando imaginó a William luchando por escapar de las llamas, ennegreciéndose y retorciéndose su cuerpo en el fuego hasta desplomarse en el suelo y consumirse.

Una asfixiante nube de humo negro la obligó a cubrirse la cara con la falda y el fuego escupió ascuas hacia ella. Tosiendo y respirando con dificultad, se acordó de Beth. Debía salir de allí antes de que fuera demasiado tarde. Ya no podía hacer nada por William excepto llorar su pérdida, pero su hija la necesitaba.

De pronto el techo, por encima de la escalera, comenzó a arder. Una viga incandescente se precipitó en medio de una lluvia de chispas y le obstruyó el paso. Presa del pánico, la apartó de una patada y bajó dando tumbos por la escalera. Ya fuera de la tienda, corrió hasta hallarse a distancia prudencial.

Sin aliento, se apoyó en la pared de la guantería y vio arder el hogar de su

infancia, y la pira fúnebre de William. Unas lágrimas calientes resbalaron por su rostro al recordar la bondad de William con ella después de la muerte de Henry, y su paulatino amor por él. Recordó la pasión en su voz y su temblor cuando la besó, y luego su propia convicción de que la había traicionado. Y recordó el rostro dulce de su madre y ese grato espacio situado sobre la tienda, lo que había sido su hogar, la razón por la que le había resultado aún más doloroso verse sustituida por Arabella. Rememoró las horas felices junto a su padre mientras aprendía su oficio. Y tomó conciencia de que el sueño de ganarse la vida por su cuenta como boticaria seguiría siendo solo un sueño. Ahora las llamas consumían la tienda.

Su pasado y su futuro ardían ante ella.

—¡Susannah!

Se volvió al instante, boquiabierta de asombro.

—¡Mira que eres tonta! —William se hallaba ante ella, su camisa chamuscada y rota. Un músculo palpitaba en su mandíbula sin afeitar, su ira bullía en el aire abrasador. Dio un paso al frente, la abrazó con fuerza y cubrió su rostro de besos con sabor a humo—. ¿En qué diantres estabas pensando?

Tenía el cuerpo caliente y olía a humo y a sudor. Estaba claro que no era un fantasma.

—William —dijo Susannah entre sollozos—. ¡Pensaba que habías muerto!

Se aferró a él como una lapa a una roca, le palpaba la cara e inhalaba su olor, sin poder creer que lo había perdido y encontrado otra vez.

Hincando dolorosamente los dedos en sus brazos, él la agitó hasta que a ella le castañetearon los dientes.

—¿Cómo es posible que lo hayas arriesgado todo entrando en una casa en llamas? ¿No me has oído decirte a gritos que te marcharas? ¡Mira que eres tonta! ¡Podría haberte perdido!

—Te he visto al otro lado de las llamas. ¡Creía que habías muerto!

—He padecido mil muertes cuando el techo se ha vendido abajo y no he podido llegar a ti. Has desaparecido en medio del humo y he creído que te sería imposible escapar. ¡No voy a perderte de vista otra vez jamás en la vida! —La estrechó contra su pecho y apretó sus labios contra los de ella en un beso intenso y apremiante.

Ahogando una exclamación, Susannah sintió en las ingles un dulce y doloroso florecimiento y, medio desmayada, abrió la boca para recibir los labios de William.

Al final él la soltó y apoyó la frente en la suya.

—Has derribado todas mis defensas y te has abierto paso hasta mi corazón de tal modo que ya no desearía vivir sin ti. Puede que este no sea el momento ni el lugar adecuados, pero que me aspen si estoy dispuesto a aplazarlo un instante más. Susannah, ¿quieres casarte conmigo?

Ella sintió un fragor en los oídos y una explosión de felicidad en el corazón. Miró por encima del hombro la tienda en llamas y el fuego devastador en torno a ellos. Pensó en sus padres y todos los recuerdos felices que conservaba. Esos recuerdos

seguirían vivos, aun si su casa ya no existía. Miró los ojos oscuros de William, en los que se traslucía ahora cierta inquietud. La invadió una profunda paz.

—Pensaba que nunca me lo preguntarías.

—¡William! ¡Mi queridísimo William! —A Agnes se le quebró la voz al pronunciar su nombre. Se levantó con dificultad de su butaca, y la pipa cayó al suelo cuando tendió los brazos para recibirlo.

William corrió hacia ella, estrechó su frágil cuerpo y retiró las lágrimas de sus mejillas con infinita ternura.

—No habríais pensado que me había olvidado de vos, ¿verdad?

La acomodó de nuevo con cuidado en la butaca.

Por una vez la anciana se quedó sin habla, contrayendo el rostro en un esfuerzo por contener las lágrimas de alegría.

William acercó una silla y rodeó con un brazo sus hombros huesudos mientras ella le agarraba la mano como si nunca fuera a soltársela.

Discretamente, Susannah se retiró. Corrió a su alcoba, donde Phoebe se paseaba de aquí para allá con Beth lloriqueando en los brazos.

—Os echa de menos —dijo Phoebe cuando Susannah tomó al bebé e inhaló su aroma a leche. Los acontecimientos de las últimas horas desfilaron por su mente y, horrorizada, tomó conciencia por fin de lo que podría haber sido de Beth si ella no hubiese vuelto. Empezó a temblar en una reacción tardía.

—¿Habéis encontrado al doctor? —preguntó Phoebe con cara de inquietud.

—Sí, sí —contestó Susannah, con un castañeteo de dientes—. Está bien, pero la casa de mi padre ha ardido. —Se echó a llorar y Phoebe la acunó hasta que pasó la tormenta.

Al final Susannah se enjugó los ojos y dejó a Beth al cuidado de Phoebe mientras bajaba a la cocina.

Se llevó una gran alegría cuando vio a Jennet sentada a la mesa de la cocina obsequiando a la señora Oliver con el relato de sus aventuras.

—Pero ¿dónde te habías metido, Jennet? —preguntó Susannah.

—El doctor me ordenó que viniera aquí para deciros que se había ido con los hombres del duque de York a luchar contra el incendio —explicó Jennet—, pero de camino encontré a una niña perdida. Para cuando localicé a su familia en Highgate Village y la dejé con su madre, habían pasado dos días.

—¿Y luego has venido otra vez hasta aquí, hacia el fuego?

Jennet la miró con expresión temerosa.

—No tenía otro sitio adonde ir.

—Nunca ha habido sirvienta más leal —dijo Susannah—. Y nunca podré agradecerte lo suficiente lo que hiciste por mi padre.

—Hablaré con la señora —intervino la señora Oliver—. Necesito una buena criada en la cocina para sustituir a Peg. En el supuesto, claro, de que la Casa del Capitán no arda y tengamos aún cocina.

—El fuego se acerca —dijo Susannah—, y el viento todavía empuja las llamas hacia nosotros. Si al menos cambiara la dirección del viento... —Se estremeció ante la idea de perder dos hogares en un solo día—. Le llevaré algo de comer al doctor Ambrose y le preguntaré qué debemos hacer.

Tomó una bandeja con pan y sopa de judías y regresó a la alcoba de Agnes. La anciana había recobrado la compostura, pero tenía aún sujeta la mano de William.

—He pensado que tendrías hambre, William —dijo Susannah.

Él alzó la vista y la miró con tal expresión de amor en los ojos que el mundo se detuvo para ella.

—Has hablado como una buena esposa —dijo él.

Agnes le lanzó una mirada penetrante.

—Vaya, así que por ahí van los tiros. ¿Tienes algo que decirme, William?

—¿No lo adivináis? —Desplegó una amplia sonrisa, su satisfacción se evidenciaba a la vista de todos—. Y no pienso esperar mucho para pasar por el altar.

—Bien, al final has conseguido cazarlo, pues —comentó Agnes entre risas—. Creía que no lo conseguirías, pero me alegro por ti.

Susannah se ruborizó; la aprobación de Agnes significaba para ella más de lo que había imaginado.

—Y me parece que con esta mujer has encontrado la horma de tu zapato —añadió Agnes.

—Eso mismo pienso yo. —William tomó la mano de Susannah—. Y tengo muchas ganas de conocer al nuevo miembro de la familia. Estaré muy ocupado si la niña es la mitad de briosa que la madre.

—Antes debes comer.

—Hace días que solo como cortezas de pan seco. —Reprimió un bostezo—. Estoy tan hambriento que podría comer por un regimiento.

Atacó la sopa con absoluta concentración, y Susannah y Agnes lo observaron con indulgencia hasta que rebañó el tazón con el último trozo de pan. Suspiró y se recostó contra el respaldo.

—Ahora que has vuelto a casa sano y salvo y las puertas están cerradas, es fácil olvidarse de que ahí fuera sigue el incendio —dijo Susannah—, excepto por el humo en el aire. Así y todo, hemos escondido la plata en el pozo, por si tenemos que escapar precipitadamente.

—Yo ya no puedo hacer nada precipitadamente —observó Agnes, y en su voz débil y aguda se traslució otra vez el miedo.

—En una de las despensas tenemos la carretilla vieja —dijo William—. Os prepararemos una cama cómoda y os transportaremos con la elegancia de un pachá.

—Pero ¿adónde iremos?

William se limpió los tiznajos de los ojos, ribeteados a causa del cansancio, aunque dejó un rastro de hollín en la mejilla.

—Hacia el oeste. Nos alejaremos del fuego. Estoy seguro de que Roger Somerford nos encontrará alojamiento provisional en Merryfields.

—Si el viento cambiara de dirección, nos salvaríamos —dijo Agnes, preocupada. Susannah apoyó una mano en el brazo de William.

—Debes descansar. Y vos también, Agnes, por si tenemos que marcharnos a toda prisa.

—No voy a perderte de vista, Susannah —advirtió William, y tomó su mano en la de él.

—Pues dejemos descansar a Agnes. Puedes lavarte para quitarte el hollín y te vendaré esas quemaduras de las manos. Iremos a la capilla; puedes dormir allí. Vigilaré el incendio y te despertaré si es necesario.

No mucho tiempo después, William estaba instalado en la butaca preferida de Agnes con un cojín detrás de la cabeza y Susannah a su lado. Colocó una palangana con agua caliente en la mesa y le lavó cuidadosamente la cara y las manos. Él mantuvo los ojos cerrados mientras ella le limpiaba la mugre y contemplaba admirada sus pestañas largas y negras. Aplicó en las quemaduras rojas y enconadas de sus palmas un bálsamo de caléndula preparado por ella misma antes de cubríselas con tela de hilo limpia.

Cuando el rostro de William empezó a relajarse, Susannah le acarició el pelo, mientras lo observaba detenidamente. Sacudió el brazo un par de veces y al final distendió los miembros y empezó a respirar acompasadamente, ya dormido. En su intenso alivio por ver que él se había salvado, ni siquiera le había preguntado cómo había escapado de las llamas. Daba igual; ya habría tiempo para eso más tarde. Sonrió para sí, rebotante de júbilo. Tenían por delante toda una vida juntos para hablar. Con delicadeza, se inclinó y le besó la frente.

Apostada en el banco junto a la ventana, Susannah observó ondear el humo por encima de los tejados a medida que el fuego se acercaba. La zona entre Bridewell y Dorset House estaba en llamas y, a menos que el viento se dirigiera hacia el oeste, tendrían que marcharse en cuanto Dorset House se prendiera. Tamborileó con los dedos en el alféizar y se preguntó cuánto tiempo se atrevería a esperar hasta despertar a William.

Al cabo de un par de horas oyó un roce en la puerta. Phoebe entró con Beth en brazos.

Lanzó una mirada a William.

—Tiene hambre —susurró.

Susannah tomó a Beth en brazos, y Phoebe cerró la puerta con sigilo al salir. Como William seguía dormido, Susannah se aflojó el corpiño para amamantar a la niña. Le susurró palabras tiernas mientras le daba el pecho, acariciándole la suave mejilla con un dedo.

—Esa es la escena más bella que he visto jamás —dijo una voz soñolienta.

Susannah, sobresaltada, se apresuró a ajustarse la camisola.

—¿Te hemos despertado?

William bostezó, se puso en pie y se desperezó.

—No dormía tan bien desde hacía meses. Pero ahora desearía conocer a tu hija.

—Tendió los brazos—. ¿Me la dejas?

Henchida de orgullo, Susannah le ofreció a Beth.

William la levantó con cuidado y, sosteniéndola contra el pecho, la meció suavemente mientras ella contraía el rostro, a punto de llorar.

—¡Calla, cielo! —Levantó a la niña hasta que su cara quedó a la altura de la suya. La pequeña lo miró con los ojos entrecerrados, formó de pronto una pompa de leche y levantó la comisura de los labios como si sonriera. William se echó a reír—. ¡Tan pequeña y tan perfecta! ¿Ya le has puesto nombre?

—Elizabeth, por mi madre. Pero la llamaré Beth.

—¿Te parecería...? —Se mordió el labio—. ¿Te parecería una imposición si te pidiera que le pusieses un segundo nombre? Como yo seré el único padre que conocerá, me gustaría mucho honrar también a mi propia madre. Se llamaba Constance.

—Elizabeth Constance —dijo Susannah con voz trémula por la emoción—. Suena bien, ¿no crees?

Beth empezó a alborotar. William la apoyó en su hombro y se paseó por la habitación hasta que se tranquilizó.

—Se te dan bien los bebés, William.

—Siempre he querido tener hijos, y pensaba que no sería posible. —Tras un titubeo, añadió—: No quiero que haya secretos entre nosotros, Susannah. Y por tanto debo decirte que hace años estuve casado.

—Agnes me habló de Caroline. Y del niño que llevaba dentro.

—¿Ah, sí? —La observó con cautela—. ¿Te importa?

—Ya no. Durante un tiempo me atormentó la idea de que nunca pudieras amarme por el recuerdo de ella.

—Te amo mucho más de lo que quise nunca a Caroline. Era una mujer bonita pero caprichosa. Y poco digna de confianza. Por entonces yo era joven y no juzgaba tan bien a las personas como ahora.

—¿William?

—¿Sí, amor mío?

Susannah, incómoda, sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Tienes razón, no debe haber secretos entre nosotros, y por eso mismo debo pedirte perdón.

—¿Por qué?

Susannah entrelazó las manos para detener el temblor. ¿Sería la verdad demasiado difícil de perdonar?

—Te pido perdón por no confiar en ti. —Vio que aparecían en su frente unas ligeras arrugas, pero ya era tarde para retractarse—. Te vi con Phoebe la noche antes de que mi padre enfermara. Salías de su habitación. Y pensé...

Él se quedó muy quieto.

—¿Pensaste que te había traicionado?

—No podía creerlo, pero te vi con mis propios ojos. Los dos estabais descalzos y en camisón. Pero fue la forma en que tocaste su mejilla, con tanta ternura, lo que me llevó a creer... —Se interrumpió al ver la aflicción escrita en la cara de William.

—Me duele que hayas pensado eso de mí, Susannah. ¡Maldita sea, esa misma noche te dije que te quería! ¿No tenías ninguna fe en mí? —William le dio la espalda y se acercó a la ventana para observar la nube de humo—. Nunca he sentido nada parecido a eso por Phoebe. ¿Por qué iba a sentirlo si te quería a ti?

—Eso lo sé ahora, William. Phoebe me contó la verdad.

—¡Deberías haberlo sabido sin que Phoebe te contara nada!

—Pero en esos momentos yo creía que Joseph era tu hijo...

—¡Mi hijo! —Se dio media vuelta para mirarla de nuevo a la cara—. Por amor de Dios, ¿de dónde sacaste esa idea?

—Te oí hablar con Agnes cuando trajimos a Phoebe y Joseph a casa. Pensé que le decías a Agnes que Joseph era hijo tuyo. Pero ahora sé la verdad.

—Y pensar que yo que me he pasado todos estos meses intentando protegerte de la verdad, para que no supieras que es hijo de Henry...

—Ahora eso ya no puede hacerme daño. De hecho —le dirigió una sonrisa vacilante—, me llevé una alegría cuando Phoebe me lo contó, porque significaba que Joseph no era hijo tuyo, como yo creía.

—¿Y aun así me querías, dando por sentado desde el principio que sí lo era?

Susannah asintió.

—Sí, pero no te puedes imaginar lo mucho que me atormentaron los celos por Phoebe.

—En realidad sí me hago una idea, porque mi propia imaginación pintaba vívidas escenas de ti en brazos de Henry. —Suspiró—. Susannah, esa noche, cuando fui a atender al pobre Joseph, Phoebe me dio pena. Había querido a Henry con todo su corazón y él se había ido. Estaba sola y asustada y lo único que le quedaba su hijo. Y lo veía tan enfermo que pensó que también podía morir.

—¿Me perdonas, pues? —preguntó ella en un susurro.

—¡Ven aquí! —La acercó a él y la besó en la nariz—. Tu confesión me ha aclarado una duda.

—¿Ah, sí?

—Yo entendía que estuvieras triste por la muerte de tu padre, pero no entendía por qué a menudo te comportabas de un modo tan desagradable conmigo cuando estaba en cuarentena.

—Intentaré compensarte —dijo Susannah.

—Seguro que encontraré la manera —respondió William con un brillo pícaro en los ojos.

Ella se volvió hacia la ventana y lanzó una mirada al sol, que empezaba a descender en el cielo cubierto de humo.

—Va a ser difícil huir del fuego con una anciana y un bebé en plena oscuridad.

—Y a Agnes se le partirá el corazón si la Casa del Capitán arde. Confío en que podamos esperar hasta mañana.

Susannah tembló cuando volvió a recordar la botica en llamas y apartó el pensamiento de su mente con firmeza; ya llegaría el momento de llorar por eso. Con expresión ceñuda, dijo:

—Por cierto, quería preguntarte una cosa: ¿qué demonios hacías en la botica? Jennet me ha contado que te marchaste dos días antes para ir a combatir el incendio con los hombres del duque de York.

—Y así fue. Pero después volví para rescatar los diarios y los libros de tu padre.

—¿Los diarios?

William le dirigió una media sonrisa.

—Los diarios están llenos de observaciones médicas de toda una vida, y sus libros me ayudaron a preservar la cordura mientras estuvimos allí encerrados. Y como sabía lo importantes que eran para ti, cavé un hoyo profundo en el patio de tierra y los enterré, junto con el gran almirez y la mano. No sé si soportarán el calor, pero cuando se extinga el incendio, iremos a ver.

Susannah, con una sensación de felicidad agrisada, abrazó a William y al bebé dormido que él tenía aún en brazos.

—Ojalá mi padre hubiese sabido que vamos a casarnos.

—¡Lo supo, Susannah! Le pedí tu mano antes de su muerte. Pensó que formaríamos buena pareja y nos dio su bendición.

Susannah alzó el rostro para dejarse besar, con el deseo de que su padre estuviese allí para compartir su alegría.

—He estado haciendo planes, y qué planes, Susannah, pero en primer lugar tengo que hablar de ello contigo.

—¿Qué planes? —La curiosidad apartó de ella la tristeza por un momento.

—He tenido mucho tiempo para pensar. Me acordé de tus palabras cuando ayudé a aquel pobre chico moribundo en Bedlam. Dijiste que, aunque era solo una gota en un océano de tristeza, mis actos cambiaron las cosas para él. Y pensé que si puedo salvar al menos a un ser atormentado y devolverle la salud, habré conseguido algo meritorio.

Susannah asintió.

—Así que he tomado una decisión, pero necesito tu aprobación. Esto es algo que no puede hacerse a la ligera porque cambiaría nuestras vidas.

—¿En qué sentido?

—El año que viene Roger Somerford, mi arrendatario, se marchará de

Merryfields porque ha heredado la hacienda de su padre. Tendremos, pues, la oportunidad de vivir otra vez allí.

—¿En Merryfields? —Susannah se llevó las manos a la boca—. ¡William, ahora que la botica ha desaparecido, no imagino mejor sitio donde vivir!

—Mmm. —William se rascó la cabeza—. Pero quizá no te gusten las razones que tengo para querer trasladarme allí. Quiero convertir Merryfields en un lugar adonde puedan ir a descansar las personas melancólicas para restablecerse.

—No lo entiendo.

—Hace un tiempo trajiste a mi memoria algo que decía mi madre: la jardinería cura el alma. Y Merryfields dispone de amplios jardines. Podríamos acoger huéspedes, aquellos que de lo contrario acabarían encerrados en Bedlam. —Con tono entusiasta, se inclinó al frente—: No los dementes sin remedio, sino aquellos que tienen el corazón roto por una pérdida o que padecen algún trastorno que no les permite adaptarse a la sociedad. Les proporcionaríamos un respiro apacible a sus preocupaciones en el mundo y los animaríamos a trabajar en los jardines, para que sintieran el contacto de la tierra caliente entre los dedos y vieran retoñar los nuevos brotes en primavera. —Hablaba con el rostro lleno de vida y un brillo en los ojos.

Susannah contempló la cara dormida de Beth, con tanta ternura sostenida por la mano de William, mientras se detenía a pensar en ese plan. Por fin dijo:

—Es una idea admirable, pero no me gustaría poner en peligro la seguridad de...

—¿Nuestros hijos? —William sonrió al ver sonrojarse a Susannah—. Estoy de acuerdo. Por supuesto, tendríamos que elegir a nuestros huéspedes con sumo cuidado. Y tengo también otra idea que creo que te gustará.

Susannah se preguntó si sería capaz de asimilar más ideas nuevas después de un día de acontecimientos extraordinarios.

Una expresión triunfal destelló en los ojos de William.

—Mi mejor idea de todas es esta: tendrás tu propia botica.

—¿Mi propia botica?

—En Merryfields serán necesarias mis aptitudes como médico, pero tú estarás a mi lado para ayudarme y para administrar las medicinas. Y en cuanto se enteren en el pueblo de que hay allí una botica, los lugareños vendrán a llamar a tu puerta. Te auguro que estarás muy ocupada.

A Susannah le latía el corazón con fuerza por la emoción. ¡Cuánto se habría alegrado su padre por ella!

—¿Qué te parece, pues?

—Sí —dijo Susannah—. ¡Sí, sí, sí!

William lanzó un grito de satisfacción y despertó a la niña.

Susannah colocó a Beth en un nido de cojines y los dos se quedaron mirándola mientras ella volvía a dormirse.

—Me olvidaba de preguntarte una cosa —susurró Susannah—. ¿Cómo escapaste del fuego?

—Seguí el ejemplo de Arabella —contestó William con una sonrisa a la vez que la atraía hacia sí—. Salí por la ventana y huí por los tejados con las llamas lamiéndome los talones.

Susannah se echó a reír.

—Tal vez lo único bueno que ha tenido el incendio es que los vulgares muebles chinos de Arabella se han quemado.

La ventana traqueteó en el marco a causa del viento. Susannah cerró los ojos para no pensar en lo que podría haber ocurrido, y entonces notó que William le besaba los párpados con tal delicadeza que pareció el roce del ala de una mariposa. Le echó los brazos al cuello y percibió en la cara la aspereza de su mentón sin afeitar. La calidez y la tranquilizadora firmeza de su torso contra el de ella, junto con su aroma masculino, le provocaron un repentino aguijonazo de deseo y se estremeció.

William la estrechó con fuerza, sus labios cálidos y exigentes, su respiración agitada. Tambaleantes, cayeron juntos en la butaca de Agnes. William, con las manos un poco torpes debido a las vendas, aflojó la camisola de Susannah y agachó la cabeza para acariciarle el pecho con los labios.

—Amada mía, mi amada Susannah —musitó—. Pase lo que pase, mañana buscaremos un párroco que nos case antes de que enloquezca de deseo.

Susannah se preguntó si ella sería capaz de soportar la espera hasta entonces.

Una súbita ráfaga de viento gimió en la chimenea y sacudió de nuevo la ventana. William arrugó la frente y se apartó con delicadeza de Susannah. Se acercó a la ventana y apretó la cara contra el cristal para evaluar el avance de las llamas. Al cabo de un rato dijo:

—¿Susannah?

—¿Sí, William? —Ella se incorporó, otra vez tensa. ¿Había llegado el momento?

—Dorset House ya arde.

El miedo la atenazó.

—¡Entonces debemos marcharnos!

—¡Pero ven a ver esto!

—¿Qué pasa? —Susannah corrió a su lado.

Grandes llamas se elevaban de los tejados de Dorset House. Se oía el fragor del incendio a través de la ventana cerrada y el humo se filtraba por los resquicios del marco. Una explosión tan sonora como un disparo de cañón lanzó al aire una andanada de chispas de color naranja, y el viento las capturó y se las llevó.

—¡El viento! —dijo Susannah—. ¿Está cambiando? ¡Esas chispas han volado hacia el fuego!

El humo se arremolinó sobre los tejados y a continuación, muy lentamente, comenzó a alejarse de ellos.

Abrazados, observaron en silencio hasta que, por fin, pareció definitivo que el viento soplabla hacia el este.

Poco a poco Susannah sintió desvanecerse la tensión en el cuerpo de William.

—No son imaginaciones mías, ¿verdad? —preguntó él.

—No me lo parece —respondió ella—. Creo que en efecto el fuego ha dejado de avanzar.

HACIA LA LUZ

MAYO

1671

Susannah corre por un oscuro túnel de árboles, camino de la luz. Al final del túnel se detiene y parpadea ante el resplandor del sol. La puerta del vergel está entornada. Ella pasa a través del hueco y se moja el dobladillo de la falda en la hierba alta, húmeda a causa del rocío. Se detiene bajo un manzano, y un mirlo, posado en una de las ramas, emite una llamada de alarma y vuela hasta un ciruelo para posarse en un lugar más seguro.

Susannah contiene la respiración y aguza el oído. El aire vibra por el zumbido de las abejas. Nota en la cara la calidez del sol de primera hora de la mañana. En el río, al otro lado de la tapia alta de ladrillo, un pato grazna, pero aún no oye el sonido que espera.

De pronto, delante de ella, la hierba se agita y Beth, con sus rizos de color dorado rojizo, sale de su escondrijo.

—¡Te he visto! —exclama Susannah. Corre hacia su hija, quien, como una flecha, va a ocultarse detrás de un manzano—. ¿Dónde estás? —Con grandes aspavientos, simula buscar detrás de cada árbol del vergel, exagerando cada vez más sus muecas de desaliento a la vez que las risas de Beth son cada vez más sonoras—. ¡Niña mala! ¡Mira que esconderte de tu madre! ¿Dónde te has metido? —Se acerca con sigilo al árbol y de pronto se abalanza hacía él.

Riendo, atrapa a la niña escurridiza y la cubre de besos.

Agarradas de la mano, salen del vergel camino del jardín. La grava cruje bajo sus pies en el sendero flanqueado de tejos recortados. Frente a ellas, al final del paseo, se alza una gran casa de ladrillo, de un desvaído color rojizo que recuerda las rosas de Damasco, con altas mansardas y chimeneas en espiral. Merryfields.

Beth tira de la mano de su madre.

—¿Puedo preparar unas galletas de azúcar para cuando llegue papá?

—A él le encantaría. Pide a Peg o a Jennet que te ayuden.

Beth lanza un beso a su madre y se aleja al trote en dirección a la casa.

Varias personas dispersas trabajan en los jardines, unas retiraban las flores marchitas de los rosales, otras desherba el huerto o recogían ramilletes de hierbas medicinales.

Susannah se detiene para hablar con un joven que atiende las hortalizas con una expresión distante en los ojos.

—¿Cómo van esas zanahorias, Ben?

—Crecen deprisa —contesta él, y vuelve a concentrarse en su trabajo con la azada.

Cerca, un anciano, arrodillado en el suelo, recoge piedras y las mete en un cubo. Levanta una mano y sonríe cuando ella pasa a su lado.

En la cocina hay el ajetreo de siempre. La señora Oliver, Peg y Jennet preparan un fest n para el regreso de Londres de su señor. En la mesa de la cocina hay un despliegue de tartas, mermeladas y natillas. Cuatro pollos y un anca de venado se asan en el espetón. Peg ha puesto a Beth y a su propia hija, un angelito de pelo rizado y grandes ojos castaños, delantales limpios, y les ayuda a pesar los ingredientes para las galletas de azúcar.

Se abre la puerta del jardín y entra Emmanuel, cargado con una cesta de leña. Echa otro tronco al fuego y, al pasar, da un beso a su mujer.

—Peg, voy a llevarme a Joseph de pesca. Aver si conseguimos alguna trucha para la cena.

— Has barrido los senderos?

—S , señora.

— Y destripado los pollos?

 l pone los ojos en blanco, y las niñas se echan a reír.

—S , señora.

—Marchaos, pues —dice Peg—. Hace un buen día y aquí no harás más que estorbarme.

Joseph, fuerte y alto para sus diez años, entra una segunda cesta de leña. Tiene aún una cicatriz en el cuello como recordatorio de que sobrevivió a la peste. Deja la cesta, y Emmanuel y él se van. Susannah sabe ahora que nunca debería haber dudado de las buenas intenciones de William, y a menudo él se burla de ella por eso. Era tan incapaz de enviar a Emmanuel a trabajar en la plantación como ella, y se había puesto de acuerdo con su arrendatario, Roger Somerford, para que le buscara algún trabajo en Merryfields, como hizo luego también con Peg. Aunque todavía jóvenes, Emmanuel y Peg están casados y, como se ha demostrado, son padres buenos y estables.

Susannah sale de la cocina y recorre el pasillo. Asoma la cabeza por la puerta abierta del Pequeño Salón y ve a Mary, una de las huéspedes, sentada en el banco junto a la ventana, leyendo poemas a la tía Agnes. Mary llegó a Merryfields hace seis meses, con la mirada extraviada, hecha un mar de lágrimas por la muerte de su marido y sus hijos a causa de unas fiebres. No deseaba seguir viviendo sin ellos, y su familia había perdido toda esperanza respecto a ella, pero poco a poco est  recuperando el ánimo. Susannah se para un momento a escuchar y luego sigue por el pasillo. Se detiene ante otra puerta y la abre con la llave que cuelga del *chatelaine* ceñido a su cintura.

Dentro, cierra los ojos y respira hondo. Efluvios de trementina, lavanda, azufre, regaliz y hierbas secas; todos los aromas familiares que la transportan de regreso a la botica de su padre. Abre los ojos y sonríe satisfecha al ver los tarros en los ordenados estantes y los reflejos del sol en los frascos de agua coloreada en forma de lágrima

colocados en el alféizar. Ahí están las herramientas de su oficio que, combinadas con la aptitud profesional de William, contribuyen a mantener la salud de los miembros de la casa y del pueblo. Pero son la gran mano y el almirez los que ocupan el lugar de honor encima del mostrador, junto a los diarios de su padre, de un valor inestimable. Tras apagarse el Gran Incendio y enfriarse la tierra, William y ella regresaron a las ruinas de la botica para recuperarlos.

Una nueva ciudad de Londres surge de las cenizas de la anterior. Al final San Pablo sí ardió; el calor del fuego fue tal que la piedra estalló y el plomo del tejado se fundió hasta correr como un río por las calles. Pero existen ya planes para construir una nueva catedral magnífica. La ciudad lloró las pérdidas y mucha gente quedó en la ruina, pero los londinenses, con su espíritu indómito, no tardaron en remangarse, retirar los escombros e iniciar la reconstrucción. ¿Y quién sabe?, piensa Susannah, quizá el fuego depurador, aunque tan doloroso como cauterizar la herida de un miembro amputado, pueda garantizar una mejor salud para cuantos viven allí.

Susannah se entretiene un rato haciendo pulcros ramilletes de hierbas y etiquetas nuevas para los tarros. Al añadir una entrada en el último diario, anota los ingredientes de una receta nueva para la amigdalitis. Mira por la ventana y ve que el sol está alto en el cielo. Ya es la hora. Cierra con llave la puerta de la botica al salir y se encamina de nuevo hacia el jardín.

En el vergel, abre la puerta de la tapia, la cruza y baja a la herbosa orilla del río.

Emmanuel y Joseph pescan en el extremo del atracadero con los pies suspendidos sobre el agua.

Susannah se sienta en la hierba y espera.

Al cabo de un rato ve acercarse una barca y se protege los ojos del sol con la mano. Una gallinuela, presa del pánico, chapotea hasta la otra orilla, levantando gotas como diamantes a su paso.

Susannah se pone en pie de un brinco y agita los brazos.

El barquero amarra en el atracadero, y William desembarca de un salto y la rodea con sus brazos.

—Te he echado de menos —susurra. Después se vuelve hacia la barca y ayuda a bajar a una mujer—. Esta es nuestra nueva huésped, la señora Pickard, que viene a descansar con nosotros durante una temporada.

La señora Pickard, con la aflicción grabada en el rostro, mira a Susannah con una expresión de dolor en los ojos.

—Bienvenida seáis —saluda Susannah, y la toma de la mano—. Venid, os enseñaré Merryfields.

William le lleva el equipaje a la casa y deja a su aire a las dos mujeres. Juntas, recorren el jardín, y Susannah habla a la nueva huésped de la excelente biblioteca, los jardines y los otros huéspedes que esperan para darle la bienvenida.

La señora Pickard se detiene bajo el cenador y con gesto tranquilo alarga el brazo para acariciar los suaves pétalos de un escaramujo y aspirar su dulce aroma.

—Podéis tener vuestro propio jardín si lo deseáis —dice Susannah.

La señora Pickard se agacha para recoger un puñado de tierra y la frota con los dedos.

—Eso me gustaría. Mi madre cultivaba claveles en su jardín cuando yo era pequeña.

Susannah acompaña a la señora Pickard a su habitación y la deja para que deshaga el equipaje y descanse después del viaje. Tras cerrar la puerta sin hacer ruido, se dirige presurosa por la galería hacia su propia alcoba.

Dentro, William, desnudo de cintura para arriba, se enjuaga la cara en una palangana con agua caliente. La mira con una sonrisa dulce como la miel.

—¡Aquí estás!

Susannah alza la cara para recibir el beso.

—Tengo que quitarme la suciedad de la ciudad antes de besarte como es debido.

—¿Te lavo la espalda?

Susannah se frota las palmas de las manos con la pastilla de jabón mojada y las desliza por los amplios hombros de William y se deleita en el aromático olor a lavanda a la vez que presiona con los pulgares los músculos cercanos a la columna. Después de cinco años de matrimonio, todavía se estremece de placer al tocar su cuerpo desnudo.

Él inclina la cabeza para que ella le masajee los puntos de tensión a cada lado del cuello.

—¿Adivina a quién vi ayer en la ciudad? —pregunta él.

—¿Al rey? —aventura Susannah.

—No exactamente.

—¿A quién pues?

—¡A Arabella!

—¡No! —Con la sorpresa, se le escurre el jabón, que cae en la palangana con un salpicón—. ¡Después de tanto tiempo! —exclama, y con voz aguda por una repentina aprensión, añade—: Pero ¿qué noticias traes de mis hermanos? ¿Están sanos y salvos?

—Y son de lo más traviosos, por lo que se ve. Sabía que desearías verlos, y Arabella ha tenido la gentileza de permitir que vengan a pasar unas semanas aquí, dado que ella tiene asuntos pendientes.

—¿Asuntos?

—Iba en un carruaje muy elegante con un caballero. Si no me equivoco, ese hombre pronto será su tercer marido.

—La tía Agnes siempre ha dicho que Arabella caería de pie como los gatos.

El alivio de saber que Joshua y Samuel están bien se mezcla con la irritación de comprobar que Arabella sigue tan egoísta como siempre. Obliga a William a volverse de cara a ella y se olvida de Arabella mientras desliza las manos jabonosas en lentos círculos por su torso, formándose espirales en el ligero vello de su pecho. Planta un

lento beso en la piel suave del hueco por encima de la clavícula y sonrío de anticipación cuando lo nota temblar de placer bajo sus labios.

—¿Susannah?

—¿Mmm?

Lentamente le retira el jabón con un paño de hilo y lo seca con una toalla limpia. Desliza un dedo sobre su pecho, se adueña de ella un temblor de excitación y anhelo: el deseo de reafirmar su pasión mutua.

Él ahueca las manos en torno a su cara, y ella se sumerge en el amor que brilla en sus ojos. Se abandona al fervor de sus besos a la vez que siente acelerarse el corazón de William hasta ajustarse al ritmo de los latidos del de ella.

William desata los lazos del corpiño de Susannah y, musita palabras de amor al mismo tiempo que hunde la cara entre sus pechos. Las enaguas de Susannah caen al suelo en medio de un susurro de seda y sus pieles tibias entran en contacto.

Cuando se meten en la cama, notan las sábanas frías y un poco ásperas en la piel desnuda. Ella le rodea el cuello con los brazos y arquea la espalda para apretar sus pechos contra él. Quiere reducir el espacio entre ambos, fundir sus cuerpos hasta el fin de los tiempos.

—Mi dulce Susannah —susurra él.

Ella siente sus labios calientes en el cuello mientras él recorre su cuerpo con las manos. Muy despacio, William desliza la yema del dedo por su vientre hasta llegar a su lugar secreto, y ella tiembla bajo su mano, ardiente de deseo. William le levanta la cadera hacia la suya, y ella deja escapar un grito ahogado de placer cuando la penetra. Él susurra su nombre mientras se mueven al unísono, al principio suavemente y luego, conforme la pasión aumenta, de manera más apremiante. Sucesivas oleadas de sensación recorren el cuerpo de Susannah y estallan en un clímax final. Deja escapar un grito triunfal y estrecha a William contra su pecho.

Él arquea la espalda cuando lo invade su propio placer, suspira y se desploma junto a ella.

Un poco más tarde, acurrucada contra su hombro, escuchando su respiración regular, Susannah exhala un suspiro de satisfacción. El amor de William le ha dado fuerzas para llorar sus pérdidas y seguir adelante con la nueva vida que han forjado juntos.

Él se vuelve a mirarla, con una expresión risueña en los ojos oscuros, y una vez más Susannah eleva una oración de agradecimiento por el consuelo y la alegría del amor que comparten.

—Ahora sé que de verdad estoy en casa —dice él—. Pero deberíamos levantarnos antes de que alguien venga a buscarnos.

—Y no estaría bien que encontraran al doctor serio y responsable en la cama con su mujer en plena tarde.

William le besa la punta de la nariz.

—No, no estaría bien. No podría volver a mirar a los ojos a mis pacientes.

Susannah se despereza placenteramente.

—¿Dos minutos más?

—¡Vamos, descarada, es hora de levantarse!

William está atando los lazos del corpiño de Susannah cuando se oye un correteo en el pasillo y la puerta se abre de par en par.

—¡Papá!

Beth corre hacia él con los brazos abiertos.

William mira sonriente a Susannah.

—Por los pelos —susurra. Levanta a Beth en brazos y la besa—. ¿Te has portado bien en mi ausencia, alma mía?

—¡Muy bien! ¡Y he hecho rosquillas, especialmente para ti! —Beth lo abraza con fuerza y le da pegajosos besos en la mejilla.

—¿Se ha portado tan bien como para merecer ciruelas confitadas, mamá?

Susannah sonrío a la par que se recoge los rizos alborotados con unas horquillas.

—Sí, pero solo una o dos, no una caja entera.

William se ríe y deja a Beth en el suelo.

—¡Vamos, pues! Pero primero quiero hacer una visita.

—¡Ya sé adónde vamos! —dice Beth. Recorre la galería a brincos, y William y Susannah la siguen agarrados de la mano.

Beth se detiene ante una puerta, donde se lleva un dedo a los labios antes de levantar el picaporte con cuidado.

Dentro, Phoebe canta mientras mece la cuna con el pie. Saluda con una sonrisa y tiende los brazos hacia Beth, que se encarama a sus rodillas.

William avanza en silencio y contempla a su hijo dormido en la cuna.

Susannah ve cómo se suavizan sus facciones y su corazón se llena de amor. No puede haber en la tierra lugar más cercano al cielo que su hogar de Merryfields, con su marido y sus hijos.

William, acaricia con delicadeza el pelo oscuro de Kit, mira a Susannah con el semblante encendido de amor y le da la mano.

Agradecimientos

Deseo expresar mi amor y mi agradecimiento a mi marido Simon, a todos mis adorables hijos y a mis padres por su apoyo ilimitado, a Howard Barloe, que creyó en mí, a Edward Smith y a los miembros de youwriteon.com por sus reseñas, a mi agente Annette Green y a mi editora en Piatkus, Lucy Icke, quien me ayudó a conseguir que esta historia floreciera.

Vaya también mi gratitud a todos los miembros de WordWatchers por animarme cordialmente y hablarme claro.

Y por último doy las gracias a Samuel Pepys, cuyo diario me permitió echar un vistazo al Londres de la Restauración.